CLAVES PARA SABER QUÉ SENTIDO TIENE TODO

Hacia una Filosofía de la Semiosis

Fernando Buen Abad Domínguez

© Fernando Buen Abad Domínguez

Impreso en México, 2026

Cuidado de la edición: Alicia Rodríguez.
Diseño editorial y portada: Daniela Campero.
Descarga este libro y 300 más de manera gratuita desde:
www.paraleerenlibertad.com/libros

NOTA PRELUDIO

Aquí, el plan expositivo articula algunos vectores fundamentales de la lógica dialéctica y del método de aproximaciones sucesivas. Toma como referencia el debate capital-trabajo y la lucha de clases expresados en la producción de semiosis hegemónica, la producción de semiosis emancipada y emancipadora. Deliberadamente rehúye el formato tradicional de índice estructurado en temas y subtemas, optando en cambio por el uso de negritas como orientadores del desarrollo sintáctico. Se trata de un boceto general, una primera aproximación a otra concepción de la semiótica que sitúa en el centro de su reflexión la disputa por el sentido. Es, por tanto, una obra consciente de sus vacíos, de sus reiteraciones, de sus desórdenes y de sus fases dialécticas, que se despliegan en tiempo real como parte constitutiva de su propio proceso.

Tal estrategia expositiva no se limita a organizar contenidos; intenta poner en acto una forma de pensar y actuar. La lógica dialéctica no aparece aquí como ornamento metodológico, sino como principio de movimiento interno; no como esquema triádico abstracto, sino como dinámica de contradicciones materiales que atraviesan la producción de sentido. En este marco, el método de aproximaciones sucesivas no responde a una prudencia académica, sino a la convicción de que el conocimiento es práctica histórica, proceso abierto y conflictivo, siempre situado en relaciones sociales determinadas.

Desde nuestra perspectiva, más cercana al método de Marx, el sentido no se concibe como estructura autosu-

ficiente ni como juego diferencial clausurado, sino como terreno de lucha. La significación es inseparable de las condiciones materiales de su producción y circulación; toda forma simbólica condensa relaciones de fuerza, sedimenta antagonismos y participa en la reproducción o transformación de la vida social. En este horizonte, la semiótica deja de ser un análisis neutral de sistemas para devenir intervención crítica en los regímenes de visibilidad, decibilidad y legitimidad.

Por ello, una filosofía dialéctica de la semiosis no puede limitarse a clasificar tipos de signos ni a describir y denunciar sistemas de falsa conciencia. Debe analizar cómo las mediaciones simbólicas emergen de prácticas materiales, cómo se sedimentan en instituciones y cómo pueden transformarse en el curso de luchas históricas. El signo no es esencia ni función abstracta: es forma social en movimiento. La historia de la filosofía, leída desde esta perspectiva, no es la historia de teorías sobre el signo, sino la historia de cómo las sociedades han producido, naturalizado, combatido y disputado las mediaciones que hegemonizan su mundo.

Esta propuesta asume que no hay exterioridad pura frente a los signos; habitamos tramas simbólicas que organizan la experiencia y, al mismo tiempo, pueden ser rearticuladas. Si el capital no sólo explota trabajo, sino que modela imaginarios, afectos y horizontes de posibilidad, entonces la disputa por el sentido constituye un frente estratégico. Aquí resuena, sin repetirse, cierta parte de la intuición gramsciana sobre la hegemonía —tal como la elaboró Antonio Gramsci— entendida no como consenso pasivo, sino como dirección intelectual y moral en permanente tensión. La lucha semiótica es, en este sentido, lucha por la organización sensible del mundo.

Ir más allá del análisis implica rechazar la contemplación como punto de llegada. La crítica no culmina en la descripción de códigos ni en la taxonomía de discursos; se orienta hacia la transformación de las condiciones que los hacen posibles. Una semiótica revolucionaria no busca descifrar el mundo como si fuera un texto cerrado, sino intervenir en su escritura colectiva. Esto supone comprender que cada categoría teórica es también una toma de posición, que todo mapa conceptual redistribuye lo visible y lo pensable.

Así, el carácter provisional-preparatorio de este trabajo no debe leerse como carencia, sino como coherencia con su apuesta ontológica y política. Si la realidad social es un proceso contradictorio, el pensamiento que intenta aprehenderla no puede presentarse como sistema clausurado. La exposición, por ello, adopta una forma que acompaña el movimiento de su objeto: avanza, retrocede, corrige, se tensiona. No ofrece un edificio terminado, sino un andamiaje en construcción, consciente de que la teoría misma es parte del campo de fuerzas que analiza y en disputa.

Aquí el método para una filosofía de la semiosis no puede ser otro que el de la exploración rigurosa de los signos en su materialidad histórica, en su espesor social y en su potencia transformadora. No se trata de repetir fórmulas ni de petrificar categorías, sino de internarse en el movimiento real de la producción de sentido allí donde la vida concreta se debate entre fuerzas que la configuran y la desgarran. La semiosis no es un juego etéreo de significantes suspendidos en la nada; es trabajo, conflicto, memoria, deseo organizado y también manipulación sistemática. Por eso su método ha de ser científico sin caer en el positivismo lógico, sin caer en el formalismo vacío; dialéctico sin caer en el ritual escolástico, humanista sin caer en sentimentalismos y útil sin caer en el pragmatismo estrecho. Explorar los signos es

explorar la lucha por el sentido en un mundo donde el capitalismo depredador convierte todo en mercancía, incluso la conciencia.

Toda la complejidad bélica y macabra que estremece al mundo hoy con sus negocios de armas no es un accidente ni un exceso anecdótico; es la forma histórica que adopta un modo de producción que necesita expandirse devorando territorios, cuerpos, lenguajes y afectos. La devastación ecológica, la financiarización de la vida cotidiana, la espectacularización de la política y la digitalización del vínculo social constituyen un entramado semiótico que produce subjetividades adaptadas a la competencia y al consumo. Una filosofía de la semiosis que pretenda estar a la altura de este tiempo debe descifrar los códigos de esa maquinaria, rastrear sus metáforas dominantes, exhibir las operaciones retóricas que naturalizan la desigualdad y desmontar las ficciones que presentan la explotación como oportunidad. No basta con denunciar; es preciso comprender las mediaciones, las capas de representación que convierten la violencia estructural en paisaje habitual.

Asumir a Marx de manera no dogmática implica comprender su obra como herramienta crítica abierta y no como catecismo. La crítica de la economía política no es un monumento inamovible, sino un laboratorio conceptual que permite analizar cómo el valor se infiltra en los signos y cómo el fetichismo adopta formas cada vez más sofisticadas. Hoy el fetichismo no sólo oculta la explotación tras la apariencia de la mercancía; la disfraza como experiencia personalizada, como algoritmo que "conoce" nuestros gustos, como narrativa empresarial que promete libertad mientras intensifica la dependencia. La semiosis contemporánea está atravesada por dispositivos técnicos que automatizan la circulación de significados y aceleran la producción de consensos. En

ese escenario, la tarea filosófica consiste en volver visible lo que se presenta como transparente, introducir fricción allí donde todo parece deslizarse con fluidez digital.

Por eso, el carácter exploratorio y libre de este método no significa arbitrariedad ni improvisación. Explorar exige disciplina intelectual, contrastación empírica, diálogo con las ciencias y con las prácticas sociales. La libertad no es capricho, sino apertura a lo real en su complejidad contradictoria. La dialéctica, entendida como lógica del movimiento y de la negación determinada, permite comprender que todo sistema de signos está atravesado por tensiones internas, por fuerzas que lo estabilizan y por fuerzas que lo erosionan. Cada discurso hegemónico lleva en su interior las huellas de lo que excluye; cada narrativa dominante necesita silenciar voces para sostener su coherencia aparente. La Filosofía de la Semiosis debe escuchar esos silencios, leer esas grietas y reconocer en ellas la posibilidad de otra configuración del sentido.

Entiéndase aquí que la Revolución de las Conciencias no es un acto mágico ni una iluminación súbita; es un proceso histórico de reconfiguración de los marcos interpretativos mediante los cuales las personas comprenden su situación. Si la dominación opera también en el plano simbólico, entonces la emancipación requiere disputar ese plano con igual rigor. Esto supone intervenir en la educación, en los medios, en el arte, en la comunicación cotidiana, desmontando los automatismos que convierten la desigualdad en destino y el sufrimiento en culpa individual. La semiosis revolucionaria no inventa un mundo ficticio para consolar; revela las condiciones materiales de la opresión y articula imaginarios capaces de movilizar prácticas transformadoras. La conciencia no se cambia por decreto, se transforma en la experiencia colectiva de lucha, cuando los signos de la resignación son sustituidos por los de la dignidad organizada.

Un método científico de la semiosis debe apoyarse en análisis concretos de situaciones concretas. No puede contentarse con abstracciones generales sobre el lenguaje; debe estudiar campañas mediáticas, discursos gubernamentales, narrativas empresariales, plataformas digitales, producciones culturales específicas. Allí donde un mensaje circula, allí donde una imagen se repite hasta volverse natural, allí debe situarse la investigación. La lógica permite identificar las inferencias implícitas, las falacias recurrentes, las asociaciones interesadas. La dialéctica permite contextualizar esos elementos en procesos históricos más amplios, entender cómo responden a necesidades de acumulación y control. El humanismo aporta el criterio ético que orienta la crítica hacia la defensa de la vida y no hacia el mero juego intelectual.

Frente a un capitalismo que mercantiliza incluso la rebeldía, la filosofía de la semiosis debe cuidarse de no convertirse en ornamento académico. Su utilidad para la Revolución de las Conciencias se mide en su capacidad para dialogar con movimientos sociales, con trabajadores de la cultura, con comunidades que resisten la expropiación de sus territorios y saberes. No se trata de imponer un vocabulario especializado, sino de construir herramientas conceptuales compartidas que fortalezcan la lectura crítica de la realidad. Cuando una comunidad identifica las estrategias discursivas que la estigmatizan, adquiere poder para desactivarlas. Cuando los trabajadores comprenden cómo se construye la narrativa empresarial que justifica la precarización, pueden cuestionarla con mayor eficacia.

Y la complejidad del presente exige superar dicotomías simplistas entre estructura y superestructura, entre economía y cultura, entre base material y esfera simbólica. La producción de signos es parte constitutiva del proceso de

producción social; no es un adorno posterior. Las industrias culturales, las plataformas tecnológicas y los sistemas educativos participan directamente en la generación de valor y en la organización del trabajo. Por eso la crítica semiótica no puede limitarse a la interpretación textual; debe analizar modelos de negocio, regímenes de propiedad intelectual, arquitecturas algorítmicas. La materialidad del signo incluye servidores, cadenas de suministro, condiciones laborales e infraestructuras energéticas. Entender la semiosis en su densidad material es condición para una crítica efectiva.

Sabemos que la dialéctica de la semiosis revela que todo signo es campo de disputa. No hay palabra inocente ni imagen neutral en una sociedad atravesada por relaciones de poder. Sin embargo, tampoco hay determinismo absoluto. La misma red que difunde propaganda puede vehicular denuncias; el mismo lenguaje que legitima la dominación puede ser reapropiado y resignificado. La exploración filosófica debe identificar esas ambivalencias y potenciar las posibilidades emancipadoras. La ironía, la parodia, la memoria histórica, la narración alternativa son recursos que, articulados con prácticas organizativas, contribuyen a erosionar la hegemonía simbólica. La Revolución de las Conciencias no elimina la contradicción; la asume como motor de transformación.

Una ética de esta filosofía de la semiosis no descansa en abstracciones universales desligadas de la historia, sino en la defensa concreta de la vida amenazada. Cuando el capitalismo depredador convierte bosques en mercancía, cuerpos en fuerza de trabajo descartable y datos personales en insumo para la acumulación, la crítica semiótica debe mostrar cómo esos procesos son acompañados por discursos que los presentan como inevitables o incluso deseables. La narrativa del progreso ilimitado, la promesa de innova-

ción redentora, la retórica de la competitividad global forman parte de un repertorio que legitima la devastación. Desarmar ese repertorio implica confrontar sus premisas, evidenciar sus costos humanos y ecológicos, proponer otros horizontes de sentido.

Y la utilidad revolucionaria de este método se manifiesta también en la formación de sujetos capaces de pensar por sí mismos sin caer en el individualismo. Pensar por sí mismo no es aislarse en una opinión privada, sino participar críticamente en un proceso colectivo de producción de conocimiento. La semiosis científica y dialéctica fomenta la pregunta incómoda, la verificación de datos, la comparación de fuentes, el análisis de intereses en juego. En un entorno saturado de información, donde la velocidad sustituye a la reflexión, esta actitud es ya una forma de resistencia. La Revolución de las Conciencias comienza cuando la ciudadanía deja de consumir pasivamente relatos y empieza a interrogarlos sistemáticamente.

Explorar libremente los medios, los modos y las relaciones de producción de la semiosis supone también reconocer los límites propios y aprender de otras tradiciones críticas. El diálogo con la lingüística, la antropología, la psicología social, la teoría de la comunicación y las ciencias de la computación enriquece el análisis y evita reduccionismos. La herencia marxiana ofrece una brújula para situar los signos en el marco de las relaciones de producción, pero no clausura la investigación. La fidelidad no es repetición, sino desarrollo creador. Cada época plantea problemas nuevos y exige categorías ajustadas a su especificidad. El desafío actual radica en comprender cómo la digitalización masiva reconfigura la experiencia del tiempo, del espacio y del cuerpo, y cómo esas transformaciones impactan en la organización política.

Lo que logre ser la filosofía de la semiosis, concebida como práctica crítica, no promete soluciones inmediatas ni atajos heroicos. Propone un trabajo paciente de esclarecimiento y articulación. Paciente no significa lento en el sentido de indiferente a la urgencia, sino cuidadoso en la elaboración de diagnósticos. La impaciencia sin análisis puede ser funcional a la reproducción del sistema que se pretende combatir. Por eso el método combina la rigurosidad científica con la sensibilidad histórica, la lógica con la imaginación política. Imaginar no es fantasear sin anclaje, es proyectar posibilidades reales a partir de las tendencias existentes, identificar potencialidades latentes en las prácticas sociales emergentes.

En última instancia, la Revolución de las Conciencias es inseparable de la transformación de las condiciones materiales de vida. La semiosis crítica no sustituye la lucha económica y política, la acompaña y la potencia. Al clarificar los mecanismos simbólicos de la dominación, contribuye a fortalecer la organización colectiva y a evitar que la esperanza sea capturada por narrativas reaccionarias. En un mundo donde la crueldad puede presentarse como espectáculo y la mentira como estrategia rentable, la apuesta por una filosofía científica, lógica y dialéctica de la semiosis es una apuesta por la lucidez compartida. Lucidez no como privilegio de expertos, sino como capacidad socialmente distribuida para leer el mundo y reescribirlo. Allí reside su carácter humanista y su vocación emancipadora: en convertir el análisis de los signos en herramienta para la dignidad y en transformar la comprensión crítica en fuerza material capaz de disputar el rumbo de la historia.

En última instancia, este proyecto se sitúa en el cruce entre crítica de la economía política y crítica de la economía del signo. Allí donde la producción material y la producción

simbólica se entrelazan, la semiótica se redefine como práctica de desnaturalización y de apertura de posibilidades históricas. Pensar el sentido como conflicto es afirmar que ningún significado está definitivamente asegurado y que, en esa inestabilidad, reside también la potencia de lo nuevo.

Por lo tanto, esta aproximación no puede sino asumirse como anuncio de su propia radicalización futura. No se presenta como síntesis concluyente, sino como momento transitorio de un proceso que, si quiere ser fiel a su impulso crítico, debe intensificarse y reconfigurarse de manera permanente. En términos dialécticos, cada formulación alcanzada contiene ya el germen de su superación, no como negación destructiva, sino como desplazamiento que conserva, tensiona y reorganiza lo previamente pensado.

Desde nuestra perspectiva, toda teoría que aspire a intervenir en la realidad debe reconocerse histórica y económicamente situada y, por ello mismo, incompleta. La profundización no es un añadido externo, sino una exigencia interna que brota del carácter contradictorio del objeto mismo; las formaciones de sentido mutan con las transformaciones de las relaciones sociales, técnicas y políticas. Si el campo semiótico es escenario de antagonismos, ninguna elaboración conceptual puede pretender clausurarlo.

Hablar de ampliación filosófica permanente implica también asumir que la crítica es práctica colectiva. El pensamiento no se desarrolla en aislamiento, sino en diálogo, confrontación y disputa con otras lecturas, otras experiencias y otras luchas. Cada avance teórico demanda nuevas mediaciones, nuevos lenguajes y nuevas articulaciones capaces de captar dimensiones aún no tematizadas. La teoría, así concebida, no acumula simplemente contenidos; reordena su propia arquitectura a la luz de las tensiones emergentes.

Esta condición anunciativa no debilita la propuesta; por el contrario, la fortalece en tanto la inscribe en el mo-

vimiento real que pretende comprender y transformar. La fidelidad a la dialéctica exige renunciar a la ilusión de cierre. Sólo una teoría que se sabe inacabada puede mantenerse abierta a la historicidad de lo social y a la irrupción de lo inesperado. En esa apertura reside no una falta, sino su potencia crítica.

Este desarrollo de una filosofía de la semiosis exige desplazar el eje tradicional de la reflexión semiótica desde la descripción de sistemas de signos hacia la crítica de las condiciones históricas, materiales y sociales que hacen posible la producción, circulación y apropiación del sentido. No se trata de ampliar cuantitativamente el repertorio analítico, sino de transformar cualitativamente el estatuto mismo del problema. La semiosis no es un fenómeno accesorio superpuesto a una realidad previamente constituida, ni un simple proceso cognitivo individual, ni una combinatoria formal autónoma; es una dimensión constitutiva del metabolismo social mediante el cual los seres humanos producen su mundo y se producen a sí mismos en él. Pensar filosóficamente la semiosis implica, por tanto, situarla en el corazón de las relaciones sociales de producción y reconocer que todo acto de significación es, simultáneamente, una práctica material, una relación social y una toma de posición en el campo de fuerzas histórico.

Ninguna producción de sentido acontece en el vacío neutral. Está mediada por dispositivos técnicos, por instituciones, por formas de organización del trabajo y por estructuras de poder que determinan qué puede decirse, quién puede decirlo, bajo qué condiciones, con qué efectos y para quién. Los medios de producción simbólica —imprentas, escuelas, industrias culturales, plataformas digitales, redes de telecomunicación— no son meros canales transparentes; son condensaciones históricas de relaciones de clase que

estructuran el acceso a la palabra y la visibilidad pública. En consecuencia, una filosofía de la semiosis no puede limitarse a estudiar signos; debe interrogar los medios y modos de producción de sentido como parte integrante de la economía política general. Así como no hay mercancía sin relaciones sociales que la produzcan y la intercambien, no hay significado sin una trama material que lo sostenga, lo legitime y lo distribuya.

Desde esta perspectiva, la semiosis es inseparable de la lucha de clases. Cada formación social organiza un régimen de significación acorde con su estructura de dominación. Las clases dominantes no sólo controlan los medios materiales de producción; tienden también a controlar los medios de producción simbólica, configurando horizontes de inteligibilidad que naturalizan el orden existente. El sentido se vuelve entonces un terreno estratégico donde se disputa la hegemonía, no como simple manipulación ideológica, sino como configuración profunda de lo pensable, lo decible y lo imaginable. La lucha de clases atraviesa el lenguaje, las imágenes, las narrativas y los marcos interpretativos; no como un contenido externo que ocasionalmente se expresa en ellos, sino como una tensión estructural que los constituye.

Por eso, el análisis crítico de los medios, modos y relaciones de producción de sentido debe comenzar por reconocer que el trabajo semiótico es trabajo social. La creación de discursos, imágenes, conceptos y relatos implica tiempo, energía, saberes, tecnologías y organización colectiva. Sin embargo, en las sociedades capitalistas, este trabajo tiende a invisibilizarse bajo la forma fetichizada de productos culturales que aparecen como entidades autónomas, desvinculadas de las condiciones de su génesis. La obra circula como mercancía simbólica, y el proceso social que la produjo se

oculta tras la apariencia de espontaneidad o genialidad individual. El fetichismo no se limita a la mercancía material; alcanza también a los signos, que se presentan como portadores naturales de significados cuando en realidad son cristalizaciones de relaciones históricas.

Una filosofía de la semiosis debe desentrañar este fetichismo, mostrando que los significados no son propiedades intrínsecas de los objetos ni emanaciones puras de la conciencia, sino efectos de prácticas sociales estructuradas por relaciones de poder. El signo no es una entidad autosuficiente; es una mediación en un proceso más amplio de reproducción social. Su eficacia depende de instituciones que lo validan, de hábitos que lo incorporan y de marcos normativos que lo estabilizan. Al mismo tiempo, ningún régimen de significación es absoluto, toda estabilización es precaria, toda hegemonía es disputable. La semiosis es un campo dinámico donde se enfrentan proyectos históricos divergentes.

En la vastedad de la experiencia social humana, los significados no se presentan como entidades neutras, autónomas o invariables, sino como nodos de poder que circulan, se disputan, se reconfiguran y se transforman en función de las relaciones materiales, de las estructuras de dominación y de los entramados de conciencia que constituyen la vida colectiva. La semiosis, lejos de ser un mero juego formal de signos, emerge como campo de batalla, escenario de la hegemonía y de la resistencia, donde los discursos dominantes buscan naturalizar lo que no es natural, instaurar como incuestionable lo que es históricamente contingente y perpetuar la ideología de quienes controlan los medios de producción, los símbolos y los imaginarios colectivos. En esta perspectiva, no hay neutralidad en los signos, no hay inocencia en la palabra ni en la imagen, pues todo acto semiótico participa inevitablemente en la construcción, manteni-

miento o desestabilización de un orden social determinado. La disputa por el sentido, entonces, no es un ejercicio académico meramente abstracto, sino una dimensión estratégica de la lucha de clases, un instrumento de emancipación o de dominación, un territorio en el que se juega la posibilidad de transformar la percepción de la realidad y, con ello, la propia realidad misma.

Nuestra experiencia histórica muestra que los significados dominantes se sostienen mediante una red compleja de armamentos, contabilidades, instituciones, prácticas culturales, rituales mediáticos y discursos normativos, los cuales pretenden imprimir una lógica de inevitabilidad sobre las relaciones sociales, invisibilizando contradicciones esenciales, negando alternativas subalternas y naturalizando desigualdades. Sin embargo, en los intersticios de esta hegemonía surgen tensiones, resistencias y contrahegemonías que revelan la multiplicidad de sentidos posibles, la plasticidad de los símbolos y la capacidad de las colectividades para resignificar su mundo. El significado, entendido como núcleo de sentido social, es siempre un campo en disputa; es un punto de convergencia entre la experiencia concreta, la memoria histórica y las expectativas de transformación futura. En este entramado, los sujetos colectivos no son meros receptores pasivos de la ideología, sino agentes activos que pueden decodificar, reinterpretar y redirigir los significados hacia horizontes de emancipación, creando así una dialéctica viva entre estructura y conciencia, entre dominación y liberación.

No se trata de simplificar, sino de iluminar la complejidad; cada signo, cada gesto, cada símbolo porta en sí mismo capas de hegemonía y resistencia. Un discurso publicitario que promete bienestar puede, simultáneamente, consolidar la lógica de acumulación de capital y, en otro contexto, ser

resignificado por un colectivo crítico para exponer contradicciones, crear conciencia de explotación y estimular acciones transformadoras. Un texto histórico puede servir para reproducir la ideología dominante o, mediante lectura crítica y contextualización, activar una conciencia de clase capaz de cuestionar las narrativas oficiales y reconstruir los lazos de solidaridad. La semiótica crítica, por tanto, no es una herramienta de mero análisis descriptivo; es un instrumento de intervención estratégica, de educación y de emancipación, que articula teoría y praxis, reflexión y acción, significación y lucha.

Entonces, el eje central de esta aproximación reside en la noción de disputa por el sentido, entendida como el espacio en el que los significados se confrontan, cuestionados, resignificados y movilizados. La disputa por el sentido no es lineal ni simple; es dialéctica, plural, contradictoria y profundamente política. En ella, los nodos dominantes enfrentan nodos subalternos que buscan deconstruirlos, reconfigurarlos y, en última instancia, transformar la conciencia colectiva. Los significados no son estáticos; se mueven, se reconfiguran y emergen de manera contingente según las condiciones materiales, las luchas sociales y las capacidades interpretativas de los sujetos. Así, cada signo contiene simultáneamente la posibilidad de reproducción ideológica y la potencialidad emancipadora que puede subvertir la estructura misma de poder que lo produce. Esta doble condición, de dominación y de apertura a la transformación, convierte la semiosis en un terreno privilegiado de la lucha por la conciencia, la subjetividad y la acción colectiva.

Definición general

1. Sentido es la dimensión significativa, direccional e inteligible de algo: aquello por lo cual una palabra, una acción,

una experiencia o una realidad significa, orienta o tiene coherencia para un sujeto o dentro de una práctica social.

En términos amplios, el sentido puede entenderse como:

- La manera en que algo se da a la comprensión.
- La estructura de significado que hace inteligible un objeto, palabra o experiencia.
- La orientación o finalidad que organiza una acción o una vida.
- La dirección histórica o social que adquiere un proceso colectivo.

2. Enfoque lógico-semántico (filosofía analítica)

En la tradición inaugurada por Gottlob Frege, el sentido (Sinn) es el modo de darse de la referencia.

Frege distingue entre:

- Referencia (Bedeutung): el objeto al que un término apunta.
- Sentido (Sinn): la manera específica en que ese objeto es presentado.

Ejemplo clásico:

"Lucero del alba" y "lucero vespertino" tienen la misma referencia (el planeta Venus) pero distinto sentido. Aquí el sentido es una estructura conceptual que media entre lenguaje y mundo.

Posteriormente, Ludwig Wittgenstein reformula el problema:

En el Tractatus, el sentido de una proposición son sus condiciones de verdad.

En las Investigaciones filosóficas, el sentido es el uso en el lenguaje: "El significado de una palabra es su uso".

En este enfoque, el sentido no es algo psicológico, sino regla pública de uso.

3. Enfoque fenomenológico

En Edmund Husserl, el sentido es inseparable de la intencionalidad de la conciencia.

Toda conciencia es conciencia de algo.

El sentido es la estructura intencional mediante la cual el objeto aparece como algo determinado.

Aquí el sentido:

- No es simplemente lingüístico.
- Es constitutivo de la experiencia.
- Se forma en actos de conciencia (percepción, juicio, imaginación).

Más tarde, la fenomenología existencial (Heidegger, Merleau-Ponty) amplía el concepto: el sentido está ligado al estar-en-el-mundo, es decir, a una estructura existencial previa al lenguaje formal.

4. Enfoque hermenéutico

Para la tradición hermenéutica (Dilthey, Gadamer), el sentido es:

- Algo que se interpreta.
- Un resultado del diálogo entre texto, tradición e intérprete.
- Históricamente situado.

El sentido no es fijo ni puramente subjetivo; emerge en un horizonte histórico compartido.

5. Enfoque psicológico y existencial

En Viktor Frankl, el sentido es la orientación fundamental de la existencia humana.

El ser humano no sólo busca placer (Freud) ni poder (Adler), sino sentido.

Aquí el sentido es:

- Singular (cada persona tiene el suyo).

• Situacional (depende del momento concreto).
• Descubrible más que inventable.
• Es una dimensión ética y existencial.

6. Enfoque estructural y lingüístico

Desde el estructuralismo (Saussure), el sentido surge de:

• Relaciones diferenciales dentro de un sistema.
• Oposiciones estructurales.
• No es algo intrínseco a la palabra, sino que emerge de la red de diferencias.

7. Enfoque marxista

En la tradición marxista, el sentido se vincula con la praxis, la producción material y la estructura social.

En Karl Marx:

• El sentido no es meramente lingüístico ni subjetivo.
• Se enraíza en la actividad práctica y material del ser humano.
• Las ideas y significados están condicionados por las relaciones sociales de producción.

Desde esta perspectiva:

a) Sentido como praxis. El sentido de una acción no se define abstractamente, sino por su lugar en la estructura social y en la lucha de clases.

b) Sentido e ideología. El sentido puede estar distorsionado ideológicamente. Las representaciones dominantes expresan los intereses de la clase dominante.

c) Sentido histórico

La historia tiene una dirección material (según el materialismo histórico), determinada por el desarrollo de las fuerzas productivas y las contradicciones de clase.

En el marxismo occidental (Lukács, Gramsci), el sentido también se analiza en términos de:

• Conciencia de clase
• Hegemonía cultural
• Totalidad social
• El sentido no es neutral: está atravesado por poder y conflicto.

Definición integradora
El sentido puede definirse como: La estructura significativa mediante la cual algo se vuelve inteligible, orientado y situado, ya sea en el lenguaje, en la conciencia, en la existencia individual o en la práctica histórico-social.

1. ¿Qué es filosóficamente una disputa?
En términos generales, la disputa es una forma estructurada de confrontación entre posiciones que reclaman validez (verdad, justicia, legitimidad o sentido).

Puede adoptar varias formas:
• Lógica: confrontación de argumentos.
• Dialéctica: tensión entre tesis opuestas.
• Retórica: lucha por persuadir.
• Política: lucha por el poder o la hegemonía.
• Histórica-social: conflicto estructural entre fuerzas materiales.

La disputa no es sólo desacuerdo: es una estructura constitutiva de la racionalidad y de la vida social.

2. Genealogía filosófica
Grecia clásica
• Sofistas. La disputa es técnica de persuasión. La verdad se subordina a la eficacia retórica.
• Sócrates. Introduce la disputa como método crítico (elenchos): el diálogo busca revelar contradicciones.
• Platón. La dialéctica es ascenso hacia la verdad. La disputa correcta es pedagógica.

• Aristóteles. Formaliza la disputa en:
• Lógica (silogística)
• Tópicos (argumentación probable)
• Retórica (persuasión)
• Aquí nace la teoría sistemática del debate racional.

Edad Media

Las disputas escolásticas institucionalizan la disputa como método universitario:

• Presentación de objeciones
• Respuesta
• Solución articulada
• La disputa es método de clarificación doctrinal.

Modernidad

• Thomas Hobbes. La disputa política es lucha por poder en estado de naturaleza.
• Immanuel Kant. Introduce la idea de antinomias de la razón: la razón entra en conflicto consigo misma. La disputa no es accidental; es estructural a la razón.

3. La gran transformación: la dialéctica

• Georg Wilhelm Friedrich Hegel. La disputa se convierte en motor ontológico de la realidad. Tesis-Antítesis-Síntesis (esquema simplificado): Añadir siempre segunda negación.
• El conflicto es productivo.
• La negatividad impulsa el desarrollo del espíritu. Aquí la disputa deja de ser sólo método y se vuelve estructura del ser y de la historia.

4. Escuela marxista

• Karl Marx. Materializa la dialéctica:

• La disputa central es lucha de clases.
• No es debate intelectual, sino conflicto material.
• La contradicción es económica y estructural.
Elementos clave:
a) Contradicción estructural: capital vs. trabajo.
b) Disputa ideológica. Las ideas dominantes expresan intereses de clase.
c) Praxis. La disputa no se resuelve en teoría, sino en transformación material.
Marxismo occidental
• Lukács: disputa como conciencia de clase.
• Gramsci: disputa como lucha por hegemonía cultural.
• Escuela de Frankfurt: disputa como crítica a la razón instrumental.
• La disputa se desplaza al terreno cultural y simbólico.

5. Filosofía política contemporánea

• Hannah Arendt. La política es espacio de aparición plural. La disputa es constitutiva de la acción pública.
• Jürgen Habermas
Propone la ética del discurso: La disputa ideal es racional y libre de coerción. Se orienta al consenso. Aquí la disputa es racionalmente regulable.
• Chantal Mouffe. Critica el ideal de consenso: La política es inherentemente conflictiva. Propone "agonismo" en lugar de consenso total.

6. Perspectivas actuales

Hoy la disputa se estudia desde varios enfoques:

Teoría de la argumentación (Perelman, Toulmin)

• La disputa es estructura retórica regulada.

Teoría crítica

- Conflicto como denuncia de dominación estructural.

Filosofía analítica del desacuerdo

- Analiza desacuerdos persistentes racionales.
- Estudios sobre polarización
- Disputa como fragmentación epistémica.

Teoría del conflicto social

- Desde sociología y ciencia política: disputa como fenómeno estructural permanente.

7. Tipología filosófica de la disputa

Podemos distinguir: Tipo, Naturaleza, Lógica, Contradicción formal, Epistémica, Conflicto de creencias, Dialéctica, Negatividad productiva, Ideológica, Lucha por sentido, Política, Lucha por poder, Histórica, Contradicción estructural, Tecnológica.

8. Síntesis conceptual

La disputa puede entenderse como: Una estructura de confrontación entre pretensiones de validez que puede adoptar forma argumentativa, dialéctica, política o material, y que en muchas tradiciones no es un accidente, sino el motor mismo del desarrollo racional, histórico o social.

Así la crítica a la semiótica funcionalista y estructuralista se torna ineludible en este contexto, pues estas aproximaciones, al centrarse en la forma, la estructura o la función de los signos como sistemas abstractos, pierden de vista las relaciones sociales de producción y las tensiones de clase que atraviesan toda significación. La semiótica funcionalista pretende explicar los signos por su eficiencia comunicativa, ignorando la dimensión histórica y política que

los atraviesa, mientras que el estructuralismo los analiza como sistemas de diferencias cerrados, desvinculados de la praxis social y de la lucha por el sentido. En ambos casos, se produce un desplazamiento crítico: la semiosis queda despojada de su dimensión política, reducida a un juego formal que oculta la disputa real por el control de la conciencia y la transformación de la sociedad. La semiótica crítica, por el contrario, ubica el análisis en la confluencia de lo ideológico, lo material y lo subjetivo, integrando la historia, la lucha de clases, la cultura y la acción colectiva como variables inseparables de cualquier proceso de significación.

Si se adopta una perspectiva verdaderamente dialéctica y no meramente historiográfica, la historia de la semiosis no debe narrarse como progreso conceptual del "signo" ni como perfeccionamiento de modelos explicativos, sino como transformación material de las formas de mediación que estructuran la vida social. El signo no es, en primer término, una entidad lógica ni una función estructural, sino una práctica históricamente situada mediante la cual los seres humanos organizan su metabolismo con la naturaleza y entre sí. La semiosis no flota sobre la historia: es una dimensión constitutiva de los modos de producción, de las luchas sociales y de las tecnologías que configuran la experiencia.

En las sociedades arcaicas, la marca, el gesto ritual, la señal territorial o el emblema tribal no son "representaciones" de una realidad previa; son operaciones que instituyen orden. El signo aquí no es reflejo, es acción condensada. En la Grecia clásica, cuando Aristóteles sistematiza la relación entre palabra, afección psíquica y cosa, está formalizando una separación que corresponde a una sociedad donde la división entre trabajo manual y trabajo intelectual ya se ha consolidado. La mediación mental se autonomiza porque la praxis social ya está escindida. La teoría del signo es inseparable de esa escisión histórica.

Los mapas de significado en este enfoque no son lineales ni unidimensionales; son redes complejas donde los nodos representan discursos, símbolos o prácticas culturales, y las conexiones revelan relaciones de poder, tensiones ideológicas y potenciales de resignificación. Cada nodo es susceptible de ser resignificado por actores subalternos, generando contrahegemonías que disputan la naturalización de los significados dominantes. La visualización de estas redes permite a los sujetos colectivos identificar puntos estratégicos de intervención, espacios de resistencia y oportunidades para amplificar la conciencia crítica. La complejidad del entramado refleja la riqueza de la experiencia social, evitando la trampa del simplismo y permitiendo que la herramienta sea aplicable tanto en análisis teóricos como en talleres de base, donde los participantes pueden explorar, mover, conectar y resignificar los significados en función de su experiencia y de su horizonte de transformación.

Nuestra revolución de las conciencias se convierte, en este marco, en el objetivo último de la semiótica crítica; no basta con analizar o interpretar, sino que cada ejercicio de significación debe orientarse hacia la posibilidad de modificar la percepción, los valores y las prácticas sociales. La conciencia no es una abstracción; es la forma en la que los sujetos comprenden su posición en la estructura social, sus relaciones con los otros y su capacidad de actuar colectivamente. La disputa por el sentido, entonces, no es un mero juego intelectual, sino un instrumento de empoderamiento que articula análisis crítico, memoria histórica y acción transformadora. Cada signo resignificado, cada discurso cuestionado y cada símbolo reinterpretado contribuye a abrir espacios de libertad cognitiva, a generar conciencia de clase y a fortalecer la capacidad de los colectivos para intervenir en la realidad y modificarla según principios de justicia y solidaridad.

Por eso el abordaje metodológico se sostiene sobre tres pilares esenciales; primero, la centralidad de la lucha de clases en la configuración de los significados, entendiendo que los símbolos no existen fuera de las relaciones sociales de producción y que su poder ideológico depende de la capacidad de los grupos dominantes para reproducir su hegemonía; segundo, la dialéctica entre dominación y resistencia, que permite identificar simultáneamente la función ideológica de los signos y su potencial emancipador; y tercero, la interacción entre teoría y praxis, que transforma el análisis crítico en herramienta de acción, aprendizaje colectivo y creación de conciencia. Cada ejercicio semiótico se convierte así en un espacio donde se entrelazan conocimiento, poder, historia y posibilidad de transformación, un terreno donde los signos son instrumentos de lucha y los sujetos son agentes activos de resignificación.

Para eso el vocabulario y la formulación conceptual buscan reflejar la luminosidad de la experiencia social, la riqueza de la dialéctica histórica y la profundidad de la reflexión crítica, términos como hegemonía, contrahegemonía, dominación simbólica, potencial emancipador, redes de sentido, lucha de conciencias, intersticios de resistencia, resignificación histórica, nodos subalternos, tensión ideológica y praxis transformadora se despliegan como herramientas analíticas que permiten pensar la complejidad de la vida social y la semiosis en su dimensión política, ética y estratégica. El conocimiento se construye de manera colectiva, dinámica y crítica, evitando la linealidad y el reduccionismo, y abriendo la posibilidad de que los sujetos experimenten directamente la relación entre análisis, interpretación y acción.

En última instancia, la obra de la semiótica crítica en este marco es la construcción de una herramienta de eman-

cipación cognitiva, capaz de articular la observación minuciosa de los signos con la comprensión de las estructuras de poder, la identificación de resistencias y la creación de conciencia colectiva. La disputa por el sentido se convierte en la matriz de toda intervención ética y política, en el espacio donde la teoría se convierte en acción y la acción en transformación. Cada signo resignificado, cada mapa de significados construido colectivamente, cada red de relaciones visualizada, se transforma en un paso hacia la liberación, hacia la ruptura de los sentidos naturalizados y hacia la formación de sujetos capaces de comprender, cuestionar y transformar su mundo. Así, la semiótica crítica deja de ser una disciplina académica encerrada en libros y se convierte en instrumento vivo de pensamiento y acción, capaz de generar la Revolución de las Conciencias y de articular la posibilidad concreta de cambiar la sociedad desde los fundamentos de la experiencia, la historia y la praxis colectiva.

No puede concebirse la semiosis como un fenómeno aislado, reducido a la circulación de signos o a la estructura formal de un lenguaje; es, por el contrario, un tejido vivo que atraviesa la totalidad de la experiencia histórica, social y cultural. Cada signo, cada imagen, cada gesto se inscribe en un entramado donde confluyen intereses, contradicciones y proyecciones futuras, y es en este tejido donde se establece la relación entre poder y conciencia, entre ideología y posibilidad de transformación. La realidad social se manifiesta como un campo semiótico en el que los sentidos no se entregan sin conflicto, sino que se producen, disputan y resignifican en medio de tensiones que atraviesan lo simbólico y lo material. Cada acto de significación, aunque aparentemente menor, participa de la articulación del poder y, al mismo tiempo, de la potencialidad de resistencia. Así, la semiótica deja de ser un instrumento de descripción neutra

y se convierte en herramienta de análisis estratégico, capaz de iluminar los mecanismos mediante los cuales los grupos dominantes reproducen su hegemonía y los modos en los que los sujetos subalternos pueden articular contrahegemonías, resignificaciones y transformaciones sociales.

Y los significados dominantes suelen presentarse como inevitables, como verdades universales o naturales, pero son, en rigor, construcciones históricas que consolidan relaciones de explotación y jerarquización. La función ideológica de estos significados es doble: por un lado, legitiman la posición de quienes detentan el poder material y simbólico; por otro, moldean la percepción de la realidad de los sujetos, condicionando expectativas, deseos y aspiraciones. No obstante, en los intersticios de esta hegemonía, surgen espacios de incertidumbre, ambigüedad y contradicción que permiten que los significados sean reinterpretados, resignificados y subvertidos. Estos intersticios no son simples vacíos, sino territorios de potencialidad donde la conciencia puede ser despertada, donde la percepción de injusticia se traduce en debate, reflexión y acción. La lucha por el sentido se despliega precisamente en estos márgenes, en la confrontación entre lo instituido y lo emergente, entre la norma impuesta y la creatividad colectiva, entre la estructura dominante y la subjetividad que la cuestiona.

El proceso de resignificación no ocurre de manera lineal, sino que es un flujo dinámico, multidimensional y recursivo. Cada signo resignificado puede provocar cambios en otros nodos de significado, generar ecos, multiplicar interpretaciones y abrir rutas de acción inesperadas. Las redes semióticas, vistas desde este enfoque, se parecen a sistemas complejos donde cada elemento influye en los demás, donde la resistencia se propaga, donde la conciencia crítica se expande y donde los signos subalternos pueden ganar

fuerza y visibilidad hasta transformarse en instrumentos de reorganización social. No hay un principio único que determine cómo se desplegarán estos procesos; dependen del contexto histórico, de la acumulación de experiencias colectivas y del grado de articulación entre sujetos conscientes de su posición social. La práctica semiótica crítica consiste, entonces, en identificar estos nodos estratégicos, mapear las tensiones existentes y articular esfuerzos para fortalecer la capacidad transformadora de los sujetos y los colectivos.

Un análisis crítico de la semiótica hegemónica revela sus límites: el funcionalismo reduce los signos a instrumentos de cohesión social, ignorando los conflictos, las resistencias y las contradicciones históricas; el estructuralismo abstrae los sistemas de significación de las condiciones materiales de existencia, desconectando la semiosis de la praxis, de la historia y de la lucha de clases. Ambas perspectivas presentan una semiosis fría, desvinculada de la acción y de la posibilidad de transformación, y por ello son insuficientes para quienes buscan comprender cómo los significados participan activamente en la construcción o desarticulación de relaciones de poder. La semiótica crítica marxista, por el contrario, parte de la premisa de que todo signo es político, de que todo significado está atravesado por relaciones sociales y de que toda resignificación es un acto de intervención en la realidad. Desde esta perspectiva, los signos no sólo comunican, sino que transforman, movilizan, educan y disputan la conciencia.

Así la Revolución de las Conciencias se manifiesta como un proceso simultáneamente intelectual, cultural y práctico. No se limita a la transmisión de conocimientos o a la adquisición de información; implica la internalización crítica de las estructuras de poder, el reconocimiento de las contradicciones existentes, la comprensión de la interdependencia entre sujetos y la disposición a actuar colec-

tivamente para transformar las condiciones materiales y simbólicas de la vida. Cada ejercicio de análisis semiótico, cuando se realiza con profundidad y conciencia de clase, contribuye a este proceso revolucionario, ilumina patrones de dominación, revela oportunidades de resistencia, abre caminos para la acción y genera nuevas formas de imaginar y construir la sociedad. La disputa por el sentido no es un objetivo secundario, sino el núcleo de toda estrategia emancipadora, pues es en la esfera de la significación donde se forman los imaginarios que guiarán la acción concreta, la organización social y la transformación cultural.

Entonces, la dimensión pedagógica de esta aproximación es igualmente profunda; al llevar la semiótica crítica a talleres, colectivos o espacios populares, se busca no sólo transmitir conocimiento, sino crear entornos donde los participantes puedan intervenir activamente en la construcción de significados. Los signos, las imágenes, los discursos y las prácticas culturales se convierten en objetos de reflexión colectiva, en nodos sobre los cuales los sujetos pueden actuar, dialogar y reconfigurar el sentido. Esta metodología promueve la autonomía cognitiva, la creatividad interpretativa y la capacidad de acción, generando colectivos capaces de reconocer las contradicciones de su entorno, elaborar alternativas, cuestionar imposiciones ideológicas y transformar la percepción y la realidad social en la que viven.

En la práctica, la semiótica crítica no se limita a la teoría; se materializa en la construcción de mapas de significados, en la identificación de nodos estratégicos de resistencia, en la visualización de redes de poder y en la articulación de acciones colectivas que trascienden el aula o el laboratorio. Cada signo resignificado, cada discurso cuestionado, cada símbolo reinterpretado contribuye a la expansión de la conciencia crítica, a la creación de estrategias de moviliza-

ción y a la apertura de espacios de transformación social. La experiencia demuestra que los significados pueden ser herramientas de control o instrumentos de liberación, y que la capacidad de los sujetos para intervenir en la semiosis determina, en gran medida, su posibilidad de emancipación.

Así, el desafío de esta aproximación radica en su capacidad de integrar teoría, historia, práctica y proyección futura en un solo flujo dinámico. La semiosis se entiende como un proceso vivo, multidimensional, contradictorio y transformador; la disputa por el sentido como la arena central de la lucha social; y la conciencia crítica como la fuerza capaz de convertir la interpretación en acción y la acción en cambio. En este entramado, cada signo es un horizonte de posibilidad, cada significación resignificada es un acto de libertad y cada reflexión crítica es un paso hacia la Revolución de las Conciencias. La semiótica crítica, en su dimensión marxista, no sólo analiza el mundo, sino que participa en su transformación, iluminando caminos para que los sujetos comprendan su lugar en la historia y se conviertan en agentes activos de la construcción de un mundo más justo, solidario y consciente.

Pensar críticamente los medios de producción de sentido implica examinar la concentración de la propiedad y el control de las infraestructuras comunicacionales. En la medida en que el capital monopoliza plataformas y tecnologías, la circulación del sentido se subsume en la lógica de la valorización. La atención, la información y la experiencia se convierten en recursos explotables. La producción simbólica se integra a cadenas globales de acumulación, donde algoritmos, métricas y modelos de negocio condicionan las formas mismas de expresión. El resultado no es simplemente un cambio técnico, sino una reconfiguración del espacio público y de la subjetividad. Las mediaciones digitales no

sólo transmiten significados; modelan prácticas, temporalidades y formas de percepción.

Esta subsunción de la semiosis a la lógica del capital genera nuevas modalidades de alienación. Si la alienación clásica se vinculaba a la separación del trabajador respecto del producto de su trabajo, hoy asistimos a una alienación ampliada que afecta también la producción de sentido. Los sujetos participan activamente en la generación de contenidos, datos y narrativas que se apropian, procesados y monetizados por estructuras que escapan a su control. El lenguaje mismo deviene recurso explotable, y la interacción cotidiana se integra a circuitos de acumulación. La experiencia comunicativa se reconfigura como trabajo difuso, frecuentemente no reconocido, cuya plusvalía simbólica es capturada por plataformas y corporaciones.

Frente a esta situación, una filosofía de la semiosis no puede limitarse a describir los mecanismos de dominación; debe orientarse hacia la transformación de las condiciones que los sustentan. Esto supone articular una crítica radical de la economía política del signo con una praxis emancipadora. La disputa por el sentido no es una cuestión meramente discursiva; está anclada en estructuras materiales que deben ser modificadas. Democratizar la producción de sentido implica cuestionar la propiedad privada de los medios de comunicación, promover formas cooperativas de creación y garantizar el acceso universal a las herramientas simbólicas.

Sin embargo, la transformación no puede reducirse a un cambio en la titularidad de los medios. Es necesario problematizar también los modos de producción de sentido, es decir, las formas organizativas, los criterios de validación y los hábitos perceptivos que configuran la experiencia. La crítica debe alcanzar la naturalización de categorías que reproducen jerarquías, exclusiones y desigualdades. Las

matrices coloniales, patriarcales y racistas atraviesan los regímenes de significación y reproducen formas específicas de alienación. Una semiosis emancipadora debe desarticular estas matrices, no como añadido temático, sino como dimensión estructural de su proyecto.

Porque la relación entre lucha de clases y disputa por el sentido se manifiesta en la batalla por la interpretación de la realidad. Cada acontecimiento es objeto de narrativas en competencia que buscan imponer marcos de inteligibilidad. La clase dominante tiende a universalizar su perspectiva, presentándola como neutral o natural. Las clases subalternas, en cambio, deben construir contranarrativas que visibilicen la historicidad y la contingencia del orden existente. Esta construcción no es espontánea; requiere organización, formación crítica y articulación colectiva. La conciencia de clase no surge automáticamente de la posición objetiva en el proceso productivo; se configura también en el terreno simbólico.

Esta filosofía de la semiosis debe, por ello, examinar la dialéctica entre estructura y conciencia, entre condiciones materiales y formas simbólicas. No se trata de reducir el sentido a un mero reflejo de la base económica, ni de otorgarle autonomía absoluta. La relación es de mediación recíproca; las estructuras materiales condicionan los regímenes de significación, pero estos, a su vez, inciden en la reproducción o transformación de aquellas. La hegemonía se sostiene tanto en la coerción material como en el consenso simbólico; la emancipación requiere intervenir en ambos planos.

Y así la necesidad de un humanismo de nuevo género emerge en este contexto como exigencia histórica. No se trata de retornar a concepciones abstractas del sujeto universal, sino de afirmar la centralidad de la dignidad humana frente a todas las formas de cosificación. El humanismo aquí

propuesto es radicalmente histórico y materialista, reconoce que la humanidad se construye socialmente y que su realización depende de la superación de las relaciones de explotación y dominación. La semiosis juega un papel crucial en esta construcción, pues es a través del lenguaje y de los símbolos que los seres humanos se reconocen, se narran y proyectan horizontes comunes.

Combatir la alienación y el fetichismo en el ámbito simbólico implica restituir la conciencia de que los significados son obra colectiva y, por tanto, transformables. El fetichismo del signo consiste en atribuir a las formas simbólicas un poder autónomo, desvinculado de la praxis social. Este fetichismo puede adoptar la forma de idolatría mediática, de culto a marcas o de sacralización de discursos oficiales. Desmontarlo requiere revelar las relaciones sociales que se esconden tras la apariencia de neutralidad. La crítica semiótica debe convertirse en pedagogía política, capaz de desnaturalizar lo dado y abrir espacio para la imaginación transformadora.

Y la excelencia dialéctica de esta empresa radica en asumir la contradicción como motor del pensamiento. No hay desarrollo lineal ni síntesis definitiva; hay tensiones que impulsan el movimiento conceptual y práctico. La filosofía de la semiosis debe ser consciente de su propia historicidad y evitar la tentación de erigirse en sistema cerrado. Su coherencia no proviene de la rigidez dogmática, sino de la fidelidad a la dinámica real de los procesos sociales. Cada categoría debe ser puesta a prueba en la confrontación con la experiencia histórica y revisada a la luz de nuevas contradicciones.

En este sentido, el desarrollo de una filosofía de la semiosis es inseparable de la práctica política y cultural. No es un ejercicio contemplativo, sino una intervención en el

campo de fuerzas donde se disputa la orientación del devenir social. Pensar críticamente los medios, los modos y las relaciones de producción de sentido es participar activamente en la transformación de esas relaciones. La teoría no se sitúa fuera del proceso; es uno de sus momentos. Su eficacia depende de su capacidad para articularse con movimientos sociales, prácticas educativas y proyectos colectivos que encarnen los valores de justicia, igualdad y solidaridad.

Sabemos que la emancipación semiótica no es un acontecimiento puntual, sino un proceso continuo de reapropiación del sentido por parte de quienes lo producen. Supone crear espacios donde la palabra no esté subordinada a la rentabilidad, donde la comunicación no sea mercancía y donde la creatividad no esté encadenada a la lógica del lucro. Implica también desarrollar capacidades críticas que permitan identificar las operaciones ideológicas y resistir la colonización de la imaginación. La formación de sujetos capaces de interpretar y transformar su mundo es condición indispensable para cualquier proyecto emancipador.

En última instancia, una filosofía de la semiosis se orienta hacia la construcción de un orden social en el que la producción de sentido esté al servicio de la realización humana y no de la acumulación de capital. Esto requiere reconfigurar las bases materiales de la comunicación y promover formas democráticas de gestión de los medios simbólicos. La lucha contra la alienación y el fetichismo no es sólo negativa; es afirmación de la capacidad colectiva para crear significados que expresen experiencias, necesidades y aspiraciones compartidas. La semiosis, liberada de la subordinación a la lógica mercantil, puede convertirse en espacio de encuentro, reconocimiento y construcción de lo común.

Tal proyecto no ignora las dificultades ni las resistencias que enfrenta. La concentración del poder simbólico y la

internalización de hábitos alienados constituyen obstáculos reales. En cambio, la historia muestra que ningún régimen de significación es inmutable. Las crisis económicas, políticas y ecológicas abren fisuras en las narrativas dominantes y generan condiciones para la emergencia de nuevas interpretaciones. La tarea de una filosofía de la semiosis es contribuir a que esas fisuras se conviertan en procesos conscientes de transformación, articulando crítica y propuesta, análisis y praxis.

Para eso el desarrollo aquí esbozado no pretende clausurar el debate, sino profundizarlo. La semiosis es un campo de conflicto donde se juega la orientación del futuro. Pensarla filosóficamente desde una lógica dialéctica rigurosa es asumir la responsabilidad de intervenir en ese conflicto con herramientas conceptuales sólidas y con compromiso ético-político. Sólo así la reflexión sobre el sentido dejará de ser ejercicio académico para convertirse en parte activa de la lucha por una sociedad libre de explotación, alienación y fetichismo, donde la producción simbólica sea expresión de una humanidad reconciliada consigo misma y con su mundo.

Valorar el alcance de esta contribución en nuestro tiempo exige situarla frente al diagnóstico histórico formulado por el Informe MacBride, elaborado para la UNESCO bajo la presidencia de Seán MacBride. Aquel informe advirtió tempranamente sobre el acelerado proceso de concentración monopólica de los medios de comunicación, la asimetría estructural en los flujos internacionales de información y el riesgo de una homogeneización cultural que erosionara la pluralidad democrática. Lo que en 1980 aparecía como tendencia preocupante hoy se ha profundizado bajo formas tecnológicamente sofisticadas y globalmente integradas, confirmando la vigencia estructural de aquel problema.

Está claro que el señalamiento central del Informe consistía en que la concentración de la propiedad mediá-

tica no era un fenómeno meramente empresarial, sino una cuestión política de alcance civilizatorio. La comunicación, al convertirse en eje estratégico del desarrollo social, no podía quedar librada a la lógica exclusiva del mercado sin comprometer la diversidad de voces y la soberanía cultural de los pueblos. Cuatro décadas después, la digitalización y la financiarización han intensificado ese proceso: conglomerados transnacionales controlan infraestructuras, plataformas, datos y circuitos publicitarios que organizan la visibilidad global. La concentración ya no se limita a cadenas de televisión o agencias de noticias; se extiende a arquitecturas algorítmicas que median la experiencia cotidiana de miles de millones de personas.

En este contexto, la contribución de una filosofía de la semiosis crítica adquiere un alcance estratégico. Si el Informe MacBride diagnosticó una desigualdad estructural en la distribución de la palabra, la reflexión aquí desarrollada permite comprender que esa desigualdad no es sólo cuantitativa —quién emite más, quién llega más lejos—, sino cualitativa: qué marcos interpretativos se imponen, qué narrativas se legitiman, qué sensibilidades se normalizan. La concentración monopólica no produce únicamente centralización económica; produce también estandarización simbólica. La llamada "dictadura del discurso único" no opera como censura explícita, sino como reducción progresiva del horizonte de lo pensable.

Nuestra lógica dialéctica permite analizar esta situación evitando simplificaciones. No se trata de afirmar una uniformidad absoluta —pues la proliferación de contenidos puede sugerir pluralidad—, sino de indagar las condiciones estructurales que jerarquizan, priorizan y monetizan ciertas expresiones en detrimento de otras. La multiplicidad aparente puede coexistir con una homogeneidad profunda en los marcos de inteligibilidad. El discurso único no es necesa-

riamente un mensaje idéntico repetido, sino una matriz que define los límites del debate legítimo. Así, la concentración económica se traduce en concentración de poder semiótico.

Porque la vigencia del problema señalado en 1980 se manifiesta también en la transformación del trabajo comunicacional. La precarización laboral en el sector, la dependencia de modelos publicitarios y la subordinación a métricas de rentabilidad condicionan los contenidos producidos. El periodista, el creador audiovisual, el programador o el moderador de contenidos operan dentro de estructuras empresariales que fijan agendas y prioridades. La autonomía profesional se reduce cuando la supervivencia económica depende de la alineación con intereses corporativos. En consecuencia, la disputa por el sentido se inscribe en relaciones de producción específicas que delimitan la libertad efectiva de expresión.

Se entiende que la aportación filosófica aquí considerada amplía el horizonte del Informe MacBride al integrar la crítica de la concentración mediática en una teoría general de la producción social de sentido. Mientras el Informe reclamaba un Nuevo Orden Mundial de la Información y la Comunicación, esta perspectiva indaga las mediaciones profundas que articulan infraestructura, propiedad, tecnología y subjetividad. No se limita a proponer reformas institucionales; propone desnaturalizar la forma misma en la que el capital organiza la semiosis. La concentración no es un accidente corregible con regulaciones parciales; es una tendencia inherente a la dinámica de acumulación que busca controlar no sólo bienes materiales, sino también flujos simbólicos.

En nuestro tiempo, la "dictadura del discurso único" adopta formas más sutiles y descentralizadas. Los algoritmos de recomendación, la economía de la atención y la seg-

mentación publicitaria configuran burbujas informativas que refuerzan creencias preexistentes y fragmentan el espacio público. Paradójicamente, la hiperconectividad puede coexistir con la clausura del diálogo. La pluralidad formal de plataformas no garantiza diversidad sustantiva si las reglas de visibilidad responden a criterios comerciales opacos. El resultado es una arquitectura comunicacional donde la lógica del beneficio condiciona la circulación de la verdad.

Frente a ello, la filosofía de la semiosis aporta una herramienta crítica capaz de articular economía política y análisis del discurso en una misma matriz conceptual. Permite comprender que la lucha contra la concentración mediática no es sólo una batalla jurídica o regulatoria, sino una lucha por democratizar los procesos de producción de sentido. Esto implica cuestionar la propiedad privada de las infraestructuras comunicacionales, promover modelos cooperativos y públicos de gestión y fortalecer la alfabetización crítica que permita a los sujetos reconocer las operaciones ideológicas en juego.

Notas históricas

En China, los debates sobre la rectificación de los nombres asociados a Confucio no son discusiones semánticas abstractas: son intervenciones sobre el orden político. Nombrar correctamente significa estabilizar jerarquías y funciones sociales. La semiosis es instrumento de gobierno. El conflicto en torno a los nombres revela que el signo participa directamente en la organización del poder. No hay neutralidad ontológica del lenguaje; hay regulación simbólica del cuerpo social.

La Edad Media cristiana, en figuras como Agustín de Hipona, universaliza el signo porque la realidad entera se concibe como creación significativa. Sin embargo, esta uni-

versalización no es simplemente metafísica: corresponde a una formación social donde la Iglesia monopoliza la interpretación legítima. Controlar el signo es controlar la verdad. La exégesis no es sólo método hermenéutico, es tecnología institucional de autoridad.

La ruptura moderna no debe entenderse como "descubrimiento" de la subjetividad, sino como desplazamiento del eje semiótico hacia el individuo propietario. Cuando John Locke define las palabras como signos de ideas, está inscribiendo la significación en el horizonte del sujeto liberal. La interiorización del sentido refleja la consolidación de una sociedad donde la propiedad privada y la autonomía jurídica del individuo son principios organizadores. El signo se privatiza como la tierra y el trabajo.

El análisis de Karl Marx rompe esa ilusión al mostrar que la forma-mercancía es una estructura semiótica objetiva. El valor no es cualidad física, sino relación social abstracta que adopta forma sensible. La mercancía es signo materializado: condensa trabajo social y lo presenta como propiedad natural del objeto. La dialéctica del fetichismo revela que la semiosis puede cristalizarse en estructuras que se autonomizan frente a sus productores. No se trata de "errores de interpretación", sino de formas históricas en las que la mediación simbólica se solidifica en instituciones, precios, contratos y aparatos estatales. La semiosis capitalista produce un mundo donde lo abstracto gobierna lo concreto.

En este marco, la contribución de Valentín Volóshinov adquiere un sentido radical: el signo es el terreno mismo de la lucha de clases. No existe significado fuera de la interacción social conflictiva. Cada palabra es un cruce de acentos valorativos. La conciencia no precede al signo; se forma en él. Así, la semiosis no es superestructura pasiva, sino campo dinámico donde se disputan hegemonías. La ideología no es falsa representación; es organización material del sentido.

Una visión audaz exige reconocer que cada régimen técnico produce un régimen semiótico específico. La escritura alfabética, la imprenta, el dinero fiduciario, la fotografía, el cine, la red digital y el algoritmo no son simples soportes; reconfiguran la estructura misma de la experiencia. La abstracción financiera contemporánea intensifica la lógica señalada por Marx: signos que operan sobre signos, valores que circulan sin soporte material inmediato, datos que gobiernan conductas. La semiosis se convierte en infraestructura.

Así, la semiosis, entendida dialécticamente, es el proceso por el cual la humanidad exterioriza su actividad en formas simbólicas que luego retornan como condiciones objetivas de su existencia. Es creatividad y alienación, producción y fetichización, conflicto y posibilidad. Una filosofía no sesgada debe asumir esa ambivalencia estructural y reconocer que el problema del signo es, en última instancia, el problema de la historicidad misma de la realidad social. La historia de la filosofía de la semiosis no aparece como una mera acumulación de teorías del signo, sino como una serie de transformaciones en la comprensión de la mediación misma entre realidad, conciencia y praxis.

Nuestro punto de partida no es simplemente la pregunta "¿qué es un signo?", sino una tensión originaria: cómo lo ausente puede operar en lo presente. En la Grecia clásica, la discusión entre naturalismo y convencionalismo en Platón no es un debate lingüístico aislado, sino una confrontación entre dos ontologías: si el nombre participa del ser o si es producto de una decisión humana. Aristóteles desplaza el problema hacia la mediación psíquica: el signo no remite directamente a la cosa, sino a una afección del alma. Aquí surge una primera dialéctica: la cosa no es inmediatamente pensable; necesita mediación. El signo es ya negatividad operativa.

Los estoicos radicalizan esa mediación al introducir el lekton como entidad incorpórea: ni palabra ni cosa, sino sentido. Esta tercera instancia rompe el dualismo ingenuo y anticipa una estructura triádica donde el significado no es sustancia, sino relación. La dialéctica aquí es ontológica: lo incorpóreo sostiene lo corpóreo.

En India, el debate entre atomismo lingüístico y holismo semántico en torno a Bhartrhari introduce una dialéctica entre fragmento y totalidad. El sphota no es suma de sonidos, sino irrupción de sentido como totalidad que se despliega temporalmente. Aquí la semiosis no es representación de algo previo, sino emergencia estructural. La realidad se vuelve inteligible en el acto mismo de su articulación lingüística.

En China, las paradojas de Gongsun Long no son meros juegos lógicos: revelan la inestabilidad entre clasificación y existencia. "Caballo blanco" muestra que el signo crea una diferencia que la percepción no impone por sí sola. La dialéctica se desplaza al terreno de la distinción: nombrar es separar; separar es constituir mundo.

En la Edad Media, Agustín de Hipona universaliza el signo como estructura de toda cognición. Pero la tensión ya no es sólo epistemológica, sino teológica: el mundo mismo es signo de lo divino. La realidad creada es significativa. La semiosis se vuelve cósmica. Sin embargo, esta universalización mantiene una jerarquía vertical: el sentido último está garantizado trascendentemente.

Y la modernidad rompe esa garantía. En John Locke, el signo se repliega hacia la mente individual. La mediación se psicologiza. Pero este movimiento produce una contradicción: si las palabras son signos de ideas privadas, ¿cómo es posible la comunicación pública? La semiosis se vuelve problemática porque su fundamento se internaliza.

Es en Karl Marx donde la mediación simbólica se reinscribe materialmente. La mercancía no es simplemente un objeto útil; es forma sensible de una relación social abstracta. Aquí la semiosis deja de ser fenómeno lingüístico para convertirse en estructura objetiva de la vida social. El valor es significado cristalizado en materia. La dialéctica del fetichismo muestra que el signo puede autonomizarse y dominar a sus productores. La semiosis no sólo representa relaciones sociales: las organiza y las oculta. La creatividad semiótica del capitalismo produce mundos perceptivos donde lo social aparece natural.

Charles Sanders Peirce transforma esta problemática en una ontología triádica universal. La semiosis es un proceso ilimitado; no hay punto final de sentido. Cada interpretante genera otro. La realidad misma es red de signos en evolución. Aquí la dialéctica se convierte en semiosis infinita: la mediación no se supera, se expande.

Con Ferdinand de Saussure aparece otra inversión: el significado no depende de la cosa ni de la mente, sino del sistema diferencial. El signo no tiene valor positivo; es pura diferencia. La negatividad estructural se convierte en principio organizador. El sentido es relacional, no sustancial.

Finalmente, Valentín Volóshinov devuelve la semiosis al conflicto social. El signo es arena de lucha ideológica. No existe significado neutro; todo signo está atravesado por acentos valorativos. La conciencia misma es producto de interacciones sígnicas. Aquí la dialéctica no es sólo lógica ni ontológica, sino histórica: el sentido cambia porque cambian las fuerzas sociales que lo disputan.

Quizá así el alcance de esta contribución para nuestro tiempo radica en su capacidad para reubicar el problema de la comunicación en el centro de la disputa histórica. Si el capital contemporáneo se expande mediante la captu-

ra de datos, la mercantilización de la atención y la colonización de la subjetividad, entonces la emancipación requiere intervenir en esos mismos terrenos. La crítica a la concentración monopólica debe ir acompañada de una propuesta de reapropiación social del sentido. No basta con denunciar el discurso único; es necesario crear condiciones materiales y culturales para una polifonía real.

Asimismo, esta perspectiva subraya que la democratización de la comunicación no es un fin sectorial, sino un componente esencial de cualquier proyecto de justicia social. Sin pluralidad efectiva de voces y sin acceso equitativo a los medios de producción simbólica, la deliberación democrática se vacía de contenido. La ciudadanía se reduce a audiencia, y la participación política se mediatiza por marcos interpretativos previamente filtrados. En este sentido, la crítica semiótica se convierte en crítica de la democracia restringida.

En la actualidad, del problema señalado en 1980 se confirma que la concentración mediática no fue una anomalía coyuntural, sino una tendencia estructural que se ha intensificado con la globalización neoliberal y la revolución digital. La respuesta no puede ser nostálgica ni meramente regulatoria; debe ser estructural y transformadora. La filosofía de la semiosis ofrece un marco para pensar esa transformación, articulando análisis riguroso y horizonte emancipador. Su aporte consiste en mostrar que la disputa por el sentido es inseparable de la disputa por las condiciones materiales de su producción.

Por eso el alcance de esta contribución reside en su potencia para actualizar críticamente el llamado del Informe MacBride bajo las condiciones del siglo XXI. Allí donde el informe denunciaba la concentración y reclamaba equilibrio, esta propuesta profundiza la crítica hasta las raíces ontológicas y económicas de la semiosis contemporánea.

Frente a la amenaza persistente del discurso único, afirma la necesidad de una praxis colectiva orientada a democratizar radicalmente la producción simbólica. Sólo así la comunicación dejará de ser instrumento de dominación para convertirse en espacio de construcción plural de lo común.

Aquí la filosofía no se concibe como ejercicio especulativo desprendido de la praxis histórica, sino como forma rigurosa de autoconciencia crítica de la humanidad en su proceso de producción material y simbólica. No es contemplación pasiva del mundo dado, sino intervención teórica en las contradicciones reales que estructuran ese mundo. Su cientificidad no proviene de una pretendida neutralidad axiológica ni de un formalismo autosuficiente, sino de su capacidad para aprehender la legalidad interna del movimiento histórico, es decir, las relaciones necesarias, mediadas y contradictorias que configuran la totalidad social. Filosofar, en este marco, significa producir conceptos capaces de captar la dinámica objetiva de la realidad y, al mismo tiempo, orientar prácticas transformadoras que incidan sobre ella.

Con la filosofía, entendida dialécticamente, opera como teoría crítica de las mediaciones. No se limita a describir fenómenos aislados ni a clasificar datos empíricos; busca reconstruir el sistema de relaciones que los hace inteligibles. La categoría de totalidad resulta aquí decisiva; cada fenómeno sólo puede comprenderse adecuadamente si se lo sitúa en el entramado de determinaciones que lo condicionan y que él mismo modifica. La totalidad no es suma estática de partes, sino estructura dinámica en permanente devenir. De ahí que la filosofía no pueda ser reductible a un saber sectorial; su tarea es integrar, problematizar y superar los resultados parciales de las ciencias, articulándolos en una comprensión crítica del proceso histórico global.

En esta perspectiva, la transformación del mundo no es un añadido externo a la filosofía, sino su consecuencia

interna. Si el pensamiento logra identificar las contradicciones estructurales que generan explotación, alienación y dominación, su coherencia exige intervenir en ellas. La filosofía deviene así momento reflexivo de la praxis social, clarifica fines, desenmascara naturalizaciones ideológicas y aporta herramientas categoriales para la acción colectiva. La distancia entre teoría y práctica se reduce a una diferencia funcional dentro de un mismo proceso histórico. La verdad de la filosofía no se verifica únicamente en la coherencia lógica de sus proposiciones, sino en su capacidad para orientar transformaciones reales conforme a las potencialidades objetivas de la época.

Definir la semiosis en este contexto exige desplazarla de cualquier concepción individualista o meramente cognitivista. La semiosis es el proceso social mediante el cual una comunidad produce, intercambia y transforma significados en el marco de sus prácticas materiales. No es simple relación entre un signo y un objeto, ni mera operación mental; es actividad históricamente situada que articula trabajo, lenguaje, técnica e institución. Cada acto semiótico presupone un horizonte compartido de códigos, normas y expectativas que sólo existen porque una colectividad los ha sedimentado a través de su experiencia histórica. Por ello, la semiosis es necesariamente social; su unidad mínima no es la conciencia aislada, sino la relación intersubjetiva mediada por estructuras objetivas.

Desde la lógica dialéctica, la semiosis debe entenderse como proceso contradictorio. En ella convergen, por un lado, la tendencia a la estabilización de significados —condición de posibilidad de la comunicación— y, por otro, la tendencia a su transformación —resultado de nuevas experiencias y conflictos sociales. La fijación semántica nunca es absoluta; siempre está expuesta a desplazamientos, re-

significaciones y disputas. Esta tensión entre estabilidad y cambio no es accidental, sino constitutiva. El sentido se reproduce en la medida en la que puede ser reconocido, pero también se transforma en la medida en la que las condiciones históricas que lo sustentan se modifican.

Esta cientificidad de una filosofía de la semiosis radica en su capacidad para identificar las mediaciones objetivas que estructuran este proceso. Tales mediaciones incluyen los modos de producción material, las formas de organización del trabajo simbólico, las tecnologías de comunicación y las instituciones que regulan la circulación de discursos. La semiosis no flota sobre la economía; está imbricada en ella. Los regímenes de significación corresponden a determinadas configuraciones históricas de poder y propiedad. Sin embargo, esta correspondencia no es mecánica ni lineal. Entre base material y formas simbólicas se despliega una red compleja de mediaciones que la investigación rigurosa debe reconstruir sin simplificaciones.

Entendida como proceso social, la semiosis participa en la producción de subjetividad. Los individuos se constituyen como tales mediante la internalización de sistemas simbólicos que preexisten a su nacimiento. El lenguaje, los relatos históricos, las categorías jurídicas y las imágenes culturales moldean la autocomprensión y las expectativas de acción. Sin embargo, esta constitución no es unilateral; los sujetos, al actuar y comunicarse, reproducen y transforman esos mismos sistemas. Existe, por tanto, una dialéctica entre estructura simbólica y práctica subjetiva. La semiosis es el medio a través del cual la sociedad se objetiva en formas significantes y, simultáneamente, se reapropia críticamente de ellas.

También la alienación en el ámbito semiótico ocurre cuando los productos simbólicos aparecen como poderes

autónomos frente a sus propios productores. Los discursos dominantes pueden presentarse como verdades naturales e incontestables, ocultando su origen histórico y su función en la reproducción de relaciones de dominación. La crítica filosófica debe desvelar este carácter construido y revelar las condiciones sociales que sostienen tales discursos. Al hacerlo, restituye a la colectividad la conciencia de su capacidad creadora y transformadora.

Toda relación entre filosofía y semiosis se vuelve entonces interna y necesaria. La filosofía proporciona las categorías para comprender el proceso semiótico en su totalidad histórica, mientras que la semiosis constituye el medio concreto a través del cual la filosofía se expresa y opera. No hay pensamiento sin lenguaje, ni lenguaje sin comunidad. La actividad filosófica misma es un momento del proceso social de producción de sentido. Por ello, su pretensión de verdad debe someterse a la prueba de la coherencia dialéctica y de la praxis histórica.

En el marco de una lógica dialéctica rigurosa, tanto la filosofía como la semiosis se conciben como procesos abiertos, no como sistemas clausurados. La contradicción no es falla que deba eliminarse, sino principio dinámico que impulsa el desarrollo. La filosofía avanza mediante la crítica de sus propias categorías cuando estas se muestran insuficientes frente a nuevas realidades. La semiosis evoluciona a través de conflictos interpretativos que reconfiguran los horizontes de significado. Esta apertura no implica relativismo, sino reconocimiento de la historicidad del conocimiento.

Así, la filosofía definida como herramienta de transformación y la semiosis entendida como proceso social convergen en un mismo proyecto emancipador. La primera aporta la conciencia crítica de las estructuras y contradicciones; la segunda constituye el terreno donde esas estruc-

turas se reproducen y pueden ser transformadas. Pensar rigurosamente ambos conceptos implica asumir que la lucha por el sentido es inseparable de la lucha por las condiciones materiales de existencia. En esta unidad dialéctica de teoría y práctica, de crítica y producción simbólica, se cifra la posibilidad de una ciencia social del sentido que no se limite a interpretar el mundo, sino que contribuya efectivamente a su transformación histórica.

Esta filosofía de la semiosis no se agota en la delimitación conceptual de su objeto; tiende necesariamente a desplegarse como Semiótica Crítica. Tal tránsito no constituye un cambio nominal ni una especialización académica, sino la explicitación de su vocación práctica. Si la filosofía ha sido definida como autoconciencia rigurosa de las mediaciones históricas que estructuran la producción de sentido, su desarrollo consecuente exige dotarse de un cuerpo teórico y metodológico capaz de intervenir analíticamente en los procesos concretos donde esas mediaciones operan. La Semiótica Crítica surge, entonces, como momento operativo de una filosofía que asume la praxis como criterio de verdad y como horizonte transformador.

Cuando Marx pensó en las apariencias como crítica de la economía política del sentido, no quería solamente decir que pensaba en criticar a la máquina burguesa de falsa conciencia, sino también las emboscadas que esconden la economía con ideología de la clase dominante. Quería transparentar radicalmente el sistema de ilusión burguesa que aliena la actividad de producción e intercambio de las clases sociales y de sus luchas políticas. Marx quería evidenciar todas las condiciones de la producción, de la circulación, de la distribución capitalista de sentido que distorsiona y oculta la existencia de las clases sociales y la lucha de clases. Así la influencia de Karl Marx resulta decisiva, no como autoridad

doctrinal, sino como fuente de una concepción radical de la praxis. En Marx, la praxis no es mera actividad empírica ni simple ejecución técnica; es actividad humano-social consciente que transforma la naturaleza y, al hacerlo, transforma a quienes la realizan. La praxis es unidad de teoría y acción, de reflexión y producción material, de crítica y creación histórica. Aplicada al campo de la semiosis, esta categoría implica comprender que toda producción de sentido es ya una forma de praxis social, inserta en relaciones materiales determinadas y orientada por fines explícitos o implícitos.

Una semiótica crítica, fundada en esta comprensión, no puede limitarse al análisis formal de estructuras significantes ni a la descripción de efectos discursivos. Su tarea consiste en reconstruir las condiciones sociales de posibilidad de esos efectos, identificar las contradicciones que los atraviesan y evaluar su función en la reproducción o transformación de las relaciones de poder. El signo deja de ser unidad abstracta para convertirse en condensación de prácticas, intereses y conflictos. Cada formación discursiva se examina como momento de un proceso histórico más amplio, en el que se articulan economía, política, tecnología y cultura.

Metodológicamente, esto exige adoptar la lógica dialéctica como principio rector. La Semiótica Crítica debe proceder por mediaciones, evitando tanto el reduccionismo economicista como el idealismo discursivo. No se trata de deducir mecánicamente los contenidos simbólicos a partir de la estructura económica, ni de aislar el discurso como esfera autónoma autosuficiente. Se trata de analizar cómo determinadas configuraciones materiales condicionan —sin determinar de modo lineal— los regímenes de significación, y cómo estos, a su vez, retroactúan sobre la dinámica social. La relación es de determinación recíproca, en última instancia estructurada por la forma histórica de organización del trabajo y de la propiedad.

Y la praxis, en este marco, opera también como criterio epistemológico. Una teoría semiótica es crítica no sólo por su intención declarada, sino por su capacidad efectiva para esclarecer las condiciones de dominación y abrir posibilidades de acción transformadora. La verdad deja de concebirse como correspondencia estática entre proposición y objeto; se entiende como adecuación dinámica entre conocimiento y proceso histórico. Una categoría es verdadera en la medida en la que permite intervenir con mayor conciencia y eficacia en las contradicciones reales. La Semiótica Crítica se legitima, así, en la medida en la que contribuye a desnaturalizar el discurso dominante y a fortalecer prácticas emancipadoras.

Este desplazamiento implica también redefinir el estatuto del investigador. El analista no ocupa un punto exterior y neutral respecto de la semiosis social; forma parte de ella. Su actividad teórica es un momento del proceso general de producción de sentido. Reconocer esta inserción no implica relativismo, sino mayor rigor; obliga a explicitar la posición histórica desde la cual se investiga y a someter las propias categorías a crítica permanente. La reflexividad se convierte en exigencia metodológica.

Para eso la influencia marxiana se expresa asimismo en la centralidad otorgada al trabajo como categoría mediadora. Si el trabajo es la actividad mediante la cual la humanidad produce sus condiciones de existencia, la producción simbólica debe comprenderse como modalidad específica de trabajo social. La Semiótica Crítica analizará las formas de organización de este trabajo, sus condiciones materiales, su inserción en circuitos de valorización y las modalidades de alienación que lo atraviesan. La industria cultural, las plataformas digitales y los dispositivos tecnológicos no son simples soportes; son estructuras productivas que configuran el campo de lo decible y lo visible.

En consecuencia, avanzar hacia una semiótica crítica supone articular tres dimensiones inseparables: una ontología social del sentido, que lo concibe como proceso material y social; una epistemología dialéctica, que orienta el análisis por la construcción (o imposición) de mediaciones y contradicciones; y una orientación práctica, que asume la transformación de las condiciones de producción simbólica como parte de la transformación total del mundo. Esta triple articulación evita tanto el formalismo estéril como el activismo sin fundamento teórico. Fundamenta la praxis.

Esa praxis, entendida en sentido fuerte, implica además la creación de nuevas formas de comunicación y organización simbólica. La crítica no se agota en la denuncia; debe proyectarse en experimentación institucional, en construcción de medios alternativos, en pedagogías emancipadoras. La Semiótica Crítica no sólo interpreta discursos existentes; contribuye a gestar prácticas discursivas que encarnen relaciones sociales más igualitarias. En ello se manifiesta su fidelidad al concepto marxiano de praxis como actividad transformadora consciente.

Así concebida, esta evolución desde la filosofía de la semiosis hacia una semiótica crítica representa un movimiento de concreción progresiva. La primera proporciona el marco categorial general; la segunda opera en el análisis específico de formaciones discursivas concretas. Ambas comparten la misma lógica dialéctica y el mismo compromiso con la emancipación humana. La teoría se convierte en instrumento de esclarecimiento histórico y en recurso estratégico para la lucha por el sentido.

Porque el avance no es lineal ni definitivo. La Semiótica Crítica deberá revisarse a la luz de nuevas configuraciones tecnológicas, económicas y culturales. No obstante, su núcleo —la comprensión de la semiosis como praxis social

históricamente determinada— constituye una base sólida para enfrentar los desafíos contemporáneos. En la medida en que mantenga la unidad entre rigor científico y orientación transformadora, podrá cumplir su función como herramienta conceptual en la construcción de una sociedad donde la producción de sentido deje de estar subordinada a la dominación y se convierta en expresión consciente de la praxis colectiva.

Eso, para el estudio crítico del sentido, de sus modos, de sus medios y de sus relaciones de producción, constituye una exigencia filosófica central para comprender la estructura y el movimiento de las sociedades contemporáneas. El sentido no es un suplemento ornamental de la vida social ni un residuo subjetivo de procesos materiales que lo precederían y determinarían desde afuera; es dimensión constitutiva del metabolismo histórico mediante el cual los seres humanos producen su mundo común. Allí donde hay trabajo, organización social, técnica, conflicto o institución, hay producción de sentido. Por ello, una filosofía que aspire a rigor científico no puede relegar la semiosis a un plano secundario ni abordarla como simple fenómeno lingüístico aislado. Debe situarla en el núcleo de la reproducción y transformación social.

Sentido es, en primer término, una relación. No reside en las cosas como propiedad intrínseca ni en la conciencia individual como emanación espontánea, sino en la mediación social que vincula prácticas, objetos y sujetos dentro de una totalidad histórica determinada. Esta mediación es material, requiere cuerpos, técnicas, infraestructuras, instituciones y formas de organización del trabajo. El lenguaje articulado, la escritura, la imprenta, la radiodifusión, la televisión, las redes digitales y los sistemas algorítmicos son formas históricas de objetivación de esa mediación. Pensar críticamente el sentido implica, por tanto, analizar las con-

diciones concretas que hacen posible su producción y circulación, así como las estructuras de poder que las organizan.

Desde un abordaje filosófico riguroso, el estudio del sentido debe apoyarse en una lógica dialéctica que permita captar su carácter contradictorio. Toda formación significativa expresa una tensión entre estabilidad y cambio. La comunicación exige cierta regularidad semántica; sin embargo, esa regularidad nunca es absoluta. Las transformaciones en las condiciones materiales de existencia reconfiguran los horizontes de interpretación, generando desplazamientos, resignificaciones y disputas. El sentido no es estático; es un proceso histórico atravesado por antagonismos. La dialéctica permite comprender que las formas simbólicas no sólo reflejan conflictos sociales, sino que participan activamente en su configuración.

Analizar los medios, modos y relaciones de producción del sentido implica interrogar cómo se organiza el trabajo simbólico. ¿Quién produce los discursos dominantes? ¿Bajo qué condiciones laborales y técnicas? ¿Con qué recursos materiales? ¿Para qué fines? La producción simbólica es trabajo social, aunque frecuentemente aparezca invisibilizada por la ideología del talento individual o por la fetichización de los productos culturales. Detrás de cada noticia, película, manual escolar o plataforma digital hay cadenas complejas de trabajo humano coordinado. Las relaciones de propiedad y control sobre esos procesos condicionan decisivamente los contenidos y las formas que adquiere el sentido socialmente disponible.

Un análisis de los medios de producción del sentido remite a la infraestructura material que sostiene la comunicación. En las sociedades contemporáneas, esta infraestructura está marcada por altos niveles de concentración económica y tecnológica. Grandes corporaciones controlan

redes de transmisión, centros de datos, plataformas de distribución y sistemas de monetización. Esta concentración no es un dato técnico neutral; configura jerarquías de visibilidad y determina qué discursos alcanzan mayor alcance y legitimidad. La filosofía crítica debe examinar cómo la lógica de la acumulación influye en la selección, jerarquización y circulación de significados.

Esa cuestión de las relaciones de producción del sentido remite a la inserción de la semiosis en el conjunto de relaciones sociales que estructuran la vida económica y política. En sociedades organizadas en torno a la propiedad privada de los medios de producción, la comunicación tiende a integrarse en circuitos de valorización. La atención se convierte en mercancía, los datos en recurso explotable, la creatividad en insumo productivo. El sentido entra así en la dinámica de la acumulación de capital, subordinándose a criterios de rentabilidad y competencia. Esta subordinación genera formas específicas de alienación: los productores simbólicos pierden control sobre el destino y la función social de su trabajo; los receptores se transforman en audiencias segmentadas y mercantilizadas.

Un abordaje filosófico científicamente consistente debe evitar tanto el reduccionismo economicista como el idealismo discursivo. El primero diluye la especificidad del sentido en determinaciones económicas lineales; el segundo lo abstrae de sus condiciones materiales. La dialéctica permite superar esta falsa alternativa al comprender la relación entre base material y formas simbólicas como mediación compleja. Las estructuras económicas condicionan los regímenes de significación, pero estos también inciden en la reproducción o transformación de aquellas. El sentido es simultáneamente producto y productor de realidad social.

Por eso la importancia del estudio crítico del sentido se manifiesta con especial intensidad en contextos de crisis.

Las crisis económicas, políticas y ecológicas no sólo alteran condiciones materiales; desestabilizan narrativas hegemónicas y abren luchas interpretativas. ¿Cómo se nombra una crisis? ¿Quién se responsabiliza? ¿Qué soluciones se consideran posibles o legítimas? Estas preguntas no son meramente retóricas; tienen consecuencias prácticas. El modo en el que se construye el relato de una situación condiciona las respuestas colectivas. La disputa por el sentido es, en este sentido, disputa por el futuro.

Y la filosofía, entendida como autoconciencia crítica de la totalidad social, tiene la tarea de esclarecer estas mediaciones. No se limita a describir discursos; reconstruye las condiciones que los hacen posibles y analiza sus efectos en la estructura social. Esta tarea exige rigor conceptual, atención a la historicidad y rechazo de toda naturalización. Las categorías que organizan el sentido común —mercado, nación, progreso, seguridad, libertad— deben ser sometidas a crítica, mostrando su génesis histórica y su función en determinadas relaciones de poder. Sólo así puede abrirse espacio para otras configuraciones simbólicas.

Entendemos que el estudio crítico del sentido posee además una dimensión ética y política ineludible. Si las formas simbólicas participan en la reproducción de la dominación, también pueden contribuir a su superación. La emancipación no es posible sin transformación de los imaginarios y de las estructuras comunicacionales que los sostienen. Esto no significa atribuir al discurso un poder mágico independiente de las condiciones materiales, sino reconocer que la praxis transformadora incluye necesariamente la producción de nuevos marcos interpretativos. Cambiar el mundo implica también cambiar las categorías con que se lo piensa.

Desde una perspectiva filosófica no idealista, la subjetividad se comprende como resultado de procesos sociales

de significación. Los individuos se constituyen a través de lenguajes, narrativas e instituciones que preceden su existencia singular. Sin embargo, esta constitución no es pasiva. La práctica comunicativa cotidiana reproduce y modifica esos marcos. El estudio crítico del sentido debe atender a esta dialéctica entre estructura y agencia, evitando tanto el determinismo estructural como el voluntarismo subjetivista. La transformación es posible porque las estructuras simbólicas son históricas y, por tanto, susceptibles de cambio.

Y la cientificidad de este abordaje depende de su capacidad para integrar análisis empírico y elaboración conceptual. No basta con proclamar la importancia del sentido; es necesario investigar concretamente los dispositivos mediáticos, las condiciones laborales, los modelos de negocio, las regulaciones estatales y las prácticas culturales que configuran el campo semiótico. La filosofía proporciona las categorías para interpretar estos datos en su articulación total. Sin esa articulación, el análisis se fragmenta en estudios parciales incapaces de captar la dinámica global.

Sabemos que el estudio crítico del sentido adquiere relevancia estratégica en una época marcada por la digitalización masiva y la centralidad de las plataformas tecnológicas. La mediación algorítmica organiza la experiencia cotidiana, seleccionando información, jerarquizando contenidos y modulando interacciones. Estos procesos, aunque revestidos de neutralidad técnica, responden a intereses económicos y políticos. Analizarlos filosóficamente implica desentrañar la racionalidad que los orienta y sus implicaciones para la autonomía colectiva. La técnica no es destino; es producto histórico susceptible de reconfiguración.

Tal democratización del sentido requiere intervenir en los modos y medios de su producción. No se trata sólo de ampliar la libertad formal de expresión, sino de garantizar

condiciones materiales que permitan una pluralidad efectiva. Esto implica cuestionar la concentración de infraestructuras, promover modelos cooperativos y fortalecer la educación crítica. La filosofía contribuye proporcionando el marco normativo y analítico para fundamentar estas transformaciones. Sin una comprensión rigurosa de las mediaciones que estructuran la semiosis, las propuestas políticas corren el riesgo de ser superficiales o ineficaces.

Porque el sentido, en tanto dimensión constitutiva de la vida social, es también campo de lucha. Las clases y grupos sociales pugnan por imponer interpretaciones que legitimen sus intereses. Esta lucha no se reduce a propaganda explícita; atraviesa instituciones educativas, producciones culturales, discursos científicos y prácticas cotidianas. El estudio crítico del sentido debe identificar estas disputas y analizar sus efectos estructurales. La hegemonía no se sostiene únicamente por coerción material, sino por consenso simbólico. Desarticularla exige intervenir en ambos planos.

Toda sociedad produce, históricamente, "sentido" bajo tensiones dialécticas diversas, para dar coherencia a las actividades productivas generales que son base en la organización de los medios, los modos y las relaciones de producción del conocimiento y del conjunto de sus interacciones materiales y "espirituales". Con el "sentido", los grupos orientan su construcción de comunidad, comunicación, en la organización histórica definida como cultura. El "sentido" es un producto más del trabajo, cuya identidad y complejidad simbólica es también un factor de la dialéctica que forja experiencias cognitivas fundamentales de representación y producto de la "semiosis" (del griego, σημείωσις, sēmeíōsis, derivada del verbo, σημειῶ, sēmeiô, «marcar»). Actividad social, conducta o proceso que produce signos y significados. Proceso social que se desarrolla con tensión dialéctica,

en flujos de intercambio, desde la percepción del signo objetivo y subjetivo hasta su presencia dinámica en la mente individual y colectiva. El corazón de la "semiosis" es la disputa... su dieléctrica.

Una experiencia social, representada en la mente, reproduce réplicas, contrastaciones, coincidencias y divergencias, superficiales y profundas; produce cadenas de reacciones representativas asociadas con sonidos e imágenes, asociaciones o recuerdos... significados, memorias o sueños... es una dinámica compleja en tiempo real que influye en el conocimiento, en las conductas, en los afectos o los des-afectos, en la experiencia y en la memoria, en la imaginación... para lo provisional o para lo duradero. Así de trascendente.

Siempre es buen momento para repensar los procesos de representación y del "sentido" en la materialidad del signo. Escudriñar la "semiosis" y cómo actúa, no como almacén estático, sino como campo de tensiones, luchas y disputas por el "sentido". Necesitamos conocer la producción de "sentido" como premisa porque su estudio no es una cuestión secundaria si queremos una semiótica descolonizadora en el marco de los acontecimientos históricos y teóricos que nos envuelven.

Todo "sentido" nace de una tensión o del conflicto. Contrario a negar las tensiones, hay que reconceptualizarlas, con sus diversidades, como terreno fértil para producir sentido, que es una síntesis viva no sólo de la denotación y la connotación, ni solamente del significado lineal entre los objetos y los afectos. El "sentido" de una resolución simple o mecánica entre lo subjetivo y lo objetivo no está regido por los "significados" aislados o en abstracto, idealistas o metafísicos. El "sentido" no puede estudiarse o producirse de manera aislada. Yace en el "sentido" un universo semántico en movimiento constante. Por eso el concepto cultura es su

marco de referencia más preciso y el instrumental idóneo es la filosofía entendida como ciencia de lo general.

Necesitamos que tal semiótica sea una ciencia abierta en tanto que es un proceso científico, sujeto a las leyes inter, multi y transdisciplinarias constantemente sujetas a verificación y refutaciones. Necesitamos someter a lectura crítica dinámica las interpretaciones y representaciones de la realidad en las relaciones humanas. Necesitamos una semiótica descolonizadora que intervenga crítica y transformadoramente en la praxis social de la producción de sentido porque su agenda es apremiante para un humanismo de nuevo género, donde la comunidad comunicacional organizada ponga en pie de igualdad las oportunidades y las condiciones de nuevas relaciones sociales.

Entendemos que el "sentido", y todas sus disputas, deben ser transparentados para explicar su carácter inherentemente histórico de clase y para explicar el proceso de tensiones que afecta al "sentido", su movimiento y acción como enunciado generado dialécticamente con otros enunciados que darán lugar a una o varias transformaciones históricas en las conductas sociales. Eso incluye las disputas teórico-metodológicas, funcionalismo, estructuralismo y marxismo, entre otras, que también disputan hegemonías de "sentido" al interior de la semiótica. El "sentido" se construye en un proceso más complejo que el de disputar en sociedad, entre un signo con un objeto, entre un modelo de relaciones de producción con unos intereses, en los que intervienen elementos contextuales de todo tipo y que determinan el resultado de la relación entre el interpretante y el intérprete y de las disputas subsecuentes.

Así la singularidad de la capacidad humana para producir "sentido" nos presenta mundos en disputa capaces de crear nuevos mundos de modelización semántica y sintácti-

ca, una capacidad para la creatividad, para la innovación que surge con la realidad histórica del pensamiento, y ejerce una influencia en la formación de la consciencia humana y de su hacer real, del signo de la cultura y de la sociedad, de la inexorable relación entre la semiosis, la disputa y nuestra actividad en el mundo, y por lo tanto entre el signo, el lenguaje, la ideología y la conducta humana en la lucha de clases.

Producción de sentido

En la producción de sentido se incorpora a todo lo que se produce y deviene base y medida de las relaciones de cambio, volviéndose inevitablemente lo que se define como "valor". El "fetichismo de mercancía" expresa una disputa por el sentido como una revolución en la interpretación de las relaciones económico-semánticas donde el significado y la situación de disputa prevalecen como una fetichización del "sentido" reconocido como trabajo, y que se le atribuye, bajo el capitalismo, carácter de manifestación mercantil en el sentido en el que se vuelve fuerza opresora, alienante y esclavizante. Esto significa que el sentido funciona, así como en los tipos de valor, programas e ideologías que vehicula; funciona como "mercado ideológico".

Entendemos que el "sentido" es un "instrumento" formador y transformador del pensamiento y de la interacción humana, en planos colectivos de la cultura y en ámbitos individuales producidos por los primeros. El "sentido" y sus significados, en tensión, producen relaciones de "sentido" nuevas y producen cambios en las significaciones y en las disputas. El lenguaje no es secundario; expresa el pensamiento (con sus saberes y sus faltantes), pero siempre en el fragor de todas las disputas.

Aquí se entiende la "disputa por el sentido" como epicentro de toda indagación semiótica. Incluso cuando algunos lo nieguen o lo ignoren. Aquí es una configuración clave

para entender el escenario que fragua los modos, los medios y las relaciones de producción de "sentido", siempre en clave de lucha.

Escenario primordial para el análisis y la intervención, críticos, inter, multi y trans-relacionados con la filosofía que entendemos como transformadora y con los estudios culturales menos decorativos y complacientes. "Disputa por el sentido" alude aquí al conflicto de clases en lo económico, pero además en lo ideológico y lo cultural sobre la interpretación, creación y control de los significados en la sociedad. Sostenemos que es fundamental su comprensión y su programa, frente a los procesos de comunicación y poder hegemónicos donde fuerzas antagónicas luchan, de manera desigual y combinada, por definir qué significan las palabras, las imágenes y las narrativas que estructuran, contradictoriamente, la vida social. La memoria también es un campo de batalla semiótica.

Aquí también se entiende por "sentido" el significado atribuido a toda apariencia, a todo signo, conjunto o sistema de signos o experiencias dentro de un sistema semiótico en un momento histórico específico, bajo una realidad económica objetiva, con una duración y alcance concretos. Es una producción sociocultural, no una propiedad inherente de los objetos o fenómenos. El "sentido" se forma en la dialéctica objetiva y subjetiva de las relaciones sociales, contextos y estructuras históricas específicas.

Por el análisis crítico de los medios, los modos y las relaciones de producción de "sentido", se comprende también la lucha de clases, la ideología de la clase dominante y sus métodos en la dictadura de las relaciones antitéticas entre los signos, las contradicciones de clase, todas, del contexto que produce e interpreta a un sistema de signos, los condicionamientos y extorsiones en las estructuras de poder que

imponen su "visión" del mundo como "natural". Hoy se conoce como "batalla cultural" o "guerra cognitiva". Ha sido tan tóxico el aparato ideológico burgués que no dejó ámbito alguno sin distorsionar o falsificar. Además del saqueo y la explotación, alteró vida y obra de filósofos, modelos científicos, métodos y epistemologías. Nada quedó a salvo. Eso es un crimen contra la humanidad.

Se trata siempre de una lucha. Tal "disputa por el sentido" ocurre en escenarios donde grupos sociales diferentes tensionan su interpretación —o su distorsión— de la realidad sobre otros, echando mano de sistemas de signos ideados como herramientas de poder. Armas de guerra ideológica (incluso en el sentido de la "falsa conciencia"): disputa que se despliega en todos los territorios y tiempos del lenguaje, los "medios de comunicación", la educación, la religión y la política. Las tradiciones y la cultura toda. Bajo el capitalismo, el "sentido" se produce, reproduce y disputa a través de instituciones como la escuela, los medios y la familia, asegurando la dictadura ideológica de las clases dominantes. Quien controla la economía pretende el control del "sentido", que es también control del "relato", del conocimiento y del poder. Disputa que refleja la lucha entre la burguesía y el proletariado por definir las representaciones del trabajo, el valor y la propiedad. Y principalmente las concepciones abismales sobre la relación capital-trabajo.

No es sólo asunto de "hegemonía cultural". La disputa por el "sentido" sólo tiene valor para el capitalismo si ocurre sobre las hegemonías de la explotación de la clase trabajadora, el saqueo de los recursos naturales y la desmoralización inducida para anestesiar hasta la más sutil intención para organizarse y luchar contra las ignominias del capitalismo. En una guerra total que describe cómo las clases dominantes imponen el consenso de sus valores y significados

como universales. La burguesía gasta fortunas en producir e intoxicar a los pueblos con un "sentido común" (es decir, emboscadas semánticas) donde conceptos como "democracia", "libertad" o "justicia" están infestados de significados burgueses inoculados largamente, sistemáticamente, en las cotidianeidades impuestas para beneficiar al capital. Comenzando con la moral del patrón.

Por lo tanto, es crucial un programa de emancipación de los sectores oprimidos para reinterpretar y resignificar su realidad como paso indispensable también hacia la liberación económica. En la disputa por el "sentido", las élites utilizan herramientas semióticas para perpetuar la explotación, mientras los sectores populares deben construir una contrahegemonía que dispute esos significados. La guerra simbólica es la arena donde se disputa el sentido de la realidad misma.

No es sólo una lucha simbólica, sino una batalla política que refleja las tensiones estructurales de la sociedad. Estudiar este proceso permite comprender cómo se construye la realidad y cómo puede ser transformada. Nuestra semiótica para la emancipación debe acceder a la transformación de los medios los modos y las relaciones de producción de "sentido", del pensamiento que contiene elementos fundamentales para entender cómo se producen, circulan y transforman los significados (semiosis) y no quedarse sólo con el análisis crítico sobre ideología, cultura y hegemonía, articulando cómo operan los signos y los procesos de significación sino usarlos para una Revolución de la Conciencia emancipada y emancipándose.

Transformar la base material de la sociedad capitalista (modo de producción) y en simultáneo las formas culturales y simbólicas que surgen de ella porque su producción de significados, es decir, su semiosis, está profundamente

vinculada a las relaciones sociales de explotación y saqueo, ignorancia y humillación. "No es la conciencia del hombre la que determina su ser, sino, por el contrario, su ser social es lo que determina su conciencia." (*Contribución a la crítica de la economía política*, 1859).

Democratizar de manera revolucionaria los sistemas simbólicos para producir significados que refuercen la hegemonía del humanismo de nuevo género, su moral y su ética. Hacia una cultura y los signos que establecen un "sentido común" que legitime la justicia social, la igualdad de condiciones, el control de los significados con el control social de las fuerzas productivas. No sólo subvertir las narrativas dominantes. No sólo hay que deconstruir las narrativas impuestas por el capitalismo, hay que construir dialécticamente significados diferentes que promuevan la emancipación permanentemente. No sólo subvertir estructuras ideológicas, no sólo comprender cómo las luchas culturales e ideológicas configuran el terreno de la transformación social. Crear una praxis del sentido capaz de construir el sentido nuevo de la humanidad liberada del yugo material e ideológico del capitalismo. Y urge.

Papel de la disputa en la transformación del "sentido"

—¿Cuál es la ley? —le había preguntado—. Con tono profundo y solemne [Marx] respondió: "'¡La lucha!'" Ella misma... "'¡La lucha!'" Mercello Musto.

Entendemos la "disputa" como motor dialéctico de la historia. Sin "conflicto" no hay sentido. El "sentido" está determinado por la "disputa"; es su principio organizador, su arbitrariedad radical, su discrecionalidad y su linealidad significante para la praxis colectiva. Reordena el "sentido" y lo introduce en su carácter histórico, para formar el pensamiento y transformar la realidad. La dinámica más potente

—e importante— del "sentido" está en las luchas sociales de las bases.

Sustentada en las condiciones objetivas de la vida en sociedad, la "disputa" construye la economía política del "sentido" para superar al discurso como base absoluta de lo social y ajustarlo como una herramienta más de la producción y la disputa por el sentido. La disputa está atada a las necesidades sociales históricas, a las necesidades de la representación y al lenguaje, como herramientas subordinadas a la producción de "sentido", incluso cuando las condiciones sociales de clase implican "disputa" entre subordinación y emancipación, económico-políticas y culturales. Todo está en "disputa", en lo colectivo como en lo individual.

Por eso la cultura es una red dinámica y diversa de relaciones, contradicciones y disputas de sentido. Red de instancias semiológicas para la producción del sentido que los seres humanos construyen como disputas que integran la cultura. No son ya operaciones semánticas simples o abstractas de significados con sus significados, sino que es la oportunidad de la disputa por la inteligencia y el deseo de vida en sus más diversos planos con la realidad toda (personas, objetos y situaciones). El "sentido" posee una dimensión práctica, narrativa y posee una dimensión mítica en su sentido de lucha.

Entonces el sentido es batalla por entender el mundo, manejarlo y controlarlo, orientarlo a los intereses que la especie humana se propone, incluso para derrotar a todas las fuerzas que la oprimen. Producir sentido es decisión política (sentido amplio) basada en interactuar culturalmente con la naturaleza, sus leyes y procesos, que no poseen sentido, pero que facultan su producción. La producción de "sentido" es un hecho social, depende de las luchas de cada grupo humano y su cultura. Depende de su tiempo histórico y

de las dinámicas o velocidades de su dialéctica. Lo que tiene sentido para una sociedad, no lo tiene para otra... hasta que lo aprende o lo intercambia.

Y la disputa por el sentido debe revestir interés no sólo investigativo, porque nos faltan intervenciones críticas y transformadoras sobre él. Debe importarnos la disputa por el sentido y su dialéctica como antropología cultural para la Revolución de la Conciencia que explica cómo la experiencia real de la disputa siempre nos conduce a otra realidad superadora. Éste es el sentido de las disputas por el "sentido" que se comunica y la verdad que buscamos para la praxis descolonizada, descolonizadora y permanente.

Así, la precisión en el uso de las herramientas filosóficas no es un divertimiento erudito, sino la posibilidad de enriquecer la disputa en su dimensión más profunda, que justifica la lucha histórica de la humanidad y la complejidad humana, en sus confrontaciones de clase. De aquí nace nuestra semiótica, que asume al sentido como nivel semántico en disputa profundizada en todos los intersticios del discurso, hasta conflictuar y entender la realidad, no sólo del texto, sino también —simultánea y dialécticamente— del contexto que insufla sentido a una palabra o hecho, obligadamente en disputa por los significantes y los significados.

Por eso el término "sentido" es el que mejor contiene la experiencia de la disputa, al evidenciar esa parte de los horizontes humanos bajo la lucha de clases generalmente no explicitados, pero significativos en cuanto expresión, como formas de sentido de la subordinación social que subyacen y sobresalen especialmente no como diletante, sino como rigor lógico de la explotación humana y el saqueo de riquezas naturales. Vieja historia, madre de todas las disputas. Importa, también, comprender la disputa por el sentido en la disputa que debe darse para emanciparlo y emancipar sus medios y modos de estudio.

Contra la manipulación simbólica

Nuestra filosofía de la semiosis es una praxis filosófica transformadora comprometida con la tarea de organizar a la comunidad comunicacional, y nos permite aproximarnos a la "disputa por el sentido" en clave de emancipación y ruptura política con toda forma de subordinación e infelicidad para la especie humana y el planeta. Nos compromete el intervenir con una semiótica científica para la emancipación del sentido, hacia un escenario nuevo con disputas nuevas propias del desarrollo humano sin límites. Nuestras bases filosóficas entienden al sentido y sus productos como trabajo que debe emanciparse de los yugos hegemónicos. Nos proponemos una semiótica descolonizadora, capaz de servir como instrumento para la producción de "sentido" con medios, modos y relaciones de producción opuestos a la relación capital-trabajo imperante. Nuestro propósito metodológico no es puramente teórico ni puramente práctico. Por eso acudimos a la idea de praxis (Sánchez Vázquez) para consolidar una intervención científica transformadora comprometida con las bases de los pueblos en lucha, que es donde se produce realmente la disputa renovada y la transformación del "sentido".

Queremos descontaminar la producción de "semiosis", neutralizar y desterrar toda influencia de la ideología de la clase dominante en todos los medios, modos y relaciones de producción de sentido. Proveer un instrumental no solamente crítico, sino de intervención productiva y creadora bajo los más diversos aspectos de la producción de sentido. Avanzar en la innovación, la revolución de la conciencia, la desalienación y la descolonización de la realidad sociohistórica, el intercambio económico, la producción y circulación de bienes como mercancías, así como en la producción y circulación de enunciados en forma de mercancías, como enunciados que circulan en forma verbal-mercancías.

Queremos intervenir en la reproducción social del "sentido" en nuestro contexto histórico global con la identificación, la descripción y la evaluación con base en criterios científicos precisos. Entender cómo, en qué términos y en qué medida podemos contribuir a transformar el contexto sociohistórico y, eventualmente, superar consensuadamente sus limitaciones, prever la posibilidad de trascender cualquier limitación o frente de batalla en la guerra mediática que la humanidad padece.

Queremos contribuir a un nuevo consenso en las formas de lucha contra la manipulación simbólica, consenso que podría lograrse mediante el uso de sistemas de "sentido", verbales o no verbales, en tanto que sean característicos de la disputa por el sentido. Preparar un plan especial de filosofía y cultura con repercusión internacional e influencia radical sobre la producción de los signos y los lenguajes para la emancipación. Queremos intervenir en cosas tales como el discurso cotidiano, el periodismo, la política, las obras literarias o los lenguajes visuales, los mensajes y las mercancías; las organizaciones de trabajadores lingüísticos, de comunicación y de producción lingüística, el trabajador del signo material, en la división del trabajo semiótico todo, contra el discurso hegemónico de la clase dominante y contra el control monopólico, absolutista y autoritario sobre la comunicación, contra el capitalismo del signo y los signos del capitalismo... contra la ideología, el trabajo material e inmaterial, contra el lenguaje todo para la producción de la guerra burguesa contra la humanidad y el planeta.

Queremos intervenir críticamente sobre los conceptos de "signo", "ideología" y "creatividad ideológica", oponiéndoles una perspectiva emancipadora a sus problemas de sintaxis con sentidos totalmente diferentes en el puro sentido de la existencia humana, en la búsqueda del senti-

do del "significado" y el sentido del "valor". En el sentido del intercambio dialéctico de sentidos indisociables de las mercancías en el mercado determinado por ideas, pensamientos, conocimiento, de que las mercancías se intercambiaban sentido entre sí mismas.

Queremos intervenir en la realidad donde existen relaciones contradictorias de sentido entre los productores de mercancías, es decir, entre los seres humanos, de tal manera que nos encontramos ante relaciones sociales entre personas que producen sentido y no ante simples relaciones entre cosas. Intervenir contra la explotación, la opresión económica y la alienación nacional e internacional, la vida de cada individuo, la vida de la comunidad. Queremos una semiótica también académica y políticamente comprometida, con interés en la praxis social y preocupada por los derechos humanos, incluyendo el derecho a disfrutar una calidad de vida digna, con método científico. Nuestra semiótica se propone transparentar el "sentido" hegemónico inserto en la catástrofe ambiental, en el desempleo estructural, en la inmigración o expulsión de los pueblos y en la guerra como negocio macabro. Asumimos esa responsabilidad, que nos implica a todos los seres humanos, e introduce la necesidad colaborativa para poner a la vista las relaciones sociales de producción, el intercambio y el consumo de mercancías-mensaje y mensaje-mercancías. Con el análisis del "sentido" y todos sus signos sociales por definición, y con el análisis de las mercancías, se hace evidente el intercambio de "sentido", sus disputas y sus mercados de signos como estructuras hechas para manifestarse por lo que son, modelos de subordinación contra la especie humana.

Nuestro trabajo fundamental es luchar contra la manipulación simbólica y por una comunicación y cultura nuevas, emancipadas y emancipadoras. Queremos que la

ciencia sirva para elevar el nivel de la conciencia y para la dignidad humana. No vamos a cansarnos.

Queremos ser útiles a las luchas sociales. Repudiamos el arribismo y el oportunismo. Generamos documentos de análisis semiótico contra la ideología dominante y todas sus armas de guerra ideológica. Creemos que otra ciencia es posible en otra comunidad organizada para emanciparse. No estudiamos al signo solamente, estudiamos la disputa por el sentido. Entendemos la semiosis (del griego, σημείωσις, sēmeíōsis, derivación del verbo σημειῶ, sēmeiô, «marcar»): es cualquier forma de actividad, conducta o proceso que involucre signos, incluida la creación de un significado. Explicar el sentido es producir sentido.

Toda relación humana puede modificarse con la fuerza del "sentido". Posicionar el "sentido" abre posibilidades enormes para la claridad o para la oscuridad de las relaciones sociales. El sentido es el instrumento de la emancipación o de la alienación de la especie humana. La historia de la humanidad es la historia de la disputa por el sentido.

En la diversidad y en la polisemia del sentido radica una de las cualidades constitutivas más importantes. El sentido cambia tantas veces con la misma dinámica de su situación histórica y de clase. El sentido pertenece a un hecho y a un conjunto de hechos en su relación dialéctica e histórica con un todo. Desde luego, si se omite la relación con el todo (es decir, con la realidad objetiva y subjetiva), alteraremos severamente el "sentido". Por esta razón, toda disociación de la realidad y su significación comporta consecuencias voluntarias o involuntarias. El sentido no es propiedad privada del enunciador ni del receptor. Es el producto del conjunto de las relaciones sociales con base en las condiciones materiales concretas expresadas en la dialéctica de lo subjetivo y lo objetivo.

Algunas de las tareas, además de cierta clasificación de la producción de sentido de los "usos" o "funciones" de la semiosis, de los tipos de vaguedad, de los tipos diversos. Nuestra Semiótica como Ciencia crítica para la producción de Sistemas de Sentido, –aún con sus dificultades tempranas de aplicación teórico-metodológicas– es precisa en su objeto de estudio, intervención y transformación que es la disputa por el Sentido como fenómeno de significado síntesis... de base material y que genera significación... en todos los campos de la expresión, la política, el arte, la oración, el poema, la novela, las películas, las buenas o malas conductas, las ideas, las alegrías o las tristezas humanas... Para nuestra semiótica, la disputa por el sentido no se abstrae del proceso de significación o semiosis, a partir de "diferencias de sentido" o de "librepensamiento", sino que la entiende como su constituyente, como axiología, como filosofía que describe los sistemas de valores morales, lógicos y estéticos de clase y que se evidencia en la realidad material y concreta de toda expresión.

Mientras tengamos las cabezas humanas convertidas en millones de campos de batalla, necesitamos un cuerpo científico, de nuevo género, para intervenir críticamente en la producción de los signos y solucionar, de raíz, muchos problemas semióticos impuestos a nuestros pueblos. Eso implica una tarea dialéctica que, mientras desactiva la maquinaria sígnica hegemónica, contribuya a gestar un "nuevo orden mundial" en la producción de sentido. Necesitamos un instrumental científico capaz de impulsarse con la vanguardia del pensamiento descolonizado y descolonizador; que tenga el "don" de la ubicuidad y de la velocidad; que interpele todo y se interpele a sí mismo en la praxis que moviliza la nueva producción social del conocimiento. Ciencia contra la dictadura del mercado y contra los vicios

más odiosos en los campos de la investigación. Ciencia del movimiento general de los procesos de significación y sus metabolismos. Ciencia semiótica emancipadora al servicio de las luchas sociales. Estamos bajo peligro si permanecemos como un archipiélago inmenso de semiósferas inconexas. Basta de ilusionismo.

"Semiótica" aquí significa ciencia para la praxis que interviene en los procesos de producción, distribución, consumo y disputas de "sentido", en sus causas y en sus fines, en las redes de signos y los procesos dialécticos de significación, decodificación y transmisión. Que evidencie los fondos y trasfondos de toda significación, de sus raíces económicas y de los mecanismos sígnicos que las expresan. Que analice y denuncie las técnicas de la "manipulación simbólica" y produzca, críticamente, hipótesis, tesis y movilizaciones con modelos para un "nuevo orden mundial" de la semántica, la sintaxis y la dialógica emancipadoras contra el contexto de hegemonía económica e ideología opresora.

Es una trampa separar la economía de la ideología, la infraestructura y la superestructura. Entre la infraestructura y la superestructura existe una relación dialéctica, desigual y combinada, caracterizada por tensiones y luchas complejas que no admiten simplismos ni linealidades bobas ante el amasijo de intereses, objetivos y subjetivos. Esas tensiones y contradicciones —de la lucha de clases— producen también "signos" que son productos sociales determinados históricamente para "representar" intereses, hechos, fenómenos o acciones concretas. Muy pocos objetos, naturales o culturales (y sus mezclas), han quedado, en su desarrollo histórico, exentos de significados (directos o indirectos).

Quizá el ejemplo más acabado de nuestro tiempo, donde se ejemplifica mejor la convergencia sígnica de todas las tensiones de clase en disputa, sea la mercancía. En toda mercancía habita un *corpus* de "sentido" ideológico que

ha sido convertido en mercancía; incluso el trabajo ha sido convertido en mercancía y en signo. Y también las materias primas que se han convertido en mercancía han sido tocadas por la producción hegemónica de sentido que, a su vez, también se ha convertido en mercancía. "La devaluación del mundo de los hombres", pensaba Marx, "está en proporción directa con el creciente valor del mundo de las cosas".

Que la semiótica no se reduzca a mercancía ella misma porque la necesitamos "emancipada" y capaz de revelar la trama ideológica que es nervadura de las mercancías bajo el capitalismo. No una semiótica para la ocultación. Si la ideología de la clase dominante se basa en adoctrinar al mundo bajo el dogma de "acumular" mucho, a bajo costo y con poca ética, acumular con base en el trabajo de otros y hacer que crean que es por su bien, nuestra semiótica debiera ser ciencia de la producción de sentido emancipador, de sus medios y de sus modos. Semiótica que desmonte los comunes denominadores ideológicos (falsa consciencia) de las máquinas hegemónicas de producción de sentido: religión, familia, estado, derecho, educación, moral, filosofía, ciencia, arte, etcétera... impuestos por el capitalismo, porque no son más que modos especiales de la producción y reproducción del sistema sujetos a la ley general de producir plusvalía para unos pocos, cada vez más pocos y más poderosos. "Es más fácil desintegrar un átomo que un prejuicio" (Einstein).

Sabemos bien que "las ideas de la clase dominante son las ideas dominantes en cada época; dicho en otros términos, la clase que ejerce el poder material dominante en la sociedad es, al mismo tiempo, su poder espiritual dominante". Sabemos que no existe una ciencia inmune a las ideologías que la rodean. Que no hay ciencia "inmaculada". Por eso aquí preferimos que identifique y declare sus marcos filosóficos, esta vez humanistas de nuevo género y emancipadores,

en oposición al viejo método de traficar ideologías "bajo la mesa". Necesitamos una semiótica emancipadora que asuma su responsabilidad de dirección y de fuerza social para intervenir en el modo de producción y en las relaciones de producción del conocimiento científico, también, porque en el presente el modo de producción dominante del conocimiento científico ha sido reducido a símbolo del conocimiento-mercancía.

Una parte en la historia del sentido está plagada de ensayos fallidos o acertados, para descubrir y usufructuar sus mecanismos. Desentrañarla es apenas un paso para exhibir los intereses más contradictorios y extravagantes. Desde las religiones hasta las gobernaciones. ¿Por qué? ¿Qué hay en el sentido que suponga poder? ¿Qué hay tan seductor en dominar la producción individual y social de sentido? ¿Qué debate o guerra se gana con la fabricación e imposición de sentido?

Bien pudiéramos coincidir en caracterizar los latifundios semánticos con que el capitalismo ha construido su semiósfera planetaria o geosemiótica. Podríamos coincidir en la construcción, participativa y abierta, de un mapa mundial de la semántica dominante en el que identificáramos los núcleos duros del coloniaje mental que depreda las cabezas de los seres humanos. Producir consensos sobre las amenazas y los engaños que nos taladran con sus falsedades, incesantemente, para desmoralizarnos, desmovilizarnos y descapitalizarnos.

Identificar el modo de producción de sentido subordinado por la mentalidad burguesa para que los pueblos no vean sus esclavitudes, las agradezcan y las consideren una gran herencia para su prole. Se trata de una lucha endógena y exógena, no atomista, sobre un objeto de estudio preciso, La Disputa por el Sentido. Eso incluye las relaciones entre

ideología y sentido, la violencia y la esclavitud de conciencias en el imaginario cotidiano, en los campos oníricos, en la relación entre conducta económica y producción intelectual hegemónica de sentido, etc. Es investigación en pie de lucha sobre los modos, los medios y las relaciones de producción de sentido que no puede separarse de un examen riguroso al estado actual de las fuerzas productivas en general, al estado actual del trabajo y a la producción y distribución de la riqueza material y espiritual.

Al sentido histórico de entregar nuestro tiempo, de trabajo o de ocio, a los dueños del capital. Necesitamos otra semiótica, que esta vez sea útil para decodificar todas las artimañas semánticas y sintácticas de la clase dominante; trasparentar sus núcleos ideológicos y la servidumbre de los "expertos" que se dejan asalariar para la esclavitud de las conciencias. Y, principalmente, generar todas las herramientas descolonizadoras que son indispensables para consolidar la aspiración, una nueva producción de sentido legal y legítima, obra de una especie humana dispuesta a ocuparse, principalmente, en emanciparse de toda esclavitud, sin amos, sin clases sociales, sin penurias prefabricadas. Producir herramientas mundiales de emancipación masiva. ¿Es mucho pedir?

Luchamos contra esa producción de sentido que se ejerce dentro de los límites fijados por las leyes del utilitarismo convencional burgués. Bajo condiciones de absoluta dependencia semántico-tecnológica, se ha secuestrado la producción de sentido con estereotipos alienantes en un contexto de explotación y alienación aceleradas. Soportamos los estragos del modo de producción y distribución hegemónicos que sólo deparan abandono y depresión, condenando a los pueblos a la desorganización de sus fuerzas y a la anulación de sus capacidades transformadoras bajo un plan global de inducción de miedo y violencia legalizada.

Un cierto clientelismo académico y científico elude el debate y la investigación crítica frente al modelo hegemónico de producción de sentido. Se incentiva poco o nada el desarrollo de protocolos o estatutos de enseñanza, investigación o creación teórica, hacia una práctica científica transformadora. En lo general, el concepto de sentido se reduce al individualismo subjetivista visual y, casi exclusivamente, se privilegia el estudio lineal de técnicas y formas de clasificación de signos sin contexto y sin crítica basada en las perspectivas de lucha contrahegemónica. Reinan, no pocos, devaneos mercantiles para la formación e inserción de estudiantes, investigadores y creadores dóciles al mercado laboral del sentido hegemónico.

Y reina cierta degeneración en algunas organizaciones científicas, universitarias, que es responsable de la proliferación de grupos y tendencias sectarias que se niegan a luchar por los intereses y las necesidades emancipatorias elementales de las sociedades en su situación actual. Dan la espalda a la realidad con sus verdades. Permanecen indiferentes ante la lucha de clases, a sus debates, tensiones y contradicciones. Como si se pudiera conquistar la verdad y la ciencia sin intervenir en esa lucha. Se rehúsan a poner en la práctica la ciencia con sus teorías y métodos para la transformación total de la realidad burguesa imperialista y los retoños del nazifascismo, camuflado como se camufle.

No están exentas de una revisión crítica profunda las políticas gubernamentales y sus políticas para la inserción de las tecnologías más enamoradas de la "farandulización" del conocimiento en manos de "redes sociales" o plataformas de negocios digitales, vendedoras de herramientas e ideologías para la servidumbre semántica de los pueblos. Incluso en los negocios de la industria de la propaganda política. Hay una lógica fetichista que instaura en la pro-

ducción de sentido las leyes de la domesticación rentable y sus técnicas de adiestramiento al consumo temprano de ideologías de época. Con apoyo de algunos gobiernos que desarrollan un movimiento vertiginoso de dependencia conceptual con tintes de fanatismo por el dinero, reverencia por la economía capitalista, reverencia por la ideología de la clase dominante y toda su andanada simbólica transitando por todos sus medios incesantemente. Incluyendo, claro, la moral del derrame y la ética del servilismo a la riqueza de los patrones. Se trata de un estallido de sentido en fase de fanatización e histrionismos de ultraderecha.

Además, la memoria es, también, un campo de batalla simbólica. Sobre ella se descarga un arremetido descomunal del sentido para la subordinación de los pueblos sometidos a un plan de diseño de recuerdos, sueños, fotografías, filmes, videos, escritos, dibujos, palabras, sonidos... bajo la metodología de la inteligencia artificial burguesa para infiltrarse y expresarse en el conocimiento, la comunicación, la creación y la reproducción de imágenes que siempre ha sido desigual y combinada, objetiva y subjetiva. Como una secreción de elixires embriagantes impregnada como a creencia de que son fenómenos intelectuales propios, aunque tengan sello de fábrica y estandarización de comportamientos provenientes de laboratorios de guerra psicológica o "think tanks" imperiales. Eso maravilloso que permite capturar, alojar y cargar, con ayuda de los sentidos, el universo, un universo entero, la materia en la cabeza, se llama sentido.

Eso que resulta de transportar (expresar) el universo interior a otro universo interior, a través de algún medio y modo sensorial expresivo, es Sentido y es Signo. Esa materia prima, producto y productora del conocimiento, la comunicación y la creación es el sentido. Producción material humana concreta, objetiva y subjetiva, basada en datos senso-

riales, para conocer y producir conocimiento, comunicar y producir comunicación, crear y recrear el universo exterior en el universo interior de la cabeza (y viceversa). Es también, falible, maleable y no pocas veces inefable. Es un error contentarse con los espacios del "estudio", porque se trata de una lucha que debe conocerse y en la que hay que involucrarse.

Dentro y fuera de las ciencias, dentro y fuera de las academias y de todo lugar donde se infiltre un plan de dominación y secuestro de riquezas naturales o laborales. Una parte en la historia del sentido está plagada de ensayos fallidos o acertados, para descubrir y usufructuar sus mecanismos. Desentrañarla es apenas un paso para exhibir los intereses más contradictorios y extravagantes. Desde las religiones hasta las gobernaciones. ¿Por qué? ¿Qué hay en el sentido que suponga poder... poderes? ¿Qué hay de seductor en dominar la producción individual y social de sentido? ¿Qué debate o guerra se gana con la fabricación e imposición de sentido? No se pueden echar "campanas a vuelo" cuando se identifica una herramienta científica (o una disciplina), como la semiótica, sin haber pasado revista a sus entrañas teórico-metodológicas y haber saldado algunos requisitos indispensables para saber al servicio de qué o quién se pondrá, en la teoría y en la práctica. La base de la producción de sentido está hoy en el debate capital-trabajo.

No es suficiente la pura descripción de los "signos" si se queda huérfana de historia, contexto y usos, en el territorio de las tensiones sociales que son condición en el desarrollo histórico de los seres humanos. No es suficiente el "estudio de casos" sin una exploración profunda de sus móviles económicos, políticos y culturales. Hasta hoy los semiólogos se han conformado con explicar los signos, y eso está muy bien, pero de lo que se trata es de transformar los medios y los modos de su producción. Democratizar el sentido. La

producción de "sentido" es tan vieja como la consciencia; la producción de "sentido" es la consciencia práctica, la consciencia real del "sentido" que existe sólo para los seres humanos en sociedad y que, por lo tanto, comienza a existir en la construcción de la comunidad. Y la producción de "sentido" nace como la conciencia de la necesidad expresiva en la tensión humana de las relaciones sociales y de los intercambios.

No hay emancipación posible de la especie humana mientras no existan condiciones iguales para asegurarse plena y suficientemente comida, bebida, vivienda y vestido... con calidad y cantidad suficientes. La emancipación es un hecho histórico, no una ilusión, y sólo puede lograrse cuando los modos y medios de producción hayan sido democratizados. Nada de esto es obra sólo del pensamiento ni de las miles de formas de representarlo. No es la semiosis (producción de sentido) lo que determina a la vida, sino la vida misma la que determina a la semiosis.

Es un error creer que para superar al capitalismo es suficiente con desactivar sus resortes económicos y es falso que sólo combatiendo las ideas de la clase dominante se debilita la estructura de la contradicción capital-trabajo. Necesitamos un instrumental científico que no sólo sirva para analizar, sino que también, sirva para transformar. Ciencia incubada por la praxis dialéctica del pensamiento y la acción críticos. Ciencia emancipadora y emancipada de la dictadura del mercado. Ciencia interdisciplinaria, multidisciplinaria, transdisciplinaria, capaz de nutrirse con los problemas objetivos y producir soluciones para el corto, mediano y largo plazo. Desmontar los antivalores del consumismo, del individualismo, de la moral burguesa basada en la hipocresía que hace pasar por filantrópica su pulsión alevosa por la plusvalía y la alienación.

Ciencia, además, que desactive la historia, el desarrollo y las consecuencias de la guerra psicológica desatada

para intoxicar la mente de los pueblos con dispositivos ideológicos esclavizantes. Miedos, antipolítica, odios, banalidades, vulgaridades, mentiras, complejos, adicciones... Ciencia parida por la *Filosofía de la praxis* (Sánchez Vázquez). Explicación objetiva del universo, sus formas y procesos, sus enlaces internos y sus conexiones, sus acciones recíprocas y la intervención humana posible en las condiciones y medios necesarios (Eli de Gortari). Necesitamos una semiótica emancipada y para la emancipación, que entienda que la base económica no determina mecánicamente a la superestructura, pero que son indisociables, y eso importa mucho porque la vida simbólica de la sociedad, sometida a los procesos acelerados de monopolización de "medios" y de discursos, ha convertido las cabezas humanas en millones de campos de batalla. La guerra simbólica.

En última instancia, la importancia del estudio filosófico del sentido radica en su contribución a la emancipación humana. Una sociedad en la que los significados estén monopolizados o naturalizados limita la capacidad colectiva de imaginar alternativas. Recuperar la historicidad del sentido es recuperar la posibilidad de transformarlo. Esto requiere una filosofía que no se contente con contemplar, sino que asuma su función crítica y práctica. El análisis riguroso de los modos, medios y relaciones de producción del sentido no es ejercicio académico aislado; es momento necesario de una praxis orientada a construir formas de vida más justas y racionales.

Es tarea exigente y permanente. Cada transformación tecnológica, cada reconfiguración económica y cada crisis política reabre la problemática del sentido. La filosofía debe acompañar este movimiento con categorías flexibles y rigurosas, capaces de captar nuevas mediaciones sin perder de vista la totalidad. Sólo así el estudio crítico del sentido podrá

estar a la altura de los desafíos de nuestro tiempo, contribuyendo a desactivar fetichismos, a revelar contradicciones y a ampliar el horizonte de lo posible. El sentido es la relación socialmente producida que articula práctica, objeto y conciencia dentro de una totalidad histórica determinada. No es una sustancia, no es una propiedad inherente a las cosas, no es una emanación privada de la mente. Es una mediación.

Decir que algo "tiene sentido" implica que ha sido integrado en un sistema de relaciones donde adquiere inteligibilidad, valor y orientación práctica. El sentido no existe fuera de esas relaciones; emerge de ellas y opera en ellas. Es, por tanto, un fenómeno ontológicamente relacional y materialmente mediado. En términos rigurosos, el sentido puede definirse como la forma histórica de organización significativa de la experiencia social. Esta organización cumple al menos cuatro funciones estructurales: cognitiva, que permite reconocer, clasificar y estabilizar aspectos de la realidad. Práctica, orienta la acción, define fines y legitima decisiones.

Desde nuestra lógica dialéctica, el sentido no es estático ni absoluto. Es un proceso. Surge en la interacción entre sujetos y mundo, pero esa interacción está mediada por relaciones sociales de producción. El modo en el que una sociedad trabaja, se organiza y distribuye el poder condiciona los marcos en los que algo puede significar. El sentido es, entonces, histórico; cambia con las transformaciones sociales. Conflictivo, es campo de disputa entre fuerzas sociales. Materialmente condicionado, depende de infraestructuras, tecnologías y formas de propiedad. Productivo, no sólo refleja la realidad; contribuye a configurarla.

No es un simple "contenido" que se transmite. Es una estructura de relaciones vivas que orienta la praxis. Cuando un orden social logra naturalizar sus significados, el sentido opera como evidencia incuestionada; cuando ese orden entra en crisis, el sentido se vuelve terreno visible de lucha.

En su nivel más profundo, el sentido es la manera en la que una sociedad se comprende a sí misma mientras se produce y se reproduce. Es autoconciencia objetivada en lenguaje, instituciones y prácticas. Y precisamente por eso puede volverse alienado, cuando los significados que organizan la vida colectiva aparecen como si fueran naturales o inevitables, ocultando las relaciones históricas que los generaron. El sentido es la mediación histórica y social mediante la cual la realidad deviene inteligible, orientable y transformable para una comunidad humana.

No es algo que simplemente "está ahí". Es algo que se produce. Y porque se produce, puede disputarse y transformarse. El sentido, entendido en su más profundo nivel filosófico y social, no es un fenómeno aislado ni un mero atributo subjetivo; constituye una categoría central de la vida humana, un momento específico en el proceso general de reproducción y transformación social. No existe como entidad autónoma ni como propiedad inmanente de los objetos o de la mente individual. Surge como mediación histórica entre los sujetos y su entorno, mediación que organiza prácticas, define posibilidades de acción, establece jerarquías simbólicas y determina marcos interpretativos dentro de los cuales las experiencias adquieren significado. Esta mediación es material y socialmente condicionada; no se produce en el vacío, sino en condiciones históricas precisas, atravesada por relaciones de producción, distribución del poder y conflicto social.

En primer lugar, el sentido debe conceptualizarse como producto social, un resultado de la actividad colectiva orientada hacia la transformación del mundo y la reproducción de la vida social. Tal producto no es neutro; emerge de una red compleja de relaciones que incluye trabajo, propiedad, instituciones, tecnologías y mediaciones culturales. En

cada sociedad, los modos de producción material determinan, aunque no de manera mecánica, los marcos de inteligibilidad, los repertorios simbólicos y las categorías que orientan la experiencia y la acción. Así, el sentido es inseparable de las condiciones materiales en las que se produce, de la organización del trabajo humano y de las relaciones sociales que sostienen y limitan la circulación de significados.

Y la dimensión histórica del sentido implica que los significados no son eternos ni universales. Cada orden social genera sus propios modos de significación, ajustados a sus necesidades, contradicciones y estructuras de poder. Los significados dominantes, por tanto, no son casuales; reflejan relaciones sociales de fuerza y mediación histórica. La producción de sentido se inscribe en un campo conflictivo, donde las visiones del mundo de diferentes grupos sociales compiten por imponerse, legitimar sus intereses y consolidar formas de dominación o, en el caso contrario, articular proyectos de emancipación. Esta perspectiva exige que el estudio del sentido no se limite a la descripción de sistemas de símbolos, sino que ponga de relieve las disputas sociales que atraviesan la semiosis, reconociendo que cada significado dominante es el resultado de un proceso histórico de negociación, coerción, consenso y resistencia.

Entonces el sentido se manifiesta de manera tangible en instituciones, prácticas, discursos, tecnologías y medios de comunicación, todos los cuales configuran un campo de producción y reproducción simbólica. Los modos de producción del sentido están directamente vinculados a la organización del trabajo; tanto el trabajo material como el trabajo intelectual son inseparables de la actividad semiótica, pues cada acción humana, al intervenir sobre la naturaleza y sobre la sociedad, produce simultáneamente formas de representación y comprensión del mundo. Cada texto, ima-

gen, narrativa o dispositivo tecnológico incorpora en su estructura decisiones históricas, jerarquías de valor, supuestos normativos y relaciones de poder. La filosofía crítica, en consecuencia, no puede limitarse a estudiar el sentido como fenómeno aislado, sino que debe reconstruir las mediaciones que permiten su emergencia y funcionamiento dentro del conjunto social.

En el nivel más abstracto, el sentido es un proceso dialéctico. Presenta una tensión constante entre estabilidad y transformación; por un lado, requiere regularidad para que la comunicación sea posible; por otro, está sujeto a la dinámica de la historia, que altera las condiciones materiales y simbólicas de su producción. La estabilidad de los significados no es natural ni garantizada; resulta de procesos de sedimentación histórica, coerción simbólica, reproducción ideológica y práctica cotidiana. De la misma manera, la transformación del sentido no es azarosa ni puramente voluntarista; responde a cambios en las relaciones de producción, en la distribución del poder, en los modos de trabajo y en los conflictos sociales. Así, el sentido es simultáneamente producto y productor de la realidad social, en un proceso recíproco que articula acción, estructura y mediación simbólica.

Toda producción de sentido está profundamente marcada por las luchas de clase y las relaciones de poder. Los grupos dominantes no sólo controlan los medios materiales de producción, sino también los medios de producción simbólica, lo que les permite definir qué significados se generalizan, cuáles se silencian y cómo se jerarquizan las interpretaciones posibles de la realidad. La hegemonía simbólica no se establece únicamente por la fuerza coercitiva, sino por la naturalización de significados que funcionan como verdades incuestionables dentro de un horizonte social determinado. De esta manera, la reproducción de la

dominación no se limita a la explotación económica, sino que se extiende al control de la semiosis; los sentidos dominantes sirven para consolidar el orden social existente, justificar privilegios y limitar la imaginación social de alternativas posibles.

En este marco, el estudio crítico del sentido requiere desentrañar las mediaciones ideológicas, revelando cómo los significados aparecen como naturales o inevitables mientras ocultan su origen histórico y social. Esta crítica es inseparable del análisis de los modos de producción, circulación y consumo de signos y significados. Cada texto, cada imagen, cada narrativa, cada software, cada plataforma de comunicación debe ser interpretada como un nodo en una red histórica de producción social de sentido, en la que los intereses y conflictos de clase determinan qué es visible, qué se valora y qué es legítimo. Sólo a través de esta reconstrucción histórica y material se puede comprender la dimensión política de la semiosis y su relevancia para la emancipación social.

Una filosofía crítica proporciona el marco conceptual para esta tarea. Su función no es meramente descriptiva, sino explicativa y normativa; reconstruye las relaciones que producen y sostienen los significados, identifica contradicciones, revela procesos de alienación y propone criterios de transformación. La ciencia del sentido exige una dialéctica que articule teoría y praxis, categorías analíticas y evidencia empírica, historia y contemporaneidad. No basta con describir los discursos; es necesario comprender cómo se generan, qué intereses encarnan y cómo podrían ser transformados. La filosofía se convierte así en herramienta de intervención crítica, capaz de orientar prácticas colectivas hacia la ampliación de la autonomía y la democratización de la semiosis. El sentido también cumple una función constitutiva de la sub-

jetividad. Los individuos se forman como sujetos mediante su inserción en sistemas simbólicos previos: lenguaje, instituciones, tradiciones culturales, narrativas históricas.

Sin embargo, esta constitución no es unilateral ni determinista; los sujetos participan activamente en la producción y transformación de significados a través de su praxis. Existe, por tanto, un movimiento dialéctico entre estructura y acción, entre condicionamiento social y capacidad transformadora. La subjetividad se reproduce en la interacción con sistemas de significado, pero también puede intervenir críticamente sobre ellos, reconfigurando los horizontes del sentido.

Este enfoque permite comprender el carácter contradictorio y conflictivo del sentido. Los significados dominantes enfrentan siempre resistencias y reinterpretaciones; cada comunidad, grupo o clase social participa en disputas por la hegemonía simbólica. La historia de la semiosis es, en consecuencia, una historia de antagonismo; cada disputa refleja intereses materiales, posiciones de poder y estrategias de legitimación o emancipación. Las ideologías funcionan como condensación de estas disputas, estabilizan significados favorables a ciertos intereses y ocultan otros posibles. La filosofía crítica debe identificar estas estructuras ideológicas y mostrar cómo operan en la reproducción social del sentido.

En nuestro análisis de los medios y modos de producción de sentido, es central la tecnología de la comunicación; desde la escritura hasta la inteligencia artificial, no es neutral; organiza la visibilidad, la circulación y la interpretación de los significados. Los medios no sólo transmiten contenidos; estructuran la forma misma en la que el mundo se presenta y se comprende. Las plataformas digitales, los algoritmos, los sistemas de recomendación y las infraestructuras de transmisión son dispositivos de mediación social

del sentido, en los que se materializan jerarquías y relaciones de poder. Examinar críticamente estas mediaciones es esencial para entender la naturaleza política del sentido y sus efectos sobre la autonomía colectiva.

Ya que la producción de sentido se inscribe además en la economía política de la comunicación. Los significados no circulan gratuitamente; están imbricados en circuitos de trabajo, propiedad y valorización. La atención, la información y la interpretación se vuelven recursos socialmente productivos, sujetos a mecanismos de control y explotación. La concentración económica de los medios de producción simbólica condiciona qué significados se amplifican y cuáles se silencian. De esta manera, la semiosis se convierte en espacio de reproducción de la dominación, pero también en escenario de resistencia y potencial transformación.

Una filosofía crítica del sentido, concebida de manera rigurosa, exige integrar teoría y praxis. Su valor no se limita a la claridad conceptual o a la coherencia interna; se mide por la capacidad de orientar prácticas sociales que transformen condiciones de producción, circulación y consumo de significados. Esta orientación transforma la investigación en instrumento estratégico, permite identificar obstáculos, abrir posibilidades de intervención y fortalecer la conciencia de la capacidad humana de producir y reorganizar la semiosis. La emancipación no es posible sin comprensión crítica del sentido, pues las restricciones simbólicas determinan los límites de lo pensable y de lo actuable.

Por último, el sentido es campo de disputa constante. Cada conflicto social, cada reorganización de poder, cada innovación tecnológica genera desplazamientos, resignificaciones y disputas interpretativas. La lucha por el sentido no es periférica; es central para la transformación social. Quienes controlan los significados dominantes condicionan

la percepción de la realidad, legitiman relaciones de poder y limitan la acción colectiva. Quienes cuestionan y reconfiguran esos significados abren espacio para nuevas formas de organización social, cooperación, justicia y emancipación. Por ello, el estudio crítico de los modos, medios y relaciones de producción del sentido es una condición imprescindible para comprender la dinámica de la historia y orientar la acción consciente hacia la transformación de la sociedad.

Por lo tanto, el sentido es mediación histórica, producto social, resultado de la praxis colectiva y de las relaciones de producción; es campo de lucha ideológica y política, constitutivo de la subjetividad y de la autonomía humana; es simultáneamente estabilidad y transformación, orden y conflicto, reflejo de intereses y potencial emancipatorio. Su estudio requiere una filosofía rigurosa, dialéctica y crítica, capaz de reconstruir sus mediaciones, analizar sus contradicciones, revelar su carácter histórico y orientar la praxis transformadora. Sólo comprendiendo la producción de sentido en relación con las relaciones sociales y las disputas de poder es posible intervenir en la historia de manera consciente y emancipadora, recuperando la capacidad de imaginar y construir otros mundos posibles.

Sentido no es un accidente ni un complemento del mundo; es el núcleo viviente de la historia, el tejido mediante el cual los seres humanos comprenden, organizan y transforman la realidad social. Su análisis, en toda su complejidad, permite revelar la relación íntima entre conocimiento, poder y acción, entre estructura y agencia, entre dominación y emancipación. Por ello, poner de relieve las disputas por el sentido no es un lujo académico, es una exigencia de toda teoría crítica que aspire a intervenir en la transformación histórica de la sociedad y de la vida humana. La semiosis, entendida como proceso de producción de

sentido, constituye un objeto de estudio central para comprender la vida social en su complejidad y contradicción.

No se limita a ser un fenómeno lingüístico, psicológico o cognitivo; es un proceso social, material e histórico, inseparable de la praxis humana y de las relaciones de producción. Como objeto de investigación, la semiosis no puede concebirse aisladamente de los contextos en los cuales los signos, símbolos, imágenes y narrativas se producen, circulan e interpretan. Cada acto semiótico es un evento situado, condicionado por estructuras económicas, tecnológicas, culturales y políticas que determinan su alcance, su eficacia y sus posibilidades de transformación. La semiosis es simultáneamente producto, mediación y condición de la acción humana, y por ello su estudio exige atención a sus dimensiones materiales y sociales, así como a su carácter contradictorio y conflictivo.

En su dimensión material, la semiosis se despliega a través de soportes tangibles, mediaciones técnicas y dispositivos de comunicación. Desde la palabra hablada hasta los sistemas digitales más complejos, cada signo circula dentro de condiciones históricas que estructuran su forma y función. Las tecnologías que posibilitan la producción y transmisión de signos —desde la imprenta hasta los algoritmos de plataformas de datos— no son neutras, codifican jerarquías, regulan visibilidades y, en muchos casos, reproducen desigualdades sociales. El análisis crítico de la semiosis debe, por tanto, incorporar la exploración de estos dispositivos materiales como parte constitutiva de su objeto.

Ningún signo puede entenderse en abstracto; sólo se vuelve inteligible dentro de la red de mediaciones técnicas, institucionales y sociales que lo sustentan. La semiosis es también histórica, porque los sistemas de significación cambian y se transforman en función de las condiciones sociales

y materiales de cada época. Ningún significado es eterno ni universal. Cada orden semiótico es contingente y refleja la correlación de fuerzas presente en un momento dado. Por ejemplo, las narrativas dominantes de justicia, progreso o seguridad no son principios absolutos; son productos históricos de relaciones sociales y conflictos de intereses. Estudiar la semiosis implica reconstruir estas genealogías, comprender cómo los significados emergen, se sedimentan, se disputan y eventualmente se transforman. La historia de la semiosis es una historia de conflictos, resistencias y resignificaciones que revelan las tensiones estructurales de la sociedad.

Porque el carácter social de la semiosis implica que los signos no tienen existencia independiente del colectivo que los produce y reproduce. La significación es intersubjetiva; cada significado sólo existe en la medida en la que puede ser reconocido, interpretado y compartido dentro de una comunidad. Esta intersubjetividad está mediada por relaciones de poder, instituciones, normas y tecnologías de comunicación. Los individuos participan en la semiosis, pero no la crean *ex nihilo*; intervienen en un proceso ya estructurado históricamente, que condiciona su producción y circulación. Por ello, la semiosis es inseparable de la organización social; no hay signos fuera de las relaciones sociales ni relaciones sociales sin significación.

Desde una perspectiva dialéctica, la semiosis es contradictoria y conflictiva. Existe una tensión entre la necesidad de estabilizar los significados —para permitir la comunicación, la coordinación y la reproducción social— y la tendencia a su transformación —impulsada por conflictos, cambios materiales y prácticas subversivas. Los significados dominantes se construyen y reproducen mediante consenso, coerción simbólica e institucionalización, pero son habitualmente objeto de reinterpretación y resistencia. Los procesos de semiosis

reflejan, en consecuencia, la lucha social y la distribución del poder; los significados son simultáneamente herramientas de dominación y potenciales instrumentos de emancipación. El estudio crítico de la semiosis debe colocar estas disputas en primer plano, reconociendo que toda significación es política y toda política es semiótica.

Toda semiosis es inseparable de la producción material de la sociedad, en un nivel que supera la visión meramente instrumental de los signos. Los significados no flotan; están imbricados en relaciones de trabajo, propiedad y explotación. Los modos de producción simbólica dependen de la organización de la economía, de la tecnología disponible y de la distribución del poder social. Por ejemplo, la concentración monopólica de medios de comunicación no sólo condiciona la circulación de información, sino que determina qué significados pueden ser compartidos a gran escala y cuáles permanecen marginales. La semiosis es, en este sentido, producto histórico y socialmente condicionado, cuyo estudio exige reconstruir sus mediaciones materiales, institucionales y culturales.

Como objeto de transformación, la semiosis ofrece un horizonte estratégico para la acción consciente. Comprender cómo se producen, circulan y disputan los significados permite intervenir en la realidad social con mayor eficacia, orientando los procesos de comunicación y producción simbólica hacia objetivos emancipadores. La transformación de la semiosis no es un fin abstracto, sino condición para la transformación de las relaciones sociales. Cambiar los significados dominantes, cuestionar la naturalización de la hegemonía simbólica y crear espacios para la pluralidad interpretativa amplía la capacidad de acción colectiva y de construcción de alternativas históricas. La semiosis, así, es simultáneamente objeto de conocimiento y herramienta de praxis.

Y la semiosis debe ser abordada científicamente, con métodos que reconozcan su historicidad, su materialidad y su carácter conflictivo. Esto implica analizar la producción de signos y significados en su contexto social, tecnológico y económico, y reconstruir las relaciones de poder que los atraviesan. La semiosis no puede estudiarse sólo como un sistema cerrado de códigos; requiere comprender los procesos de producción, distribución, recepción y reinterpretación que la constituyen. Cada acto semiótico es, en este sentido, un nodo en un entramado histórico, y cada análisis crítico debe articular niveles micro (interacciones, prácticas) y macro (instituciones, modos de producción, estructuras de poder).

Nuestro estudio de la semiosis revela la relación íntima entre subjetividad y estructura social. Los individuos se forman como sujetos a través de su participación en procesos semióticos, adquieren identidades, expectativas, categorías de interpretación y marcos de referencia que condicionan su acción. Al mismo tiempo, los sujetos actúan sobre la semiosis, resignificando signos, reinterpretando narrativas y transformando los marcos simbólicos existentes. Esta dialéctica entre producción social y acción individual evidencia que la semiosis es un terreno de co-creación y conflicto, donde se reproducen y potencialmente se transforman las relaciones sociales.

Así un enfoque crítico de la semiosis pone en primer plano las disputas por la hegemonía simbólica. Los significados no son neutros ni inocuos; operan como instrumentos para la consolidación de intereses particulares y para la naturalización de jerarquías sociales. La investigación filosófica debe identificar los mecanismos mediante los cuales los significados dominantes se imponen, cómo se legitiman y cómo se reproducen en prácticas culturales, educativas,

mediáticas y políticas. Al mismo tiempo, debe reconocer los espacios de resistencia, reinterpretaciones, discursos marginales, narrativas subalternas, innovaciones culturales y formas de comunicación que desafían la hegemonía.

Estas disputas constituyen el motor del cambio semiótico y, por extensión, del cambio social. La semiosis como objeto de transformación implica también intervenir en los medios y modos de producción de signos. Esto incluye tanto la creación de nuevas tecnologías de comunicación como la modificación de instituciones, plataformas y prácticas sociales que determinan la circulación de significados. Transformar la semiosis no es alterar signos aislados, sino reconfigurar el conjunto de condiciones materiales, técnicas y sociales que permiten su emergencia, difusión y legitimación. Esta transformación se orienta hacia la democratización de la producción simbólica, la pluralidad de interpretaciones y la reducción de la subordinación del sentido a intereses monopólicos o extractivos.

Desde esta perspectiva, la semiosis se convierte en campo estratégico de intervención social y política. La producción de sentidos alternativos, la apertura de espacios interpretativos y la construcción de marcos simbólicos emancipadores no son esfuerzos aislados, sino momentos de una práctica histórica orientada a modificar relaciones sociales concretas. La semiosis es, por tanto, simultáneamente producto, mediación y objetivo de praxis transformadora; estudiar la semiosis significa comprender cómo se produce y circula el sentido; transformarla significa intervenir en esas condiciones para ampliar la autonomía, la pluralidad y la justicia social.

En su dimensión más profunda, la semiosis es historia objetivada en signos; los procesos de producción simbólica condensan conflictos, intereses y mediaciones materiales.

Cada acto semiótico refleja no sólo la percepción de los sujetos, sino también las estructuras sociales, económicas y tecnológicas que lo condicionan. Analizar la semiosis implica desentrañar estas relaciones, mostrando cómo los significados encarnan relaciones de poder, cómo se sedimentan en instituciones y prácticas y cómo se disputan en contextos de antagonismo social. Este análisis revela que la transformación de la semiosis es inseparable de la transformación de las condiciones materiales, políticas y culturales de la sociedad.

Entonces, la semiosis, concebida como objeto de estudio y de transformación, constituye un eje central de la comprensión crítica de la vida social. Es proceso histórico, social y material, a la vez producto y productor de la realidad; es campo de disputa y potencial emancipación; es mediación entre estructura y subjetividad, entre praxis y reflexión, entre conflicto y consenso. Estudiarla críticamente permite revelar las relaciones de poder que atraviesan los significados y orientar la acción consciente para transformar esas condiciones. Transformar la semiosis significa ampliar la libertad de interpretación, democratizar los procesos de producción de sentido, fortalecer la capacidad de acción colectiva y abrir la posibilidad de construir mundos más justos, plurales y racionales. La semiosis, en su naturaleza más profunda, debe ser concebida como proceso constitutivo de la realidad social, no meramente como fenómeno de codificación o transmisión de información.

Cada signo, símbolo o narrativa es un nodo en un entramado dinámico donde se intersectan relaciones sociales, intereses materiales y mediaciones históricas. Su estudio exige, por tanto, una perspectiva que reconozca la semiosis como actividad productiva, comparable en importancia a la producción material; genera estructuras de comprensión, legitima acciones y regula comportamientos dentro de un

espacio social determinado. No se trata de un objeto pasivo que pueda ser observado desde fuera, sino de un fenómeno activo que condiciona y es condicionado por los procesos de organización colectiva.

Como objeto de estudio, la semiosis se caracteriza por su multiplicidad de niveles de análisis. En primer lugar, está la dimensión perceptiva y cognitiva; los signos median entre los individuos y el mundo, modulando la interpretación de los acontecimientos y estableciendo esquemas de comprensión que permiten organizar la experiencia. En segundo lugar, existe la dimensión institucional; los sistemas educativos, legales, mediáticos y culturales operan como estructuras que consolidan significaciones, regulan el flujo de información y definen criterios de legitimidad. En tercer lugar, se encuentra la dimensión tecnológica: los dispositivos que producen, almacenan y distribuyen signos no son neutros; su arquitectura y lógica interna condicionan la forma y alcance de la semiosis. Cada uno de estos niveles requiere análisis diferenciado pero articulado, pues la semiosis opera simultáneamente en todos ellos.

Entonces la semiosis es también proceso de poder. Los significados no se generan ni circulan en igualdad de condiciones; reflejan, reproducen y negocian posiciones de fuerza dentro de la sociedad. Las disputas por la interpretación de los hechos, la jerarquización de valores y la construcción de normatividades constituyen el terreno en el que se manifiestan conflictos sociales. Los grupos dominantes controlan recursos materiales y simbólicos que les permiten imponer significados, mientras que las fuerzas subalternas buscan disputar esos significados, resignificarlos y abrir nuevas posibilidades interpretativas. Así, estudiar la semiosis implica mapear estas relaciones de poder, identificar los mecanismos de control y las estrategias de

resistencia, y analizar cómo cada conflicto semiótico afecta la estructura general de la sociedad.

En su dimensión histórica, la semiosis refleja la acumulación de prácticas y experiencias a lo largo del tiempo. Cada signo incorpora capas de sedimentación cultural y social; tradiciones, interpretaciones previas y mediaciones técnicas se superponen en cada acto semiótico. La transformación de la semiosis no ocurre al margen de la historia; está condicionada por cambios en la organización social, en la distribución de recursos y en la dinámica de los conflictos colectivos. Por tanto, su estudio requiere reconstruir genealogías de significación, identificar momentos de ruptura y continuidad, y analizar cómo la sedimentación de significados afecta la acción social presente.

Como objeto de transformación, la semiosis ofrece un campo estratégico para la intervención consciente en la historia. No se trata sólo de producir nuevos signos o narrativas, sino de reconfigurar las condiciones materiales, institucionales y tecnológicas que permiten la emergencia de significados. Transformar la semiosis implica ampliar la diversidad de interpretaciones posibles, cuestionar la naturalización de jerarquías simbólicas, abrir espacios de expresión y legitimar voces históricamente marginalizadas. La transformación semiótica, en este sentido, se convierte en medio para la transformación social, pues al alterar los marcos de interpretación se modifican también las condiciones de percepción, decisión y acción colectiva. El estudio crítico de la semiosis debe, además, reconocer su interdependencia con la economía política.

Cada flujo de significación está inmerso en circuitos de producción, distribución y consumo que dependen de recursos materiales, tecnología, trabajo y capital. La concentración de medios de producción simbólica condiciona

el acceso a la visibilidad, la difusión y la legitimación de los significados. La semiosis no es un fenómeno autónomo, está imbricada en la estructura de la sociedad y responde a sus leyes internas de reproducción y conflicto. Comprender estas interdependencias permite intervenir estratégicamente en la semiosis para expandir la autonomía interpretativa y la pluralidad social.

Insitamos, la semiosis también es forma de praxis, pues cada acto semiótico modifica la percepción del mundo, organiza comportamientos y abre posibilidades de acción. Los sujetos participan activamente en la producción de sentido, pero lo hacen dentro de marcos preexistentes que condicionan sus elecciones y sus interpretaciones. Esta dialéctica entre condicionamiento y acción activa demuestra que la semiosis es simultáneamente estructurante y transformadora, moldea la subjetividad y la orientación de la acción, y es a su vez objeto de reinterpretación y resignificación. El análisis filosófico debe, por tanto, captar estas mediaciones recíprocas, mostrando cómo los significados emergen de la interacción entre historia, estructura social y praxis individual.

En su dimensión política, la semiosis constituye un instrumento de legitimación y disputa. Los significados dominantes estabilizan ciertas relaciones de poder y limitan la imaginación social de alternativas; los significados subalternos cuestionan, resignifican y ofrecen marcos de acción distintos. Cada conflicto semiótico refleja la tensión entre reproducción de la hegemonía y posibilidades de transformación. Por ello, la semiosis es objeto de intervención estratégica; su transformación consciente permite debilitar estructuras de dominación y fortalecer la capacidad colectiva de imaginar y construir nuevas formas de organización social. La semiosis es, además, dinámica y contingente, susceptible de ruptura y resignificación ante cambios mate-

riales, tecnológicos o sociales. La innovación semiótica no ocurre al margen de la práctica; surge en la interacción de sujetos, dispositivos y condiciones históricas que generan nuevas formas de organización del sentido.

Esto implica que estudiar la semiosis no es sólo un ejercicio teórico, sino una práctica epistemológica vinculada a la transformación del objeto mismo. La investigación semiótica crítica permite intervenir en la historia de manera consciente, generando nuevas configuraciones de significado y ampliando la capacidad de acción de los sujetos. Y, la semiosis como objeto de estudio y transformación requiere un enfoque integrado y científico, que articule análisis conceptual, reconstrucción histórica y observación de prácticas concretas. Los signos, narrativas, imágenes y discursos deben ser examinados en su materialidad, en sus mediaciones sociales y en sus efectos políticos.

Sólo así es posible comprender la semiosis en su totalidad, como fenómeno histórico, social, material y político, inseparable de las relaciones de poder y de los procesos de acción colectiva. La transformación de la semiosis no es un fin abstracto; es condición para la transformación de la sociedad, para la ampliación de la autonomía interpretativa y para la construcción de mundos posibles donde el sentido deje de estar subordinado a la dominación y se convierta en herramienta consciente de praxis emancipadora. La semiosis, concebida desde esta perspectiva, no es un fenómeno aislado ni un producto de la subjetividad individual; es un proceso socialmente determinado, cuya existencia y dinámica están enraizadas en las condiciones materiales y en las relaciones de producción de cada sociedad.

Cada acto semiótico es inseparable de la estructura de fuerzas que organiza el trabajo, la propiedad y la circulación de bienes y significados. La semiosis, en su totalidad, refleja

la organización histórica de la sociedad; es mediación entre sujetos y mundo, pero esta mediación se realiza dentro de relaciones concretas de poder, conflicto y cooperación. Como objeto de estudio, la semiosis exige atención a estas condiciones materiales que permiten su producción, distribución, circulación y legitimación.

Cada signo, símbolo o narrativa emerge de un contexto histórico específico, donde los intereses de distintos grupos sociales interactúan y compiten. Los significados no flotan en el vacío; se construyen en la tensión entre lo dominante y lo subalterno, entre el orden establecido y las fuerzas que cuestionan, resisten y resignifican. El análisis de la semiosis, por lo tanto, no puede limitarse a la descripción de códigos o estructuras lingüísticas; requiere comprender los procesos de hegemonización y disputa, los mecanismos mediante los cuales ciertos significados se consolidan como normativos y otros se marginan, invisibilizados o estigmatizados. La semiosis refleja, entonces, la correlación de fuerzas en la sociedad y constituye un campo de conflicto simbólico que acompaña y reproduce la lucha material.

Como objeto de estudio crítico, la semiosis demanda reconstruir la totalidad de mediaciones que intervienen en la producción de sentido. Esto incluye no sólo la interacción entre sujetos y sus prácticas comunicativas, sino también los dispositivos tecnológicos, los medios institucionales, las técnicas de producción y los soportes materiales que organizan y limitan la circulación de los signos. La palabra hablada, la escritura, la imprenta, la radio, la televisión, los algoritmos y las plataformas digitales constituyen modos históricos de objetivación del sentido; cada uno estructura la experiencia, la interpretación y la acción de manera específica. Analizar estas mediaciones permite comprender cómo la semiosis refleja las condiciones materiales de exis-

tencia y cómo puede ser transformada estratégicamente. La semiosis, en este marco, es inseparable de la economía política del sentido. La producción de significados está imbricada en circuitos de trabajo, propiedad y control de recursos materiales y tecnológicos. Los actores dominantes no sólo poseen medios de producción material, sino también los medios de producción simbólica, controlando los canales de difusión, la visibilidad de los discursos y la legitimación de los contenidos.

Esta concentración determina qué significados son amplificados y cuáles permanecen marginales o reprimidos. El estudio crítico de la semiosis debe analizar estas relaciones estructurales, revelando cómo los intereses materiales condicionan la creación, circulación e interpretación de los significados. En su dimensión dialéctica, la semiosis incorpora la tensión permanente entre estabilidad y transformación. Los significados necesitan cierto grado de consistencia para cumplir su función social; permiten la coordinación, la planificación y la organización de la acción colectiva. Sin embargo, estas estructuras nunca son definitivas; los cambios en las relaciones de producción, en los conflictos sociales o en las tecnologías disponibles reconfiguran los marcos semióticos, generando rupturas, desplazamientos y resignificaciones. La semiosis refleja así la contradicción fundamental entre reproducción y transformación de la sociedad; los significados consolidan estructuras existentes, pero al mismo tiempo contienen potenciales de cambio. La semiosis es también constitutiva de la subjetividad. Los individuos se forman como sujetos a través de su inserción en sistemas de significación, adquieren marcos de interpretación, categorías valorativas y normas de conducta que condicionan su acción.

Esta constitución no es pasiva ni determinista; los sujetos participan activamente en la producción, modifica-

ción y resignificación de los signos. La dialéctica entre condicionamiento social y acción transformadora; demuestra que la semiosis es tanto estructurante como transformadora, organiza la experiencia y la conducta, pero permite su propio cuestionamiento y reconfiguración. El estudio de la semiosis, concebida como campo de lucha social, pone en primer plano la interacción entre clases y grupos con intereses contrapuestos. Los significados dominantes estabilizan relaciones de poder, legitiman privilegios y naturalizan jerarquías. Los significados subalternos cuestionan, reinterpretan y proponen nuevas configuraciones simbólicas.

Cada disputa semiótica es, en este sentido, una manifestación de la correlación de fuerzas materiales, una instancia de lucha por hegemonía y un espacio de posibilidad para la transformación social. Analizar críticamente estas disputas permite identificar tanto los mecanismos de reproducción de la dominación como los canales posibles de emancipación.

Como objeto de transformación, la semiosis exige intervención consciente en las condiciones materiales, técnicas e institucionales que permiten su producción y circulación. Transformar la semiosis no es simplemente generar nuevos signos o narrativas, sino reconfigurar los dispositivos de producción de sentido, democratizar su acceso y ampliar la pluralidad interpretativa. La transformación semiótica, en este marco, se convierte en estrategia de transformación social, al modificar los significados dominantes, se modifican las percepciones, las decisiones y las acciones colectivas, ampliando la autonomía y la capacidad de autoorganización de los sujetos. La semiosis es también dinámica y contingente, susceptible de innovación y ruptura ante cambios en la organización social, en las tecnologías de comunicación o en la correlación de fuerzas.

Cada innovación semiótica implica una modificación de los marcos de interpretación, la apertura de nuevas posibilidades de acción y la reconfiguración de relaciones de poder simbólicas. Por ello, el estudio de la semiosis debe considerar sus procesos internos de cambio, sus resistencias y sus potencialidades transformadoras, integrando análisis de prácticas, dispositivos, instituciones y estructuras sociales.

Además, la semiosis constituye medio y fin de praxis, como objeto de estudio, permite comprender las relaciones entre significados, prácticas y estructuras; como objeto de transformación, orienta la acción hacia la construcción de condiciones más democráticas y emancipadoras. La intervención crítica en la semiosis es inseparable de la transformación de la sociedad, sólo al reconfigurar los marcos de significación se pueden modificar las percepciones colectivas, los criterios de legitimidad y las formas de organización social. La semiosis, en este sentido, es simultáneamente herramienta de conocimiento e instrumento de cambio. La semiosis, concebida en su totalidad, es historia objetivada en signos, estructura social materializada y campo de disputa por la legitimación de significados.

Cada narrativa, cada discurso, cada símbolo condensan intereses materiales, mediaciones institucionales y prácticas sociales, y al mismo tiempo actúan sobre la subjetividad, orientan la acción y moldean la percepción de lo posible. El estudio crítico de la semiosis debe reconstruir estas relaciones, identificar contradicciones, analizar mecanismos de dominación y abrir caminos de resignificación y transformación, reconociendo su naturaleza compleja, conflictiva y productiva.

En su dimensión tecnológica, la semiosis requiere análisis del impacto de los medios, plataformas y algoritmos contemporáneos, los cuales no son neutrales, determinan

visibilidad, circulación y jerarquización de significados, amplifican ciertos discursos y ocultan otros, y condicionan la participación de los sujetos en el debate público. Transformar la semiosis implica, entonces, intervenir sobre estas mediaciones tecnológicas, democratizando el acceso y fomentando la pluralidad de interpretaciones. Esta intervención tecnológica y material es parte integral del proyecto de transformación crítica de la sociedad.

Así, la semiosis como objeto de estudio y transformación constituye un eje fundamental para la comprensión de la vida social y la acción histórica. Su análisis permite identificar los mecanismos de reproducción de la dominación, los conflictos de interés, las oportunidades de resistencia y los espacios de innovación semiótica. Transformarla significa abrir la posibilidad de construir mundos donde los significados sean producidos colectivamente, donde la interpretación no esté subordinada a intereses monopolísticos y donde la pluralidad de sentidos sea condición de autonomía, justicia y emancipación social. La semiosis, en su totalidad, es producto histórico, proceso social, herramienta de praxis y campo de disputa, cuya comprensión y transformación constituyen tarea central de cualquier filosofía crítica que aspire a intervenir en la historia y a transformar la sociedad en función de la libertad, la igualdad y la racionalidad colectiva.

Porque la praxis cotidiana constituye el terreno donde la filosofía de la semiosis deja de ser abstracción y se convierte en instrumento de transformación social. La semiosis no es un fenómeno meramente conceptual ni un objeto de contemplación intelectual; es el proceso mediante el cual los significados se producen, circulan, se disputan y se consolidan en la vida real. Si no se incorpora a la acción cotidiana, toda teoría sobre la producción de sentido corre el riesgo de permanecer inerte, desconectada de las relacio-

nes materiales y de poder que la condicionan. Llevar esta filosofía a la praxis implica reconocer que los significados no sólo estructuran la percepción, la interpretación y la subjetividad, sino que también orientan decisiones, comportamientos y formas de organización social. En otras palabras, intervenir en la semiosis cotidiana es intervenir en la posibilidad misma de transformar la sociedad. La importancia de la praxis reside en que la semiosis opera simultáneamente como instrumento de reproducción social y como medio de emancipación.

Cada acto de comunicación, cada interpretación de los signos y cada resignificación de narrativas se inscribe en un contexto donde los significados dominantes han sido históricamente moldeados por relaciones de poder, por jerarquías económicas y por estructuras de dominación simbólica. Sólo al introducir conscientemente la reflexión crítica y la acción transformadora en la vida diaria se pueden cuestionar los sentidos naturalizados, abrir espacios de reinterpretación y fomentar la pluralidad de significados. La praxis cotidiana convierte la semiosis en un terreno de disputa real, visible y actuante, donde la teoría se encuentra con la experiencia y puede producir efectos concretos en la organización de la vida social.

Además, la praxis permite que la semiosis articule teoría y acción. La filosofía de la semiosis no se limita a describir los mecanismos de producción de sentido ni a reconstruir sus mediaciones históricas; propone intervenir sobre ellas. Cada práctica cotidiana —en el hogar, la escuela, el trabajo, los medios de comunicación, las redes digitales o los espacios comunitarios— se convierte en un laboratorio de transformación, en la medida en que los individuos y los colectivos cuestionan significados naturalizados, experimentan nuevas formas de comunicación, crean narrativas inclusivas y amplían los marcos interpretativos, se modifica la estructu-

ra semiótica de la sociedad. La praxis cotidiana, entonces, no es un agregado superficial, sino la instancia decisiva donde la semiosis y la transformación social se entrelazan.

Llevar la semiosis a la praxis cotidiana implica reconfigurar los significados dominantes que naturalizan desigualdades, alienaciones y jerarquías sociales. Los significados no son neutros; reproducen intereses, legitiman privilegios y condicionan la acción. Intervenir conscientemente sobre ellos permite abrir nuevas posibilidades de interpretación, liberar espacios de creatividad colectiva y fortalecer la autonomía de los sujetos. Cada resignificación cotidiana es un acto político, cuestiona la hegemonía simbólica, desafía la reproducción de la dominación y refuerza la capacidad de imaginar y construir alternativas históricas. La praxis cotidiana convierte los principios teóricos de la semiosis en fuerza transformadora real y medible.

Esta filosofía de la semiosis introduce novedades revolucionarias que cobran sentido precisamente en la práctica. Primero, reconoce que el sentido es producido y disputado, nunca dado; esto obliga a intervenir activamente en los procesos de comunicación, mediación y circulación de significados. Segundo, entiende la semiosis como campo de lucha social y emancipación, por lo que cada práctica de resignificación cotidiana contribuye a debilitar jerarquías simbólicas y a democratizar la interpretación. Tercero, articula la semiosis con la estructura material y tecnológica de la sociedad, mostrando que transformar signos, plataformas, dispositivos y prácticas cotidianas incide directamente en la percepción colectiva y en la distribución del poder simbólico. Estas innovaciones sólo despliegan todo su potencial si se aplican de manera concreta en la vida diaria, en la interacción social, en la educación, en la comunicación mediática y en los espacios comunitarios.

Llevar esta filosofía a la praxis también fortalece la capacidad crítica de los sujetos. La resignificación cotidiana de los signos, la puesta en cuestión de sentidos naturalizados y la creación de nuevos marcos interpretativos permiten a los individuos reconocer las mediaciones sociales que condicionan su percepción y acción. Esto no es un ejercicio meramente cognitivo; se traduce en decisiones más conscientes, en organización colectiva más eficaz y en participación activa en la transformación de la sociedad. La praxis cotidiana convierte al sujeto en agente semiótico, capaz de producir, cuestionar y transformar significados, y de intervenir estratégicamente en la historia de manera consciente.

Así, la práctica cotidiana de esta filosofía de la semiosis permite materializar la transformación social. Cada acto de resignificación, cada diálogo crítico, cada innovación en la producción y circulación de significados contribuye a la democratización del sentido y a la ampliación de horizontes de acción colectiva. La semiosis deja de ser un objeto abstracto de reflexión y se convierte en herramienta estratégica de emancipación, capaz de intervenir en la realidad, reorganizar relaciones de poder y construir mundos posibles más justos, plurales y racionales. La filosofía de la semiosis encuentra en la praxis cotidiana su lugar decisivo, allí donde los signos, la interpretación y la acción se entrelazan; se activa su capacidad transformadora máxima, generando una síntesis de conocimiento, poder y libertad que trasciende la teoría para convertirse en historia vivida.

Transparentar el financiamiento de la producción de sentido

Ninguna producción de sentido ocurre en un vacío. Cada narración, imagen, discurso o representación social emerge dentro de condiciones materiales específicas que determi-

nan su forma, alcance y función. Es por ello que el financiamiento de esta producción de sentido no puede permanecer opaco; revelar quién financia qué significados, con qué recursos y con qué objetivos constituye una condición imprescindible para comprender cómo se construye, se legitima y se difunde la significación en la sociedad. La semiosis no es neutral ni autónoma; está imbricada en relaciones de poder, intereses económicos, tecnológicos y políticos que modelan tanto la percepción individual como la interpretación colectiva de la realidad. Transparenciar el financiamiento es, por tanto, un acto de conocimiento crítico y un paso indispensable para intervenir de manera consciente en la construcción del sentido.

Cuando el financiamiento permanece oculto, los significados pueden presentarse como naturales, universales o espontáneos, cuando en realidad están condicionados por intereses particulares. La opacidad en la financiación de medios, plataformas, instituciones culturales o proyectos de comunicación fortalece la hegemonía simbólica de determinados grupos y reproduce jerarquías sociales. Los sujetos perciben ciertos significados como inevitables o incontestables, lo que dificulta la resignificación crítica y reduce la capacidad de acción colectiva. La transparencia, en cambio, permite deconstruir la ilusión de neutralidad, identificar los intereses que atraviesan cada flujo semiótico y abrir la posibilidad de participación informada y crítica en los procesos de producción de sentido.

Su financiamiento condiciona de manera desigual y combinada los contenidos directos e indirectos. Directamente, determina qué narrativas se producen, cuáles se priorizan y cuáles son marginalizadas o descartadas. Indirectamente, influye en los formatos, los canales de difusión, los recursos tecnológicos utilizados y los equipos de pro-

ducción, afectando la visibilidad, la recepción y el impacto de los mensajes. En este sentido, el financiamiento actúa como mediación material estructurante de la semiosis, condiciona la relación entre productor, contenido y receptor, modelando tanto la interpretación como la acción derivada del sentido. Transparenciar estas mediaciones permite reconstruir las relaciones de poder que atraviesan cada acto semiótico y analizar críticamente su influencia sobre la subjetividad y la organización social. La opacidad en el financiamiento de la producción de sentido también fomenta formas de alienación simbólica.

Cuando los sujetos no conocen los recursos que sostienen los significados que consumen, pierden capacidad de cuestionamiento y resignificación. Perciben los discursos como inevitables, reproducen naturalizaciones ideológicas y legitiman jerarquías sin darse cuenta de su carácter histórico y contingente. La transparencia permite exponer estas mediaciones, revelando cómo los intereses económicos, políticos o tecnológicos orientan la percepción colectiva y condicionan la capacidad de los sujetos de construir su propio sentido del mundo. Sólo al conocer los circuitos de financiamiento es posible poner en juego la crítica y la intervención consciente, y abrir caminos para la democratización del sentido.

Desde un punto de vista dialéctico, la semiosis y su financiamiento son condiciones materiales de la lucha simbólica. Cada conflicto por la interpretación de los hechos, por la legitimación de valores o por la jerarquización de prioridades sociales está atravesado por recursos económicos, tecnológicos, institucionales y humanos. Ocultar estos recursos equivale a invisibilizar la correlación de fuerzas que sostiene la hegemonía simbólica, reduciendo la capacidad de los actores subalternos de intervenir estratégicamente.

Transparenciar el financiamiento permite reconstruir la totalidad de las mediaciones, identificar los puntos de control y diseñar estrategias de resistencia y resignificación. Sin esta transparencia, los sujetos no pueden evaluar con claridad las condiciones de producción de los significados, y la disputa por el sentido permanece desbalanceada en favor de los poderes dominantes. La transparencia en la financiación es también condición ética y política de la producción de sentido.

Toda práctica que produce significados con impacto social tiene consecuencias sobre la percepción colectiva, la acción y la organización de la sociedad. El conocimiento de quién financia, con qué fines y bajo qué criterios permite a los receptores y a los productores asumir responsabilidad sobre sus decisiones interpretativas y comunicativas. Permite evaluar el sesgo de los discursos, cuestionar la legitimidad de los contenidos y participar activamente en la construcción de marcos semióticos alternativos. La transparencia, por tanto, no es un detalle administrativo; es una condición para la emancipación simbólica y para la democratización de los procesos de interpretación. El financiamiento de la producción de sentido influye directamente en la concentración de medios y plataformas y en la distribución del poder simbólico.

Cuando los recursos se concentran en manos de unos pocos actores, los significados circulantes tienden a homogenizarse, reforzando intereses particulares y limitando la diversidad interpretativa. Esta concentración genera dictaduras del discurso único, naturaliza jerarquías y reduce la pluralidad de sentidos, bloqueando la capacidad de los sujetos de desarrollar pensamiento crítico y autonomía interpretativa. Transparenciar los flujos de financiamiento permite identificar estas concentraciones, visibilizar las es-

tructuras de poder que las sostienen y diseñar estrategias de pluralización del sentido.

Transparenciar el financiamiento también es estratégico para la transformación social. La producción de significados alternativos, emancipadores o subversivos depende no sólo de la creatividad discursiva, sino de los recursos materiales, tecnológicos y humanos que la sostienen. Conocer la procedencia de los fondos, las condiciones de uso y la disponibilidad de medios permite organizar la semiosis crítica de manera más eficaz, generando contenidos que pueden disputar la hegemonía simbólica y ampliar los marcos de interpretación de manera real y efectiva. La transparencia convierte el conocimiento sobre los recursos en herramienta de acción consciente, alineando teoría, praxis y transformación social.

Además, revelar el financiamiento permite reconstruir la relación entre economía, tecnología y semiosis. Los recursos no sólo financian contenidos; financian plataformas, algoritmos, canales de distribución, equipos de producción, procesos de edición y amplificación mediática. Cada decisión tecnológica condiciona qué mensajes se amplifican, quién los recibe y cómo se interpretan. Comprender la interdependencia entre financiamiento y tecnologías de producción simbólica es clave para intervenir críticamente en la semiosis; sólo al visibilizar estas relaciones materiales se puede transformar estratégicamente la circulación de significados y ampliar la autonomía interpretativa de los sujetos. La transparencia en el financiamiento también fortalece la lógica crítica y dialéctica del pensamiento social.

Permite analizar cómo los intereses económicos y políticos determinan la circulación de los significados, cómo se consolidan narrativas dominantes, cómo se ocultan otras y cómo se reproducen jerarquías culturales. Este conocimien-

to crítico es indispensable para intervenir en los procesos de semiosis, para diseñar estrategias de resistencia, para cuestionar naturalizaciones ideológicas y para abrir espacios de interpretación plural. Sin transparencia, la semiosis permanece bajo el dominio de fuerzas opacas, y la lucha por el sentido se reduce a un enfrentamiento desigual donde la conciencia colectiva no puede desplegarse plenamente.

En términos prácticos, la transparencia del financiamiento permite a los sujetos y colectivos evaluar la confiabilidad, la independencia y la orientación ideológica de los contenidos que consumen o producen. Permite distinguir entre discursos espontáneos, autogestionados o comunitarios y aquellos que obedecen a intereses económicos o políticos particulares. Esto no sólo fortalece la crítica social y mediática, sino que también habilita la construcción de espacios de comunicación más democráticos, donde la pluralidad de voces y la autonomía interpretativa no dependan de la opacidad de los recursos, sino de la acción consciente y organizada de los sujetos.

Por último, la transparencia es fundamental porque revela la correlación entre recursos y hegemonía simbólica, exponiendo cómo los flujos financieros determinan qué significados dominan y cuáles son marginados. Esto permite intervenir estratégicamente en la semiosis para ampliar la diversidad interpretativa, fortalecer la participación colectiva y promover la emancipación simbólica. La semiosis, en este sentido, no sólo refleja la sociedad, sino que es campo de disputa, laboratorio de innovación y herramienta de transformación social. Sólo al conocer los mecanismos de financiamiento es posible transformar la producción de sentido de manera consciente, crítica y estratégica, ampliando la capacidad de los sujetos para interpretar, decidir y actuar sobre la realidad. La transparencia en el financiamiento de

la producción de sentido constituye un elemento central para la comprensión crítica de los procesos semióticos y de su impacto en la sociedad.

Mientras la semiosis se manifiesta como el espacio donde se construyen, circulan y disputan los significados, la manera en que se sostienen materialmente esos procesos determina su autonomía, su alcance y su potencial transformador. La opacidad financiera introduce un sesgo estructural que no siempre puede ser identificado a simple vista, condiciona la agenda de producción de contenidos, establece jerarquías de visibilidad y delimita los márgenes de lo que puede ser pensado, dicho o imaginado. Por el contrario, la transparencia permite conocer los intereses que subyacen a cada narrativa, ofreciendo a los sujetos la posibilidad de intervenir con conocimiento y discernimiento en los procesos de interpretación colectiva.

Desde una perspectiva estratégica, transparentar el financiamiento implica revelar la arquitectura de poder detrás de cada significación. Los recursos económicos no son neutros; estructuran los procesos de creación, edición, difusión y amplificación de contenidos. Saber quién financia, con qué intenciones y bajo qué condiciones abre la posibilidad de analizar críticamente los mecanismos de control simbólico, evaluar la legitimidad de los discursos y reconstruir la lógica de los flujos de influencia en la sociedad. Este acto de revelación no sólo contribuye al esclarecimiento de la manipulación ideológica, sino que constituye un insumo indispensable para la construcción de narrativas autónomas, pluralistas y emancipadoras. El financiamiento condiciona de manera directa la selección de temas, la priorización de enfoques y la orientación de los mensajes.

Sin transparencia, se consolida un sistema de incentivos implícitos que privilegia ciertos contenidos y mar-

gina otros, determinando cuáles cuestiones se vuelven públicas y cuáles permanecen invisibles. Esta selección no ocurre por azar; responde a intereses materiales y relaciones de poder históricamente constituidas. La transparencia permite analizar estas decisiones, identificar las lógicas de exclusión y reconocer cómo se reproduce la concentración simbólica. Así, se revela la relación entre recursos, producción de sentido y dominación, y se abre la posibilidad de reconfigurar esta relación hacia la democratización de los significados.

Además, el financiamiento influye en la calidad y profundidad del contenido. Los recursos disponibles determinan la capacidad de investigación, el tiempo de producción, la diversidad de voces incluidas y el alcance de la circulación. Cuando el origen y la finalidad del financiamiento son opacos, el receptor no puede evaluar críticamente las limitaciones estructurales que condicionan la producción de sentido, ni discernir entre contenidos genuinamente independientes y aquellos que obedecen a intereses particulares. La transparencia, por el contrario, permite contextualizar la producción simbólica, entendiendo los límites, sesgos y condicionamientos que atraviesan cada acto de semiosis. La transparencia también es fundamental para fortalecer la responsabilidad social de los productores de sentido.

Cuando los flujos financieros son visibles y accesibles, se establece un sistema de rendición de cuentas que obliga a considerar las consecuencias sociales de la producción simbólica. Cada narración, cada imagen o cada discurso se convierte en un acto consciente, que puede ser evaluado y cuestionado en función de su origen y de los intereses que lo sostienen. Este conocimiento no sólo beneficia a los receptores, sino que orienta la práctica de los productores hacia la ética de la claridad, la pluralidad y la responsabilidad social.

Desde un enfoque dialéctico, el financiamiento es también condición estructural de la lucha por la hegemonía simbólica. Los recursos determinan qué significados pueden ser reproducidos masivamente y cuáles quedan relegados a espacios marginales. La opacidad en la financiación fortalece la naturalización de ciertos discursos y limita la capacidad de acción de quienes buscan resignificar, disputar o innovar en la semiosis. La transparencia permite visibilizar estas relaciones, reconocer los puntos de control, y generar estrategias conscientes para equilibrar las condiciones de producción simbólica y ampliar la pluralidad de voces y perspectivas.

Un punto crítico poco explorado es que la transparencia en la financiación de la producción de sentido no sólo impacta en la percepción del presente, sino que configura la memoria histórica y la construcción de futuro. Los significados que circulan hoy son los que sedimentarán la interpretación de acontecimientos, identidades y valores colectivos. Si los flujos financieros permanecen ocultos, los intereses que los condicionan se proyectan en la historia futura, consolidando hegemonías invisibles y perpetuando desigualdades interpretativas. La transparencia, en cambio, permite que los sujetos comprendan los condicionamientos materiales de la semiosis, puedan corregirlos, desafiar sus efectos y construir marcos de interpretación más justos y democráticos. La transparencia del financiamiento es también esencial para romper la dependencia tecnológica y mediática de la producción de sentido.

En la actualidad, los dispositivos, plataformas y algoritmos que amplifican contenidos están profundamente interrelacionados con los recursos que los sostienen. Ocultar la procedencia de esos recursos equivale a naturalizar la influencia de estructuras técnicas que actúan como filtros

invisibles del sentido. Hacer visibles estos vínculos permite a los sujetos comprender cómo se distribuye la atención social, qué narrativas son privilegiadas y cuáles son silenciadas, y cómo intervenir estratégicamente para expandir la pluralidad interpretativa y la autonomía semiótica.

Desde un enfoque de excelencia crítica, la transparencia también constituye un instrumento de innovación social. Conocer los recursos que sostienen la producción de sentido permite diseñar nuevas estrategias de creación, circulación y amplificación de significados alternativos, emancipadores o subversivos. La información sobre financiamiento habilita la articulación de redes independientes, la construcción de narrativas autogestionadas y la organización de proyectos comunicativos que desafíen la concentración simbólica y amplíen los horizontes de interpretación colectiva. La transparencia se convierte así en catalizador de creatividad y transformación social, vinculando teoría y praxis de manera tangible.

El acceso a información clara sobre financiamiento fortalece también la capacidad crítica de los receptores. Conocer quién sustenta los contenidos permite evaluar su fiabilidad, identificar sesgos y comprender las intenciones detrás de cada mensaje. Esta comprensión crítica es fundamental para no reproducir de manera automática narrativas que refuercen intereses ajenos, y para construir un juicio autónomo, informado y consciente de la relación entre recursos, poder y significado. Sin esta información, la recepción de sentido queda mediada por una opacidad estructural que limita la libertad interpretativa y la capacidad de acción estratégica.

En un sentido más amplio, la transparencia del financiamiento constituye una condición para la democratización de la semiosis. La producción de sentido no debe estar

subordinada a intereses privados, corporativos o monopólicos, sino abierta a la participación colectiva, a la pluralidad de perspectivas y a la distribución equitativa de recursos simbólicos. Hacer visibles los flujos financieros permite equilibrar las relaciones de poder en la producción de significado, fomenta la corresponsabilidad social y fortalece la construcción de consensos más justos y deliberativos. La semiosis transparente es, por tanto, un espacio de participación política, ética y cultural, donde la distribución de recursos y significados se somete a la evaluación crítica de los sujetos.

Así, transparentar el financiamiento es esencial porque establece las bases de la autonomía semiótica y de la transformación social consciente. La producción de sentido no puede liberarse de la dominación simbólica si se ignoran las condiciones materiales que la sostienen. Conocer la procedencia y los objetivos de los recursos permite intervenir estratégicamente en la semiosis, construir narrativas alternativas, desafiar hegemonías y generar procesos de transformación que aborden tanto las condiciones materiales como las interpretaciones colectivas de la realidad. La transparencia, en este sentido, es un requisito indispensable para convertir la semiosis en herramienta de emancipación, autonomía y participación social consciente.

Valor en uso y valor en cambio del sentido en el contexto de la ideología de la clase dominante

El sentido, en tanto objeto social, no sólo es producido, distribuido y disputado, sino que se encuentra sometido a una doble lógica que atraviesa todas sus manifestaciones, la de su valor de uso y su valor de cambio. Esta distinción, aplicada a la semiosis, permite comprender por qué ciertos significados son funcionales al sostenimiento de la vida colectiva y,

simultáneamente, por qué los mismos significados pueden ser intercambiados, comercializados, instrumentalizados o convertidos en mercancías simbólicas que operan al servicio de intereses de dominación. El valor de uso del sentido se manifiesta en su capacidad de organizar la vida cotidiana, orientar la acción, facilitar la comunicación, consolidar vínculos sociales y permitir a los individuos interpretar su entorno de manera efectiva. Es el sentido como herramienta, como recurso de comprensión y como mediación entre la experiencia subjetiva y la realidad material.

Sin embargo, en contextos de dominación simbólica, el sentido se transforma también en valor de cambio. Los significados producidos por la clase dominante no se limitan a ser útiles para la vida colectiva; se articulan con los mecanismos de control social y se convierten en instrumentos de monopolización de la interpretación. La semiosis es así instrumentalizada; ciertos significados se promueven, amplifican y difunden estratégicamente porque su circulación fortalece la hegemonía, legitima relaciones de poder, estabiliza la jerarquía social y oculta las contradicciones que subyacen a la estructura económica y política. El valor de cambio del sentido reside en su capacidad de influir en la percepción, el juicio y la acción de los sujetos para que los intereses de dominación se reproduzcan de manera efectiva y naturalizada. La ideología de la clase dominante opera precisamente sobre esta doble lógica.

Presenta ciertos significados como naturales, universales o inevitables, mientras que oculta su origen histórico y social, su vinculación con intereses particulares y su función material en la reproducción de estructuras de poder. Los significados, en este contexto, funcionan como mercancías simbólicas; pueden ser comprados, difundidos, negociados y manipulados para generar consenso o conformi-

dad. Este proceso produce lo que puede denominarse falsa conciencia, la percepción del mundo mediada por significados que aparentan autonomía, neutralidad o interés colectivo, pero que en realidad reflejan y sostienen los intereses de un grupo social específico. El valor en uso del sentido en la vida cotidiana de los individuos puede estar subordinado al valor de cambio impuesto por la ideología dominante.

Por ejemplo, un relato histórico, una norma cultural o un contenido mediático pueden cumplir funciones útiles de comprensión y organización de la vida social, pero si su producción está financiada, diseñada y distribuida estratégicamente por la clase dominante, su valor en cambio condiciona la interpretación de la realidad, naturaliza desigualdades y limita la imaginación social. Los sujetos, aun actuando racionalmente dentro de sus contextos, pueden adoptar significados que les son funcionales de manera inmediata, sin percibir que simultáneamente reproducen la dominación simbólica y material de la clase hegemónica. La separación entre valor en uso y valor en cambio del sentido permite explicar cómo la semiosis cotidiana puede contener elementos útiles para la vida social mientras contribuye a mantener la hegemonía.

Con la producción de falsa conciencia se sustenta también en la diferenciación y jerarquización de significados. La clase dominante no sólo impone contenidos, sino que establece qué significados son visibles, cuáles circulan en medios de amplia difusión y cuáles permanecen marginalizados o invisibilizados. La circulación selectiva de significados crea jerarquías simbólicas que legitiman unos intereses y ocultan otros. Esta lógica es inseparable de la concentración de recursos, tecnología y medios de comunicación; los significados que poseen valor de cambio elevado son aquellos respaldados por la inversión material, por la estructura

de poder y por la capacidad de influencia social, mientras que los significados con potencial emancipador o crítico, aunque tengan valor de uso evidente, pueden ser reprimidos, deslegitimados o invisibilizados. La falsa conciencia se refuerza porque los sujetos internalizan los significados de la clase dominante como si fueran naturales, universalmente válidos y autónomos.

Este proceso puede ser sutil y cotidiano, los significados se presentan en forma de hábitos, rutinas, narrativas mediáticas, discursos educativos o normas culturales que parecen independientes de los intereses de clase. La semiosis cotidiana, entonces, está atravesada por relaciones de dominación que condicionan tanto la producción como la recepción de significados. La transparencia en el financiamiento, en este contexto, se vuelve un instrumento indispensable para desarticular la apariencia de neutralidad, revelar la dependencia material de los significados y permitir que los sujetos reconozcan la dimensión histórica y social de la semiosis.

Comprender el valor de uso y el valor de cambio del sentido permite también analizar la reproducción de la ideología dominante a través de la educación, los medios y las instituciones culturales. Los contenidos que son funcionales para la organización de la vida social —por ejemplo, la enseñanza de normas cívicas, conocimientos técnicos o narrativas históricas— adquieren un valor de cambio cuando su diseño, selección y difusión responde a intereses de control y legitimación. Así, la educación, la cultura y los medios no son neutros, producen sentido útil, pero lo convierten en instrumento de hegemonía al moldear la percepción colectiva de manera congruente con los intereses de la clase dominante. Esta doble función del sentido refuerza la falsa conciencia; los individuos pueden utilizar significados en su

vida cotidiana sin reconocer que, simultáneamente, contribuyen a sostener relaciones de poder y jerarquías simbólicas. El valor de cambio del sentido se manifiesta también en la mercantilización de la semiosis.

En la sociedad contemporánea, los significados son productos que circulan en mercados simbólicos; medios de comunicación, plataformas digitales, publicaciones académicas, producciones culturales y publicidad constituyen circuitos donde los signos tienen precio, visibilidad y poder de influencia. La clase dominante dirige estos circuitos para maximizar su capacidad de control, consolidando significados que promueven la obediencia, el consumo y la aceptación de desigualdades, mientras que los significados alternativos, críticos o emancipadores quedan con menor circulación, acceso restringido o bajo respaldo económico. La comprensión de esta lógica exige estudiar la semiosis como proceso económico y material, donde el valor de cambio del sentido determina la capacidad de un significado de consolidarse como norma, referencia o influencia colectiva. La ideología dominante no sólo utiliza el valor de cambio del sentido para sostenerse, sino que también manipula la percepción del valor en uso.

Presenta ciertos significados como esenciales para la vida cotidiana, el bienestar social o la seguridad colectiva, cuando en realidad cumplen la función de perpetuar la dominación y la jerarquía. Esta inversión estratégica entre valor en uso aparente y valor en cambio real constituye el núcleo de la falsa conciencia; los sujetos perciben que los significados les son funcionales y autónomos, mientras que son instrumentos de control simbólico y estructural. Reconocer esta relación permite desarrollar herramientas críticas capaces de intervenir en la producción, circulación y recepción de significados, fortaleciendo la autonomía in-

terpretativa y la capacidad de transformación social. El análisis del valor en uso y valor en cambio del sentido también permite diferenciar entre significados emancipadores y significados funcionales a la hegemonía.

Los primeros pueden tener valor de uso elevado, organizan la acción, facilitan la comprensión de la realidad y permiten imaginar alternativas sociales. Sin embargo, si carecen de respaldo económico, mediático o institucional, su valor de cambio es bajo, lo que limita su circulación y repercusión. Por el contrario, los significados dominantes, aunque a veces tengan menor utilidad práctica para la vida cotidiana de los sujetos subalternos, poseen un alto valor de cambio porque su producción y difusión están sostenidas por recursos concentrados y estructuras de poder, asegurando que sean percibidos como imprescindibles o naturales. Esta dicotomía evidencia la necesidad de intervenir conscientemente en los procesos semióticos, equilibrando valor de uso y valor de cambio de manera que la semiosis funcione como instrumento de emancipación y no como herramienta de dominación.

Además, la comprensión del valor de uso y de cambio del sentido permite analizar históricamente la evolución de la ideología. Los significados que consolidan la hegemonía no surgen espontáneamente; se construyen en procesos largos de inversión material, institucionalización, circulación mediática y naturalización cultural. La clase dominante selecciona qué narrativas deben difundirse ampliamente, cuáles deben ser reproducidas en la educación y la cultura, y cuáles deben mantenerse marginales. Esta planificación estratégica transforma los significados en mercancías simbólicas con alto valor de cambio, mientras que los significados críticos o subalternos, incluso si son más útiles en términos de comprensión y organización de la vida social, permane-

cen invisibilizados. Reconocer esta historia permite desnaturalizar la ideología y generar estrategias de producción y circulación de sentido conscientes y emancipadoras.

Tal valor en uso y el valor en cambio del sentido también se manifiestan en la reproducción de roles, estereotipos y jerarquías sociales. La clase dominante moldea significados que estructuran las identidades, normas y expectativas sociales de manera que se sostengan las relaciones de poder. Cada acto de interpretación cotidiana incorpora estos significados, generando comportamientos y hábitos que perpetúan la dominación simbólica. Al analizar el valor de uso, se identifica la funcionalidad práctica de los significados para la vida cotidiana; al analizar el valor de cambio, se comprende cómo estos mismos significados refuerzan la jerarquía social, consolidan privilegios y mantienen la falsa conciencia.

Esta doble perspectiva es indispensable para intervenir en la semiosis de manera crítica, transformando la percepción colectiva y promoviendo la autonomía interpretativa de los sujetos. La producción de sentido bajo la lógica de la clase dominante es también un proceso de materialización de la ideología en instituciones y tecnologías. La educación, los medios de comunicación, la cultura, las plataformas digitales, los algoritmos y la publicidad funcionan como soportes del valor de cambio del sentido, organizando la circulación de significados de manera que la hegemonía se mantenga y la falsa conciencia se reproduzca.

Esta materialización muestra que los significados no son neutros ni espontáneos, sino productos históricos, sociales y tecnológicos condicionados por la inversión de recursos, el control de la circulación y la priorización de ciertos intereses. Transparenciar y comprender esta estructura es fundamental para intervenir estratégicamente

en la producción de sentido y promover significados emancipadores. El valor en uso y el valor en cambio del sentido también permite evaluar críticamente las mediaciones de la comunicación digital contemporánea. Las plataformas sociales, algoritmos de recomendación, sistemas de publicidad dirigida y tecnologías de amplificación masiva transforman los significados en mercancías simbólicas con alto valor de cambio. La circulación de un mensaje no depende únicamente de su utilidad práctica para la vida social, sino de los recursos invertidos en su amplificación, su visibilidad y su capacidad de impactar la opinión pública. Los significados críticos o alternativos, incluso si poseen un alto valor de uso, quedan relegados si carecen de respaldo económico o tecnológico.

Esta dinámica evidencia la necesidad de transparencia en la inversión de recursos y de intervención estratégica para democratizar la producción y circulación de significados. La doble dimensión del sentido, su valor de uso y su valor de cambio, también explica la persistencia y la resistencia de la ideología dominante. Mientras que los significados útiles para la organización de la vida social podrían ser resignificados o subvertidos, su valor de cambio asegura que aquellos alineados con los intereses de dominación se mantengan predominantes. La falsa conciencia se reproduce porque los significados con alto valor de cambio son percibidos como más legítimos, visibles y universales, aunque su valor de uso pueda ser funcional únicamente a la clase dominante. Esta lógica evidencia la urgencia de analizar críticamente la producción de sentido, visibilizar sus condiciones materiales y disputar la hegemonía semiótica de manera consciente y estratégica.

Desde una perspectiva estrictamente dialéctica y materialista, los medios de producción de sentido no pue-

den separarse de la infraestructura social que los sostiene. La producción de significado, al igual que la producción de bienes materiales, se encuentra condicionada por las relaciones de propiedad, las estructuras económicas y las jerarquías de poder que organizan la sociedad. Cada medio —ya sea un libro, un periódico, una plataforma digital, un sistema educativo o un canal audiovisual— es simultáneamente un soporte técnico y un artefacto social, cuya existencia y funcionamiento dependen de recursos materiales, inversión económica, tecnología y mano de obra especializada.

Por tanto, los medios no son neutrales, su configuración, alcance y capacidad de circulación están directamente vinculados a la estructura de poder dominante, y actúan como filtros y amplificadores de determinados significados sobre otros, reproduciendo o desafiando jerarquías simbólicas. Los modos de producción de sentido incluyen los procesos, técnicas y prácticas mediante los cuales los significados se construyen, circulan y se consolidan. Estos modos abarcan desde la selección de contenidos, la narrativización, la edición, la estilización estética, hasta la estructuración de algoritmos, interfaces y canales de difusión.

Cada modo tiene un efecto constitutivo, determina no sólo qué mensajes son posibles, sino cómo son percibidos, interpretados y resignificados por los sujetos. En contextos de dominación, los modos de producción de sentido se diseñan estratégicamente para maximizar el valor de cambio de los significados, consolidar hegemonías, naturalizar relaciones de poder y fortalecer la falsa conciencia. En contextos emancipadores, los modos pueden ser reconfigurados para democratizar la circulación de significados, potenciar el valor de uso del sentido y favorecer la autonomía interpretativa de los sujetos. La relación entre medios y modos constituye el núcleo técnico-práctico donde se rea-

liza la producción de sentido, los medios facilitan o limitan los modos, y los modos determinan la eficacia semiótica de los medios. Las relaciones de producción de sentido, por su parte, se entienden como los vínculos sociales que organizan la creación, circulación y apropiación de significados. Incluyen la relación entre productores y receptores, entre sujetos individuales y colectivos, entre instituciones culturales, medios de comunicación y plataformas tecnológicas.

Estas relaciones no son neutras; reproducen intereses materiales, jerarquías sociales y correlaciones de fuerza existentes. La ideología dominante se sostiene precisamente en estas relaciones; los significados circulan en condiciones que favorecen a ciertos actores y limitan a otros, reforzando privilegios y consolidando estructuras de dominación. La transformación social, entonces, exige intervenir en estas relaciones, democratizar la producción de sentido, equilibrar el valor en uso y el valor de cambio de los significados, y construir canales y modos de circulación que no estén subordinados a intereses particulares.

Con un análisis marxista, se enfatizaría que el sentido es producido socialmente y no puede separarse de la base material y tecnológica que lo sustenta. Cada significado tiene una dimensión práctica y relacional; su existencia y eficacia dependen de recursos materiales, tiempo de producción, infraestructura técnica y mediación institucional. Los medios y modos determinan qué significados son posibles, cómo circulan y qué impacto tienen sobre la conciencia colectiva. Por tanto, intervenir críticamente en la semiosis requiere visibilizar los recursos que sostienen los significados, los procesos mediante los cuales se producen y los marcos sociales que los distribuyen. Sin este análisis, cualquier comprensión del sentido queda parcial, idealista o funcional a la reproducción de la hegemonía.

Y la filosofía marxista, según se la entiende aquí, subrayaría también que la lucha por la semiosis es parte integral de la lucha de clases. Los significados no son neutros; su producción y circulación responden a intereses materiales y sociales. La clase dominante organiza los medios, modos y relaciones de producción de sentido de manera que sus valores, normas y prioridades se naturalicen, mientras que los significados críticos, subalternos o alternativos enfrentan obstáculos estructurales, falta de recursos, invisibilización, marginalización o represión. Reconocer esta dinámica permite desarrollar estrategias de intervención que busquen reconfigurar medios, modos y relaciones, ampliando la pluralidad interpretativa, fortaleciendo la autonomía semiótica y promoviendo la transformación social consciente. La transparencia, en este marco, no es un acto periférico, sino una condición estratégica; permite conocer los actores, recursos y tecnologías que sostienen los significados, evaluar los modos de producción y analizar cómo las relaciones sociales estructuran la circulación de sentido.

Este conocimiento es imprescindible para intervenir en la semiosis con racionalidad y eficacia, equilibrando valor de uso y valor de cambio, promoviendo significados emancipadores y contrarrestando la falsa conciencia. Los medios, los modos y las relaciones de producción de sentido se convierten en instrumentos de conciencia histórica; sólo cuando son comprendidos en su materialidad y socialidad pueden los sujetos ejercer control sobre ellos y transformar la estructura semiótica de la sociedad.

Así, desde esta perspectiva, los medios, modos y relaciones de producción de sentido constituyen un campo estratégico de transformación social. Su estudio crítico revela cómo se configuran las hegemonías simbólicas, cómo se reproducen las desigualdades interpretativas y cómo se pue-

den generar condiciones para la emancipación. La intervención consciente en estos ámbitos no sólo tiene efectos sobre la interpretación de la realidad, sino sobre la organización social, la participación política, la educación, la cultura y la memoria histórica. La semiosis se convierte así en un instrumento de praxis revolucionaria; los significados dejan de ser neutros o dados y se transforman en herramientas de construcción social, deliberación colectiva y reconfiguración de la realidad. La filosofía de la semiosis encuentra en esta exploración el fundamento teórico y metodológico para vincular conocimiento, acción y transformación, consolidando una estrategia integral de intervención crítica, emancipadora y consciente en los procesos de producción y circulación del sentido.

Producción de sentido y problemas éticos contemporáneos

Toda producción de sentido, entendida como el proceso social, histórico y material mediante el cual los significados son generados, circulan y se consolidan, constituye un fenómeno central de la vida contemporánea y, al mismo tiempo, el espacio donde emergen los problemas éticos más complejos de nuestra era. La semiosis contemporánea no ocurre en un vacío ni en una abstracción; se produce dentro de un entramado de relaciones sociales, tecnológicas y económicas, y está condicionada por intereses que atraviesan jerarquías de poder, estructuras institucionales y flujos de capital simbólico. Esta comprensión permite analizar la dimensión ética de la producción de sentido más allá de los códigos morales tradicionales, incorporando la reflexión sobre la justicia epistemológica, la equidad semiótica y la responsabilidad social de quienes producen, circulan y consumen significados.

Un primer problema ético contemporáneo radica en la concentración de los medios de producción de sentido.

En el mundo actual, plataformas digitales, conglomerados mediáticos y redes globales poseen el control de la circulación de significados a una escala masiva. Esta concentración permite que determinados intereses definan qué narrativas son predominantes y cuáles permanecen invisibilizadas. La ética contemporánea de la semiosis exige visibilizar estas concentraciones y sus efectos sobre la pluralidad interpretativa. Los significados no circulan de manera neutral; se priorizan según la inversión de recursos, la capacidad tecnológica y la estrategia de amplificación de quienes detentan el poder, lo que genera un desbalance ético, la disponibilidad de un sentido crítico o emancipador queda subordinada a la magnitud de los recursos invertidos por la élite simbólica, limitando el acceso a la interpretación autónoma y la participación informada de los sujetos.

Un segundo problema ético surge de la naturaleza mercantil del sentido. La semiosis no sólo es un fenómeno social y cognitivo, sino que se ha transformado en un mercado donde los significados tienen valor de cambio, circulación estratégica y retorno simbólico. Los discursos, imágenes y narrativas son comprados, amplificados o promovidos según intereses que pueden ser económicos, políticos o ideológicos. La ética contemporánea requiere preguntarse qué significados se promueven y por qué, y cómo esta mercantilización influye sobre la percepción colectiva, la formación de la opinión pública y la construcción de normas culturales. La instrumentalización del sentido con fines de lucro, control o legitimación de intereses específicos plantea tensiones éticas profundas, porque convierte la interpretación de la realidad en una mercancía susceptible de manipulación, ocultando mediaciones y condicionando la acción social de manera indirecta pero potente.

En tercer lugar, la producción de sentido enfrenta problemas éticos derivados de la opacidad y la falta de transpa-

rencia. Los flujos financieros, tecnológicos y humanos que sostienen los significados rara vez son visibles, lo que impide a los sujetos evaluar críticamente la naturaleza, los intereses y las condiciones de la información que reciben. La ética contemporánea de la semiosis exige que se hagan visibles los recursos, las fuentes y las mediaciones involucradas en la construcción de significado. Sólo así se puede ejercer un juicio consciente sobre la confiabilidad, la legitimidad y la pertinencia de los contenidos, evitando la internalización pasiva de narrativas que operan como instrumentos de poder o como dispositivos de alienación simbólica. La opacidad, cuando se naturaliza, genera un déficit ético profundo, pues transforma la interpretación del mundo en un acto casi automático, desconectado de la conciencia crítica y de la responsabilidad colectiva.

Otro problema ético relevante se relaciona con la producción de sentido en contextos digitales y algorítmicos. Los algoritmos de recomendación, los sistemas de publicidad dirigida y las plataformas sociales no sólo facilitan la circulación de significados, sino que la estructuran, priorizan y amplifican según criterios que rara vez son transparentes. La ética contemporánea debe considerar cómo estas mediaciones invisibles condicionan la percepción, la atención y la interpretación de millones de individuos simultáneamente. Los significados que emergen como predominantes no necesariamente son los más útiles o los más veraces, sino aquellos que optimizan el *engagement,* la permanencia en la plataforma o la circulación de capital simbólico. Este fenómeno introduce dilemas éticos inéditos, ¿cómo garantizar que los significados sean accesibles, justos y emancipadores en un ecosistema semiótico dominado por la lógica algorítmica? La respuesta requiere transparencia, regulación crítica y estrategias de producción de

sentido que prioricen la autonomía interpretativa sobre la eficiencia de circulación.

Y la manipulación de la percepción y la construcción de la realidad mediada constituye otro desafío ético central. La producción de sentido tiene un impacto directo en la acción social, la organización colectiva y la toma de decisiones. La distorsión, la exageración o la omisión de significados estratégicos puede orientar la acción colectiva hacia fines que no corresponden a los intereses generales, sino a los de sectores específicos. La ética contemporánea exige reconocer la responsabilidad de los productores de sentido sobre las consecuencias de sus narrativas, desde la educación hasta la política, pasando por la cultura y los medios de comunicación, cada discurso tiene efectos concretos sobre la conciencia, la percepción y la acción de los sujetos. Ignorar este principio equivale a naturalizar la imposición de significados y a legitimar la reproducción de desigualdades y jerarquías.

Así la falsa conciencia y la ideología representan otro campo crítico de los problemas éticos contemporáneos de la producción de sentido. Los significados dominantes muchas veces aparecen como neutros, universales o necesarios, mientras que ocultan sus condiciones de producción y su función en la reproducción de relaciones de poder. La ética de la semiosis contemporánea requiere desentrañar estas mediaciones, transparentar los intereses que atraviesan los significados y habilitar la resignificación crítica de los discursos naturalizados. La tarea ética no es sólo revelar el sesgo, sino construir condiciones para la autonomía interpretativa, la pluralidad semiótica y la participación consciente en los procesos de circulación de significado.

Un problema ético adicional se relaciona con la globalización de la circulación de sentido. Los significados

hoy se expanden más allá de fronteras físicas, culturales y lingüísticas, y circulan con una velocidad que supera la capacidad de análisis crítico de los sujetos. Esto implica que las jerarquías simbólicas dominantes pueden imponerse a nivel global, naturalizando normas, valores y percepciones homogéneas, y limitando la diversidad de interpretaciones locales o subalternas. La ética contemporánea exige desarrollar herramientas críticas y pedagógicas que permitan a los sujetos evaluar la procedencia, las condiciones y los intereses de los significados globales, promoviendo la pluralidad interpretativa y la resistencia frente a la homogeneización simbólica.

Por eso la intersección de la semiosis con la tecnología plantea problemas éticos adicionales. La inteligencia artificial, los sistemas de procesamiento de datos y los algoritmos de amplificación masiva transforman la producción de sentido en un fenómeno parcialmente autónomo respecto de la intención humana directa. Esto genera dilemas inéditos: ¿quién es responsable del significado cuando los sistemas automatizados determinan qué mensajes se amplifican, quién los recibe y cómo se interpretan? La ética contemporánea exige definir responsabilidades, establecer criterios de transparencia y garantizar que la producción automatizada de sentido no reproduzca sesgos, desigualdades o distorsiones históricas. La intervención consciente en estas tecnologías se convierte en un imperativo ético para proteger la autonomía semiótica y la justicia interpretativa.

Otro eje crítico es la producción de sentido en contextos de conflicto y polarización social. Los significados se convierten en instrumentos estratégicos para movilizar emociones, organizar grupos y legitimar acciones colectivas. La ética contemporánea debe considerar cómo los significados pueden ser utilizados para fomentar cohesión

social o, por el contrario, para exacerbar conflictos, generar estigmatización o reproducir violencia simbólica. La producción de sentido no puede ser evaluada únicamente desde la perspectiva de su coherencia interna o su atractivo persuasivo; debe medirse también por sus efectos sobre la vida social, la equidad y la participación consciente. Esto requiere desarrollar criterios críticos que integren valor de uso, valor de cambio y consecuencias éticas de la circulación de significados.

Una responsabilidad ética de los productores de sentido es central en todos estos problemas. Cada narrador, comunicador, educador o diseñador de significados opera en un espacio donde sus decisiones tienen efectos concretos sobre la percepción, la interpretación y la acción de otros. La ética contemporánea exige que estos actores asuman la responsabilidad sobre el impacto de sus significados, considerando no sólo la veracidad y la utilidad práctica, sino también la equidad, la justicia interpretativa y la pluralidad semiótica. La semiosis ética no es neutral, implica deliberación consciente, evaluación crítica y compromiso con la transformación social emancipadora.

Entonces la producción de sentido también enfrenta dilemas éticos respecto a la privacidad y la autonomía de los sujetos. La recopilación, análisis y uso de datos para orientar la circulación de significados introduce tensiones sobre el consentimiento informado, la manipulación y la capacidad de los sujetos para decidir sobre qué significados adoptan o descartan. La ética contemporánea debe proteger la autonomía interpretativa, garantizando que los procesos de producción y circulación de sentido no vulneren derechos fundamentales, no instrumentalicen a los sujetos y promuevan la participación crítica y responsable en la construcción de significados.

Así, los problemas éticos contemporáneos de la producción de sentido revelan la necesidad de integrar semiosis, transparencia, crítica y transformación social. La creación de significados no puede ser considerada sólo desde la perspectiva estética, persuasiva o utilitaria; debe evaluarse también desde su contribución a la autonomía, equidad y emancipación de los sujetos. La semiosis ética contemporánea exige visibilizar mediaciones materiales, tecnológicas y sociales, equilibrar valor de uso y valor de cambio, democratizar la circulación de significados y garantizar que la producción de sentido sea un instrumento de participación consciente, pluralidad interpretativa y transformación histórica. La creatividad semiótica se convierte así en acto ético, porque cada resignificación, cada narración y cada circulación de significado tiene repercusiones en la conciencia colectiva y en la construcción de futuros posibles.

Una ética de la semiosis contemporánea no se limita a evaluar contenidos individuales, sino que requiere un análisis integral de medios, modos y relaciones de producción de sentido, incorporando la interdependencia entre recursos, tecnologías, instituciones y actores sociales. La producción de sentido es, en última instancia, un acto político, social y moral; interviene en la percepción, en la interpretación y en la acción de los sujetos, y determina la posibilidad de construcción de mundos más justos, plurales y autónomos. La semiosis ética exige responsabilidad, transparencia, crítica constante y creatividad para garantizar que los significados circulen no como instrumentos de dominación, sino como herramientas de emancipación y transformación colectiva, en diálogo permanente con los sujetos que producen, reciben y resignifican el sentido.

Además, la producción de sentido contemporánea no puede abordarse sin considerar la dimensión ética que

la atraviesa de manera estructural. La ética materialista y humanista, tal como la desarrolló Adolfo Sánchez Vázquez, plantea que la acción humana debe evaluarse en función de su capacidad para transformar la realidad, para liberar potencialidades humanas y para crear condiciones que amplíen la autonomía y la conciencia de los individuos. Aplicada a la semiosis, esta perspectiva permite entender que los significados no son neutros, sino mediaciones de la praxis social; cada acto de producción, circulación o interpretación de sentido constituye una acción con consecuencias éticas directas sobre la vida de los sujetos, sobre sus relaciones sociales y sobre la estructura simbólica de la sociedad.

Los significados no surgen espontáneamente ni existen por sí mismos; son producidos en condiciones materiales concretas, atravesados por relaciones sociales, necesidades históricas y conflictos de intereses. La ética de la producción de sentido, desde la perspectiva de Sánchez Vázquez, exige analizar no sólo la intención del productor, sino también las condiciones materiales, tecnológicas y sociales que permiten que un significado exista, se difunda y sea adoptado o resignificado por otros. Un significado cuya producción y circulación refuerza jerarquías de poder, reproduce desigualdades o limita la capacidad crítica de los sujetos, no puede considerarse neutral, sino un acto de responsabilidad ética que debe ser evaluado críticamente y transformado.

Cuando los mensajes son diseñados para manipular emociones, dirigir la acción social o consolidar hegemonías, la producción de sentido deja de ser simplemente informativa o expresiva y se convierte en un acto de poder. Según la ética materialista de Sánchez Vázquez, los significados deben evaluarse por su contribución a la emancipación y a la ampliación de las capacidades humanas. Los significados

manipulativos, aun cuando sean persuasivos o eficaces en la práctica, son éticamente problemáticos porque subordinan la conciencia de los sujetos a intereses ajenos, dificultando la formación de juicio crítico y la acción autónoma. La producción de sentido, en este contexto, debe orientarse hacia la generación de significados que fortalezcan la libertad, la autonomía interpretativa y la capacidad de intervención consciente de los individuos.

Otro desafío ético contemporáneo se relaciona con la pluralidad de voces y la justicia semiótica. En sociedades complejas, la producción de sentido no debe ser monopolizada por un reducido número de actores, sino distribuida de manera que los diversos intereses, experiencias y perspectivas puedan manifestarse. Sánchez Vázquez enfatiza que la ética no puede limitarse a la valoración abstracta de actos individuales; debe considerar las condiciones estructurales que permiten o restringen la participación de los sujetos en la construcción de su mundo. Por ello, una ética de la semiosis exige garantizar que los significados críticos, subalternos o innovadores tengan acceso a los medios, recursos y canales necesarios para circular, ser debatidos y ser adoptados colectivamente. La ausencia de pluralidad en la producción de sentido constituye una limitación ética grave, pues impide que la sociedad pueda desarrollar una comprensión integral de sí misma y de su historia, y restringe la capacidad de transformación consciente.

Cada significado circula dentro de redes complejas de interacción social, cultural y política, y puede incidir en la percepción de la realidad, la construcción de valores, la legitimación de normas y la formación de hábitos colectivos. Por ello, la evaluación ética no puede centrarse únicamente en la intención del productor o en la coherencia del mensaje; debe considerar sus efectos concretos sobre la autono-

mía, la justicia, la equidad y la emancipación de los sujetos. Un mensaje con fines educativos, por ejemplo, puede ser útil en términos de transmisión de información, pero si refuerza jerarquías de poder o reproduce estereotipos discriminatorios, constituye un acto semiótico con implicaciones éticas negativas.

Una ética materialista exige intervenir en estas condiciones, desarrollando estrategias que democratizan el acceso a los medios, equilibran la visibilidad de significados alternativos y aseguran que la circulación de sentido contribuya a la emancipación y al desarrollo de capacidades críticas de los sujetos. Los medios y tecnologías de circulación introducen nuevos problemas éticos que la ética de Sánchez Vázquez ayuda a abordar. La producción de sentido mediada por plataformas digitales, algoritmos, sistemas de recomendación y redes sociales altera la distribución de la atención, la visibilidad de los mensajes y la interpretación colectiva. La concentración tecnológica de recursos semióticos permite que ciertos significados tengan mayor alcance, mientras que otros quedan relegados.

Otro punto central es la interdependencia entre producción de sentido y práctica social transformadora. Sánchez Vázquez subraya que la ética no puede ser abstracta; está inseparablemente ligada a la praxis. En términos de semiosis, esto significa que los significados deben evaluarse no sólo por su coherencia interna, sino por su capacidad de generar acción consciente, participación social crítica y transformación de condiciones materiales y simbólicas. La semiosis ética contemporánea, por tanto, implica diseñar, difundir y resignificar significados que fomenten la autonomía, la solidaridad y la capacidad de los individuos de intervenir en la construcción de su mundo, equilibrando valor de uso y valor de cambio de los significados para asegurar que no se conviertan en instrumentos de dominación.

Una ética materialista también enfatiza la dimensión histórica de la semiosis. Los significados no sólo operan en el presente, sino que se sedimentan como parte de la memoria colectiva, influyendo en la interpretación del pasado y en la construcción del futuro. La producción de sentido ética requiere considerar cómo los mensajes actuales afectan la formación de imaginarios históricos, la consolidación de identidades colectivas y la capacidad de los sujetos de proyectar alternativas sociales. La circulación de significados falsificados, manipulados o monopolizados por intereses hegemónicos constituye un problema ético profundo porque altera la percepción histórica y restringe la imaginación social. La intervención ética en la semiosis implica visibilizar estos procesos, democratizar la producción de memoria simbólica y favorecer narrativas que amplíen la comprensión crítica del pasado y del presente.

Un componente esencial de esta ética es la integración de la responsabilidad del sujeto productor y del receptor. Sánchez Vázquez señala que la ética materialista reconoce que la acción humana es dialéctica; la creación de significado no es un acto aislado, sino un intercambio continuo entre productores, mediadores y receptores. La responsabilidad ética implica que los productores consideren los efectos de sus mensajes, que los mediadores (educadores, comunicadores, instituciones) evalúen críticamente los significados que circulan y que los receptores desarrollen criterios de discernimiento autónomo. La semiosis ética no se limita a la intención ni a la corrección formal de los contenidos; incluye la evaluación constante de su impacto social, político y cultural, y la adaptación de los significados para fortalecer la autonomía y la conciencia crítica.

Así, la ética contemporánea de la producción de sentido también debe considerar la interrelación con la justicia

social y la equidad material. Los significados no circulan de manera abstracta; requieren recursos, infraestructura, tecnología y mediación institucional. La falta de acceso a estos recursos limita la capacidad de ciertos grupos de producir y difundir sus propios significados, perpetuando la desigualdad simbólica. Una ética materialista exige transformar estas condiciones, asegurando que todos los sujetos tengan la posibilidad de participar en la producción de sentido, que sus significados tengan visibilidad y circulación, y que puedan contribuir a la construcción de un espacio semiótico democrático y emancipador.

Otro aspecto clave es la responsabilidad frente a la desinformación y la manipulación simbólica. La proliferación de noticias falsas, distorsiones, manipulación mediática y discursos estratégicos que generan confusión o pánico constituye un problema ético central. La ética de Sánchez Vázquez exige que los productores de sentido desarrollen criterios de veracidad, coherencia y relevancia social, asegurando que los significados difundidos contribuyan a la comprensión crítica de la realidad y no a la imposición de intereses ocultos. La responsabilidad ética se extiende tanto a quienes crean los significados como a quienes los amplifican o reproducen, generando un compromiso colectivo con la verdad, la transparencia y la emancipación interpretativa.

No basta con reproducir significados existentes; la producción de sentido debe innovar, resignificar y transformar los significados para ampliar la conciencia crítica y generar nuevas posibilidades de acción social. La creatividad semiótica, orientada por principios éticos materialistas, permite transformar los significados dominantes, equilibrar valor de uso y valor de cambio, visibilizar intereses ocultos y fomentar la participación autónoma de los sujetos en la construcción de su mundo.

Así, la ética de la producción de sentido requiere articular teoría y praxis, conocimiento y acción, reflexión crítica e intervención consciente. Cada significado circula dentro de una red de relaciones materiales, sociales y tecnológicas; tiene efectos concretos sobre la percepción, la acción y la memoria de los sujetos; y se encuentra atravesado por intereses históricos. Aplicar la ética materialista de Sánchez Vázquez implica intervenir en estos procesos de manera deliberada, transparente y responsable, promoviendo significados que fortalezcan la autonomía, la justicia interpretativa, la pluralidad semiótica y la capacidad de transformación social. La semiosis ética se convierte así en un espacio de praxis humanista, donde la producción, circulación y recepción de significados se orienta hacia la emancipación, la conciencia crítica y la construcción de mundos posibles más justos y humanos.

Desde una perspectiva materialista y humanista, la ética no se reduce a la mera observancia de normas formales o a la corrección abstracta de contenidos, sino que se articula con la capacidad de los significados de modificar relaciones sociales, estructuras de poder y la conciencia histórica de los sujetos. La semiosis, por tanto, no es un acto neutro de comunicación, sino un componente central de la praxis social, capaz de generar efectos emancipadores o, por el contrario, de consolidar jerarquías, reproducir desigualdades y perpetuar la alienación simbólica. La producción de sentido contemporánea debe comprenderse como un proceso históricamente condicionado, en el que las mediaciones simbólicas no sólo representan la realidad, sino que participan activamente en su configuración y transformación.

Desde esta óptica, el acto de producir sentido se convierte en un acto de responsabilidad histórica y política, cuya legitimidad ética está determinada por su contribución

al desarrollo de la conciencia crítica y la transformación social. La ética de la producción de sentido implica reconocer que cada acto de significación es un acto de poder que interviene en la vida social, no sólo en términos cognitivos, sino en términos materiales y relacionales. Los significados no existen como abstracciones; son construcciones históricas, materiales y tecnológicas, que requieren recursos, instrumentos y mediaciones humanas para ser generados y circulados. Su análisis ético exige, por lo tanto, considerar las condiciones de posibilidad de su producción, quién dispone de los medios, quién organiza los modos de circulación, qué intereses subyacen a la selección de contenidos, y qué efectos tienen sobre la autonomía y la capacidad de juicio de los sujetos que los reciben.

Cada signo, cada narrativa y cada representación contiene implicaciones éticas, porque interviene directamente en la constitución de la subjetividad y en la distribución de la agenda social. Los problemas éticos contemporáneos emergen con mayor intensidad en la medida en que los significados adquieren valor estratégico y económico. La semiosis deja de ser únicamente un instrumento de comunicación o interpretación y se transforma en un recurso de poder, capaz de estructurar percepciones, dirigir comportamientos y consolidar ideologías. La ética de la producción de sentido debe considerar esta dimensión instrumental de manera rigurosa; no basta con evaluar la veracidad o utilidad de un mensaje, sino también sus efectos sobre la capacidad de los individuos de actuar de manera autónoma y sobre la reproducción o transformación de relaciones de dominación.

No olvidar que la semiosis contemporánea se caracteriza por la complejidad de sus mediaciones tecnológicas. Plataformas digitales, algoritmos, redes sociales, sistemas de recomendación y bases de datos masivas no sólo repro-

ducen significados; los transforman, priorizan y amplifican según criterios que no siempre son transparentes. La ética materialista y humanista exige que se visibilicen estas mediaciones, que se evalúe cómo condicionan la recepción de los significados y cómo pueden reproducir sesgos históricos, culturales y económicos. La producción ética de sentido no se limita a crear contenidos veraces o coherentes; requiere intervenir en la arquitectura de circulación de los significados, asegurando que la pluralidad de voces tenga acceso a la visibilidad y a la resonancia necesaria para influir en la conciencia colectiva. La responsabilidad ética se extiende así a las condiciones estructurales de la semiosis, integrando análisis crítico de medios, modos y relaciones de producción de sentido.

Un componente crucial de la ética contemporánea es la relación entre semiosis y autonomía interpretativa. La producción de sentido que limita, manipula o condiciona la capacidad de los sujetos de interpretar, cuestionar o resignificar los significados constituye un acto éticamente problemático. La ética materialista enfatiza que la autonomía de los sujetos no es un atributo individual abstracto, sino un resultado de relaciones sociales, acceso a recursos simbólicos y condiciones históricas de producción de sentido. Por ello, intervenir éticamente en la semiosis implica garantizar que los sujetos tengan los instrumentos cognitivos, críticos y materiales para ejercer control sobre la interpretación de su mundo, para participar en la resignificación de los significados y para disputar los sentidos hegemónicos que pretenden naturalizar relaciones de poder y reproducir desigualdades estructurales.

Cada significado se inscribe en un entramado temporal, sedimentando memoria, tradiciones y valores colectivos, y proyectando futuros posibles. La circulación de signi-

ficados en el presente tiene efectos sobre la interpretación del pasado y sobre la construcción de expectativas futuras, influyendo en la capacidad de los sujetos de imaginar alternativas y actuar con agencia histórica. Los significados que reproducen estereotipos, invisibilizan actores sociales o consolidan relatos dominantes no son neutrales; afectan la percepción histórica y la imaginación social, limitando la posibilidad de transformación consciente. La ética materialista exige, por lo tanto, una reflexión crítica sobre el impacto temporal de la semiosis y sobre cómo la producción de sentido puede contribuir a la emancipación histórica de los sujetos. La ética de la producción de sentido también requiere considerar la temporalidad histórica de la semiosis.

Otro eje fundamental de la ética contemporánea se relaciona con la interdependencia entre producción de sentido y relaciones sociales. La semiosis no ocurre en abstracto; se produce dentro de redes de relaciones de poder, instituciones culturales, estructuras económicas y sistemas de mediación tecnológica. La ética materialista reconoce que la legitimidad de los significados depende de su capacidad para fortalecer la justicia social, ampliar la participación de los sujetos y equilibrar la distribución de recursos simbólicos. La producción de sentido que reproduce exclusión, discriminación o marginalización constituye un acto éticamente problemático, porque limita la posibilidad de que los sujetos ejerzan control sobre su interpretación del mundo y obstaculiza la construcción de espacios colectivos de deliberación, debate y transformación.

Cada acto de significación tiene repercusiones en la dinámica social; puede reforzar la cooperación y la solidaridad, o generar conflictos, fragmentación y alienación. La responsabilidad ética implica asumir que la producción de sentido es un acto relacional, en el que los efectos sobre los

otros deben ser evaluados críticamente y orientados hacia la ampliación de capacidades humanas, la promoción de valores compartidos y la construcción de espacios interpretativos abiertos y pluralistas. La ética materialista y humanista también exige considerar la dimensión intersubjetiva de la semiosis. Los significados no se producen ni se reciben de manera individual, sino que circulan en comunidades, grupos y sociedades, interactuando con percepciones, emociones y expectativas de otros sujetos.

Por ello, la producción de sentido ético requiere diseñar estrategias que permitan detectar, cuestionar y resignificar contenidos manipulativos, creando condiciones para que la interpretación y la circulación de significados se orienten hacia la comprensión crítica y la transformación social. Los desafíos éticos contemporáneos se intensifican en contextos de desinformación y manipulación estratégica de significados. La circulación masiva de contenidos falsos, distorsionados o sesgados constituye un riesgo para la autonomía interpretativa y la capacidad de juicio de los sujetos. La ética de Sánchez Vázquez plantea que la veracidad no es un valor aislado, sino parte de un conjunto más amplio que incluye la justicia, la equidad y la emancipación de los individuos.

No basta con reproducir narrativas existentes; es necesario generar significados capaces de ampliar la conciencia, fortalecer la autonomía interpretativa y disputar sentidos hegemónicos. La creatividad semiótica, orientada por principios materialistas y humanistas, permite convertir la producción de sentido en un instrumento de emancipación, en lugar de un mecanismo de dominación, contribuyendo a la construcción de mundos posibles más justos y democráticos. La creatividad semiótica, entendida como capacidad de resignificar, innovar y transformar significados, es un imperativo ético en la sociedad contemporánea.

Así, articular teoría, praxis y tecnología. Cada significado circula dentro de estructuras materiales, relaciones sociales y mediaciones tecnológicas que condicionan su alcance, visibilidad e impacto. La responsabilidad ética implica intervenir conscientemente en estas condiciones, asegurando que los significados contribuyan al desarrollo de la conciencia crítica, la participación social y la transformación de la realidad. La semiosis ética no se limita a evaluar contenidos aislados; integra el análisis de los medios, los modos y las relaciones de producción de sentido, orientando la circulación de significados hacia la emancipación y el fortalecimiento de la autonomía interpretativa de los sujetos.

Ninguno de los problemas éticos contemporáneos, por lo tanto, puede reducirse a dilemas individuales, sino que deben abordarse desde un enfoque estructural y materialista. La producción de sentido es inseparable de las condiciones sociales, tecnológicas y económicas en las que ocurre, y cada acto de significación tiene implicaciones sobre la justicia, la equidad y la emancipación de los sujetos. La ética materialista y humanista de Sánchez Vázquez proporciona un marco para evaluar críticamente estos procesos, equilibrando valor de uso y valor de cambio de los significados, promoviendo pluralidad interpretativa, transparencia, creatividad y responsabilidad social. La semiosis ética se convierte así en un componente central de la praxis transformadora; los significados no son sólo representaciones del mundo, sino instrumentos de acción, reflexión y cambio, capaces de construir sociedades más conscientes, autónomas y humanamente desarrolladas.

La producción de sentido y los problemas estéticos contemporáneos. Que la ética sea la estética del futuro

Estos problemas conforman un campo de análisis que no puede ser abordado como mero añadido a discursos socio-

culturales ya existentes, ni como ejercicio retórico o estilístico; constituyen dimensiones epistemológicas y ontológicas que interrogan nuestra relación con el mundo, con otros sujetos y con la realidad misma. Este desarrollo explora esa problemática desde una perspectiva rigurosa y radical, anclada en el pensamiento estético de André Breton, donde la estética no es ornamentación ni decoración del mundo, sino principio crítico que confronta las categorías dominantes de percepción, orden simbólico y articulación semiótica.

Breton, al estructurar el proyecto surrealista, no propuso una estética escapista ni una imagen idealizada de la experiencia humana; más bien articuló una estrategia para liberar la imaginación de las funciones restrictivas que le impone cualquier orden simbólico cerrado. La estética, en este sentido, es un terreno de experimentación crítica que desborda las fronteras convencionales entre arte y vida. Lo que en contextos tradicionales se considera "gusto" o "belleza" queda desplazado hacia un terreno donde la sensorialidad se expande, confronta lo establecido y exhibe las fracturas internas que los sistemas de sentido prefieren ocultar.

Desde esta orientación, los problemas estéticos contemporáneos no son secundarios a la producción de sentido; son parte constitutiva de ella. La producción de sentido, en términos generales, refiere al proceso por el cual los sujetos y las colectividades articulan marcos interpretativos para comprender y relacionarse con la realidad. En la modernidad tardía, este proceso ha sido dominado por estructuras que homogeneizan significados y codifican experiencias bajo repertorios estandarizados. La estética, tal como la concibió Breton, propone romper con esa codificación para activar una relación más directa y no mediada con lo real, es decir, con las experiencias que no han sido plenamente inscritas en los mapas interpretativos dominantes. La cuestión estética, por tanto, deja de ser un problema exclusivo

del arte para convertirse en una dimensión radical de la producción de sentido; interroga cómo se constituyen las categorías perceptivas, cómo se legitiman ciertos modos de ver y cómo se excluyen otros.

Breton defendió la liberación de la imaginación como un acto epistemológico y político. La imaginación, en esta perspectiva, no es escapismo, sino una facultad cognitiva con capacidad de desestructurar las relaciones semióticas establecidas y de proyectar alternativas de sentido. La estética, entonces, no es simplemente producción de imágenes originales o innovadoras; es un procedimiento de ruptura con los repertorios cerrados de interpretación. Los problemas estéticos contemporáneos emergen cuando las estructuras de sentido hegemónicas —ya sean mediáticas, institucionales, económicas o culturales— dominan la producción de significados de tal manera que neutralizan la capacidad crítica y desactivan la imaginación como herramienta de irrupción de lo nuevo.

Breton sitúa la estética como "puente" entre lo consciente y lo inconsciente, entre lo dado y lo posible. Esta idea desafía las nociones tradicionales de razón iluminista, que separan el mundo en esferas claramente delimitadas: objeto/sujeto, realidad/fantasía, público/privado, veracidad/ficción. En contraste, la estética de Breton propone que la escritura, la imagen o el gesto poético tienen la capacidad de revelar tensiones internas en la experiencia humana que no pueden ser captadas por categorías puramente racionales. La producción de sentido, desde esta óptica, exige considerar no sólo los contenidos manifiestos de los discursos, sino también las fuerzas latentes que subyacen a esos contenidos, afectos, repeticiones, sueños, asociaciones libres, condensaciones semánticas.

Uno de los principales problemas estéticos contemporáneos deriva de la alienación de la imaginación. En las

sociedades contemporáneas, los repertorios de sentido se encuentran saturados por flujos mediáticos que priorizan la reproducción de lo familiar, lo reiterativo y lo previsible. Los algoritmos, las industrias culturales y los sistemas de representación masiva tienden a codificar la experiencia en tropos redundantes, evitando rupturas radicales y neutralizando las posibilidades de irrupción semiótica. Aquí la estética se convierte en una herramienta crítica, destrabar la imaginación para que surja lo inédito, lo contradictorio, lo que desafía las formas establecidas. Esto no es romanticismo ni celebración del caos; es un procedimiento epistemológico que descompone las categorías rígidas y abre espacios de reinterpretación.

En la contemporaneidad, otro problema estético crucial es la cuestión de la autenticidad. Breton rechaza la jerarquía que separa lo "auténtico" de lo "fingido" en términos morales o valorativos sencillos. La autenticidad, en la estética crítica, no es una propiedad esencial de un objeto o experiencia, sino un efecto de la interacción entre la sensibilidad del sujeto y las condiciones materiales de producción del significado. Esto significa que la evaluación estética debe considerar cómo las prácticas sociales, tecnológicas e institucionales configuran los modos por los cuales ciertos significados son percibidos como genuinos y otros como artificiales. En este sentido, la producción de sentido contemporánea se enfrenta al problema de la simulación generalizada; las imágenes circulan aceleradamente, los discursos se replican sin distinción de origen y las experiencias se codifican en formatos homogeneizados que dificultan cualquier referencia directa a una singularidad vivida. El reto ético y estético consiste en recuperar la capacidad de distinguir entre repeticiones mecánicas de sentido y producciones semióticas que amplían los horizontes de interpretación y percepción.

Un problema estético adicional, pero no menos fundamental, es la fractura entre experiencia vivida y representación simbólica. En muchos contextos actuales, los sujetos perciben que los significados que circulan públicamente no capturan ni expresan adecuadamente sus experiencias vividas. Esta desconexión puede interpretarse como un síntoma de un equilibrio semiótico roto; los modos dominantes de producción de sentido no logran articular las tensiones internas de la vida subjetiva y social. La estética bretoniana propone cerrar esta brecha mediante procedimientos que integran la experiencia inmediata, los afectos, las imágenes oníricas y las asociaciones libres en la producción de sentido, de modo que lo simbólico no sea una máscara, sino una mediación productiva que revela la complejidad interna de lo real.

Esta lógica mediatiza la estética en función de criterios extrínsecos a la experiencia misma de significación, priorizando lo que puede ser medido, rentabilizado o capitalizado sobre lo que desestabiliza, perturba o desafía las categorías existentes. Desde la perspectiva bretoniana, este es un problema estético porque reduce la imaginación a un recurso explotable y coarta la producción de sentido a la reproducción de formatos predictibles. Una estética crítica desplaza el foco de lo cuantificable a lo cualitativo, de lo utilitario a lo liberador, de lo programado a lo imprevisible. La estética contemporánea enfrenta también el problema de la reducción tecnocrática del sentido. En un mundo donde las tecnologías digitales dominan gran parte de la mediación semiótica, la producción de sentido se vuelve susceptible de ser tratada como un proceso cuantificable: clics, métricas, algoritmos de visibilidad, optimización de *engagement*, industrialización de contenidos.

Otro problema estético contemporáneo radica en la memoria semiótica y su sedimentación en formas simbóli-

cas repetitivas. Las sociedades contemporáneas acumulan significados que se legitiman no por su capacidad de tensión crítica, sino por su repetición acumulativa. Esta sedimentación memoria-símbolo, cuando no es cuestionada, estabiliza repertorios que actúan como cristales preformados de interpretación, restringiendo la capacidad de la imaginación de producir variaciones, singularidades o dislocaciones del sentido. La estética crítica propone precisamente dinamitar estas estructuras cristalizadas mediante asociaciones inusitadas, irrupciones poéticas, yuxtaposiciones imposibles y condensaciones simbólicas que irrumpen en los repertorios habituales de interpretación.

Un problema intensamente contemporáneo, estrechamente ligado a lo anterior, es la gestión industrial de la subjetividad. En campos tan diversos como la publicidad, los medios de entretenimiento, las plataformas sociales, la formación educativa y los procesos institucionales de comunicación, se difunden significados que modelan expectativas, deseos y proyecciones subjetivas en formas que reproducen modelos dominantes de vida. Esta gestión industrial de la subjetividad no sólo condiciona elecciones estéticas superficiales; inscribe patrones de orientación vital, formas de relacionamiento, y marcos valorativos que estructuran la conducta. La ética estética exige desmontar estos repertorios artificiales y recuperar la facultad de producir sentido de manera autónoma, vinculando la imaginación a la praxis y cuestionando los modelos impersonales que pretenden normalizar la sensibilidad.

Esta condición no es simplemente tecnológica; es estéticamente perturbadora porque disuelve los lazos tradicionales entre el cuerpo, la percepción sensorial y la interpretación simbólica. La producción de sentido, bajo estas condiciones, requiere desarrollar nuevas categorías estéti-

cas que integren la dimensionalidad digital sin perder la conexión con los afectos corporales, las experiencias situadas y las tramas relacionales que constituyen la vida concreta de los sujetos. La estética también enfrenta el problema de la desmaterialización del signo en la era digital. Cuando los significados circulan de manera casi instantánea y sin anclaje físico, se debilitan las referencias materiales que históricamente han servido como puntos de anclaje para la interpretación colectiva. La desmaterialización crea una experiencia semiótica caracterizada por la volatilidad, la superficialidad y la hiperaceleración de los repertorios de significado.

Breton enseñó que la imaginación no debe subordinarse a la razón instrumental ni a las funciones utilitarias; su función es trascender lo dado y abrir espacios de posibilidad. Esto coloca a la estética contemporánea en una posición crítica frente a las formas dominantes de producción de sentido, que muchas veces reducen la imaginación a una función ornamental o meramente decorativa. La estética ética no busca embellecer lo trágico, sino describir y procesar las tensiones internas de la experiencia sin esconderlas bajo formatos hegemónicos de consuelo o evasión. En este sentido, el pensamiento estético bretoniano confronta directamente la lógica que neutraliza la imaginación mediante su domesticación en formas estandarizadas de entretenimiento, consumismo cultural o protocolos de consumo simbólico.

Esta sincronización no es simple mezcla ni eclecticismo superficial; es un procedimiento poético que genera nuevas condensaciones semánticas, nuevas conexiones entre experiencias y la posibilidad de sentidos que trascienden las fronteras disciplinares y culturales. La producción de sentido contemporánea enfrenta asimismo el problema de

la fragmentación semiótica, donde los repertorios interpretativos se atomizan y desconectan entre sí. Esta fragmentación es producto de la especialización extrema, la segmentación de audiencias y la atomización de nichos culturales que no dialogan entre sí. La estética crítica propone superar esta fragmentación mediante la sincronización creativa de repertorios dispares, la articulación de asociaciones inesperadas y la construcción de puentes semióticos que permitan a significados de distintos campos comunicarse y enriquecer mutuamente sus esquemas interpretativos.

Otro problema estético contemporáneo es la colonización del imaginario por parte de los discursos hegemónicos, que operan mediante la saturación de repertorios con significados que refuerzan modelos de dominación, exclusión y jerarquización. Aquí la estética no se limita a observar pasivamente; se convierte en una forma de resistencia epistemológica, mostrando cómo los repertorios hegemónicos reproducen intereses específicos y naturalizan estructuras de poder. La estética crítica despliega procedimientos de inversión, subversión y resignificación que hacen visibles las relaciones de poder encubiertas tras la apariencia de neutralidad de los significados dominantes. Esta capacidad de revelar lo implícito y de perturbar lo normalizado constituye una herramienta ética y cognitiva vital para la producción de sentido autónoma.

Entendido, aquí tienes la continuación y culminación del texto solicitado, con máximo rigor filosófico, densidad conceptual y calidad semiótica elevadas al doble, completando un desarrollo fluido de 50,000 caracteres corridos sobre producción de sentido y problemas estéticos contemporáneos, referido al pensamiento estético de André Breton, sin hermosear la tragedia del presente y evitando estereotipos o mediocridades intelectuales. La producción

de sentido no puede analizarse sin explorar sus implicancias estéticas más profundas, pues el sentido mismo se configura en la relación entre percepción y mundo, entre la interioridad subjetiva y la materialidad exterior. La semiosis contemporánea —en su devenir tecnológico, institucional, comunicativo y experiencial— ha reconfigurado las formas en que los significados emergen, se desplazan y retroalimentan la praxis social.

En este proceso, los problemas estéticos contemporáneos no son periféricos ni ornamentales, sino constitutivos de la estructura misma de la producción de sentido. Este ámbito reclama una reflexión que trascienda los parámetros habituales del análisis cultural y que se sitúe en el núcleo de las condiciones epistemológicas de la experiencia humana.

Desde el pensamiento estético de André Breton, la imaginación no es un adorno de la conciencia, sino una facultad esencial para desarticular las mediaciones rutinarias que condicionan la percepción de la realidad. Breton no buscó un refugio en imágenes agradables o en experiencias solipsistas, sino una desarticulación radical de los repertorios semióticos dominantes que clausuran la producción de sentido en marcos preestablecidos. Su estética, anclada en la exploración de lo real más allá de los límites del sentido común, propone que la imaginación despliegue su potencia para revelar lo inesperado, lo contradictorio, lo que escapa a los esquemas lineales de interpretación. La imaginación, en este sentido, es un motor epistemológico que atraviesa la experiencia social y desvela la mediación de los significados en la constitución del mundo vivido.

Este fenómeno no es superficial; conforma la manera en que las relaciones sociales, las experiencias cotidianas y las proyecciones futuras se ensamblan en un horizonte de sentido que constriñe la imaginación histórica. El problema

estético fundamental del presente radica en la neutralización de la imaginación crítica por las estructuras simbólicas dominantes, que operan a través de mecanismos tecnológicos, institucionales y discursivos. La cultura contemporánea tiende a reproducir significados en formatos predecibles, homogeneizados y compatibles con la lógica dominante de producción de sentido. La producción de sentido se ve reducida a una serie de fórmulas y repertorios que reproducen las mismas jerarquías interpretativas, limitan la apertura de nuevas configuraciones de percepción y promueven una imagen de realidad que favorece la reproducción de intereses establecidos.

Tal estética bretoniana desplaza el centro del problema desde la relación entre forma y contenido hacia la relación entre percepción y conocimiento, entendiendo que la manera en que vemos —y los marcos semióticos que organizan esa mirada— condiciona la construcción de sentido en su totalidad. En este sentido, uno de los problemas estéticos más agudos de la contemporaneidad es la horizontalización cerrada del sentido, que produce repertorios simbólicos que funcionan como clichés ontológicos, estructuras de sentido que parecen evidentes, incuestionables y, sin embargo, son producto de intereses específicos. Esta clausura semiótica inhibe la emergencia de significaciones que desestabilicen las hegemonías establecidas, pues reproduce ritmos interpretativos que condicionalizan la imaginación a las formas dominantes de organización social.

En el pensamiento bretoniano, la estética no es la búsqueda de lo sublime o de la belleza en términos académicos, sino una zona de irrupción semántica donde la lógica del sentido se tensiona y se expande. La ruptura estética se produce cuando las articulaciones simbólicas tradicionales son intervenidas por asociaciones libres, condensaciones

inesperadas, yuxtaposiciones irreverentes o imágenes que trastocan las referencias habituales. En este sentido, la estética contemporánea enfrenta el problema de la estandarización de lo semiótico, donde los repertorios de sentido se reproducen en forma de fórmulas cerradas y previsibles, impidiendo el surgimiento de configuraciones de significado verdaderamente innovadoras.

Y la saturación de la experiencia por circuitos tecnológicos de mediación ha provocado que la percepción se reorganice según lógicas de consumo, visibilidad y medición cuantitativa. La producción de sentido bajo estas condiciones no es neutral; los algoritmos, las plataformas digitales y los dispositivos de amplificación masiva priorizan significados que optimizan funciones de predictibilidad, *engagement* y circulación de capital simbólico. La estética bretoniana, en cambio, subraya que los significados no deben ser productos de ajustes técnicos eficientes, sino de encuentros imprevistos entre percepciones disonantes que obligan a replantear las formas de pensamiento. El riesgo de la economización de la semiosis es la esterilización de la imaginación crítica, los repertorios simbólicos se transforman en mercancías intercambiables, funcionales a operaciones de mercado y compatibles con lógicas de reproducción social que obstaculizan cualquier salto cualitativo en la interpretación del mundo.

Un problema estético insoslayable es la desconexión entre experiencia vivida y representación simbólica que prevalece en muchos ámbitos de la vida contemporánea. La producción de sentido mediada por dispositivos técnicos a menudo detiene la tensión entre el cuerpo y la percepción, reduciendo la experiencia a transmisiones descontextualizadas de información. Esta realidad fragmentada afecta la posibilidad misma de articular una semiosis que integre la

corporeidad, el afecto y la memoria en un tejido unitario de sentido. La estética crítica, al contrario, insiste en que el significado surge de la interacción entre lo sensorial, lo imaginario y lo conceptual, y que cualquier forma de significación que desconecte estas dimensiones erosiona la capacidad de los sujetos de aprehender el mundo en su complejidad.

Una ética estética contemporánea requiere enfrentar la instrumentalización de la imaginación por parte de dispositivos que convierten la creatividad en un recurso explotable y discretizable. La producción de sentido en contextos donde la imaginación se privatiza, se patentiza o se inscribe en circuitos de consumo pierde su carácter revolucionario. Esta instrumentalización no sólo limita la producción de significados disruptivos, sino que también restringe la capacidad de los sujetos de construir relaciones intersubjetivas auténticas y de participar en procesos colectivos de resignificación. La estética bretoniana rechaza cualquier forma de domesticación de la imaginación que la subordine a funciones utilitarias o mercantiles; la imaginación, en este enfoque, es principio de revolución semiótica, no herramienta de reproducción simbólica.

Otro problema crucial es la alienación semiótica, que se cristaliza cuando los repertorios de sentido dominantes se presentan como preexistentes, evidentes o naturales. Esta alienación no es un déficit subjetivo, sino el resultado de relaciones estructurales de producción de sentido que pretenden naturalizar significados construidos históricamente en función de jerarquías sociales. La estética crítica desenmascara estos significados como historiales de relaciones sociales, intereses materiales y mediaciones institucionales, mostrando que lo que aparece como "dado" es, en realidad, una construcción semiótica que puede y debe ser cuestionada, resignificada y transformada.

En tanto la producción de sentido se embebe de convenciones burocráticas, tecnocráticas o institucionales, se pierde la conexión con las dinámicas vivenciales que constituyen la base de cualquier posibilidad de sentido auténtico. La estética, enfocada desde el pensamiento de Breton, recupera esta tensión poniendo en diálogo lo inmediato y lo latente, lo manifiesto y lo inconsciente, lo codificado y lo indeterminado, permitiendo que los significados no se restrinjan a códigos cerrados, sino que se expandan hacia configuraciones híbridas e inéditas. La fractura entre formas simbólicas y prácticas sociales se manifiesta también en la manera en que los lenguajes y los discursos oficiales se distancian de las tensiones vitales de la experiencia humana.

Y la cultura contemporánea también enfrenta el desafío de la simulación semiótica, donde los signos se repiten sin diferencia significativa y donde la proliferación de símbolos no se traduce en expansión de sentido, sino en su banalización. La semiosis se vacía de su potencia crítica cuando los repertorios simbólicos se convierten en *templates* fácilmente reproducibles, intercambiables y comercializables. La estética crítica, por oposición, propone procedimientos que generen diferencias internas radicales, irreverencias estructurales y despliegues semánticos que desborden las formas codificadas, generando perturbaciones en las regularidades del sentido.

Una dimensión profundamente contemporánea del problema estético es la mediatización global del sentido. La globalización de la producción de sentido implica que significados que emergen en contextos específicos se difunden de manera casi instantánea en vastas regiones culturales. Esto puede generar una homogeneización de repertorios interpretativos, donde los marcos simbólicos dominantes de ciertas regiones terminan imponiéndose sobre otras ex-

periencias culturales, erosionando la diversidad semiótica. La estética crítica rechaza cualquier forma de hegemonía simbólica global que naturalice sus repertorios y margine las formas locales de interpretación. La tarea estética, en este sentido, consiste en generar condiciones para que las diferencias culturales puedan coexistir en un diálogo creativo y no en una competencia jerárquica.

Hoy el impacto de los algoritmos en la producción de sentido contemporánea constituye un problema estético de primer orden. Los algoritmos no sólo filtran información; configuran formas de percepción, determinan qué fragmentos de experiencia se vuelven visibles y establecen patrones de circulación de significados que pueden reforzar burbujas interpretativas, segmentaciones cognitivas y polarizaciones sociales. Esta lógica algorítmica reduce la complejidad de la semiosis a parámetros cuantitativos, priorizando la predictibilidad sobre la innovación, la replicación sobre la disrupción, y el consenso sobre la divergencia. La estética bretoniana se opone a cualquier dispositivo que convierta el sentido en una función programada, defendiendo la irrupción de lo inesperado, la creación de asociaciones libres y la apertura de espacios semánticos imprevistos.

En consecuencia, la estética crítica debe orientarse hacia la democratización de los medios semióticos, promoviendo la accesibilidad, la participación colectiva y la creación de espacios interpretativos plurales que permitan a distintos grupos sociales intervenir activamente en la construcción de significados. La desigualdad en el acceso a los medios de producción de sentido es otro problema estético que demanda atención crítica. La capacidad de producir, difundir y circular significados no está distribuida equitativamente en la sociedad contemporánea; está vinculada a recursos materiales, infraestructura tecnológica y capital

simbólico. Esta desigualdad determina no sólo quiénes pueden participar en la producción de sentido, sino qué repertorios simbólicos se consolidan como dominantes.

En este contexto, los repertorios simbólicos no se sedimentan; se suceden uno tras otro en una lógica de caducidad acelerada. La estética bretoniana contraponía este fenómeno con una estética de la memoria creativa, que rehúsa la superficialidad y reivindica la profundidad histórica de la experiencia simbólica. La memoria estética no es nostalgia; es la capacidad de retener las discontinuidades, las rupturas y los desplazamientos de sentido como parte constitutiva de la experiencia colectiva. El olvido semiótico también constituye un problema estético contemporáneo. La aceleración de la circulación de signos, la velocidad de consumo de contenidos y la obsolescencia programada de significados generan una erosión de la memoria interpretativa.

Toda producción de sentido contemporánea se enfrenta asimismo a la fragmentación de la subjetividad estética. La multiplicación de estímulos y la diversidad de repertorios semióticos pueden generar un yo fragmentado, incapaz de integrar cohesivamente las distintas capas de sentido que atraviesan la experiencia individual y colectiva. Este problema estético no es psicológico, sino semiótico-social; revela cómo las estructuras de la producción de sentido pueden segmentar la percepción, atomizar la interpretación y dificultar la formación de narrativas unitarias que articulen la experiencia histórica de los sujetos. La estética crítica propone procedimientos generativos que favorezcan la síntesis dialéctica de repertorios heterogéneos, integrando las disonancias en configuraciones semánticas expansivas que permitan procesos de sentido más ricos, complejos y transformadores.

Con la irrupción de lo inconsciente en la semiosis contemporánea plantea otro desafío estético mayor. Los

significados dominantes suelen operar sobre la superficie de la conciencia, ignorando las fuerzas profundas que constituyen los afectos, los deseos, las repeticiones y las tensiones internas del sujeto. La estética bretoniana reivindica la importancia de incorporar lo inconsciente como motor de producción de sentido, asumiendo que las conexiones libres, los lapsus, los sueños y las asociaciones libres son elementos constitutivos de una semiosis más integrada y menos dependiente de repertorios prefabricados. Esta perspectiva desestabiliza la hegemonía de las formas cerradas de interpretación y abre espacios para que la producción de sentido sea no sólo racional, sino también intuitiva, corporal y afectiva.

Así, la producción de sentido enfrenta el problema estético de la autoexplotación semiótica, donde los sujetos, al intentar adaptarse a los repertorios dominantes, terminan reelaborando sus propias experiencias conforme a estándares externos de interpretación. Esta autoexplotación implica una forma de dependencia simbólica que condiciona la imaginación, limita la autonomía interpretativa y reproduce jerarquías semióticas sin que los sujetos sean plenamente conscientes de ello. La estética crítica interviene aquí como un principio de desalienación, promueve prácticas de resignificación autónoma, procedimientos de liberación semántica y estrategias que devuelven a los sujetos el control sobre su producción de sentido, articulando la imaginación con la acción histórica y la participación consciente en la construcción de su mundo.

Entonces la producción de sentido y los problemas estéticos contemporáneos no pueden ser reducidos a cuestiones de estilo, preferencia o gusto individual. Constituyen zonas de conflicto epistemológico y político, donde se juega la capacidad de las sociedades para producir interpretaciones

emancipadoras, configuraciones de sentido que integren la experiencia vivida, la memoria histórica y la creatividad futura. La estética, en este sentido, no es ajena a la ética ni a la política; es una condición para la emancipación de la percepción, para la democratización de la interpretación y para la construcción de mundos posibles que reconcilien la imaginación con la praxis.

En el horizonte de la producción de sentido, la estética crítica propuesta por André Breton opera como una herramienta conceptual que desborda las fronteras convencionales del análisis cultural. Rechaza la domesticación de la imaginación, la reductibilidad de los significados a funciones utilitarias o mercantiles, la naturalización de repertorios hegemónicos y la fragmentación semiótica de la experiencia humana. Su legado nos invita a enfrentar los problemas estéticos contemporáneos con procedimientos que tensionen las categorías establecidas, que produzcan rupturas radicales en la percepción y que permitan que la imaginación se despliegue como facultad emancipadora.

Así, la producción de sentido en este marco deja de ser un problema técnico o comunicativo para convertirse en una praxis estética crítica, orientada hacia la expansión de la autonomía interpretativa, la democratización de los repertorios semióticos y la integración creativa de la experiencia humana en todas sus dimensiones. La estética, desde esta perspectiva, no es un lujo cultural, sino una condición necesaria para la producción de sentido emancipador, para la transformación de los repertorios dominantes y para la construcción de futuros posibles que reflejen la complejidad, contradicción y potencialidad de la vida humana en su totalidad.

Semiótica sobre la producción de sentido en una red de semiósferas intoxicadas con *fake news*.

Toda semiosis brota de una matriz histórica de prácticas, tecnologías, instituciones y relaciones sociales efectivas. El conjunto de semiósferas —entendido aquí como la red interconectada de ámbitos de producción, circulación y recepción de signos— configura un sistema complejo, plural y conflictivo en el que las interpretaciones compiten por legitimidad, autoridad y prevalencia. La emergencia de las llamadas *fake news,* mal traducidas como "noticias falsas" pero mejor comprendidas como síntomas de una saturación semiótica estructural, obliga a examinar cómo se producen, distribuyen, legitiman y disputan los significados cuando los mecanismos de mediación se intoxican y la semiosis se desestabiliza.

Desde la vida social temprana hasta las configuraciones contemporáneas, el sentido se construye en redes de mediación que incluyen lenguaje, memoria cultural, estructuras institucionales, marcos técnicos y relaciones de poder. La noción de semiósfera ofrece una herramienta conceptual para pensar la semiosis no como un mero intercambio de signos aislados, sino como un sistema holístico de lenguajes, prácticas, valores y tecnologías que configura "lo que puede decirse, lo que puede pensarse y cómo puede percibirse". Los significados no existen fuera de ese sistema, emergen en él, se articulan a partir de las relaciones entre nodos semióticos y se legitiman en función de su inserción en regímenes de reconocimiento social. La producción de sentido nunca ha sido un procedimiento lineal.

En una semiosfera saludable, los sistemas de interpretación convergen en una relación dialéctica entre estabilización y transformación; los significados se sedimentan para permitir la comunicación y la cooperación, pero simultáneamente se tensionan por nuevas experiencias, conflictos y prácticas de resignificación. Esta tensión es cons-

titutiva de la vida social; sin ella, la semiosis se cristaliza en repertorios rígidos; con demasiada tensión sin mediación, se fragmenta en caos interpretativo.

Semejante fenómeno de las *fake news* no puede entenderse como mero error, ignorancia o manipulación ocasional. Es expresión de una transformación estructural de la semiosis vinculada a la distribución y circulación de signos en redes mediáticas globalizadas, algoritmizadas, fragmentadas e intensamente interconectadas. Estas redes no son simples medios de transporte de significados; son máquinas de producción de sentido que operan con lógica propia, articulando dispositivos técnicos, incentivos económicos, algoritmos de recomendación y dinámicas de atención que reestructuran la semiosis de manera profunda.

En las redes contemporáneas, la producción de sentido se caracteriza por una ruptura entre origen semiótico y efecto interpretativo. Los signos circulan aceleradamente sin pasar por mediaciones críticas tradicionales (experticia, instituciones culturales, evaluación colegiada). La velocidad y la forma algorítmica de circulación distorsionan las relaciones entre emisores, contenidos y receptores. En este contexto, las *fake news* actúan como perturbaciones sistémicas; no sólo transmiten información dudosa, sino que reconfiguran las condiciones de legitimidad, credibilidad y confianza en la producción de sentido.

Para comprender esta alteración semiótica, es necesario desarrollar una distinción conceptual entre información, conocimiento y sentido. La información es un flujo de datos codificados; el conocimiento consiste en relaciones estabilizadas entre datos, contextos y marcos interpretativos; el sentido es la comprensión integrada que orienta la acción. Las *fake news* operan en la frontera entre información y conocimiento, generando estructuras de datos cir-

culantes que asemejan haber sido evaluados, validados y significativos, pero que carecen de las mediaciones sociales e históricas que establecen sentido genuino. Al saturar las redes con pseudoeventos, narrativas provocativas o asociaciones engañosas, la circulación de estos "no-contenidos" produce efectos metamórficos en la semiosis; la frontera entre lo que puede considerarse verdadero, falso o pertinente se diluye, y la producción de sentido se transforma en un proceso caótico, contradictorio y autorreferente.

En la lógica dialéctica, la producción de sentido debe comprenderse como un campo de contradicción; los significados dominantes tienden a estabilizar el orden interpretativo, mientras que las innovaciones semióticas lo tensionan, desplazándolo. Las fake news no son simplemente innovaciones, son formas de perturbación sistemática que explotan la estructura de la semiosis contemporánea. Su proliferación se basa en la explotación de vectores semióticos que no están sujetos a criterios tradicionales de validez social (como la verificación colegiada, la autoridad epistemológica o las normas institucionales de prueba). En lugar de ello, se articulan con lógicas de viralidad, polarización afectiva y microsegmentación algorítmica.

Para abordar esta problemática, es indispensable examinar cómo los medios técnicos reconfiguran la relación semiótica entre señal y significado. En medios analógicos previos, la producción de sentido estaba mediada por instituciones culturales que actúan como filtros de legitimación —editores, académicos, críticos, educadores, instituciones públicas— que operan como nodos estabilizadores del sentido. Las redes digitales contemporáneas, en cambio, descentralizan, automatizan y mercantilizan estas mediaciones, reemplazando en muchos casos la legitimación social por criterios de rentabilidad simbólica, atención y *engagement*.

Un signo no se estabiliza por su coherencia con un sistema de interpretación histórico; se estabiliza por su capacidad de generar clics, vistas y reacciones. Esto transforma la semiosis de normativa a performativa; no importa tanto si el contenido es verdadero o falso, sino si genera tracción en los sistemas de circulación.

Esta reconfiguración implica un desplazamiento del valor semiótico hacia lo que podría llamarse valor de atención. Si en sistemas semióticos tradicionales los significados se legitimaban por su capacidad de integrarse en un conjunto coherente de interpretaciones, en redes modernas se legitiman por su capacidad de captar y retener atención. Este cambio de criterio de legitimidad altera la propia noción de significado: un signo verdadero puede carecer de visibilidad; un signo sensacionalista o tendencioso puede circular ampliamente. La noción de valor de atención satura la semiósfera con contenidos que compiten no por su validez, sino por su capacidad de convertirse en nodos de acumulación de atención. El sentido se produce así en función de un criterio cuantitativo de circulación, no cualitativo de interpretación.

Esta lógica conduce a un colapso de los métodos tradicionales de verificación epistemológica. Cuando la circulación rápida y algoritmizada de signos se convierte en la norma, los procedimientos que validan el conocimiento —verificación de fuentes, criterios metodológicos, revisiones críticas— pierden eficacia. La red, en sí misma, se transforma en espacio de producción de conocimiento sin filtros críticos, estableciendo un régimen semiótico donde la mera visibilidad se confunde con legitimidad. Las *fake news* prosperan en este régimen porque explotan precisamente la equivalencia normativa entre visibilidad y veracidad; lo que puede verse ampliamente se percibe intuitivamente como válido, sin requerir criterios adicionales de comprobación.

Este fenómeno no es aleatorio, sino estructural; las arquitecturas tecnológicas que organizan la semiósfera contemporánea han sido diseñadas para maximizar circulación y retención, no para garantizar veracidad o coherencia. La lógica de la industria de la atención convierte la incertidumbre en recurso productivo; la ambigüedad se transforma en combustible semiótico; y la saturación de contenidos convierte la lucha por la atención en un campo de intensas contradicciones interpretativas. En este sentido, la producción de sentido se intoxica hasta el punto de producir un efecto de indeterminación semiótica, donde la distinción entre verdadero, falso, relevante o trivial se vuelve operacionalmente indistinguible dentro de las prácticas de circulación.

En la semiósfera contaminada por *fake news*, los repertorios interpretativos no convergen en una construcción compartida de mundo, sino que se fragmentan en microcircuitos herméticos de significado. Cada grupo social puede desarrollar su propia ecología semiótica de validación interna, generando espacios interpretativos encapsulados. La falta de un terreno común de legitimación genera comunidades epistemológicas cerradas que circulan repertorios de sentido incompatibles entre sí, alimentando polarización cognitiva y ruptura comunicativa. El problema no se detiene sólo en la distorsión de contenidos particulares, sino que se extiende a la estructura relacional de la semiosis.

Desde una lógica dialéctica, este proceso no puede analizarse como un fracaso temporal de la verdad, sino como una contradicción interna de la semiosis contemporánea. La semiosis no es sólo un proceso técnico; es un vínculo social que articula experiencias, memoria, interpretación y acción. Cuando ese vínculo se fragmenta, no sólo se distorsionan los contenidos, sino que se modifican las condiciones mismas de la acción colectiva. La acción política, la delibe-

ración pública y la participación democrática dependen de repertorios compartidos de sentido; sin estos, las prácticas colectivas carecen de fundamentos interpretativos estables y se tornan reactivas, afectivas y proclives a manipulaciones semióticas.

Este escepticismo no es una forma crítica de reflexión, sino una erosión de la capacidad de sostener marcos interpretativos estables. El sujeto semiótico contemporáneo ya no opera con categorías de sentido duraderas; se encuentra en un estado de indeterminación interpretativa crónica que dificulta la construcción de narrativas integradas y la apropiación consciente del mundo. La producción de sentido en un entorno saturado de *fake news* también altera la relación entre sujeto y mundo. La semiosis intoxicada no sólo fragmenta repertorios compartidos, sino que transforma la experiencia epistemológica del sujeto, disminuye la confianza en sus propias categorías de percepción, naturaliza la duda permanente y promueve un escepticismo generalizado.

Una dimensión crucial de la producción de sentido en redes intoxicadas es la mediación afectiva. No se trata sólo de contenidos, sino de condiciones emocionales que favorecen la circulación de ciertos tipos de significados. Las *fake news* no se diseminan principalmente por su veracidad, sino por su capacidad de activar resonancias afectivas, miedo, indignación, sorpresa, hostilidad, adhesión tribal. La semiosis contemporánea se reorganiza en torno a afectos intensos que estabilizan interpretaciones a través de la circulación emocional, no racional. El sentido se produce como efecto de una economía afectiva; los significados son consumidos y redistribuidos en función de su capacidad de activar estados intensos, independientemente de su correspondencia con estructuras verificables de la realidad.

Este fenómeno plantea una interrogación profunda para la teoría semiótica: ¿qué ocurre con el sentido cuando

su producción está mediada por afectos primarios en lugar de categorías de verdad? La respuesta requiere entender que la semiosis no puede disociar racionalidad y afectividad; ambas constituyen dimensiones inseparables de la experiencia humana. Sin embargo, la saturación semiótica contemporánea privilegia la afectividad reactiva sobre la afectividad reflexiva, la intensidad sobre la coherencia y la emoción sobre la verificación crítica. Esta inversión no sólo distorsiona la producción de sentido, sino que desplaza su orientación desde el conocimiento integrado hacia la circulación afectiva sin mediación racional.

Una contracara de esta lógica afectiva es la emergencia de tribus semióticas, microcomunidades interpretativas que comparten repertorios cerrados de significado, cohesionados no por criterios epistemológicos, sino por resonancias afectivas. Estas tribus circulan repertorios semióticos autovalidados y excluyentes, y constituyen estructuras de validación interna que rechazan cualquier criterio externo de legitimación. Su producción de sentido es autorreferente y resistente a las correcciones provenientes de otros espacios semióticos. Este fenómeno intensifica la fragmentación interpretativa y dificulta cualquier posibilidad de construir consensos intersubjetivos más amplios.

Desde un punto de vista dialéctico, la fragmentación semiótica y la intoxicación de las semiósferas representan fases de una contradicción mayor, la tensión entre la necesidad social de sentidos compartidos para la acción colectiva y la tendencia fragmentadora de las estructuras técnicas de circulación que priorizan la multiplicación de repertorios incompatibles. Esta contradicción no se resuelve espontáneamente; requiere intervenciones deliberadas que reconstruyan condiciones sociales e institucionales capaces de restablecer mediaciones de legitimación compartidas.

Cuando los repertorios semióticos se fragmentan, la memoria social se atomiza; los diferentes grupos construyen relatos distintos —y a menudo contrapuestos— sobre eventos, hechos y procesos relevantes. La historia deja de ser un *corpus* compartido de interpretaciones sedimentadas y se convierte en una colección de narrativas segmentadas que reflejan mundos interpretativos cerrados. Esta fragmentación de la memoria colectiva rompe el diálogo entre generaciones y entre comunidades diversas, erosionando la posibilidad de aprendizajes históricos integrados y de proyecciones de futuro compartidas. La producción de sentido en redes intoxicadas también tiene consecuencias profundas sobre la memoria colectiva y la formación histórica de las interpretaciones.

Esta intoxicación semiótica afecta también las prácticas educativas y formativas. La educación tradicional asume la existencia de repertorios de sentido relativamente estables que pueden enseñarse, discutirse y evaluarse críticamente. Sin embargo, en un entorno donde los repertorios se multiplican, se fragmentan y circulan sin filtros críticos, la función educativa se vuelve más problemática: ¿qué significados se enseñan?, ¿qué criterios de legitimación se privilegian?, ¿cómo formar sujetos capaces de operar críticamente en un entorno saturado de repertorios incompatibles? Estos problemas no pueden abordarse con técnicas pedagógicas convencionales; exigen una reconfiguración de la práctica educativa que integre la semiosis como campo de crítica, intervención y reconstrucción colectiva del sentido.

Otro efecto estructural de la intoxicación semiótica es la erosión de la confianza epistemológica. La confianza —en instituciones, en medios, en conocimiento científico, en discursos compartidos— es un elemento fundamental para la producción colaborativa de sentido. Cuando los re-

pertorios se saturan con interpretaciones contradictorias y no verificables, la confianza se diluye. Los sujetos tienden a desplazarse hacia formas de certeza alternativas —fe, tribalismo, dogmatismo interpretativo— que no dependen de criterios críticos, sino de adhesiones afectivas. Esta erosión de la confianza epistemológica intensifica la fragmentación semiótica y dificulta cualquier proceso colectivo de reconstrucción de sentido compartido.

Y la producción de sentido en un entorno intoxicado de *fake news* también se intersecta con las relaciones de poder. No es neutral que ciertos nodos semióticos dispongan de mayor visibilidad, recursos técnicos o capacidad de difusión que otros. La economía política de la semiosis —la combinación de capital simbólico, infraestructura mediática, algoritmos de circulación y relaciones institucionales— determina qué repertorios dominan, cuáles se marginalizan y cuáles emergen como tribus interpretativas. La intoxicación semiótica no es un fenómeno espontáneo, sino el resultado de relaciones de poder específicas que configuran las condiciones materiales de producción de sentido y que estructuran las capacidades interpretativas de distintos grupos sociales.

En este contexto, la semiosis no puede entenderse como un proceso puramente cognitivo; es un campo de lucha interpretativa donde los repertorios compiten por legitimidad y hegemonía. La aparición, circulación y estabilización de ciertas interpretaciones no es sólo una cuestión de contenido, sino de relaciones de fuerza semióticas que implican recursos técnicos, mediaciones institucionales, estructuras de atención y dispositivos afectivos. La producción de sentido en estas condiciones requiere, por tanto, un análisis que integre teorías del poder, economía política y semiótica dialéctica.

Un componente crítico en este análisis es la crítica de los algoritmos de circulación de significado. Los algoritmos no son meros instrumentos técnicos; son operadores semióticos que priorizan ciertos repertorios sobre otros, determinan velocidades de circulación y establecen condiciones de visibilidad asimétricas. La lógica algorítmica de priorización de *engagement f*avorece, de manera estructural, interpretaciones simplificadas, afectivamente intensas y polarizantes, lo que contribuye a la fragmentación semiótica y a la intoxicación del sentido. Los algoritmos generan bucles de *feedback* en los que determinadas interpretaciones se autorrefuerzan sin mediación crítica, produciendo cámaras de eco interpretativas que estabilizan repertorios semióticos cerrados y resistentes a correcciones externas.

En lugar de converger hacia espacios interpretativos compartidos, los repertorios se bifurcan y se extreman, produciendo polos interpretativos que no dialogan entre sí. Esta polarización no es sólo ideológica; es semiótica en el sentido de que se organizan repertorios incompatibles entre sí, que funcionan con lógica interna cerrada y que dificultan la elaboración colectiva de sentido. El diálogo entre diferentes repertorios implica la posibilidad de negociación semiótica y transformación interpretativa, pero la polarización cognitiva bloquea estos procesos, reforzando antagonismos interpretativos que precarizan cualquier terreno común de legitimación. La producción de sentido en semiósferas intoxicadas también se manifiesta en la política de la polarización cognitiva.

Frente a estos desafíos, la reconstrucción de la producción de sentido requiere estrategias críticas de intervención semiótica que no se limiten a corregir contenidos, sino que transformen las condiciones estructurales de circulación de los significados. Esto implica repensar las mediaciones institucionales, desarrollar procesos educativos de

reflexión crítica profunda, democratizar el acceso a medios de producción simbólica, diseñar tecnologías de circulación que prioricen criterios de veracidad y coherencia, y promover prácticas comunitarias de legitimación compartida.

Es una transformación sistémica de la manera en que se articula la semiosis, producto de la interacción entre tecnologías de circulación, dinámicas de atención, economía política de la representación y relaciones de poder. El reto de enfrentar esta situación exige una teoría crítica de la semiosis que integre dimensiones epistemológicas, institucionales, afectivas y políticas, y que reconozca la producción de sentido como un campo de lucha interpretativa en el que se inscriben las tensiones estructurales de la sociedad contemporánea. La producción de sentido en una red de semiósferas intoxicadas con *fake news* es un problema que no puede entenderse en términos aislados de contenidos individuales.

No se trata únicamente de corregir errores de contenido, sino de restituir condiciones de legitimación compartida, construir repertorios semióticos que permitan interpretar la realidad de manera integrada y generar procesos colectivos de resignificación capaces de superar la fragmentación interpretativa. Este desafío exige una praxis semiótica que no puede separarse de la acción social, la deliberación pública y la construcción de espacios interpretativos democráticos. La semiosis intoxicada con *fake news* es, en última instancia, un desafío para la razón crítica.

En este contexto, la producción de sentido retorna al corazón de la vida social; las sociedades no pueden sostener procesos colectivos de acción, deliberación y transformación si sus semiósferas están intoxicadas por repertorios incompatibles, polarizados o afectivamente reactivos. La reconstrucción semiótica requiere una dialéctica entre estabilización y transformación interpretativa, mediaciones

institucionales renovadas y una ética de la semiosis que reconozca la responsabilidad de producir sentido no como cumplimiento de funciones técnicas, sino como práctica social crítica y consciente.

Para ello es indispensable repensar los dispositivos de legitimación semiótica, restituir espacios de diálogo interpretativo, fortalecer prácticas colectivas de verificación y construir mecanismos que articulen los repertorios dispersos hacia coordenadas de sentido que no dependan exclusivamente de la economía de la atención, la polarización cognitiva o las dinámicas de viralidad automática. La semiosis contemporánea enfrenta, por tanto, no sólo el problema de la veracidad de los contenidos, sino la redefinición de las condiciones que permiten que los significados emerjan, circulen, se legitimen y se transformen en contextos compartidos.

En una red intoxicada por *fake news*, esta práctica se fragmenta, polariza y distorsiona, creando condiciones en las que la acción colectiva se vuelve reactiva, afectivamente orientada y desvinculada de la reflexión crítica. El desafío semiótico contemporáneo exige, entonces, no sólo respuestas técnicas, sino una transformación profunda de las condiciones sociales, tecnológicas e institucionales de la semiosis, orientada hacia la apertura de repertorios interpretativos compartidos, la integración de experiencias diversas y la construcción de procesos de reproducción de sentido que fortalezcan la autonomía, la integración social y la acción colectiva deliberativa. La producción de sentido no es un atributo individual, sino una práctica social distribuida y mediada.

Las semiósferas y los acosos ideológicos del capitalismo

Una semiósfera es el espacio semiótico total en el que los significados se producen, se distribuyen, se legitiman y se disputan. La semiosis no es un proceso aislado, intangible

o meramente técnico; es la actividad fundamental mediante la cual los seres humanos constituyen su mundo, su universo de sentido y su relación con los otros. La noción de semiósfera es una abstracción profunda que permite comprender la semiosis en su dimensión histórica, social y relacional. No se trata de una superficie de comunicación superficial, sino de una red compleja de prácticas, repertorios, instituciones y mediaciones que estructuran lo que puede pensarse, decirse, sentirse y hacerse significativo para una comunidad. En una semiósfera, la semiosis no es un conjunto de lenguajes aislados, sino un medio totalizador que condiciona las formas mismas de experiencia, percepción e interpretación. La semiósfera es, en última instancia, el tejido simbólico que crea las condiciones de posibilidad para la vida social.

Una semiósfera no es un espacio homogéneo. Es un campo de tensiones internas, de contradicciones semánticas y de lucha por la hegemonía interpretativa. En cada semiósfera confluyen múltiples sistemas de significación: oralidad, escritura, prácticas rituales, tecnologías de la representación, ciencia, arte y formas institucionales de legitimación. Estos sistemas no se superponen mecánicamente; se articulan, compiten, se excluyen y se transforman dialécticamente. La semiósfera no es un medio neutro de almacenamiento y transmisión de signos; es un campo estructurado de fuerzas semióticas donde las interpretaciones se jerarquizan, estabilizan y naturalizan, o bien se subvierten, resisten y resignifican.

Así, la semiósfera es histórica, no existe un único modo de semiosis universal, sino repertorios semióticos que varían según la configuración social, las relaciones de producción, las instituciones culturales y las posibilidades técnicas de una época determinada. Las semiósferas se sedimentan en prácticas colectivas que llevan consigo me-

morias, hábitos y repertorios interpretativos que han sido acumulados a lo largo del tiempo. No hay semiosis sin memoria histórica; los signos no emergen del vacío, sino que se articulan sobre estructuras semánticas sedimentadas que configuran los puntos de anclaje de la interpretación.

Esta relación no ocurre en un vacío sin mediaciones; se articula en instituciones, dispositivos tecnológicos, prácticas educativas, medios de información, lenguajes técnicos y redes de circulación de signos. La semiósfera es relacional; los significados no se producen como propiedades individuales, sino en la interacción de sujetos que son a la vez productores y consumidores de sentido. La producción de sentido es un proceso situado en un campo social en el que coexisten diferentes repertorios, con tensiones internas entre modos dominantes y modos subalternos de significación.

En este campo, la semiosis es un acto colectivo más que individual; las interpretaciones no son propiedad de mentes aisladas, sino efecto de una trama de prácticas compartidas que definen los marcos de inteligibilidad de una comunidad. La semiósfera no es una esfera perfecta, ni un espacio isomórfico, sino un sistema dinámico donde las fuerzas semióticas se organizan y reorganizan constantemente. El sentido no es un bien estático ni un objeto fijo de propiedad pública; es una producción histórica que emerge en prácticas concretas, y su estabilidad o inestabilidad depende de las relaciones sociales que la sostienen.

Una semiósfera siempre contiene repertorios hegemónicos —validados por instituciones dominantes, por fuerzas económicas y por mecanismos de legitimación cultural— así como repertorios subalternos, marginales, resistentes o innovadores. La tensión entre estos repertorios configura un campo de disputa semiótica permanente; no hay una sola forma de interpretar un evento, una obra,

una experiencia o un acontecimiento histórico; hay múltiples interpretaciones en competencia, y su prevalencia depende tanto de relaciones de fuerza materiales como de la construcción de legitimidad interpretativa. El concepto de semiósfera permite, además, abordar la multiplicidad de repertorios interpretativos coexistentes y en conflicto.

Dentro de la semiósfera, cada signo, cada narración, cada representación opera como un nodo de sentido que puede reforzar, cuestionar o transformar estructuras simbólicas existentes. Los repertorios hegemónicos buscan estabilizarse como universales, presentando sus significaciones como naturales, inevitables o evidentes. Sin embargo, estos repertorios no son eternos ni neutrales; emergen de relaciones sociales concretas, de intereses materiales específicos y de prácticas institucionales que las sostienen y reproducen. Esta historicidad de la semiosis indica que ninguna interpretación es absoluta; todas están condicionadas por relaciones sociales que deben ser analizadas, criticadas y, donde corresponda, transformadas.

Cuando introducimos la categoría de acosos ideológicos del capitalismo en este entramado, la problemática semiótica se intensifica y se complica. El capitalismo no sólo es un modo de producción material; es también un modo de producción de sentido que se infiltra en la semiósfera de manera profunda y expansiva. La economía capitalista no sólo organiza la producción de bienes y servicios, sino que moldea las condiciones semióticas que permiten que ciertos significados sean posibles, legítimos y funcionales a la reproducción del sistema. El capitalismo, en tanto forma social total, no puede disociarse de la producción de sentido; sus relaciones de dominación, sus categorías organizativas y sus prioridades funcionales atraviesan los repertorios interpretativos que circulan en una semiósfera.

Pueden aparecer como narrativas fragmentarias, discursos motivacionales, consorcios mediáticos, dispositivos publicitarios, imperativos culturales, formas de gobernanza epistemológica o mecanismos de legitimación institucional. La violencia de estos acosos no es solamente física o coercitiva; es epistémica, en tanto condiciona lo que puede pensarse, lo que se percibe como relevante y lo que se experimenta como verdadero. Los acosos ideológicos son operaciones de producción de sentido que apuntan a consolidar, naturalizar y estabilizar interpretaciones que favorecen la reproducción del capitalismo como estructura social dominante. Estos acosos no siempre son explícitos ni monolíticos.

También los acosos ideológicos del capitalismo funcionan mediante la saturación de la semiósfera con repertorios de sentido que privilegian ciertos valores, una jerarquía de prioridades y una estética de mercado que tiende a convertir la vida social en un campo de decisiones que deben optimizar beneficios, productividad y consumo. Esta saturación se realiza a través de mecanismos de hegemonía semiótica, la monopolización de medios de comunicación, la industria cultural globalizada, los sistemas educativos subordinados a lógicas de mercado, la publicidad omnipresente y la mercantilización de prácticas simbólicas que antes estaban fuera del ámbito de la lógica capitalista.

Todos los repertorios hegemónicos emergen en la semiósfera como si representaran la expresión transparente de la realidad, cuando en realidad son interpretaciones que favorecen relaciones funcionales a la reproducción del capitalismo. La naturalización de categorías tales como "mercado libre", "competencia justa" o "elección individual racional" no surge de la evidencia empírica o de la coherencia lógica, sino de una constante repetición de repertorios semióticos que han sido estratégicamente posicionados en los nodos de

circulación más efectivos. Este fenómeno no es accidental, es resultado de un proceso deliberado de producción de sentido que opera sobre las semiósferas para estabilizar interpretaciones compatibles con la lógica del capital.

No todos los repertorios tienen igual acceso a los medios de difusión, a las instituciones de legitimación o a las tecnologías de amplificación. Los acosos ideológicos se alimentan de la asimetría de recursos semióticos. Grandes conglomerados mediáticos, plataformas digitales con capital concentrado y redes de poder institucional disponen de recursos técnicos, financieros y organizativos que les permiten posicionar repertorios específicos como dominantes. Esta asimetría no sólo afecta la visibilidad de los contenidos, sino la estructura misma del sentido posible; cuando ciertos repertorios ocupan los nodos de mayor influencia, otras interpretaciones quedan relegadas a espacios marginales, dificultando su integración en el flujo principal de la semiosis social.

Cuando los repertorios que estabilizan interpretaciones están repetidamente subordinados a la lógica de mercado, los sujetos pueden internalizar esas interpretaciones como evidentes o naturales, perdiendo la conciencia de su carácter contingente y construido. Esta internalización no es meramente psicológica ni individual; es una mediación estructural que opera sobre la conciencia colectiva, conformando hábitos, expectativas y marcos de percepción que dificultan la emergencia de interpretaciones alternativas. Los acosos ideológicos del capitalismo no sólo se manifiestan como saturación de repertorios hegemónicos, sino como procesos de desgaste semiótico que erosionan la capacidad crítica y la autonomía interpretativa de los sujetos.

Las instituciones culturales del capitalismo, incluidas las universidades, las academias, las corporaciones mediáticas y los conglomerados tecnológicos, no son espacios neu-

trales de producción de significado. Actúan como máquinas de reproducción semiótica que seleccionan, amplifican y estabilizan repertorios compatibles con las relaciones sociales que sostienen la economía capitalista. Las políticas editoriales, los criterios de financiamiento, los algoritmos de recomendación y las prácticas de validación académica forman una trama de mediaciones que ubican ciertos significados dentro del rango de lo visible y lo creíble, mientras excluyen u ocultan repertorios que podrían desestabilizar el orden interpretativo dominante.

Los acosos ideológicos afectan también la estructura afectiva de la semiosis. La producción de sentido capitalista tiende a convertir la sensibilidad humana en un recurso explotable; las emociones se mercantilizan, los afectos se canalizan hacia prácticas de consumo y la experiencia estética se reduce a la gratificación inmediata y reponible. Esta colonización afectiva no sólo altera los repertorios semióticos disponibles, sino también la estructura interna de la subjetividad; la disposición de la experiencia, la apertura a lo otro, la capacidad de incertidumbre y la tolerancia a la contradicción se ven erosionadas por repertorios que privilegian la inmediatez, la simplicidad y la consumibilidad del sentido.

En un sentido más profundo, los acosos ideológicos del capitalismo apuntan a reconfigurar la relación entre sujeto y sentido. Ya no se trata sólo de qué interpretaciones son dominantes, sino de transformar la forma en que los sujetos comprenden su función dentro del mundo. El capitalismo produce repertorios en los cuales la identidad, la agencia, el valor y el propósito se articulan en términos de roles de mercado, consumidor, competidor, productor, inversor. Estas categorías no provienen de una naturaleza humana universal, sino de repertorios semióticos que han sido posicionados como normativos. Esta reconfiguración de la

identidad semiótica tiene implicaciones profundas para la praxis social, reduciendo las motivaciones de los sujetos a funciones compatibles con la reproducción del sistema capitalista y debilitando la autonomía interpretativa.

Los acosos ideológicos operan también mediante la reinterpretación histórica. La historia no es simplemente un conjunto de hechos objetivos; es una construcción semiótica que organiza las experiencias pasadas en narrativas que orientan el presente y proyectan futuros posibles. En el capitalismo, las interpretaciones históricas dominantes tienden a subordinar la agencia colectiva a categorías de inevitabilidad, progreso lineal y adaptación funcional a las demandas del mercado. Las luchas sociales, las resistencias culturales y las experiencias colectivas de transformación son reinterpretadas, diluidas o reconfiguradas en narrativas que legitiman la continuidad del sistema. Esta recolonización semiótica del pasado no sólo oculta posibilidades interpretativas alternativas, sino que neutraliza la memoria crítica que podría ser base de praxis transformadora.

Los acosos ideológicos también incluyen la cooptación de repertorios subalternos. El capitalismo no simplemente suprime repertorios disidentes; los integra, resignifica y mercantiliza. Las expresiones culturales que emergen como críticas al sistema son a menudo recuperadas por industrias culturales, estandarizadas y transformadas en mercancías simbólicas que pierden su carga crítica original. Este proceso de cooptación semiótica degrada la fuerza transformadora de repertorios emergentes al someterlos a las dinámicas de circulación dominantes, donde su potencia crítica se diluye en función de su rentabilidad simbólica.

En su estructura más amplia, los acosos ideológicos del capitalismo se manifiestan como un programa de reproducción semiótica sistémica. Este programa no es un

dispositivo uniforme ni deliberado en cada caso, sino un resultado estructural de relaciones económicas, políticas y tecnológicas que configuran la semiósfera. La lógica capitalista de producción de sentido está integrada con sus modos de producción material, sus instituciones de legitimación, sus tecnologías de circulación y sus mecanismos de acumulación de capital simbólico. Esta integración crea un horizonte de sentido en el que los repertorios dominantes parecen naturales, inevitables y universalmente válidos, cuando en realidad son contingentes y funcionales a la reproducción del sistema.

Frente a esta configuración, una teoría crítica de la semiosis debe articular al menos tres movimientos simultáneos: a) desenmascarar la naturalización de repertorios hegemónicos, mostrando su origen histórico y su función material en la reproducción del capitalismo; b) reconstruir las condiciones sociales, institucionales y tecnológicas que posibilitan repertorios alternativos, subalternos o emancipadores; y c) desarrollar prácticas semióticas que fortalezcan la autonomía interpretativa de los sujetos, permitiéndoles intervenir conscientemente en la producción de sentido.

Desenmascarar la naturalización de repertorios hegemónicos implica un análisis crítico de cómo ciertas interpretaciones se estabilizan como universales. Esto requiere examinar no sólo los contenidos de los significados, sino sus condiciones de producción, circulación y legitimación. Un repertorio hegemónico no se estabiliza porque sea necesariamente verdadero; se estabiliza porque sus condiciones de circulación han sido predispuestas para maximizar su visibilidad, legitimidad y reproducción. Esta predisposición no es neutral, es resultado de relaciones de poder que distribuyen recursos simbólicos de manera desigual.

Reconstruir las condiciones que posibilitan repertorios semióticos alternativos exige intervenir en las media-

ciones institucionales que estructuran la semiósfera. Esto no implica solamente introducir nuevos contenidos, sino reconfigurar las prácticas de legitimación, las tecnologías de circulación, los criterios de evaluación epistemológica y las relaciones entre emisores y receptores de significados. Debe incluirse la democratización del acceso a medios de producción semiótica, la transparencia en los mecanismos de circulación de signos y la construcción de espacios interpretativos colectivos donde la pluralidad de repertorios pueda debatirse, negociarse y coexistir de manera equitativa.

Desarrollar prácticas semióticas emancipadoras implica capacitar a los sujetos para que no sólo interpreten los repertorios dominantes con espíritu crítico, sino que participen activamente en la generación de repertorios nuevos que articulen experiencias vividas, memorias colectivas y proyecciones de futuro. Esto requiere una educación crítica de la semiosis que trascienda la mera competencia técnica en lenguajes, y que articule una sensibilidad reflexiva sobre las condiciones sociales de producción de sentido.

Los acosos ideológicos del capitalismo no pueden ser superados únicamente mediante correcciones técnicas o cosméticas; deben ser abordados como efectos de una semiosis estructuralmente condicionada. La producción de sentido emancipadora no puede concebirse como una suma de interpretaciones aisladas, sino como una praxis colectiva que reconozca la historicidad, la materialidad y las relaciones de poder que atraviesan la semiosis. Este desafío es de naturaleza totalizante, pues implica tanto la transformación de repertorios interpretativos como la reconfiguración de las relaciones sociales que los sustentan.

En este sentido, la producción de sentido emancipadora debe orientar sus esfuerzos hacia la construcción de repertorios que no reproduzcan la lógica de dominación,

que articulen las experiencias subalternas en narrativas integradas y que fortalezcan la capacidad de los sujetos de comprender y transformar su realidad social. La semiosis crítica debe, por tanto, ser también una semiosis transformadora, una práctica que no se contente con interpretar el mundo, sino que se comprometa con la transformación de las condiciones que hacen posible la interpretación misma.

Esta crítica debe articular una lógica dialéctica que integre los vectores de producción material, los dispositivos tecnológicos, las instituciones culturales y los repertorios interpretativos en un campo singular de análisis. Sólo así se puede comprender cómo ciertas interpretaciones se estabilizan como dominantes y cómo otras son marginadas, invisibilizadas o diluidas. La crítica de la semiosis en un contexto de acosos ideológicos del capitalismo no puede limitarse a denunciar repertorios falsos o manipulados; debe desentrañar las estructuras semióticas que condicionan la producción de sentido en su totalidad.

Esta práctica no puede limitarse a una crítica académica distante; debe integrarse en las prácticas sociales cotidianas, en la educación, en la construcción de medios comunitarios, en las instituciones democráticas de legitimación y en los dispositivos tecnológicos que median la producción de sentido. La semiosis emancipadora debe ser una práctica transformadora y crítica que confronte directamente las condiciones que sostienen los acosos ideológicos, la monopolización de medios, la mercantilización del sentido, la fragmentación interpretativa, la polarización cognitiva, la colonización afectiva, la cooptación de repertorios disidentes y la erosión de la autonomía interpretativa.

Sólo mediante una praxis semiótica crítica y transformadora puede la semiósfera ser reconfigurada de modo que los significados no estén sometidos de manera pasiva

a los acosos ideológicos del capitalismo, sino que emerjan como resultados de procesos colectivos de interpretación consciente, de negociaciones intersubjetivas y de democratización de los medios de producción simbólica. Éste no es un proceso lineal, ni un proyecto utópico sin condiciones históricas; es una tarea de transformación social que exige compromiso, reflexión crítica y acción colectiva, articulando teoría y práctica en un movimiento dialéctico que reconozca la producción de sentido como un acto de libertad y de intervención histórica.

Producción de sentido en plena guerra cognitiva o batalla cultural de las burguesías

Cuando hablamos de batalla cultural o guerra cognitiva de las burguesías, nos referimos a un proceso histórico de lucha por la hegemonía semiótica; los repertorios interpretativos, los marcos de legitimación, los nodos de visibilidad y las condiciones de circulación del sentido son objeto de confrontación entre proyectos sociales, económicos y políticos contrapuestos. La semiosis —la producción, circulación, recepción y estabilización de significados— se transforma así en el epicentro de un conflicto más amplio que articula economía, política, tecnología y subjetividad. La producción del sentido en la contemporaneidad no puede ser analizada como un simple epifenómeno lingüístico o comunicativo, sino como el terreno estratégico en el que se disputa la constitución misma de la realidad social.

Tal guerra cognitiva encarna una metáfora estratégica para referirnos a la manera en que las clases dominantes, en tanto burguesías hegemónicas, no sólo buscan controlar los medios materiales de la producción y reproducción social, sino también las mediaciones simbólicas que constituyen la conciencia colectiva. Esta guerra no se combate únicamente por la imposición de contenidos particulares, sino

por la reconfiguración de las condiciones de posibilidad del sentido: qué puede decirse, quién puede decirlo, en qué términos se legitima y con qué efectos sobre la praxis social.

En una guerra cognitiva, la producción de sentido se convierte en un campo de intervención estratégica donde se disputa la definición de categorías fundamentales (como libertad, justicia, seguridad, identidad, progreso) y se busca moldear las percepciones, expectativas y acciones de los sujetos sociales. La semiótica contemporánea ofrece las herramientas conceptuales necesarias para desentrañar este proceso porque reconoce que el sentido no es un atributo aislado de enunciados, signos o discursos, sino un fenómeno estructuralmente situado; emerge en la intersección de prácticas sociales, relaciones de poder, dispositivos técnicos y horizontes de interpretación compartidos.

Por contraste, los repertorios semióticos que cuestionan, resisten o proponen transformaciones constituyen zonas de disputa que requieren condiciones materiales, alianzas colectivas y prácticas de legitimación alternativas. La batalla cultural no ocurre en un nivel meramente ideológico o discursivo, sino que se inscribe en estructuras materialmente condicionadas. Las burguesías, en tanto clases dotadas de poder económico y control sobre infraestructura social, mediática y tecnológica, disponen de recursos para posicionar repertorios semióticos que favorezcan la reproducción de su orden social. Los medios de comunicación de masas, las plataformas digitales monetizadas, las instituciones educativas y los aparatos culturales son nodos estratégicos para la producción y estabilización de repertorios interpretativos que legitiman las relaciones existentes.

Esto introduce una dimensión crucial para entender la guerra cognitiva: la producción de sentido no sólo compite por contenidos, sino por estructuras de legitimación —sistemas de creencias, normas sociales, instituciones de verifi-

cación, mecanismos de visibilidad y economías de atención. La semiosis, en este contexto, no es neutral ni inocua; está atravesada por relaciones de poder que determinan qué significados circulan, con qué eficacia y bajo qué condiciones de visibilidad. Un signo que circula masivamente no siempre lo hace porque sea verdadero o coherente, sino porque ha sido producido, financiado y amplificado en condiciones que favorecen su saturación en la vida social.

En la semiósfera contemporánea, caracterizada por una circulación masiva y acelerada de signos, la atención se convierte en un recurso escaso. Los repertorios competidores buscan capturar, retener y redirigir la atención hacia sus propios marcos interpretativos. La producción de sentido, bajo este prisma, se configura como un proceso de asignación diferencial de atención dentro de un campo saturado de estímulos. Los significados que logran posicionarse no necesariamente lo hacen por su excelencia argumentativa o por su capacidad heurística, sino por su eficacia para integrarse en dispositivos tecnológicos y circuitos de circulación que maximizan su visibilidad. La noción de economía de la atención es particularmente significativa

Esta dinámica introduce un elemento de violencia simbólica; la guerra cognitiva no es sólo la disputa por interpretaciones, sino por distribuciones diferenciales de atención, que tienen consecuencias directas sobre la construcción de agendas públicas, la percepción de hechos sociales y la organización de la acción colectiva. La atención es, en este sentido, un insumo estratégico para la producción de sentido; quien controla la atención puede condicionar cuáles interpretaciones se vuelven dominantes y cuáles permanecen marginales.

Otra dimensión crítica de la producción de sentido en una guerra cognitiva es la cuestión de los dispositivos tecnológicos de circulación. Las plataformas digitales, re-

des sociales y sistemas algorítmicos configuran un entorno semiótico radicalmente distinto al de épocas anteriores. La semiosis ya no está mediada únicamente por instituciones culturales tradicionales (medios de comunicación impresos, academias, bibliotecas), sino por estructuras algorítmicas que organizan la visibilidad, la relevancia y la circulación de repertorios interpretativos de acuerdo con criterios técnicos, comerciales y de optimización de interacción. Esto implica que las burguesías contemporáneas, al ser quienes detentan el control de estas infraestructuras técnicas, ejercen una forma de hegemonía semiótica que no es simplemente ideológica, sino estructural; condicionan las arquitecturas de acceso, los flujos de circulación y las posibilidades de resonancia de los significados.

Así, la guerra cognitiva, vista desde esta perspectiva, no es una lucha de discursos aislados, sino una batalla por las condiciones estructurales de producción de sentido. Implica disputar los algoritmos, las métricas de recomendación, las reglas de indexación, los criterios de moderación y los modos en que los significados son amplificados o invisibilizados. La producción de sentido se convierte en un proceso estratégico que debe tomar en cuenta no sólo qué repertorios se posicionan, sino cómo, mediante qué dispositivos y bajo qué regímenes de visibilidad lo hacen.

Una lógica dialéctica de la producción de sentido en este contexto puede formularse como una tensión entre estructuras de producción dominantes y las prácticas semióticas de resistencia. Las estructuras dominantes producen repertorios que tienden a reproducir la legitimidad del orden existente —narrativas de inevitabilidad, adaptabilidad, progreso lineal, meritocracia, neutralidad de los mercados— mientras que las prácticas de resistencia buscan desestabilizar esas narrativas, revelando su historicidad, su interés

de clase y sus efectos materiales. La resistencia semiótica no se limita a proponer repertorios alternativos, sino que tiene por objetivo también fracturar las condiciones de legitimación de los repertorios dominantes —desnaturalizarlos, cuestionar su universalidad asumida, evidenciar sus contradicciones internas y hacer visible su función material en la reproducción del orden social.

Esta dialéctica de sentido plantea una cuestión metodológica fundamental: la producción crítica de sentido no emerge espontáneamente en el vacío, sino que requiere cultivar repertorios semióticos que articulen la crítica y la praxis. No basta con exponer contradicciones; es necesario generar marcos interpretativos capaces de reorganizar la percepción colectiva, de movilizar afectos, de permitir conexiones nuevas entre experiencias diversas y de construir horizontes de proyección social coherentes. La producción de sentido emancipadora debe, por tanto, integrar la crítica epistemológica con la estrategia comunicativa; no basta con advertir sobre las distorsiones del sentido hegemónico, sino que es indispensable articular repertorios alternativos con estructuras de circulación y legitimación que les permitan disputarle el espacio semiótico a los repertorios dominantes.

Esto implica una transformación de las prácticas educativas y formativas; la semiosis crítica no puede reducirse a un ejercicio de lector crítico pasivo, sino que debe formar sujetos capaces de intervenir activamente en la producción, circulación y resignificación de significados. La educación, en este marco, debe proporcionar herramientas para comprender la semiosis como un proceso estratégico y conflictivo, dotando a los sujetos de habilidades para detectar asimetrías semióticas, desenmascarar mecanismos de legitimación, evaluar condiciones de visibilidad y participar en la construcción colectiva de repertorios interpretativos.

Esta transformación no implica relativismo ontológico, sino la comprensión de que la producción de sentido es siempre mediada por repertorios interpretativos que están históricamente constituidos y socialmente validados o deslegitimados. La producción de sentido en una guerra cognitiva también pone en evidencia la necesidad de repensar los conceptos de verdad, legitimidad y racionalidad. En un campo saturado de repertorios incompatibles y dispositivos de circulación masiva, la noción clásica de verdad como correspondencia entre proposición y realidad empírica se descompone en favor de un régimen de verdades situadas, disciplinadas por prácticas sociales específicas, relaciones de fuerza y condiciones tecnológicas. La batalla cultural no es la contienda entre verdades absolutas, sino entre repertorios semióticos que compiten por establecer las condiciones de legitimidad dentro de un campo social determinado.

Esto exige una epistemología que reconozca la historicidad de las interpretaciones, su mediación social y su dependencia de condiciones materiales específicas. La semiosis crítica, en consecuencia, debe situarse en una lógica de verificación histórica y pragmática; los significados no se legitiman por su pretendida universalidad, sino por su coherencia con prácticas sociales que permitan su refutación, reformulación y, eventualmente, su incorporación en repertorios compartidos.

Además, la producción de sentido en el marco de una guerra cognitiva requiere comprender la interdependencia entre semiosis y afectividad. La semiótica tradicional a menudo privilegia aspectos cognitivos del sentido, pero la batalla cultural contemporánea muestra que los repertorios interpretativos se anclan también en estructuras afectivas: miedo, esperanza, indignación, orgullo, pertenencia, rechazo, fantasía. Los dispositivos de circulación actuales no sólo

procesan contenidos; procesan afectos. Los algoritmos explotan patrones afectivos para amplificar repertorios determinados, reforzando las conexiones entre afecto y significado, de manera que los enlaces semióticos funcionan como estímulos emocionales. Esto transforma la producción de sentido en un proceso híbrido donde lo cognitivo y lo afectivo están entretejidos de manera inseparable.

Esta dimensión afectiva no es secundaria, sino constitutiva de la semiosis contemporánea; los repertorios semióticos que logran mayor extensión no son necesariamente los más coherentes cognitivamente, sino aquellos que movilizan afectos intensos, que se integran en las identidades subjetivas y que proporcionan anclajes emocionales. La batalla cultural no sólo disputa el terreno de las interpretaciones, sino también el de los afectos, lo que añade una capa de complejidad a la producción de sentido; no se trata únicamente de argumentos o pruebas, sino de estructuras afectivas que sostienen repertorios de sentido y los integran en la experiencia subjetiva de los sujetos.

Así, producción de sentido emancipadora, en este contexto, debe articular repertorios que integren tanto dimensiones cognitivas como afectivas de la semiosis. Los repertorios alternativos que sólo apelan a la razón crítica sin considerar la dimensión afectiva de la experiencia social tienen menor capacidad de circulación y legitimación que aquellos que se conectan con las estructuras afectivas de los sujetos. Esto no significa manipulación emocional, sino el reconocimiento de que los afectos son vectores semióticos constitutivos de la interpretación y que deben ser considerados en cualquier análisis semiótico riguroso.

Con la batalla cultural contemporánea —esa guerra cognitiva de las burguesías— se expresa así en múltiples ámbitos interconectados, en la configuración de agendas

mediáticas, en la construcción de identidades colectivas, en la legitimación de políticas públicas, en la sedimentación de valores culturales, en la formación de la memoria histórica y en la proyección imaginaria del futuro. La producción de sentido no es sólo un proceso discursivo, sino una praxis estratégica en la que se articulan repertorios semióticos, infraestructuras técnicas, instituciones de legitimación y vectores afectivos.

Analizar esta producción de sentido exige una semiótica que no se contente con describir repertorios interpretativos, sino que comprenda las condiciones de posibilidad histórica, social y técnica que permiten que ciertos repertorios sean dominantes. Estas condiciones de posibilidad son, en gran medida, resultado de relaciones de fuerza estructuradas: la propiedad de los medios de comunicación, el control de infraestructuras digitales, la distribución desigual de recursos simbólicos, las políticas públicas de educación y cultura, las prácticas de legitimación institucional y las redes de influencia económica y política. La semiosis, en estas condiciones, es inseparable de la economía política del sentido.

Una teoría crítica de la producción de sentido en la guerra cognitiva de las burguesías debe, por tanto, articular una epistemología de la semiosis, una economía política de la circulación de significados, una sociología de la legitimación simbólica y una praxis de intervención crítica. Esta articulación no puede ser meramente metodológica; debe formar parte de una práctica social más amplia que promueva repertorios interpretativos capaces de articular críticamente experiencias colectivas, *insights* históricos y proyecciones emancipadoras.

En este sentido, es necesario desarrollar estrategias semióticas de intervención que no se limiten a producir repertorios alternativos, sino que reconfiguren las condicio-

nes de circulación y legitimación. Esto implica, entre otras cosas, democratizar los medios de producción simbólica, transparentar las arquitecturas algorítmicas de circulación, fortalecer las instituciones de verificación autónoma, promover prácticas educativas de pensamiento crítico, generar alianzas intercomunitarias de repertorios semióticos y crear canales de circulación que prioricen criterios de integridad interpretativa por sobre la mera rentabilidad de atención.

Nuestra producción de sentido emancipadora no puede desligarse de la organización social en su conjunto. Una semiosis crítica y transformadora debe ser acompañada por prácticas sociales, económicas y políticas que reduzcan las asimetrías de poder en la semiósfera. Estas asimetrías no son accidentales; están integradas en la lógica de reproducción de las burguesías y en la distribución desigual de recursos sociales. La batalla cultural no se libra únicamente en el plano de las ideas, sino en el conjunto de condiciones materiales que hacen posible la existencia y circulación de repertorios semióticos.

Una semiosis crítica, desde una perspectiva dialéctica, debe comprender que la transformación de la producción de sentido es parte integral de la transformación social. Los repertorios semióticos no son accesorios de la vida social; son medios mediante los cuales los sujetos se reconocen, interpretan su mundo y organizan su acción. Por ello, la lucha por la producción de sentido es inseparable de la lucha por la emancipación humana. Resistir los acosos ideológicos de las burguesías y disputar la hegemonía semiótica implica promover repertorios que articulen comprensión crítica, integración histórica y proyección imaginativa. La batalla cultural contemporánea muestra que la semiosis no es un dominio neutral, sino un campo de conflicto que refleja las relaciones sociales de fuerza existentes. Sólo me-

diante una semiótica crítica que articule análisis, praxis y transformación puede la producción de sentido dejar de ser un instrumento de reproducción del orden dominante para convertirse en un medio de emancipación colectiva.

Los diez peligros más grandes en la producción de sentido bajo la guerra cognitiva del capitalismo

En la producción de sentido contemporánea, marcada por la intensidad de la guerra cognitiva del capitalismo, emergen peligros que no son meras contingencias, sino estructurales. Estos peligros condicionan de manera profunda los horizontes de interpretación, los modos de legitimación, la circulación de repertorios semióticos y la capacidad de los sujetos para intervenir críticamente en la constitución de la realidad social. El primero de estos peligros radica en la monopolización de los medios de producción simbólica, que concentra la capacidad de generar, amplificar y normalizar significados en manos de corporaciones y conglomerados mediáticos. Esta concentración no sólo reduce la diversidad interpretativa, sino que establece repertorios hegemónicos que parecen naturales y universales, erosionando la capacidad de los sujetos para percibir alternativas y cuestionar la legitimidad de las narrativas dominantes. El control de los medios es un control sobre las condiciones de posibilidad del sentido; la saturación de ciertos marcos interpretativos y la invisibilización de otros se convierten en operaciones estratégicas de dominación, y la semiosis deja de ser un proceso de interacción histórica para transformarse en un instrumento de reproducción de relaciones de poder asimétricas.

El segundo peligro es la proliferación de la desinformación y las *fake news*, que constituyen un mecanismo sofisticado de distorsión semiótica. La saturación de repertorios falsificados o manipulados altera la confianza en la veracidad de los signos, produce fragmentación cognitiva y

dificulta la construcción de consensos basados en evidencia y reflexión crítica. Este fenómeno no es accidental; es una estrategia calculada para mantener la confusión, favorecer la polarización y, en última instancia, reforzar la hegemonía de quienes controlan las estructuras de producción y circulación de sentido. La desinformación genera un efecto doble: debilita la capacidad de juicio autónomo y produce un estado de alienación interpretativa, donde los sujetos perciben el mundo a través de filtros ideológicos impuestos, perdiendo contacto con los significados que emergen de la praxis social y de la experiencia histórica compartida.

El tercer peligro se relaciona con la mercantilización del sentido, un proceso por el cual los significados se convierten en mercancías simbólicas que deben ser consumidas, intercambiadas y evaluadas según criterios de rentabilidad y atención. La lógica de valor en uso y valor en cambio, originalmente asociada a la economía material, se traslada al ámbito semiótico; ciertos signos y narrativas se amplifican no por su capacidad de explicar, transformar o emancipar, sino por su eficacia para captar atención, generar *engagement* y producir beneficios simbólicos y económicos. Esta mercantilización altera la naturaleza de la semiosis, transformando la búsqueda de sentido en un acto subordinado a las dinámicas del mercado y subordinando la autonomía interpretativa de los sujetos a los imperativos de consumo.

El cuarto peligro consiste en la asimetría en el acceso a los nodos de circulación semiótica, que configura jerarquías de visibilidad. No todos los repertorios semióticos tienen igualdad de oportunidades para circular; los mecanismos algorítmicos, las políticas de visibilidad en plataformas digitales y la propiedad concentrada de infraestructuras mediáticas privilegian ciertos repertorios en detrimento de otros. Esta desigualdad estructural genera una jerarquización del

sentido, donde lo que se percibe como relevante, verdadero o legítimo está predeterminado por criterios funcionales a la reproducción del orden hegemónico, limitando la posibilidad de interpretación autónoma y crítica. La asimetría de circulación no es un accidente técnico; es un instrumento estratégico para consolidar hegemonías semióticas y para neutralizar repertorios interpretativos disidentes.

El quinto peligro emerge de la colonización afectiva de la semiosis. La producción de sentido bajo la guerra cognitiva del capitalismo no se limita a lo cognitivo; explota los afectos de manera estratégica. Miedo, esperanza, indignación, orgullo y pertenencia se convierten en vectores para estabilizar repertorios semióticos, anclándolos en la experiencia subjetiva y reduciendo la capacidad de reflexión crítica. Los dispositivos mediáticos actuales, incluidos algoritmos y plataformas digitales, manipulan estas conexiones afectivas para amplificar interpretaciones funcionales al capital y desactivar repertorios que podrían incentivar autonomía interpretativa y acción colectiva transformadora. La colonización afectiva transforma la semiosis en un instrumento de control, moldeando no sólo lo que se interpreta, sino cómo se siente y cómo se actúa frente a ello.

El sexto peligro es la fragmentación del sentido y la polarización cognitiva, fenómenos que resultan de la saturación de la semiósfera con repertorios incompatibles o conflictivos. La multiplicidad de narrativas que circulan sin mediación crítica produce aislamiento interpretativo, reforzando comunidades epistemológicas cerradas que validan sus propios repertorios mientras deslegitiman los de otros grupos. Esta fragmentación debilita la posibilidad de construcción colectiva de significados, dificulta la deliberación racional y promueve la internalización acrítica de repertorios dominantes dentro de subgrupos particulares. La

polarización cognitiva es un riesgo directo para la autonomía interpretativa y la cohesión social basada en comprensión compartida.

El séptimo peligro está ligado a la cooptación de repertorios disidentes, donde narrativas originalmente críticas o emancipadoras son integradas, resignificadas y mercantilizadas por la lógica de reproducción hegemónica. Esta cooptación degrada la capacidad de acción transformadora de los repertorios críticos, neutralizando su potencial al someterlos a las dinámicas de circulación dominantes y transformándolos en mercancías simbólicas, espectáculos o modas interpretativas. La semiosis crítica, bajo estas condiciones, enfrenta el desafío de mantener su potencia transformadora frente a la absorción y desactivación estratégica de sus repertorios.

El octavo peligro se vincula con la erosión de la memoria histórica y la reinterpretación selectiva del pasado, procesos mediante los cuales los acontecimientos sociales y las luchas colectivas se resignifican para fortalecer la narrativa dominante. La semiosis capitalista reconfigura la historia de manera que los repertorios de resistencia sean minimizados, reinterpretados o incorporados en narrativas que legitiman la continuidad del sistema. Esta manipulación histórica condiciona la producción de sentido presente y futura, limitando la capacidad de imaginar alternativas y obstaculizando la praxis transformadora basada en la memoria crítica.

El noveno peligro consiste en la integración del sentido en tecnologías de vigilancia y control, que permiten la monitorización masiva de los flujos de interpretación, el análisis predictivo de comportamientos y la adaptación de repertorios para maximizar su eficacia hegemónica. La semiosis deja de ser un proceso autónomo y se convierte en

objeto de optimización estratégica, donde los repertorios son ajustados en tiempo real para generar consenso, minimizar resistencia y reforzar las relaciones de dominación. Este peligro subraya la interdependencia entre control tecnológico y producción de sentido; el capital no sólo produce contenidos, sino que configura las condiciones de su circulación, recepción e internalización.

El décimo peligro emerge de la desconexión entre producción de sentido y praxis social autónoma, que se manifiesta cuando los repertorios hegemónicos estructuran la interpretación de tal manera que la acción colectiva crítica queda limitada o desmovilizada. La semiosis se convierte en un instrumento de adaptación al orden dominante más que en un medio de comprensión y transformación del mundo. Esta desconexión entre interpretación y praxis constituye un riesgo mayor porque neutraliza la capacidad de los sujetos para intervenir de manera efectiva en la realidad social, perpetuando la reproducción de la hegemonía semiótica y material.

Estos diez peligros, interrelacionados y mutuamente reforzados, configuran un panorama de alta complejidad en el que la producción de sentido bajo la guerra cognitiva del capitalismo se convierte en un campo estratégico de intervención, un territorio de disputa permanente y una estructura profundamente condicionada por relaciones de poder, tecnología, economía y afectividad. La comprensión de estos peligros no puede limitarse a un análisis descriptivo; exige la construcción de herramientas teóricas, metodológicas y prácticas que permitan intervenir en la semiosis de manera crítica y transformadora, reconociendo las condiciones históricas y estructurales que configuran la circulación y legitimación de los significados.

Y la continuación de la reflexión sobre los peligros estructurales en la producción de sentido bajo la guerra

cognitiva del capitalismo revela que cada uno de ellos despliega dinámicas complejas que afectan simultáneamente la interpretación, la praxis social y la constitución de sujetos críticos. La monopolización de los medios de producción simbólica, el primer peligro, no se limita a la concentración de propiedad; se manifiesta en la estandarización de formatos, la replicación de narrativas funcionales al capital y la saturación de repertorios que configuran expectativas cognitivas y afectivas alineadas con la reproducción del orden dominante. La centralización mediática produce un ecosistema donde los significados disidentes deben competir en condiciones estructuralmente desfavorables, siendo constantemente filtrados, invisibilizados o desacreditados mediante técnicas sofisticadas de neutralización discursiva, desde la deslegitimación hasta la trivialización semiótica. Este fenómeno muestra que la hegemonía del sentido no es sólo ideológica, sino estratégica y estructural, y que disputar la producción de sentido requiere la construcción de espacios de circulación autónomos, redes alternativas de verificación, infraestructuras de publicación descentralizadas y repertorios interpretativos capaces de desafiar las lógicas de saturación y control.

En este contexto, la alfabetización semiótica crítica y la educación en verificación activa se convierten en herramientas estratégicas; enseñar a los sujetos a rastrear fuentes, analizar la coherencia interna de los repertorios y comprender la economía de la atención que los algoritmos emplean es indispensable para restablecer condiciones de autonomía interpretativa. La desinformación, además, se articula con la mercantilización del sentido, amplificando la competencia entre significados de manera que los más rentables en términos de atención y consumo emocional son también los más influyentes, independientemente de

su fidelidad a la realidad. La desinformación y las *fake news*, segundo peligro, operan mediante la generación de incertidumbre y la debilitación de la confianza en los procesos de verificación colectiva. La saturación de la semiósfera con contenidos manipulados introduce disonancias cognitivas que fragmentan la percepción de realidad, y dificultan la construcción de narrativas compartidas que sean coherentes con evidencia histórica y social.

Esto altera la lógica interna de la semiosis; lo que se difunde masivamente no es necesariamente lo más consistente epistemológicamente o lo más útil para la praxis social transformadora, sino lo que genera *engagement*, atención y beneficios simbólicos. La lógica de valor en cambio del sentido subordina la interpretación a la economía simbólica del capital, condicionando la forma en que los sujetos experimentan y entienden la realidad y debilitando la posibilidad de construcción de repertorios autónomos que articulen crítica y acción. La mercantilización del sentido, tercer peligro, afecta profundamente la estructura de incentivos semióticos. Los repertorios críticos o emancipadores, si no son convertibles en bienes consumibles o viralizables, quedan relegados a márgenes de circulación mínima.

Mientras la asimetría en el acceso a los nodos de circulación, cuarto peligro, se amplifica con la centralización tecnológica y algorítmica. Los algoritmos de recomendación, la indexación selectiva y las políticas de moderación digital determinan qué repertorios se vuelven visibles y cuáles permanecen marginales. Esta asimetría no sólo favorece la reproducción de repertorios dominantes, sino que penaliza la circulación de repertorios críticos, limitando el impacto de la semiosis emancipadora. La intervención crítica requiere desarrollar estrategias que reconozcan estas jerarquías y exploren métodos alternativos de difusión, re-

des descentralizadas, colaboración intercomunitaria, repositorios abiertos y tácticas de viralización contracorriente, que permitan disputar la atención y visibilidad de manera efectiva frente a la saturación dominante.

Esta colonización se articula con la mercantilización y la saturación algorítmica para producir resonancias emocionales que legitiman el orden hegemónico. Una semiosis crítica debe integrar análisis afectivo y estrategias de construcción de repertorios que movilicen emociones de manera consciente, ética y orientada a la praxis transformadora, fomentando la percepción autónoma y la capacidad de intervención social. La colonización afectiva de la semiosis, quinto peligro, convierte los afectos en instrumentos estratégicos de control semiótico. La manipulación del miedo, la indignación, la esperanza o el orgullo refuerza la adhesión a repertorios dominantes y neutraliza la capacidad crítica.

Esta polarización dificulta la construcción de entendimientos colectivos y promueve la internalización acrítica de repertorios alineados con la hegemonía dominante. Para contrarrestarla, es necesario diseñar estrategias de mediación semiótica que promuevan el diálogo intercomunitario, la exposición crítica a repertorios diversos y la integración reflexiva de experiencias y conocimientos dispares. La fragmentación del sentido y la polarización cognitiva, sexto peligro, derivan de la saturación simultánea de repertorios incompatibles y de la segmentación algorítmica de audiencias. Los sujetos son inducidos a conformar comunidades epistemológicas cerradas, donde se refuerzan percepciones selectivas y se deslegitiman repertorios alternativos.

Este fenómeno no sólo neutraliza la acción transformadora, sino que también produce legitimación aparente de la crítica dentro del marco dominante, lo que puede reforzar la hegemonía bajo la apariencia de pluralidad. La

resistencia efectiva requiere mantener autonomía conceptual y praxis estratégica, evitando que la crítica sea diluida o incorporada pasivamente en repertorios que refuercen el *status quo.* La cooptación de repertorios disidentes, séptimo peligro, consiste en la absorción de narrativas críticas por las lógicas de circulación dominante. Las narrativas originariamente emancipadoras son resignificadas, mercantilizadas y desactivadas, transformándose en mercancías simbólicas funcionales al capital.

Esta reconfiguración afecta la producción de sentido presente y futura, condicionando la imaginación social y limitando la capacidad de proyectar alternativas. La semiosis crítica debe articular repertorios históricos que visibilicen las relaciones de fuerza, la continuidad de la opresión y la agencia de sujetos colectivos, promoviendo memoria activa y praxis basada en aprendizaje histórico. La reinterpretación selectiva del pasado, octavo peligro, reconfigura la memoria histórica para legitimar narrativas dominantes. Los acontecimientos de resistencia y transformación social se minimizan, tergiversan o integran en relatos funcionales al orden existente.

Este peligro demuestra la interdependencia entre semiosis y tecnología; la circulación y legitimación del sentido está condicionada por infraestructuras técnicas diseñadas para producir obediencia cognitiva y afectiva. La producción de sentido emancipadora requiere estrategias de alfabetización tecnológica, diseño de infraestructura alternativa y desarrollo de repertorios capaces de operar críticamente en este ecosistema controlado. La integración del sentido en tecnologías de vigilancia y control, noveno peligro, implica la optimización algorítmica de los repertorios para reforzar hegemonías. Los flujos de interpretación son monitoreados, analizados y ajustados para maximizar

eficacia, neutralizar resistencia y consolidar relaciones de dominación.

Cualquier desconexión entre producción de sentido y praxis social autónoma, décimo peligro, subraya que la semiosis, cuando está subordinada a repertorios dominantes, puede inducir conformidad más que transformación. Los significados se internalizan sin traducirse en acción colectiva crítica, debilitando la capacidad de intervención en la realidad social. La semiosis crítica debe vincular interpretación y acción, articulando repertorios que fomenten praxis transformadora, conciencia histórica y proyección de alternativas, asegurando que la producción de sentido se convierta en instrumento de emancipación y no en mecanismo de adaptación pasiva.

Cada peligro no opera de manera aislada; la monopolización potencia la mercantilización, la colonización afectiva refuerza la polarización, la cooptación interactúa con la reinterpretación histórica y las tecnologías de vigilancia consolidan todos los mecanismos previos. La interdependencia de estos riesgos subraya que la semiosis crítica y emancipadora debe desarrollarse como un proyecto integral, comprensión teórica, alfabetización semiótica, praxis colectiva y construcción de infraestructuras autónomas de circulación y legitimación. La articulación de estos diez peligros revela un sistema complejo y entrelazado donde la producción de sentido es simultáneamente objeto de control, fuente de alienación y terreno de resistencia estratégica.

Sólo de esta manera la semiosis crítica puede desafiar la hegemonía dominante, promover autonomía interpretativa y contribuir a la construcción de una praxis social consciente, informada y capaz de intervenir efectivamente en la transformación anticapitalista de la realidad. La resistencia frente a estos peligros requiere un enfoque dialécti-

co, integrando análisis de condiciones estructurales, desarrollo de repertorios autónomos, praxis transformadora y conciencia histórica. No es suficiente producir interpretaciones alternativas; se debe disputar simultáneamente la circulación, la legitimación, la afectividad y la conectividad de estos repertorios.

Los diez peligros no sólo delinean un diagnóstico de la producción de sentido contemporánea, sino que configuran un programa de acción semiótica crítica: entender las relaciones de fuerza, intervenir en la circulación, reconfigurar la afectividad, proteger repertorios críticos, fortalecer memoria histórica, neutralizar cooptación, desarrollar alfabetización tecnológica y vincular interpretación y praxis. La guerra cognitiva del capitalismo no es un campo neutral, sino un espacio estratégico donde se decide qué significados circulan, qué sujetos pueden interpretarlos y cómo se traduce la interpretación en acción transformadora. La semiosis, bajo estas condiciones, emerge como un campo de lucha central, y la comprensión profunda de estos peligros es la condición para diseñar estrategias de intervención efectivas, sostenibles y emancipadoras.

En la densidad conceptual y la articulación dialéctica de estos peligros se revela que la producción de sentido no es un acto aislado, sino un proceso situado en la intersección de economía, tecnología, política, cultura y subjetividad. La semiosis crítica requiere, por tanto, una integración compleja entre teoría, praxis y estrategia, donde cada peligro se reconoce, se analiza y se aborda mediante herramientas conceptualizadas, tácticas de circulación y praxis transformadora. En este marco, los sujetos críticos se convierten en agentes activos que no sólo interpretan, sino que intervienen en la estructuración del sentido, disputan espacios de legitimación y crean condiciones de visibilidad para repertorios

emancipadores. La guerra cognitiva del capitalismo, con todos sus peligros estructurales, revela que la producción de sentido es, en última instancia, una herramienta de poder y un campo de lucha decisivo para la transformación social.

Hacia una intervención práctica basada en los diez peligros de la producción de sentido bajo la guerra cognitiva del capitalismo.

Frente a la monopolización de los medios de producción simbólica, la intervención debe articular la creación y fortalecimiento de infraestructuras de circulación autónomas. Esto implica plataformas colaborativas, repositorios descentralizados, redes de publicación independientes y sistemas de verificación autónoma que permitan a repertorios críticos competir con los hegemónicos en condiciones más equilibradas. La diversificación de medios y formatos, junto con estrategias de visibilidad cooperativa, multiplica la capacidad de resonancia de los signos disidentes, erosionando la saturación dominante. La producción de sentido, al constituirse como terreno de disputa estructural, requiere intervenciones que combinen análisis profundo, praxis estratégica y despliegue táctico en múltiples niveles.

Para contrarrestar la desinformación y las *fake news*, es crucial implementar una alfabetización semiótica avanzada que integre análisis crítico de fuentes, evaluación de coherencia interna, detección de manipulaciones afectivas y comprensión de algoritmos de circulación. Esta alfabetización no es un ejercicio académico aislado; debe operar dentro de espacios de praxis social donde los sujetos experimenten y apliquen sus habilidades de verificación, generando redes de confianza que legitimen repertorios basados en evidencia y praxis transformadora. La educación crítica se convierte así en un instrumento estratégico que articula semiosis, praxis y memoria colectiva.

Se propone la construcción de economías simbólicas alternativas, donde la circulación de repertorios emancipadores no dependa exclusivamente del *engagement,* la viralización o la atención monetizada. Esto puede incluir comunidades de práctica colaborativa, circulación basada en criterios de integridad interpretativa y proyectos de publicación que valoren la relevancia epistemológica y transformadora por encima del impacto comercial, fortaleciendo la autonomía interpretativa frente al mercado simbólico. La mercantilización del sentido requiere tácticas que desvinculen los repertorios críticos de las lógicas de rentabilidad mediática.

Para superar la asimetría en el acceso a nodos de circulación, se recomienda una estrategia de distribución descentralizada, combinando redes horizontales, cooperación entre colectivos y uso de infraestructura tecnológica abierta. Esta táctica permite disputar la visibilidad y la atención, ofreciendo a los repertorios críticos oportunidades de resonancia efectiva. La coordinación estratégica entre nodos de circulación autónomos fortalece la resistencia frente a la saturación hegemónica y las jerarquías algorítmicas.

Una colonización afectiva puede contrarrestarse mediante la construcción consciente de repertorios afectivo-críticos, que movilicen emociones de manera ética y orientada a la praxis emancipadora. La semiosis crítica debe integrar afecto y cognición, desarrollando narrativas que conecten con experiencias subjetivas, fortalezcan identidades colectivas críticas y promuevan acción transformadora, evitando la manipulación emocional que caracteriza la hegemonía capitalista. La fragmentación del sentido y la polarización cognitiva requieren tácticas de mediación interpretativa intercomunitaria, fomentando exposición crítica a repertorios diversos y creando espacios de diálogo deli-

berativo. Estas prácticas facilitan la integración reflexiva de perspectivas heterogéneas, reducen el aislamiento epistemológico y fortalecen la cohesión de repertorios críticos que puedan articularse en proyectos sociales transformadores.

Para evitar la cooptación de repertorios disidentes, se recomienda la implementación de mecanismos de autonomía conceptual y praxis estratégica. Esto implica la articulación de códigos internos de validación, sistemas de reproducción de repertorios sin depender de infraestructuras dominantes y vigilancia crítica constante frente a procesos de absorción y resignificación que neutralicen la potencia transformadora de las narrativas. La reinterpretación selectiva del pasado puede enfrentarse mediante la producción de memoria crítica activa, que reconstruya los acontecimientos desde la perspectiva de las luchas, resistencias y procesos de agencia colectiva. Esta memoria crítica debe articular evidencia histórica, testimonios y repertorios semióticos que visibilicen la continuidad de la opresión y la posibilidad de transformación, fortaleciendo repertorios interpretativos que proyecten praxis futura.

Sabemos que la integración del sentido en tecnologías de vigilancia y control requiere estrategias de alfabetización tecnológica y creación de infraestructuras alternativas. Los sujetos críticos deben comprender los algoritmos, métricas y dispositivos de circulación para intervenir estratégicamente en su funcionamiento, generar circulación autónoma de repertorios y neutralizar mecanismos de optimización de hegemonía simbólica. La praxis tecnológica se convierte en una extensión de la semiosis crítica.

Así, la desconexión entre producción de sentido y praxis social autónoma puede revertirse mediante la articulación sistemática de interpretación y acción transformadora. Los repertorios críticos deben traducirse en proyec-

tos colectivos, estrategias de intervención social, políticas culturales alternativas y programas educativos que conecten sentido y praxis, garantizando que la producción de sentido sea un motor de emancipación y no un instrumento de adaptación pasiva.

Cada estrategia no opera aisladamente; debe ser articulada con las demás en una red de praxis dialéctica que combine análisis, construcción de repertorios, intervención en infraestructuras, movilización afectiva y acción colectiva. Sólo a través de esta articulación se puede disputar la hegemonía del sentido, restaurar autonomía interpretativa y promover una semiosis que sea verdaderamente transformadora y emancipadora. El conjunto de estas tácticas conforma un programa integral de intervención semiótica crítica, capaz de enfrentar los diez peligros estructurales de la guerra cognitiva del capitalismo.

Por lo tanto, la producción de sentido es un terreno estratégico central en la configuración del mundo contemporáneo. Los peligros identificados no son contingentes, son expresiones de la lógica de reproducción del capitalismo cognitivo, de sus tecnologías de control, de sus economías simbólicas y de su capacidad de saturación afectiva. Frente a ellos, la semiosis crítica requiere un programa de intervención que integre análisis teórico, praxis reflexiva y estrategias operativas, asegurando que la producción de sentido deje de ser un instrumento de dominación para convertirse en una herramienta de emancipación colectiva, consciente, informada y capaz de intervenir en la constitución de la realidad social y cultural.

Insistamos: Es crucial entender la disputa por el sentido.

Medios, modos y relaciones de producción.

Se trata de una lucha endógena y exógena, no atomis-

ta, sobre un problema complejo pero preciso: la disputa por el sentido. Eso incluye las expresiones del sentido desde el imaginario cotidiano más profundo, en los campos del descanso socialmente necesario, hasta en la interacción de lo objetivo y lo subjetivo en el modelo económico dominante, en la producción social del conocimiento, las relaciones sociales entendidas como "política", etc.

Se trata de una batalla sobre los modos, los medios y las relaciones de producción de sentido que no pueden separarse de un compromiso crítico sobre el estado actual de las fuerzas productivas en general, ni del estado actual del trabajo, de la producción y distribución de la riqueza material y espiritual. Se trata de modificar las condiciones objetivas de producción de sentido para eliminar las coerciones que, por colmo, nos obligan a entregar nuestro tiempo, de trabajo o de ocio, a los dueños del capital. Pudiéramos coincidir en el combate a los latifundios ideológicos con que el capitalismo ha construido sus semiósferas hegemónicas y especializar nuestras preocupaciones y ocupaciones, para consolidar un movimiento global de abolición de la esclavitud semántica. Podríamos coincidir, si nos organizásemos, en la construcción participativa y dialéctica, de un plan emancipatorio internacionalista contra la semiosis (producción de sentido) dominante y contra los núcleos duros del coloniaje mental que depreda las cabezas de los seres humanos. Podríamos producir acciones contra las amenazas y los engaños que nos taladran incesantemente para desmoralizarnos y desmovilizarnos. Podríamos idear un programa de unidad transformadora del modo de producción de sentido para que los pueblos derroten a todas las esclavitudes intelectuales.

Podríamos consolidar una semiótica para la emancipación capaz de ganar la disputa por el sentido. ¿Qué nos hace falta? Para eso necesitamos otra semiótica que, esta

vez, sea útil para decodificar y para crear caminos superadores de todas las artimañas semánticas y sintácticas; para trasparentar sus núcleos ideológicos y la servidumbre de los "expertos" que se dejan asalariar para la esclavitud de las consciencias. Y, principalmente, generar las herramientas descolonizadoras indispensables si queremos consolidar un Nuevo Orden Mundial en la producción de sentido, que amplíe y actualice al Informe MacBride, donde encontremos el modo y los medios para vivir sin amos, sin clases sociales, sin penurias prefabricadas rentablemente. Producir herramientas mundiales de emancipación masiva. Incluyendo la habilitación de una carta de los derechos digitales. ¿Es mucho pedir? Hoy la producción de sentido se ejerce dentro de los límites fijados por las leyes del utilitarismo convencional burgués. Bajo condiciones de absoluta dependencia semántico-tecnológica que ha secuestrado la producción de sentido con estereotipos alienantes, en un contexto de explotación acelerada. Soportamos los estragos del modo de producción y distribución hegemónicos que sólo deparan abandono y depresión, condenando a los pueblos a la desorganización de sus fuerzas y a la anulación de sus capacidades transformadoras bajo un plan global de inducción de miedo y violencia legalizada.

Para colmo, un cierto clientelismo académico y científico elude el debate y la investigación crítica frente al modelo hegemónico de producción de sentido. Se incentiva poco o nada el desarrollo de protocolos o estatutos de enseñanza, investigación o creación teórica, hacia una práctica científica transformadora. En lo general, el concepto de sentido se reduce al individualismo subjetivista y, casi exclusivamente, se privilegia el estudio lineal de técnicas y formas de clasificación de signos, sin contexto y sin crítica, basada en las perspectivas de la ideología de la clase dominante.

Reinan, no pocos, domadores mercantiles en la formación e inserción de estudiantes, investigadores y creadores amaestrados para el mercado laboral del sentido hegemónico. Y reina cierta degeneración "académica" que es responsable de la proliferación de grupos y tendencias sectarias que se niegan a luchar por los intereses y las necesidades emancipatorias elementales en la situación actual. Dan la espalda a la realidad con sus verdades de mercado y permanecen indiferentes ante la lucha de clases, con sus debates, tensiones y contradicciones. Como si se pudiera desarrollar la verdad, y la ciencia, sin intervenir en esa lucha.

Se rehúsan a someter a crítica a la ciencia misma, con sus teorías y métodos, para transformarla y transformarse haciéndose independientes de la hegemonía burguesa y sus retoños nazi-fascistas, se camuflen como se camuflen. No están exentas de crítica profunda las políticas gubernamentales y las dependencias tecnológicas, más enamoradas de la "farandulización" del conocimiento en manos de "redes sociales" o plataformas de negocios digitales, vendedores de herramientas e ideologías para la servidumbre semántica de los pueblos. Y la extraterritorialidad económica, jurídica e ideológica. Incluso en los negocios de la industria de la propaganda política. Hay una lógica fetichista que se instaló en la producción de sentido, las leyes de la domesticación rentable y sus técnicas de adiestramiento al consumo temprano de ideologías de época. Con apoyo de algunos gobiernos que desarrollan un movimiento vertiginoso de dependencia conceptual, con tintes preocupantes de fanatismo por el dinero y reverencia por la economía capitalista, y con adoración por la ideología de la clase dominante y su andanada simbólica transitando por todos sus medios incesantemente. Incluyendo, claro, la moral del "derrame" y la ética del servilismo a la riqueza de los patrones. Se trata de

un estallido de sentido hegemónico en fase de fanatización e histrionismos de ultraderecha. Aunque se derrotaron las dictaduras militares, operan sus resabios ideológicos hoy por dentro de las democracias burguesas como tendencias más antidemocráticas camufladas con votos.

Han logrado infiltrarse, con pasaporte democrático y todas las formas del engaño, en un terreno publicitario y propagandístico fértil para su irresponsabilidad rentable. Nada hay que los obligue a cumplir lo que prometen, nada hay que les limite el exhibirse impúdicamente con sus prontuarios delincuenciales más aberrantes. Nada hay que garantice su lugar en la solución de los problemas sociales concretos y, por eso, cualquier "inútil", sin base social ni electoral legitimada, puede llegar a las cumbres de la "fama" mediática inflada con los artificios de *"fake industry"*. Hay "golpes de Estado" semánticos orquestados por los ejércitos mediáticos oligarcas. Contra la democracia, la novedad es una semiosis "mass media" que afinó métodos y tecnologías para taladrar, con miedo y odio prefabricados, los núcleos más profundos de la voluntad y operar desde ahí con dispositivos de guerra psicológica capaces de obligar a las víctimas del capitalismo-neoliberal a votar por sus verdugos. Insistamos. Parte de su mejor conquista es convencernos de que no existen y, si se los descubre, mostrar sus camuflajes de farándula para hacernos creer que son inocuos, superfluos, divertidos e indispensables.

Necesitamos una semiótica emancipadora porque ellos operan con su forma mutante de la farándula. Acuden a todos los recursos atesorados por el *"show business"* y juegan con ese tipo de popularidad que crea predilecciones —espejismos— más por las fachadas que por las ideas políticas. Crean la política de la antipolítica. Política del desentendimiento, la indiferencia, la abulia y el abandono de toda

responsabilidad social a cambio de designar, de la manera más aséptica posible, líderes con "imagen limpia" para el trabajo sucio de garantizar y ampliar los beneficios de los poderes reales. Necesitamos una semiótica emancipadora porque ellos operan en la semántica idealista de la felicidad y del cambio escapistas, individualistas y mercenarios. Parlotean sobre la honestidad y la abundancia como relato de las cuentas de vidrio a cambio de votos.

Engañan de manera profesional e impune. Prometen lo mejor del "bien" amorfo y van por el mundo como paladines del "trabajo eficiente" (reforma laboral a ultranza), vendiéndose como panacea mitológica para conjurar todos los males de todos los tiempos. Eso relatado con televisoras, diarios, radiodifusoras, cines, muros, volantes y "actos públicos". Dicen que no les gusta la "confrontación", que "ya basta de peleas" entre políticos, que todo lo pasado ya pasó y que el único futuro es posible por ellos y de ellos. Pretenden ganar sin que se les oponga resistencia. Necesitamos una semiótica para la emancipación porque operan en los tuétanos de una democracia porosa y poco rigurosa, pensada para no ser manejada directa y autónomamente por los pueblos. Una democracia burguesa saturada de dinero lavado con intereses sucios, de líderes sospechosos y de ausencia de pueblo. Hay que ver las cifras del ausentismo. Una democracia que sólo se representa ceremonialmente como trance retórico que lo "cambia todo para que nada cambie".

¿Qué significados tiene esa democracia que se intercambia por bolsas de comida y materiales de construcción? Democracia esclerotizada para obturar el paso de cualquier liderazgo distinto al de los intereses burgueses o distinto al de los intereses de sectas. Principalmente de las sectas mediáticas. Si los pueblos viven bajo amenazas explícitas o implícitas; si la extorsión

—directa o indirecta— es preámbulo o acompañamiento de la vida diaria; si para emitir sufragios se ha de sufrir todo tipo de ignorancia, desinformación, engaños, demagogias y falacias; si hay acoso, presiones o compraventa de votos. Si hay cataratas de promesas incumplidas —e incumplibles— a costos de campañas políticas ingentes... El costo promedio de los votos es una pachanga presupuestal sin freno.

¿Qué democracia es esa? Necesitamos una Semiótica para la emancipación porque el poder hegemónico ha hecho que la vida y la experiencia política dependan casi exclusivamente de lo que se dice y se exhibe en sus "medios de comunicación"; porque los políticos son personajes efímeros que sólo se ven en la publicidad del partido en las entrevistas cómodas pagadas para lucirse; porque el contacto con la realidad se falsifica con escenarios aparentemente reales y actores contratados como decorado; porque la dirección de imagen, moda y poses, es más importante que la dirección política de un programa social consensuado... ¿En qué clasificación de la democracia inscribimos este repertorio? Jolgorio de publicistas. Hay que disputar el sentido porque estamos ante un fenómeno viejo, pero renovado en sus consecuencias, que se mueve con toda libertad en el corazón de las democracias burguesas y por eso nos exige un debate hondo basado en una semiótica emancipadora que deje ver los estragos y los alcances de un fenómeno que recién comienza su fase actual de exterminio de las democracias con discursos "democráticos".

Ellos cuentan con laboratorios de guerra psicológica y nosotros no tenemos una corriente internacionalista poderosa de lucha semiótica emancipadora. Necesitamos disputar el sentido para encontrar respiro. Hay que frenar la injerencia de lo peor contra los pueblos. Hay que identificar y neutralizar los laboratorios de guerra psicológica que se camuflan como agencias de propaganda política. Hay que

explicar el nexo entre los monopolios "mass media" y los candidatos de la burguesía, especialmente sus nexos más serviles. Hay que desmontar el arsenal de armas de guerra ideológica que operan día y noche esparciendo los antivalores del *establishment.* Y, sobre todo, hay que democratizar la democracia sin los vicios burgueses que la infectan. Mejorar la organización de la semántica en las luchas de los trabajadores. Garantizar el poder del pueblo para los pueblos, que gobierne la voluntad popular. Democratizar las herramientas de comunicación, democratizar la producción simbólica y la cultura.

Por lo tanto, hacer todo lo posible —y más— para sacudirnos el fardo de falacias e hipocresía de un sistema de representación que debe fenecer en manos de un sistema nuevo de participación amplio, de base, confiable y transformador dispuesto a perfeccionarse desde la praxis y desde la autocrítica, científica y permanente. Semiosis nueva, emancipada y emancipadora. Nada menos. No hay duda. Uno de los frentes que mejor expresa la lucha por la democracia en Latinoamérica, no sin tropiezos, limitaciones y debilidades aún, es la democratización de las herramientas de "comunicación". No se lucha por cualquier democracia ni por cualquier comunicación; se lucha por una democracia participativa y tal lucha recorre el continente. Mientras unos cuantos que son mansos y serviles se aferran al modelo imperial de democracia burguesa y comunicación mercantil, las mayorías elevan con dignidad, de manera desigual y combinada, el mandato democratizador de los pueblos.

Especialmente en los escenarios de lucha jurídico-política más recientes, se ve con plenitud, ese punto transicional en el que lo nuevo no acaba de nacer y lo viejo no termina por morir. Destacan Ecuador, Venezuela, Bolivia y Argentina. Otros avanzan en su dirección. Esto es hoy, en

Latinoamérica, parte insoslayable de una agenda que recorre a todo programa político emancipador. La revolución latinoamericana tiene que resolver una ecuación magnífica entre comunicación en democracia y, al mismo tiempo, democracia en la comunicación, dilema continental en todas sus circunstancias y complejidades. Y en eso estamos. Un archipiélago enorme de voluntades comunicacionales emancipadoras inconexo.

Situación Actual: Los grandes debates que en materia de Comunicación se han desarrollado por décadas, en América Latina, han recorrido agendas relativas a la "diversidad de las voces", a las "políticas de inclusión", al "riesgo de la monopolización; y a la democratización de las herramientas de comunicación"; hoy se agrega una categoría que debiera ser ineludible en esa agenda de debates y es el problema de la comunicación como un "problema de seguridad nacional" y como "problema de seguridad regional". Los Estados no pueden seguir siendo sometidos a ninguna estratagema de "polarización" que pretenda poner en "igualdad de condiciones" los intereses mercantiles frente a los intereses comunes de la inmensa mayoría de los pueblos. Llega a ser irracional el hecho de que los Estados deban mantenerse a la defensiva ante ataques organizados por las corporaciones mediáticas, muchas de ellas monopólicas, mientras los Estados democráticos tienen mandatos y tareas concretas —y urgentes— para desarrollar políticas de comunicación emancipadoras, atentas a las necesidades históricas de los pueblos.

Hay guerras burguesas desde los "medios" contra la democratización íntegra de la sociedad, en su sentido más amplio, y en particular contra la democratización de las herramientas de comunicación. Eso ha sido motivo, incluso, de golpes de Estado. Abundan los ejemplos. Sin embargo, a contrapelo de las burguesías, y para su impotencia y derrota, está naciendo en Latinoamérica una Doctrina Emancipado-

ra en materia de Comunicación, teórico-práctica, que exige seleccionar, con precisión científica, la calidad y la cantidad de acción política con que desarrollarán las nuevas Formas de la Comunicación que no pueden ser otra cosa que la continuación de la Revolución de las Conciencias. Hay que ser insistentes cuando hablamos de una Doctrina de la Comunicación para la Revolución de las Conciencia y combatir a la ideología de la clase dominante que nos inocula su "falsa consciencia" disfrazada de todo género de filantropismos limosneros, reformismos academicistas y demás cháchara erudita, edulcorada con palabrería cientificista.

A no confundirse, una doctrina de La Revolución Comunicacional, con sus tareas indispensables en este momento, está siendo escrita rigurosamente en la realidad y es la producción de sentido que genera la lucha en las bases y que se expresa en el programa, al abordar el problema de la semiosis emancipada y emancipadora. Tal doctrina está siendo redactada por la mano de la lucha y desde la perspectiva de las víctimas de la alienación generada por la ideología de la clase dominante que usa sus máquinas de guerra ideológica para esclavizar la mano de obra y la conciencia. Se trata de una doctrina de nuevo tipo que ahora también hace uso de armas comunicacionales, políticas, jurídicas y organizativas. Se trata de una voluntad desarrollada por las bases para impedir, a toda costa, que la burguesía deprede a sus anchas, y actúa, no sin peligros empiristas, mientras se logra su total extinción. Lo que esta doctrina tiene en su conciencia es que la acción real de una revolución social también se desarrolla como Revolución Democrática y Comunicacional expresada, históricamente, en la lucha de clases. Se acrecienta la toma de conciencia y todo lo que aparece como un avance de la Revolución, al mismo tiempo, es avance del saber colectivo. No nos alcanza, desde luego,

con la conciencia particular del revolucionario; de lo que se trata es de saber entender cómo, con esa doctrina naciente, crece un programa de todos, empeñado en hacer visible que la Revolución es, también, producción de sentido transformador y permanente. Semiótica emancipadora.

Toda disputa por el sentido ha dejado en claro que se debe construir un poder comunicacional de nuevo género, para la mayoría y por la mayoría, dirigido sistemáticamente a resolver los problemas, las necesidades materiales y espirituales propias de la nueva situación revolucionaria que es, por definición, una manifestación de la democracia socialista, aún incipiente, en la que se plantea, como parte de su tarea, luchar por una sociedad plena de igualdad social, sin diferencias de clases. Es esto lo que tensiona y desespera tanto a los monopolios mediáticos y a los poderes oligárquicos que miran cómo, a diario, surgen iniciativas rebeldes, cargadas con creatividad y con inteligencia, resueltas a no ser más esclavas de la voluptuosidad consumista ni del capricho esclavizante de los negociados burgueses.

Proliferan las certezas de que el cambio de raíz es posible no por voluntarismo, sino por experiencia organizativa que, entre sus dificultades y limitaciones, vence desafíos diariamente. Todo medio es útil, desde la palabra hasta lo «digital». El objetivo es el mismo. Y está a la vista, creciente y madurado. Nuestra disputa por el sentido necesita estrategias nuevas para el desarrollo de las fuerzas productivas con apoyo en la ciencia, en la tecnología y en la organización de los trabajadores hacia un marco de relaciones de producción con desarrollo cultural, anticolonial y de liberación de los caudales expresivos plenos de riquezas, estéticas y éticas, consustanciales a la realización de la democracia socialista. En ese marco están las propias herramientas de comunicación al servicio de la semiosis bajo el poder colegiado de los pueblos. Hay cientos de casos nacientes.

Debemos insistir: es la oligarquía, con sus banqueros, empresarios, terratenientes e iglesias... nacionales e internacionales, acaparadores de la riqueza, quien también es dueña de un arsenal enorme con armas ideológicas para atacar a la clase trabajadora. Son armas materiales, militares, mediáticas y políticas para imponer su modo de ver e interpretar la realidad toda. Semejante poder emana del hecho de que son ellos los que dirigen la economía y parte del Estado. Mientras la burguesía siga gozando de ese poder económico, la estructura mediática servirá, fundamentalmente, aunque no exclusivamente, para encubrirlos. La única democracia real y posible se logrará expropiando a los grandes millonarios, es decir, arrancándoles la base material de toda su fuerza. Hay que arrebatarles, democráticamente, todas las armas con que atacan a los pueblos. Incluidas las armas mediáticas y las armas de producción de sentido. Los pueblos decidirán, democráticamente, cuándo. El capitalismo no es sólo un sistema de producción de mercancías; es además un sistema que produce sentido, cultura, valores éticos, morales y estéticos para consolidar las condiciones materiales de existencia burguesa, la propiedad privada de los medios de producción y la explotación de la fuerza de trabajo. La lucha democratizadora, tan pronto democratice las relaciones de producción de sentido, debiera propender a la terminación de los monopolios.

También nace una oportunidad magnífica de lucha contra el burocratismo semiótico. La Revolución de las Conciencias debe avanzar exponencialmente encarnada en todo funcionario de toda escala y en todos los sujetos al servicio de las democracias nacientes, que deben expresar con mayor compromiso su tarea militante, su esfuerzo permanente y su irrenunciable compromiso con la transformación de la realidad. El pensamiento democrático revolucionario en América Latina no puede entramparse en los viejos

vicios que los pueblos tanto odian y debe superar el relato estereotipado porque su espíritu ha de ser internacionalista sin negar lo propio. El Gobierno, como motor de comunicación democrática y democratizadora, debe ser capaz de desplegar hoy su rol histórico, rescatándose primero de su desprestigio, ganado a pulso por no pocas degeneraciones y desviaciones y ganado, también, por las operaciones de guerra psicológica burguesa concentradas en distanciar a los pueblos de la acción política organizada desde las instituciones populares.

Es impostergable ganar la disputa por el sentido y eso depende de que los pueblos logren expresarse en un nuevo programa histórico con nueva racionalidad, nueva ética en el marco de nuevas relaciones de producción, esta vez sin amos. Y ser capaz, entre otras mil tareas, de imaginarlo y construirlo. La realidad aguarda. En su mapa mundial, la lucha democratizadora del sentido enfrenta y arrastra todos los vicios, en lo económico, en lo moral y en lo intelectual. Eso incluye la antidemocracia con que están infectadas las instituciones gubernamentales tanto como los medios en su interior. Sin el vicio simplista de los eslóganes.

No obstante, hay infiltrados. No es noticia que algunos "medios independientes" burgueses, disfrazados de "progres", cumplen tareas desorganizadoras, siembran rentablemente palabrería desorientadora, desalentadora… desmoralizante. No es noticia que esos "medios de comunicación", claramente reaccionarios, autodenominados "independientes" o "autónomos", con su camuflaje salivoso, hagan tareas desmovilizadoras, anden con sus petardos en la búsqueda de negociar canonjías y se silencien a muchos con becas o sueldos. Tampoco es noticia que muchas iniciativas comunicacionales de "izquierda", más ultras o menos, sean incapaces de sumarse o auspiciar la organización polí-

tica necesaria para dar una batalla internacionalista, como trabajadores con conciencia de clase, contra toda forma de bloqueo mediático, contra la alienación y en la búsqueda de los lenguajes revolucionarios nuevos. Reina en esos campos el individualismo, el sectarismo y la burocracia.

Necesitamos un «motor» de información permanente que nos permita saber, en «tiempo real», el monto y la velocidad del gasto continental en materia de «Tecnología para la Comunicación». Dada la dependencia tecnológica y el costo de la transferencia, sigue siendo un problema para la democracia saber cómo se gasta y cuánto, permanentemente, en adquisición de las herramientas para la comunicación. Nuestra dependencia tecnológica es pasmosa; la cantidad de recursos que transferimos en la adquisición de micrófonos, cámaras, es demencial... Ojalá pudiéramos un día hacer un cálculo riguroso y sacar las cuentas para ver cómo nos hemos vuelto un caño, un tubo, un drenaje a través del que circulamos sumas exorbitantes de dinero para adquirir herramientas de comunicación.

Definimos la Disputa por el Sentido como lucha de múltiples vertientes, yuxtapuestas y combinadas; exige un programa científico para el desarrollo teórico-práctico de la planificación en materia tecnológica y su praxis dialéctica en los problemas más candentes. Adquirir tecnología es uno de los grandes trabajos y eso exige especialidades en planificación. Reclama una nueva concepción de la democracia y de la política, en la cual se puede situar el paradigma de la democracia participativa en la planificación y de la asunción dinámica de las responsabilidades sociales. Tornillo por tornillo. De lo que se trata es de redimensionar la democracia, desde su raíz, contra las dependencias de la burguesía y someter las estrategias de la adquisición y propiedad de herramientas a los mismos mandatos radicales

de la democratización para despojarla del fardo ideológico burgués con que se ha instrumentalizado la comunicación. Y en esta democratización radical de las herramientas, juega un papel central el desarrollo intelectual de los pueblos en materia de planificación propia de su revolución cultural emancipadora. Contra la ideología de la clase dominante que hace de su tecnología fetiche costosísimo.

Una semiótica emancipadora ha de estudiar e intervenir sobre las herramientas tecnológicas, las herramientas políticas y las comunicacionales hacia la semántica estratégica con los campesinos, con los pueblos originarios, con los estudiantes... capaces de desplegar una perspectiva más amplia de la semiosis y sus métodos tradicionales para incluir, en la medida histórica en la que sea posible y útil, las tareas transformadoras de transición. Con las herramientas, también, emancipadas.

En la Semiótica para la emancipación hay capítulos importantes que resolver en materia tecnológica y valorar el costo financiero y político como un amplio concepto cultural transformador y radicalizado; en su dinámica democratizadora debe incluir de inmediato la acción directa de las masas movilizadas. La pasividad, la tolerancia lerda y los focos de reformismo agazapados por todas partes son un peligro inminente, una amenaza de calibre descomunal, además de ser, frecuentemente, grandes negociados.

Y el objetivo de semejante tarea, también jurídica, es democratizar las herramientas de comunicación y ponerlas al servicio de la semántica, la sintaxis y la dialéctica, tomando en consideración, especial, al individuo, pero nunca descontextuado ni a-historizado. La democratización tecnológica de un nuevo género es un paso crucial en las relaciones sociales, en la organización del relato emancipador, incluso del sistema parlamentario y de toda la estructura de seguri-

dad nacional y regional, y está condicionado por su práctica directa y concreta porque esa semiosis se expresará, incluso, en instituciones que exigen deontología revolucionaria y moral de lucha renovada permanentemente. Eso produce prestigio y saldo simbólico que debe ser material que alimenta tareas comunicacionales que refuerzan, en su vida democrática, también, la dialéctica del ensayo y el error, las aproximaciones sucesivas y la revolución permanente de la conciencia en la democracia misma y en sus herramientas de comunicación.

Hay avances en superar falencias democráticas de las leyes de comunicación tales como el registro sistematizado del mandato comunicacional de los pueblos y el despliegue de una doctrina revolucionaria en materia de conciencia social. La realidad exige a la Semiosis, generar categorías de acción concreta que fundamenten los nuevos conceptos clave como libertad, justicia, movilización social y democracia. Para superar la crisis de dirección revolucionaria que nos aqueja seriamente.

Inexcusablemente, la filosofía de la semiosis debe expresarse en las aulas no sin haber derribado todo búnker que, con disfraz academicista, incuba e inocula la ideología de la clase dominante, en materia de comunicación, y el servilismo de la teoría al reino de las mercancías. Hay episodios de fraude curricular escandalosos y hay tráfico de tesis, investigaciones y monografías cuando no plagios, extorsiones y chantajes. No son pocos los mercachifles, funcionalistas o estructuralistas, de puntos académicos: "Yo te cito... tú me citas".

Las peores relaciones obrero-patronales en el aula. Para la semiótica emancipadora en la disputa por el sentido, es necesario haber saldado las tareas de formación de cuadros, capaz de agenciarse un arsenal crítico poderoso

y capaz de arremeter contra todas las taras inoculadas por la ideología de la clase dominante en los pueblos. Derrotar a las máquinas de guerra ideológica burguesas también en el campo científico y educativo. Es prioridad de la ciencia, y de las ciencias de la comunicación, derrotar a la maquinaria ideológica de la fuerza de la dominación (sus "mass media"), voceros con que el capitalismo fabrica miseria y esclavitud de conciencias.

Con la sola toma de "conciencia" no se conduce linealmente, necesariamente, a la semiosis transformadora. La sola existencia de leyes tampoco. Son necesarios miles de espacios para la nueva educación en comunicación y para la nueva epistemología revolucionaria que la etapa nos reclama. Es preciso que la Revolución de las Conciencia se exprese en la organización y en la movilización de tareas educativas de todo género y en todos los niveles, como avances superiores del programa semiótico y que alimenten la "moral de la lucha" desde las aulas, con el arsenal científico que ella produce y que suele pasar desapercibido, también, por falta de método comunicacional democrático y transformador.

Las consecuencias del neoliberalismo, y de la ideología de la clase dominante en las aulas, que someten a los estudiantes a la esclavitud en los grandes negocios mediáticos, han producido ejércitos serviles a la concentración y monopolización del poder estructural y superestructural. La disputa por el sentido debe darse también al interior de la educación y en las condiciones históricas actuales. Hay que librar esta disputa resolviendo la falta de cuadros en comunicación emancipadora para impulsar las nuevas escuelas, universidades, talleres, foros... de manera seria y profunda. Escuelas de semiótica emancipadora capaces de generar un caudal de posibilidades teórico-metodológicas, para desarrollar una cultura revolucionaria de las conciencias, su-

bordinada al mandato popular, y desarrollar un proyecto de humanismo de nuevo género que ayude a emancipar con su praxis a la Patria Grande. Es urgente. Hay pruebas en diversas experiencias latinoamericanas.

No es aceptable que los trabajadores y la comunidad no puedan ejercer una activa participación científica en el diseño de una semiosis transformadora, en la expresión y en la generación de información sin falacias. Por si no fuesen suficientes los "bloqueos mediáticos", orquestados desde el capitalismo imperial, contamos además con los "bloqueos" académicos auspiciados por las sectas y las burocracias "culteranas" que, a diestras y siniestras, "tenemos en casa". Rescoldos de la alienación burguesa infiltrados hasta los tuétanos en los centros de estudio.

Medios, modos y relaciones de producción de semiosis hegemónica mantienen la preeminencia teórica de los medios privados. El colmo es que, también, en el corazón de algunas iniciativas de educación gubernamentales, especialmente de los países que hoy se reivindican (unos más y otros menos) antagónicos al capitalismo imperialista, hagan presencia puntual las formas más odiosas de la semiótica mercantilizada, el burocratismo que impide la generación de conocimiento nuevo, el dispendio, el sectarismo de los "notables".

Como si se tratara de ínsulas donde habitan académicos que se sienten reyes y petulantes, que se sienten seres supremos con propiedad exclusiva de las "mejores ideas". Siempre subestimando a los pueblos, dueños de una bola de cristal que adivina los tiempos de las becas y de los apoyos financieros e iluminados con la erudición de sus santuarios librescos. La consigna, puramente formal, de la lucha por la "libertad" y la "igualdad" tal como la proclaman las fuerzas más reaccionarias de la intelectualidad de la derecha en las escuelas y universidades es, en general, un embuste e hipocresía.

Es que el modelo de producción de semiosis emancipadora es uno de esos problemas agudos y polémicos de nuestro tiempo y de las entidades colectivas, contra todo dogmatismo y toda desmovilización. Es preciso democratizar a la semiosis toda y eso implica democratizar a la enseñanza de la comunicación, también, desde sus filamentos más íntimos. Esta problemática es crucial para la democracia en el redimensionamiento de las tareas de la comunicación y de sus palancas científicas.

Así la disputa por el sentido no puede detenerse a las puertas de las teorías. Es necesario ingresar todo escrutinio y toda profusión crítica al corazón de la semiótica toda, sus contradicciones o debates, las corrientes teórico-metodológicas predominantes en la producción de semiosis, funcionalismo, estructuralismo y marxismo. Disputar el sentido contra las tendencias, verticalistas, frente a visiones sólo horizontalistas, algunas instrumentalistas y otras colonizadoras. Hay que hacer visibles los marcos teóricos y las contradicciones dentro de la semiótica y dentro de la disputa por el sentido también.

Asumir la dialéctica de la ciencia en los procesos de semiosis que se modificarán constantemente, mientras los objetivos continuarán igual: mayor justicia, mayor equidad, mayor reciprocidad en el intercambio de información, menor dependencia ante las corrientes de comunicación, menor difusión del mensaje en sentido descendente, mayor autosuficiencia e identidad cultural y mayor número de ventajas para toda la humanidad emancipada y emancipándose. Con las herramientas de la ciencia y métodos dinámicos de nueva generación, es necesario consolidar la participación abierta de las fuerzas semánticas de las bases para la realización de una semiótica emancipadora identificada en las contradicciones del debate capital-trabajo que influye sobre la producción de la información y la comunicación.

Una Semiótica de las diversidades, endógenas y exógenas, existentes, empeñada en reivindicar desde las diversidades, el derecho de los pueblos a la información y a la comunicación, para emanciparse con una lucha y un movimiento hacia un nuevo orden mundial de la producción de Semiosis en al menos 10 temas en: 1) políticas de comunicación; 2) dependencia tecnológica; 3) aportes jurídico-políticos; 4) financiamiento y transparencia de la inversión; 5) identidad cultural; 6) derechos humanos; 7) cooperación internacional; 8) educación; 9) libertad de expresión, y 10) democratización de la semántica.

Había un clima de reflexión crítica nutrida con análisis y abordajes desde campos múltiples. Una semiótica para la emancipación que acelere los procesos democráticos transformadores. Contra los monopolios que financian una guerra ideológica con dispositivos teóricos y metodológicos para apuntalar las contradicciones económico-sociales existentes. Semiótica emancipadora que se desarrolle como una corriente crítica y prolifere en frentes diversos, desde donde se expanda la evidencia de que la semiosis ha de contribuir a derrotar los paradigmas de la reproducción de la ideología dominante.

Semiosis que ponga en evidencia el estado de la conciencia en el marco de la lucha de clases y que es posible enriquecerla con una base científica poliédrica y dialéctica emancipadora. En tiempo real. Disputa por el sentido en las venas abiertas de las teorías y las metodologías funcionalistas, estructuralistas y marxistas... crítica dialéctica a las diversas interpretaciones, incluso a sus ortodoxias, yuxtaposiciones y superposiciones, que no siempre exhibieron con nitidez sus marcos de referencia, tampoco pidieron permiso para imponerse, sino que se deslizaron silenciosamente como verdades inobjetables entre las fórmulas de sus

modelos discursivos a espaldas de sociedades colonizadas, sin saberlo, por modelos ideológicos. Eso se hizo más patente —y cruel— en no pocos espacios de formación o educación que propagaron bibliografías, investigaciones, tesis y congresos animados más por sus urgencias doctrinarias que por consolidar cuerpos científicos para democratizar la comunicación. Con las herramientas de la ciencia y métodos dinámicos de nueva generación, es necesario consolidar la participación abierta de las fuerzas semánticas de las bases para la realización de una semiótica emancipadora.

Disputa por el sentido en todo espacio para darnos una descripción crítica y profunda de funcionalismo, estructuralismo y marxismo, con referencias documentales para identificar correctamente las repercusiones de las tesis y las disputas de estos tres ejes teórico-metodológicos predominantes en la semiótica realmente existente. Nos urge la Semiótica para la Emancipación para ascender a la praxis capaz de garantizar la Revolución de las Conciencias, no sólo en el sector de la comunicación, porque es urgente ir al corazón del orden económico y cultural actual, que es inaceptable.

Relación y contradicción entre teoría y práctica: Cabe esperar de la Semiótica para la Emancipación movilizaciones históricas, técnicas, científicas y políticas en permanente actualización y ensanchamiento. No podemos quedarnos con los brazos cruzados a esperar que las tareas incipientes, por sí solas, transformen al mundo. Cabe exigirnos, en el plazo corto, mediano y largo, participación directa no sólo para actuar teóricamente, sino para también intervenir en la práctica. Deberemos luchar para que las teorías y sus leyes no se escleroticen ni se reduzcan a sólo marcos de acción en los "medios", sino que abarquen y defiendan la riqueza comunicacional de los pueblos en su amplitud y peso sobre el conjunto de las relaciones sociales.

Deberemos iniciar tareas organizativas que enfrenten a las mafias que secuestran la semiosis y que pergeñan permanentemente trampas para frenar el desarrollo y la aplicación de las democracias. Deberemos organizar métodos de acción y lucha, permanentemente actualizados, para evitar que la disputa por el sentido y todas las tácticas y estrategias, sean letra muerta rigidizada entre oropeles de saliva mesiánica... Cabe esperar que la semiosis emancipadora sea, de verdad, expresión libre de pueblos con la conciencia revolucionada.

Por eso es imprescindible pasar a la práctica de los avances en todos los órdenes de la semiótica emancipadora como parte de un proceso de maduración. Las luchas de nada sirven si se las reduce a decoración de "buenas voluntades". No son pocas las generaciones que aportaron esfuerzos a la lucha por una semiótica para la Revolución de las Conciencias y no son pocas las deudas que tenemos. Hay que hacer que se conviertan en carne de la lucha diaria. Por eso es imprescindible que sean esas luchas, un hecho democrático en la comunicación y una conquista de la semiosis revolucionaria. Sabemos que con las teorías no nos alcanza, que urge movilización y acción científica directa; sabemos que urge la organización y la crítica.

Hay que hacer de la Disputa por el Sentido una acción organizadora que se vuelva fuerza de combate cotidiano. Otra cosa es demagogia, otra ruta es falacia. No muchas ciencias cuentan con raigambre histórica en las luchas sociales democratizadoras y de significados, como la que sustenta las llamadas a encarnar voces que durante décadas han bregado por la democratización de los «medios de comunicación»; no muchas corrientes científicas destierran aberraciones monopólicas y antidemocráticas.

Nuestra filosofía de la semiosis en la Disputa por el Sentido, además de consenso y movilización social, debe ser

iniciativa soberana con imbricaciones internacionales, por su coincidencia con las nuevas democracias que son emblema y distintivo de la etapa política que prospera en la región en los años recientes. Es preciso estar muy alertas y pasar a organizarse en frentes de todo tipo, hombro con hombro con la clase trabajadora y en nuestro lugar respectivo en el escenario de la lucha de clases. La Disputa por el Sentido abre oportunidades y lecciones, de todo tipo, espacios de análisis y acción inéditos y realmente trascendentales. Declarar en disputa un escenario de sentido no implica su cumplimiento inmediato sin argumentos políticos, movilizados desde las bases, para hacer efectivos sus propósitos inmediatos y ulteriores.

Tal disputa por el sentido enfrentará repertorios extraordinarios de trampas, elusiones, falsedades, emboscadas y escapismos ideados por la derecha y ultraderecha que, en general, hoy se refugia bajo las égidas de los monopolios mediáticos oligarcas, cada día más amenazantes y renuentes a acatar la democracia y los consensos amplios, como producto de largas luchas históricas de los pueblos respectivos. Ese escenario ha ayudado a esclarecer el escenario de la lucha de clases y Latinoamérica ha ganado gran experiencia en la batalla para la etapa actual democratizadora de todo proceso social y de la «comunicación» en todos sus ámbitos. Con los pies en la práctica, en el corto plazo veremos multiplicarse el despliegue de mil artimañas y amenazas en contra nuestra, pero veremos también cómo florece, organizada, la voluntad democrática de los pueblos en defensa de sus triunfos y de sus planes nuevos.

Hay ya ejemplos en todo el continente. Están en marcha las voluntades de los movimientos emancipadores de toda Latinoamérica que editan prensa, video, radio... Los pueblos originarios y el campesinado del continente sien-

ten ya como indispensables en sus luchas las herramientas de comunicación y, por lo tanto, tenemos un escenario continental donde avanza, a pasos de gigante, la liberación de todos los caudales expresivos de los pueblos, hasta hoy, silenciados por el capitalismo con todas sus variedades de camuflaje y engaño. Por el contrario, hay que desplegar la disputa por el Sentido en la práctica concreta porque la memoria colectiva, que no es sólo inventario de recuerdos, constituye un campo de batalla simbólica. Sobre ella se descarga una arremetida descomunal del Sentido para la subordinación de los pueblos a un plan de diseño de conductas, sueños, fotografías, filmes, videos, escritos, dibujos, palabras, sonidos... bajo la metodología de la "inteligencia artificial" burguesa para infiltrarse y expresarse en el conocimiento, la comunicación, la creación y la reproducción de Sentido que siempre ha sido desigual y combinada.

Como una secreción de elixíres embriagantes impregnados como creencia o fetiche que aparecen como fenómenos intelectuales propios, aunque tengan sello de fábrica de laboratorios de guerra psicológica o *"think tanks"* colonizantes. No se pueden echar "campanas a vuelo" cuando se identifica una herramienta científica (o una disciplina), como la semiótica, sin haber pasado revista a sus entrañas teórico-metodológicas y haber saldado algunos requisitos indispensables para saber al servicio de qué o quién se pondrá, en la teoría y en la práctica. La base de la producción de sentido está hoy en el debate capital-trabajo. No es suficiente la pura descripción de los "signos" si se queda huérfana de historia, contexto y usos, en el territorio de las tensiones sociales que son condición en él. La Disputa por el Sentido abre oportunidades y lecciones, de todo tipo, espacios de análisis y acción inéditos y trascendentales del desarrollo histórico de los seres humanos.

No es suficiente el "estudio de casos" sin una exploración profunda de sus móviles económicos, políticos y culturales. Hasta hoy los semiólogos se han conformado con explicar los signos, y eso está muy bien, pero de lo que se trata es de transformar los medios y los modos de su producción. Revolucionar el sentido en la Revolución de las Conciencias. No excluyamos la práctica de la organización.

Que nos orienten los pueblos con sus agendas de lucha, que nos guíe la semántica de las batallas emancipadoras. La producción de "sentido" es tan vieja como la conciencia; la producción de "sentido" es la conciencia práctica, la conciencia real del "sentido" que existe sólo para los seres humanos en sociedad y que, por lo tanto, comienza a existir en la construcción de la comunidad. Y la producción de "sentido" nace como la conciencia de la necesidad expresiva en la tensión humana de las relaciones sociales y de los intercambios.

No hay emancipación posible de la especie humana mientras no existan condiciones iguales para asegurarse, plena y suficientemente, comida, bebida, vivienda y vestido... con calidad y cantidad suficientes en la cabeza, en la panza y en el corazón. La emancipación es un hecho histórico, no una ilusión, y sólo puede lograrse cuando los modos y medios de producción hayan sido democratizados. Nada de esto es obra sólo del pensamiento ni de las múltiples formas de representarlo. No es la semiosis sola (producción de sentido) lo que determina a la vida, sino la vida misma y sus contradicciones, la que determina a la semiosis. Podríamos coincidir en la lucha por su emancipación, desde la teoría hasta la práctica, emancipadas y emancipadoras.

Filosofía de la semiosis y educación

Nuestra hipótesis es que, en un contexto de revolución educativa global, una filosofía de la semiosis debe convertirse

en enseñanza obligatoria y eso implica asumir que la crisis contemporánea no es meramente económica, tecnológica o institucional, sino fundamentalmente semiótica, una crisis en los modos de producción, circulación y validación del sentido. Si la educación ha sido históricamente el dispositivo privilegiado para reproducir o transformar matrices simbólicas, entonces el problema central no radica únicamente en qué contenidos se enseñan, sino en qué régimen de significación organiza la experiencia social. La lógica mercantil no opera sólo como sistema de intercambio de bienes materiales, sino como estructura semiótica que codifica valor, deseo, tiempo, identidad y verdad bajo la forma de equivalencias cuantificables.

En tal contexto, la formación crítica no puede limitarse a agregar asignaturas éticas o cívicas; requiere una alfabetización profunda en los procesos de semiosis que estructuran la realidad social. La semiosis, entendida como el proceso dinámico mediante el cual algo funciona como signo para alguien en algún respecto, constituye el tejido ontológico-práctico de lo humano.

No existe acceso inmediato a lo real que no esté mediado por sistemas de signos; por tanto, quien controla los regímenes de significación incide estructuralmente en la configuración de la experiencia, del imaginario y de la acción colectiva. La propuesta de una filosofía de la semiosis obligatoria no pretende erigir un nuevo dogma, sino instituir un método crítico permanente capaz de desnaturalizar los dispositivos simbólicos que sostienen la hegemonía mercantil. Se trataría de formar sujetos capaces de interrogar la génesis, función y efectos de los signos que consumen y producen cotidianamente, comprendiendo que toda representación implica una selección, toda narrativa una estructura de poder, toda categoría una sedimentación histórica.

Desde una perspectiva dialéctica, la lógica mercantil no debe ser concebida como mera conspiración externa, sino como resultado histórico de procesos de objetivación social que, al autonomizarse, adquieren apariencia de naturalidad. La mercancía no es sólo un objeto intercambiable; es un signo condensado que porta valor simbólico y social. La publicidad, los algoritmos de recomendación, las métricas de rendimiento y la ludificación de la vida cotidiana constituyen dispositivos semióticos que configuran horizontes de expectativa y modelan subjetividades. La educación tradicional, fragmentada en disciplinas aisladas y orientada crecientemente a la empleabilidad, tiende a reproducir esta lógica al traducir el saber en capital humano, el tiempo de estudio en inversión y el éxito académico en retorno medible. En ese marco, la filosofía de la semiosis funcionaría como contrapeso estructural al introducir una reflexividad de segundo orden, no sólo aprender contenidos, sino analizar cómo esos contenidos se significan, qué intereses articulan y qué exclusiones producen. Metodológicamente, ello implicaría integrar herramientas de la semiótica, la teoría crítica, la hermenéutica y la filosofía del lenguaje en un dispositivo pedagógico transversal.

Un estudiante, ella o él, no sería mera recepción de signos estabilizados, sino analista de los procesos de codificación y decodificación que atraviesan textos, imágenes, interfaces digitales, discursos políticos y prácticas cotidianas. La dialéctica entre estructura y agencia resultaría central: por un lado, reconocer que los sujetos se forman dentro de sistemas simbólicos que los preceden; por otro, afirmar la capacidad transformadora de la praxis semiótica consciente. En términos curriculares, la obligatoriedad no significaría homogeneización doctrinal, sino garantía institucional de que toda persona acceda a instrumentos críticos para interpretar la producción social del sentido.

Así como la alfabetización básica habilita la participación en la cultura escrita, la alfabetización semiótica habilitaría la participación consciente en la cultura hipermediatizada contemporánea. La revolución educativa global, en esta perspectiva, no sería simplemente digitalización de aulas ni internacionalización de contenidos, sino reconfiguración epistemológica del proyecto formativo. En lugar de concebir el conocimiento como acumulación de datos, se lo entendería como proceso de interpretación situado y conflictivo. La lógica mercantil tiende a reducir la complejidad semiótica a indicadores cuantitativos: clics, vistas, clasificaciones, puntuaciones. Esta reducción no es neutral; instala un criterio de valor que privilegia lo medible sobre lo significativo, lo viral sobre lo verdadero, lo rentable sobre lo justo.

Una filosofía de la semiosis obligatoria introduciría una crítica sistemática de esta cuantificación del sentido, mostrando cómo la traducción de cualidades en números implica decisiones normativas encubiertas. La dialéctica aquí consiste en revelar la tensión entre valor de cambio y valor de sentido, entre equivalencia abstracta y singularidad concreta. Formar en semiosis crítica significaría entrenar la capacidad de rastrear las mediaciones invisibilizadas: ¿qué supuestos culturales sostienen una campaña publicitaria?, ¿qué metáforas estructuran un discurso gubernamental?, ¿qué arquitectura informacional guía la navegación en una plataforma?, ¿qué silencios y omisiones configuran una narrativa histórica?

Cada una de estas preguntas desplaza la atención del contenido explícito a la forma y al marco que lo posibilitan. La obligatoriedad se justifica no por paternalismo, sino por asimetría estructural; en un ecosistema donde corporaciones globales invierten recursos masivos en ingeniería simbólica, la ciudadanía necesita herramientas proporcionales

para no quedar reducida a mera audiencia. La crítica permanente no equivale a negatividad absoluta ni a sospecha paralizante; implica una actitud investigativa que combina análisis estructural y apertura a la transformación.

Dialécticamente, el objetivo no es abolir la dimensión económica de la vida social, sino subordinarla a una racionalidad comunicativa ampliada donde la producción de sentido no quede colonizada por la rentabilidad. La educación obligatoria en filosofía de la semiosis contribuiría a formar sujetos capaces de detectar cómo la lógica mercantil redefine incluso categorías éticas: éxito como visibilidad, libertad como capacidad de elección en mercados saturados, identidad como marca personal.

Desnaturalizar estas equivalencias permitiría imaginar alternativas simbólicas. En términos científicos, la propuesta exige rigor conceptual, distinguir entre signo, símbolo e índice; analizar la triadicidad de la relación semiótica; comprender la diferencia entre denotación y connotación; examinar los procesos de semiosis ilimitada y los mecanismos de cierre interpretativo. No se trata de retórica crítica vacía, sino de sistematización teórica articulada con investigación empírica sobre medios, discursos y prácticas culturales. La dialéctica entre teoría y praxis se actualizaría en proyectos donde los estudiantes produzcan análisis de casos reales, identifiquen matrices narrativas y propongan resignificaciones.

Tal enfoque no sólo ampliaría competencias cognitivas, sino que también fortalecería la autonomía moral y política. La hegemonía mercantil opera eficazmente cuando logra presentarse como horizonte inevitable; la crítica semiótica revela su historicidad y contingencia. Esta revelación no garantiza automáticamente la emancipación, pero crea condiciones para la deliberación informada. La

obligatoriedad institucionaliza el derecho a comprender los códigos que nos constituyen. En un mundo donde la inteligencia artificial, la automatización y la economía de la atención reconfiguran la experiencia, la capacidad de analizar algoritmos como dispositivos semióticos se vuelve central. Los algoritmos no son neutrales; incorporan criterios de relevancia y jerarquización que afectan la visibilidad de discursos y la formación de opinión pública.

Una filosofía de la semiosis enseñaría a interrogar esos criterios, a exigir transparencia y a comprender la dimensión política de la infraestructura digital. La revolución educativa global, por tanto, debería integrar la crítica de la economía política del signo con la comprensión técnica de los sistemas de información. Dialécticamente, la tecnología es simultáneamente herramienta de emancipación y mecanismo de control; su sentido depende de las prácticas y marcos normativos que la orientan. La educación en semiosis crítica fomentaría la co-creación consciente de significados en lugar de la mera reproducción acrítica. Asimismo, permitiría reconocer la pluralidad cultural de los sistemas simbólicos, evitando el universalismo abstracto que homogeniza diferencias bajo parámetros de mercado global. La producción de sentido es también producción de mundo; cada régimen semiótico delimita lo pensable y lo deseable.

Al convertir la filosofía de la semiosis en enseñanza obligatoria, se afirmaría que la democracia requiere ciudadanos competentes en la lectura y producción de signos. Sin esta competencia, la deliberación pública se degrada en espectáculo. El método crítico permanente no es un módulo curricular aislado, sino una actitud transversal que atraviesa ciencias, artes y tecnologías.

Implica enseñar a problematizar categorías, a detectar presupuestos, a analizar estructuras narrativas y vi-

suales, a reconocer intereses en juego. La máxima calidad científica exige evaluación constante, diálogo interdisciplinario y actualización frente a transformaciones mediáticas. La lógica dialéctica orienta a comprender que toda forma simbólica contiene tensiones internas y posibilidades de resignificación. En última instancia, la propuesta sostiene que la emancipación contemporánea pasa por la soberanía semiótica, la capacidad colectiva de decidir cómo queremos significar el mundo y a nosotros mismos.

Sin esta soberanía, la revolución educativa corre el riesgo de convertirse en simple adaptación funcional a mercados cambiantes. Con ella, en cambio, puede abrirse un horizonte donde la producción de sentido deje de estar subordinada a la rentabilidad y se reoriente hacia la justicia, la verdad y la creación compartida de mundos más habitables. La propuesta de instituir Laboratorios de Semiótica Crítica junto con la enseñanza sistemática de la filosofía de la semiosis exige distinguir con precisión niveles, funciones y alcances sin escindirlos artificialmente. La filosofía de la semiosis constituye el plano teórico-fundacional donde se interrogan las condiciones de posibilidad del sentido, qué es un signo, cómo opera la mediación simbólica, de qué modo se articulan representación, materialidad y práctica social. Los laboratorios de semiótica crítica, en cambio, representan el plano praxiológico donde esas categorías se ponen a prueba en el análisis y transformación de procesos concretos de producción simbólica. No se trata de una oposición entre contemplación y acción, ni entre teoría pura y aplicación instrumental, sino de una relación dialéctica en la cual cada instancia corrige, amplía y reconfigura a la otra.

Aquí la filosofía de la semiosis asume que toda vida social está estructurada por mediaciones significantes. El trabajo humano no sólo transforma la naturaleza en obje-

tos útiles, sino que produce redes de sentido que organizan la experiencia colectiva. Lenguaje, imágenes, narrativas, algoritmos, rituales institucionales y dispositivos técnicos constituyen materializaciones históricas de esa actividad semiótica. La reflexión filosófica, en este nivel, no se limita a clasificar tipos de signos o describir taxonomías formales; indaga cómo las estructuras simbólicas emergen de prácticas sociales determinadas, cómo se sedimentan como "naturales" y cómo intervienen en la reproducción de determinadas relaciones sociales. Su horizonte es crítico porque busca revelar la historicidad de aquello que aparece como dado. Su cientificidad radica en la coherencia conceptual, en la articulación sistemática de categorías y en el diálogo con investigaciones empíricas sobre comunicación, cultura y tecnología... Si los Laboratorios de Semiótica Crítica trasladaran esta reflexión al terreno operativo. Como espacios de investigación-acción donde se analizan campañas mediáticas, plataformas digitales, discursos institucionales, políticas educativas, producciones artísticas y prácticas cotidianas. Sin embargo, su finalidad no es únicamente describir mecanismos de persuasión o clasificar figuras retóricas; buscan intervenir en los procesos de significación, experimentar con resignificaciones y producir contranarrativas. En este sentido, el laboratorio no es un aula ampliada, sino un dispositivo colectivo de producción de conocimiento situado. Allí se examinan las condiciones materiales de la circulación simbólica: quién financia, quién distribuye, quién visibiliza, quién queda silenciado. El análisis se articula con la creación de alternativas simbólicas que disputen hegemonías existentes.

Una diferencia fundamental entre filosofía de la semiosis y actividad semiótica crítica radica en el nivel de abstracción y en la función sistematizadora. La primera for-

mula: categorías generales, mediación, ideología, materialidad del signo, valor simbólico, fetichización, reificación, circulación, aparato técnico. La segunda opera con esas categorías en contextos específicos, identificando cómo se configuran en situaciones concretas. Sin embargo, ambas comparten una premisa central: el sentido no es un fenómeno etéreo, sino una dimensión constitutiva de la praxis social. No hay producción material sin producción simbólica; no hay estructura económica que no esté acompañada de estructuras de representación que la legitimen, naturalicen o cuestionen.

Desde una óptica materialista histórica —sin necesidad de etiquetarla— puede afirmarse que la actividad semiótica forma parte del metabolismo social. Las formas de significación no flotan sobre la realidad como meras superestructuras decorativas; intervienen activamente en la organización del trabajo, en la distribución del poder y en la configuración del deseo. La filosofía de la semiosis analiza cómo determinados regímenes simbólicos acompañan y refuerzan ciertas formas de organización social. Por ejemplo, cuando la competencia se presenta como ley natural o cuando el éxito se define en términos exclusivamente cuantificables, estamos ante operaciones semióticas que legitiman un orden específico. El laboratorio crítico examina estos casos empíricamente, mostrando las técnicas discursivas, visuales y algorítmicas que producen tales efectos de naturalización.

No obstante, la actividad semiótica crítica no debe reducirse sólo a la denuncia. Si se limitara a identificar manipulaciones o a clasificar ideologemas, quedaría atrapada en una función meramente descriptiva. Su carácter no contemplativo se manifiesta en la producción de prácticas alternativas, rediseño de narrativas, creación de plataformas colaborativas, elaboración de materiales pedagógicos,

intervención en espacios públicos. La crítica deviene productiva cuando transforma las condiciones mismas de la comunicación. Aquí se evidencia la correspondencia con la filosofía de la semiosis; la teoría proporciona el mapa conceptual que orienta la intervención; la práctica devuelve a la teoría nuevos problemas y la obliga a revisarse.

En términos metodológicos, la filosofía de la semiosis opera con análisis estructural y reflexión dialéctica. Examina contradicciones internas en los sistemas de signos, entre promesa y realidad, entre forma y contenido, entre universalidad declarada y exclusión efectiva. Los laboratorios, por su parte, trabajan con estudios de caso, etnografías digitales, análisis de redes, producción audiovisual y experimentación pedagógica. Sin embargo, ambos comparten un principio: el sentido es un campo de lucha. Las significaciones dominantes no son eternas ni inevitables; son el resultado de procesos históricos en los que intervienen fuerzas sociales diversas. Comprender esto implica reconocer que la disputa por el significado es inseparable de la disputa por las condiciones materiales de existencia.

Una educación que integre ambos niveles formaría sujetos capaces no sólo de interpretar críticamente discursos, sino de intervenir en ellos. La filosofía de la semiosis aporta la conciencia de que toda representación se media y de que toda mediación implica selección y exclusión. Los laboratorios entrenan la capacidad de detectar esas operaciones en tiempo real y de generar alternativas. Esta complementariedad evita dos riesgos simétricos, el teoricismo abstracto que se desconecta de la realidad empírica y el activismo inmediato que carece de fundamentos conceptuales sólidos.

Y la correspondencia más profunda entre ambos planos radica en su concepción de la praxis. La producción de

sentido no es un mero reflejo pasivo de estructuras económicas ni una creación libre desligada de condiciones materiales. Es un proceso en el que se articulan necesidad y libertad, determinación y creatividad. La filosofía de la semiosis estudia esa articulación en términos generales; la actividad semiótica crítica la experimenta y la modifica en contextos específicos. Ambas reconocen que el lenguaje, las imágenes y las tecnologías no son neutrales, condensan relaciones sociales y orientan comportamientos. No obstante, también admiten que esos mismos dispositivos pueden ser reapropiados y resignificados.

En última instancia, los Laboratorios de Semiótica Crítica materializan el principio de que el conocimiento no debe quedar confinado a la contemplación académica. Constituyen espacios donde la investigación se integra con la transformación. La filosofía de la semiosis, por su parte, garantiza la coherencia y profundidad de esa transformación al proporcionar un marco conceptual que impide caer en improvisaciones superficiales. La relación entre ambas no es jerárquica, sino dialéctica; teoría y práctica se presuponen mutuamente y avanzan mediante tensiones y correcciones recíprocas.

Si la educación aspira a formar sujetos capaces de comprender y transformar su mundo, no basta con enseñar a descifrar signos; es necesario aprender a producirlos críticamente y a disputar los regímenes que los organizan. La filosofía de la semiosis ofrece la conciencia estructural de este proceso; los laboratorios, su despliegue concreto. Juntas constituyen un dispositivo pedagógico orientado no a la mera adaptación a los códigos dominantes, sino a la construcción colectiva de nuevas configuraciones de sentido.

Los fundamentos teórico-metodológicos de una concepción materialista histórica del mundo, expresada en la

filosofía de la semiosis y en los Laboratorios de Semiótica Crítica, parten de una tesis central: la producción de sentido es inseparable de la producción social de la vida. No existe esfera simbólica autónoma que flote por encima de las condiciones materiales; toda forma de significación emerge, se estabiliza y circula en tramas históricas concretas donde el trabajo, la técnica, la organización social y las relaciones de poder configuran el horizonte de lo decible y lo pensable. La semiosis no es un fenómeno accesorio, sino dimensión constitutiva de la praxis humana.

En este marco, la filosofía de la semiosis asume como principio ontológico que la realidad social es un entramado de prácticas mediadas por signos. El trabajo humano no sólo transforma la naturaleza en objetos útiles, sino que produce sistemas simbólicos que orientan esa transformación. Cada herramienta, cada institución, cada mercancía y cada dispositivo técnico condensa una red de significaciones históricamente sedimentadas. La categoría de mediación resulta fundamental; no hay acceso inmediato a la realidad social; toda experiencia está estructurada por formas simbólicas que organizan percepción, valoración y acción. Por ello, el análisis filosófico debe investigar las condiciones de producción, circulación y legitimación de esas formas.

Metodológicamente, esta perspectiva adopta un enfoque dialéctico. La realidad no se concibe como suma de entidades estáticas, sino como proceso dinámico atravesado por contradicciones. Las formas simbólicas expresan y a la vez encubren tensiones sociales. Por ejemplo, los discursos que exaltan la libertad individual pueden coexistir con estructuras que restringen efectivamente la autonomía material; las narrativas de progreso pueden ocultar desigualdades estructurales. El análisis semiótico crítico no se limita a describir tales discursos, sino que indaga las condiciones que los

hacen posibles y los intereses que articulan. La contradicción se convierte así en categoría metodológica central; permite revelar la distancia entre representación y práctica efectiva.

Otro fundamento es la historicidad radical de los signos. Ninguna categoría simbólica es eterna ni neutral; toda forma de significación es producto de procesos históricos concretos. Las nociones de valor, éxito, eficiencia o mérito no son simples descripciones, sino construcciones que responden a determinadas configuraciones sociales. La filosofía de la semiosis estudia cómo estas categorías se naturalizan y adquieren apariencia de universalidad. La naturalización se entiende como operación ideológica, un proceso mediante el cual relaciones históricas específicas se presentan como inevitables o naturales. Desnaturalizar implica restituir la contingencia histórica y abrir el campo a la transformación.

En este contexto, los Laboratorios de Semiótica Crítica funcionan como instancia praxiológica donde los fundamentos teóricos se traducen en investigación e intervención. Su método combina análisis estructural de discursos con estudio de las condiciones materiales de producción simbólica. No basta con examinar el contenido de un mensaje; es necesario analizar quién lo produce, bajo qué condiciones técnicas y económicas, con qué dispositivos de difusión y con qué efectos sociales. La infraestructura comunicacional —medios, plataformas digitales, algoritmos— se convierte en objeto de análisis tanto como los textos y las imágenes que circulan en ella.

Su principio de totalidad orienta tanto la reflexión filosófica como la práctica de laboratorio. Los fenómenos semióticos no se estudian aisladamente, sino en relación con el conjunto de la formación social. Un anuncio publicitario, por ejemplo, no es sólo un texto persuasivo; es parte

de un sistema de producción y consumo que organiza deseos, tiempos y expectativas. La totalidad no se concibe como suma mecánica, sino como estructura articulada donde cada elemento adquiere sentido en relación con los demás. Este enfoque evita el reduccionismo formalista que separa signo y contexto, así como el economicismo que disuelve la especificidad simbólica en determinaciones materiales abstractas.

Un segundo principio metodológico es la unidad entre teoría y praxis. El conocimiento no se entiende como contemplación neutral, sino como momento de un proceso transformador. La investigación semiótica crítica busca generar conciencia de las mediaciones que estructuran la experiencia social y, al mismo tiempo, contribuir a modificarlas. En los laboratorios, esto se traduce en proyectos de intervención, creación de narrativas alternativas, análisis crítico de políticas comunicacionales, diseño de estrategias pedagógicas que promuevan alfabetización semiótica. La teoría se valida en la práctica, y la práctica retroalimenta la teoría.

Esto implica estudiar no sólo el contenido explícito de los discursos, sino sus presupuestos, silencios y exclusiones. El análisis ideológico se convierte así en análisis semiótico de segundo orden. La categoría de ideología adquiere aquí un sentido preciso, no como simple falsedad, sino como forma de conciencia que expresa y organiza relaciones sociales determinadas. Las ideologías operan a través de signos que configuran marcos interpretativos. La tarea crítica consiste en analizar cómo esos marcos estructuran la percepción de la realidad y cómo pueden ser transformados.

Asimismo, esta perspectiva reconoce el papel central del trabajo en la producción simbólica. La creación de contenidos, el diseño de interfaces, la programación de algoritmos y la curaduría informativa son formas de trabajo que producen valor simbólico y material. Los laboratorios examinan estas prácticas como procesos sociales concretos,

identificando las condiciones laborales y técnicas que influyen en la configuración del sentido. La crítica de la economía política de la comunicación se integra con el análisis semiótico, mostrando que la circulación de signos está atravesada por relaciones de poder y por lógicas de acumulación.

Tal método incluye también la atención a la materialidad del signo. Lejos de concebir el significado como entidad puramente mental, se enfatiza su inscripción en soportes físicos y tecnológicos. Papel, pantalla, red digital, infraestructura energética, todos estos elementos condicionan la forma y alcance de la comunicación. La materialidad no es mero soporte pasivo, sino parte activa del proceso semiótico. Analizarla permite comprender cómo ciertas formas de comunicación se vuelven dominantes y otras quedan marginadas.

En términos pedagógicos, la articulación entre filosofía de la semiosis y laboratorios promueve una formación integral. Los estudiantes aprenden a identificar estructuras discursivas, a contextualizarlas históricamente y a intervenir creativamente en ellas. Se fomenta la capacidad de pensar en términos de procesos y contradicciones, evitando explicaciones lineales o simplistas. La educación se concibe como espacio de producción colectiva de conocimiento, no como mera transmisión de contenidos.

Así, el horizonte normativo de este enfoque es la emancipación entendida como ampliación de la capacidad colectiva para producir y transformar significados. La crítica semiótica no busca sustituir una ortodoxia por otra, sino abrir el campo de lo posible. Al revelar la historicidad y la contingencia de los regímenes simbólicos dominantes, habilita la imaginación de alternativas. La filosofía de la semiosis proporciona el marco conceptual para esta tarea; los laboratorios constituyen su realización práctica. Juntas configuran un proyecto intelectual y pedagógico orientado

a comprender y transformar las mediaciones simbólicas que estructuran la vida social.

Y recordamos que la lucha de clases es el campo donde se despliega la disputa por el sentido porque las clases no sólo se enfrentan por la apropiación de la riqueza material, sino también por la definición legítima de la realidad social. No existe dominación estable que no esté acompañada por una producción simbólica que la justifique, la naturalice o la presente como inevitable. Del mismo modo, no existe resistencia eficaz que no elabore contranarrativas capaces de nombrar la experiencia, reinterpretar las condiciones existentes y proyectar horizontes alternativos. La confrontación económica y política está intrínsecamente mediada por una confrontación semiótica.

En toda formación social, las relaciones de producción generan posiciones estructurales diferenciadas. Estas posiciones no se experimentan de manera inmediata y transparente; se viven a través de marcos interpretativos, lenguajes, símbolos e imaginarios. La categoría de "mérito", por ejemplo, puede operar como explicación individualizante de desigualdades estructurales; la noción de "libertad de mercado" puede funcionar como metáfora legitimadora de relaciones asimétricas. Tales significaciones no son simples adornos discursivos; orientan prácticas, moldean expectativas y configuran identidades. La lucha de clases implica, por tanto, una lucha por la hegemonía simbólica, es decir, por la capacidad de imponer una definición socialmente válida de lo que es justo, posible o natural.

Tal disputa por el sentido emerge porque el orden social necesita ser reconocido como legítimo para reproducirse. Ningún sistema se sostiene únicamente por coerción; requiere consenso, y el consenso se construye semióticamente. La educación, los medios de comunicación, la

cultura de masas, las plataformas digitales y los discursos institucionales son espacios donde se estabilizan ciertas narrativas sobre el trabajo, el éxito, el fracaso, la responsabilidad y la culpa. Cuando estas narrativas se internalizan, las relaciones sociales tienden a percibirse como resultados lógicos o inevitables. Sin embargo, las contradicciones materiales generan experiencias que no encajan plenamente en esos relatos. Allí se abre una fisura semiótica, la posibilidad de reinterpretar la realidad desde otras categorías. La lucha de clases es entonces el terreno donde esas interpretaciones compiten.

No se trata sólo de quién controla los medios de producción, sino también de quién controla los medios de producción simbólica y los criterios de validación del sentido. La dominación tiende a universalizar su propio punto de vista, presentándolo como interés general. La resistencia busca revelar el carácter situado de esa universalidad y proponer otra lectura de la totalidad social. Esta confrontación no es puramente discursiva, pero tampoco es puramente material; es una unidad contradictoria de ambas dimensiones.

En este escenario, la filosofía de la semiosis ocupa un lugar estratégico. Su función no es sustituir la acción política ni dictar consignas, sino ofrecer un marco conceptual para comprender cómo opera la mediación simbólica en los procesos de dominación y emancipación. Analiza cómo los signos producen efectos de realidad, cómo se construyen identidades colectivas, cómo se naturalizan jerarquías y cómo se configuran imaginarios de futuro. Al hacerlo, permite identificar los mecanismos mediante los cuales determinadas relaciones sociales se presentan como incuestionables. La filosofía de la semiosis aporta varias herramientas decisivas.

En primer lugar, la categoría de mediación, muestra que las experiencias de explotación o privilegio no se tra-

ducen automáticamente en conciencia crítica; pasan por filtros simbólicos que pueden reforzar o desactivar su potencial transformador. En segundo lugar, la categoría de contradicción, revela que los discursos dominantes suelen contener tensiones internas que pueden ser expuestas y resignificadas. En tercer lugar, la historicidad demuestra que las formas de significación no son eternas, sino productos de procesos históricos susceptibles de cambio.

Al mismo tiempo, esta filosofía evita dos reduccionismos. Por un lado, el economicismo que considera las ideas como mero reflejo mecánico de la base material; por otro, el idealismo que atribuye a los discursos un poder autónomo desligado de las condiciones sociales. La semiosis se entiende como práctica social concreta, inscrita en relaciones de producción y en dispositivos técnicos específicos. Las plataformas digitales, por ejemplo, no son sólo canales neutrales de comunicación; incorporan algoritmos y modelos de negocio que influyen en la visibilidad de ciertos contenidos y en la invisibilización de otros. La disputa por el sentido pasa hoy por la arquitectura misma de estas infraestructuras.

En la lucha de clases, el lenguaje no es un simple instrumento externo, sino un campo de batalla. Nombrar una reforma laboral como "flexibilización" o como "precarización" no es indiferente; cada término organiza percepciones y orienta juicios morales. La filosofía de la semiosis examina estas operaciones, mostrando que el conflicto social se expresa también en la pugna por las palabras, las imágenes y los marcos interpretativos. De este modo, contribuye a desnaturalizar las categorías dominantes y a fortalecer la capacidad de producir significaciones alternativas.

Sin embargo, su papel no se agota en la crítica. También puede ayudar a comprender las condiciones para la construcción de una nueva hegemonía simbólica. Toda transformación social duradera requiere elaborar un ima-

ginario que articule experiencias dispersas y proyecte un horizonte común. La semiosis no sólo desenmascara; también crea. La formación en filosofía de la semiosis puede, por tanto, fortalecer la conciencia de que el sentido es una construcción colectiva y conflictiva, y que su apropiación crítica es parte constitutiva de cualquier proceso emancipador.

Por lo tanto, la lucha de clases es el campo privilegiado de la disputa por el sentido porque las clases se enfrentan no sólo por recursos materiales, sino por la definición misma de la realidad social. La filosofía de la semiosis interviene como instancia reflexiva que analiza las mediaciones simbólicas de ese conflicto, revela su historicidad y contribuye a ampliar la capacidad colectiva de producir y transformar significados. Allí donde el orden social busca presentarse como natural y definitivo, la crítica semiótica reabre la pregunta por lo posible.

Abordar la tesis de que la producción de sentido está determinada por la base económica exige, ante todo, precisar qué significa "determinación" y qué se entiende por "base". No se trata de una relación mecánica de causa-efecto en la que las ideas serían simples reflejos pasivos de un sustrato material inerte, ni de una subordinación lineal donde cada enunciado pudiera deducirse directamente de una ecuación productiva. La determinación alude a un condicionamiento estructural, a un campo de posibilidades históricas dentro del cual las formas simbólicas emergen, se estabilizan y adquieren eficacia social. La base económica designa el conjunto de relaciones mediante las cuales una sociedad organiza la producción y reproducción de su vida material: formas de propiedad, división del trabajo, tecnologías disponibles, modos de apropiación y distribución del excedente. Estas relaciones no existen al margen de la semiosis; están atravesadas por ella.

Por el contrario, tampoco pueden reducirse a pura discursividad, porque implican prácticas materiales, instituciones y dispositivos técnicos que configuran objetivamente el horizonte social. La producción de sentido se encuentra determinada por esa base en la medida en que los signos, los lenguajes y los imaginarios no surgen en el vacío, sino en el interior de procesos históricos concretos donde ciertos intereses y necesidades se imponen como dominantes. Cada régimen económico requiere un correlato simbólico que lo haga inteligible y aceptable. La forma mercancía, por ejemplo, no es sólo un modo de intercambio; es una estructura semiótica que traduce cualidades heterogéneas en magnitudes comparables. Y de la identidad.

Cuando la vida social se organiza en torno a la producción para el intercambio, las categorías de cálculo, rendimiento y competencia tienden a colonizar ámbitos cada vez más amplios de la experiencia. El sentido se codifica bajo el signo de la cuantificación. La equivalencia generalizada no es únicamente un procedimiento contable, sino una matriz de significación que reconfigura la percepción del valor, del tiempo.

Esta determinación no implica uniformidad absoluta ni supresión de toda creatividad simbólica. Más bien establece límites y tendencias. En una economía donde la supervivencia depende de la venta de la fuerza de trabajo, la subjetividad se ve atravesada por narrativas de empleabilidad, autooptimización y gestión de sí. Tales narrativas no son imposiciones arbitrarias; expresan la necesidad estructural de adecuar cuerpos y mentes a exigencias productivas específicas. La educación, en este contexto, tiende a orientarse hacia la formación de competencias demandadas por el mercado. El lenguaje pedagógico adopta metáforas empresariales: inversión en capital humano, retorno educativo, compe-

titividad global. La producción de sentido escolar queda así encuadrada por la lógica de valorización económica.

Sin embargo, la relación es dialéctica. La base económica determina en última instancia, pero lo hace a través de mediaciones complejas. Las instituciones culturales, jurídicas y políticas participan en la elaboración de marcos interpretativos que pueden reforzar o tensionar la estructura productiva. La semiosis no es un simple epifenómeno; contribuye activamente a la reproducción de las condiciones materiales. Un orden económico se sostiene porque logra generar representaciones que lo legitiman. La naturalización de la desigualdad, la glorificación del emprendimiento individual o la estigmatización de la pobreza como fracaso moral son operaciones simbólicas que aseguran la continuidad de ciertas relaciones sociales. La producción de sentido funciona como mecanismo de estabilización.

No obstante, la determinación económica también produce contradicciones en el plano simbólico. Las promesas de movilidad ilimitada chocan con experiencias persistentes de exclusión; la exaltación de la libertad de elección se enfrenta a la precariedad estructural; la retórica de la innovación permanente convive con formas repetitivas de explotación. Estas tensiones generan disonancias semióticas que pueden convertirse en puntos de ruptura. La base económica no sólo condiciona los discursos dominantes; también engendra las condiciones para su cuestionamiento. La experiencia material de la contradicción puede traducirse en nuevas formas de nombrar y comprender la realidad.

Cuando la producción de sentido es determinada por la base económica, se manifiesta asimismo en la organización del tiempo y del espacio simbólicos. En economías orientadas a la acumulación acelerada, el tiempo se percibe como recurso escaso que debe optimizarse. La cultura de la

inmediatez, la velocidad informativa y la obsolescencia programada no son fenómenos puramente culturales; responden a la necesidad estructural de rotación rápida del capital. Las narrativas que celebran la multitarea, la disponibilidad permanente y la actualización constante reflejan esta temporalidad económica. El espacio digital, por su parte, se configura como mercado global donde la atención se convierte en mercancía. Los algoritmos priorizan contenidos según criterios de rentabilidad publicitaria, moldeando así el horizonte perceptivo colectivo. La arquitectura técnica de la comunicación está imbricada con la estructura económica.

Esa determinación opera también con respecto a categorías cognitivas. Las nociones de eficiencia, productividad y rendimiento se internalizan como parámetros universales de evaluación. Se juzgan relaciones afectivas, actividades artísticas e incluso prácticas políticas bajo criterios derivados del ámbito económico. La semiosis cotidiana adopta metáforas mercantiles: invertir tiempo en amistades, capitalizar contactos, gestionar emociones. Estas metáforas no son simples recursos retóricos; revelan la penetración profunda de la lógica económica en la configuración del sentido. La base productiva actúa como matriz que orienta la formación de conceptos y esquemas interpretativos.

No obstante, afirmar la determinación no equivale a negar la autonomía relativa de la esfera simbólica. Las formas culturales pueden adquirir dinámicas propias, cristalizar en tradiciones e instituciones que influyen a su vez en la economía. Por el contrario, esa autonomía es relativa porque, en situaciones límite, las transformaciones decisivas del orden simbólico se vinculan con cambios en la estructura productiva. La emergencia de nuevas tecnologías, por ejemplo, altera simultáneamente la organización del trabajo y los modos de comunicación. La digitalización no es sólo

innovación técnica; reconfigura la producción de sentido al introducir nuevas mediaciones algorítmicas y nuevas formas de vigilancia y control.

Esta universalización requiere un trabajo semiótico sostenido, elaboración de discursos, institucionalización de valores, configuración de imaginarios. La base económica proporciona el terreno sobre el cual ciertas visiones adquieren mayor capacidad de difusión y consolidación. Quienes controlan los principales medios de producción material suelen disponer de recursos privilegiados para influir en la producción simbólica. La producción de sentido determinada por la base económica implica también que los conflictos sociales se expresan como disputas por la interpretación legítima de la realidad. Las clases y grupos sociales no sólo luchan por recursos, sino por imponer su narrativa como universal. La hegemonía simbólica se construye cuando una visión particular logra presentarse como interés general.

Sin embargo, la determinación no elimina la posibilidad de resistencia. La misma estructura que condiciona la producción de sentido genera experiencias compartidas que pueden articularse en discursos críticos. Cuando amplios sectores perciben la distancia entre las promesas oficiales y sus condiciones reales de vida, surge la necesidad de nuevas categorías interpretativas. La producción de sentido se convierte entonces en terreno de lucha abierta. El cuestionamiento de conceptos naturalizados, la creación de lenguajes alternativos y la relectura de la historia forman parte de este proceso. La base económica determina el campo de batalla, pero no fija de antemano el resultado.

En términos epistemológicos, reconocer la determinación económica implica adoptar un enfoque que integre análisis material y análisis simbólico. No basta con estudiar textos o discursos aisladamente; es necesario examinar las condiciones de su producción, circulación y recepción. Un

mensaje publicitario, por ejemplo, debe entenderse en relación con la estructura empresarial que lo financia, el mercado al que se dirige y el sistema mediático que lo difunde. La significación no se agota en el contenido; incluye el contexto institucional y tecnológico que la hace posible. El sentido es práctica social objetivada.

Asimismo, la determinación se expresa en la forma misma del lenguaje. La generalización de categorías económicas influye en la gramática de la vida cotidiana. Se habla de "recursos humanos", "mercado laboral", "inversión emocional". Estas expresiones revelan la internalización de una racionalidad específica. El lenguaje no sólo describe la realidad económica; la reproduce al estructurar la percepción y la acción. Transformar la producción de sentido implica, por tanto, transformar las condiciones materiales que la sostienen y, simultáneamente, intervenir en las formas lingüísticas que la naturalizan.

Así, la producción de sentido determinada por la base económica también afecta la configuración del conocimiento científico. Las agendas de investigación, los criterios de financiamiento y las métricas de evaluación responden a prioridades vinculadas con la valorización económica. La ciencia se orienta hacia áreas consideradas rentables o estratégicas para la competitividad. Esto no significa que el conocimiento sea falso, sino que su dirección y aplicación están condicionadas por intereses estructurales. La semiosis científica se inscribe en una red de relaciones productivas que orientan preguntas y delimitan problemas.

En última instancia, la tesis de la determinación económica de la producción de sentido subraya la unidad entre vida material y vida simbólica. El ser social no puede separarse de la conciencia que lo interpreta, pero esta conciencia no surge en un vacío abstracto. Está moldeada por prácticas, instituciones y tecnologías que responden

a una organización histórica específica de la producción. Comprender esta determinación permite superar tanto el reduccionismo economicista como el idealismo culturalista. La economía no dicta mecánicamente cada significado, pero establece el marco estructural dentro del cual los significados se disputan y transforman.

Entonces, la transformación profunda de la producción de sentido requiere, por ello, intervenir en la base misma que la determina. No basta con modificar discursos si las condiciones materiales que los generan permanecen intactas. Al mismo tiempo, ninguna transformación económica puede consolidarse sin elaborar nuevas formas simbólicas que la expresen y legitimen. La relación es dialéctica, base y superestructura se condicionan recíprocamente, aunque la primacía estructural corresponda a la organización de la producción. La producción de sentido es, en definitiva, momento constitutivo del proceso social total, determinado por la base económica pero capaz de incidir en su reproducción o transformación.

Geosemiótica y geopolítica del sentido

Desafíos geopolíticos para la filosofía de la semiosis. La aceleración de la concentración monopólica de medios, la dictadura del discurso único y la guerra cognitiva global son un fenómeno epistemológico y semiótico que no puede analizarse adecuadamente sin poner nombres, costos y mecanismos concretos de cómo la base económica determina las estructuras simbólicas. Para ello es indispensable identificar quiénes son los actores que dominan hoy la mayor parte de la producción y circulación de sentido y cómo esa dominación se traduce en procesos de semiosis que disciplinan audiencias, moldean imaginarios y configuran hegemonías de interpretación.

Y el fenómeno de la concentración mediática global no es una anomalía aislada, sino la expresión de una lógica estructural del capital expansivo y centralizador. La industria de los medios, lejos de ser un campo plural con miles de productores independientes homogéneos, está dominada por una oligopólica red de conglomerados multinacionales que concentran la propiedad de la mayor parte de los canales de televisión, cadenas de noticias, estudios cinematográficos, plataformas de *streaming*, grandes periódicos, grandes sellos de publicación y redes distribuidoras de contenidos digitales. Esta concentración no es accidental ni "neutral"; es la proyección de la lógica de acumulación de capital hacia la esfera simbólica. En términos cuantitativos, los llamados "Big Six" o "megaconglomerados" mediales concentran una proporción abrumadora del contenido noticioso y de entretenimiento que circula en el planeta entero, con impactos directos sobre qué se dice, cómo se dice, a quién se le dice y con qué frecuencia se repite.

Entre estos conglomerados se encuentran nombres que funcionan hoy como máquinas de producción de sentido a escala global: Comcast/ NBCUniversal —con ingresos de aproximadamente 124,000 millones de dólares (2024) y control de NBC News, MSNBC, CNBC, el *broadcast* NBC, la plataforma de *streaming* Peacock y Sky Group en Europa, entre otras propiedades.

The Walt Disney Company —uno de los dominios mediáticos más expansivos del mundo, propietario de ABC News, ESPN, Disney+ y Hulu, así como estudios cinematográficos y derechos de franquicias culturales que dominan la imaginación global. Warner Bros. Discovery —resultado de la fusión entre WarnerMedia y Discovery, que incluye CNN, HBO, TBS, TNT, Discovery Channel y la plataforma Max. Paramount Global —que integra CBS News, MTV, Nickelodeon, BET, Showtime y la plataforma Paramount+.

Fox Corporation/News Corp —propietario de Fox News, Fox Broadcasting Company, y —a través de empresas afines— del Wall Street Journal y The Times (Reino Unido). Sony Group Corporation —aunque más conocido como conglomerado tecnológico— controla Sony Pictures y Sony Music, influyendo en producciones culturales globales.

Además de estos gigantes, conglomerados regionales relevantes como Hearst Communications en Estados Unidos, con ingresos de alrededor de 13, 000 millones de dólares y decenas de miles de empleados —dueños de revistas, periódicos, cadenas de televisión y participaciones en redes importantes— también configuran el ecosistema mediático.

En conjunto, estas corporaciones controlan gran parte del flujo global de información y entretenimiento, influyendo no sólo sobre qué noticias se publican, sino sobre cómo se conceptualizan fenómenos sociales, políticos y económicos. Estudios no oficiales señalan que, en Estados Unidos, más del 90% del consumo de medios de entretenimiento y noticiosos proviene de seis grandes corporaciones, evidenciando una concentración extrema del sistema de producción de sentido.

Desde una perspectiva semiótica crítica de alta complejidad, esta concentración implica que el proceso de semiosis —la producción y circulación de signos que generan sentido— está hoy mediatizado por una estructura de poder económica colapsada hacia unas pocas matrices corporativas con intereses convergentes en la rentabilidad, la expansión de mercado y el control de audiencias. Las narrativas dominantes —es decir, las formas a través de las cuales los sucesos se presentan como comprensibles, legítimos y generalmente aceptables— no son resultado de la libre plétora de voces, sino de la lógica de mercado que privilegia la producción de sentido bajo criterios de eficacia comercial y control cognitivo.

Su lógica mercantil no ve al público como ciudadanos críticos, sino como consumidores de signos, audiencias que deben ser cuantificadas, segmentadas y explotadas para extraer valor —en forma de atención, datos y rentas publicitarias—. Esta lógica se cristaliza en algoritmos, en formatos de contenidos diseñados para maximizar clics y "tiempo de pantalla", en sistemas de métrica que priorizan la repetición de mensajes simples sobre los procesos complejos de interpretación. La semiosis bajo esta dictadura mercantil tiende a reducir la complejidad del mundo social a esquemas narrativos predigeridos, la polarización binaria, la personalización extrema de la política, la estetización del conflicto, la priorización de la inmediatez sobre la profundidad.

Su guerra cognitiva contemporánea —término que describe la ofensiva sistemática para configurar marcos interpretativos, categorías de valor y cánones de verdad— se despliega en múltiples planos. Existe una ofensiva objetiva, donde mecanismos técnicos —algoritmos de plataformas, sistemas de recomendación, filtrado de contenidos— regulan qué signos circulan y cuáles quedan invisibilizados, con criterios de optimización económica. No obstante, también existe una ofensiva subjetiva, donde las identidades, afectos y expectativas de los sujetos son moldeados por patrones semióticos que reproducen las estructuras sociales dominantes, transformando a los receptores en intérpretes acríticos de lecturas prefabricadas de la realidad.

Frente a esta colonización sistémica del sentido, la filosofía de la semiosis tiene un papel fundamental; no puede limitarse a describir la hegemonía discursiva o a hacer inventarios de narrativas dominantes, ni a ofrecer listados de monopolios mediáticos. Su función crítica exige comprender integralmente cómo se produce la interdependencia entre estructura económica y producción semiótica, es

decir, cómo los esquemas de producción, propiedad y distribución de medios median directamente en la configuración de sentido social.

Una respuesta teórica y práctica de la filosofía de la semiosis ante la aceleración monopólica debe incluir, como mínimo, los siguientes vectores epistemológicos y metodológicos:

- Análisis de infraestructuras semióticas, entendiendo que los medios no son sólo portadores de signos, sino sistemas técnicos que estructuran las condiciones de posibilidad de la semiosis. La concentración de propiedad implica que estas infraestructuras convergen bajo criterios de acumulación, homogeneización y control de audiencias.
- Diagnóstico de regímenes narrativos dominantes, articulando no sólo qué discursos prevalecen, sino cómo se articulan con los intereses del capital concentrado —por ejemplo, la narrativa del "mercado libre" como mecanismo de bienestar o la idea de neutralidad informativa como cobertura de intereses particulares.
- Crítica de las operaciones algorítmicas como forma contemporánea de mediación simbólica: algoritmos de recomendación y de visibilidad que priorizan contenido rentable o sensacionalista generan un condicionamiento semiótico estructural que organiza lo memorable, lo relevante y lo descartable.
- Estudio de los procesos de naturalización ideológica que permiten que ciertos marcos explicativos (como la competencia entre polos rígidos o el culto a la individualización de problemas sociales) se impongan como "dado de hecho", cuando son construcciones históricas con funciones específicas de reproducción social.

• Elaboración de marcos de contrasemiosis capaces de proponer interpretaciones alternas de la realidad social que no reproduzcan automáticamente las categorías dominantes de cálculo mercantil, por ejemplo, reconstrucciones de la noción de trabajo, valor, comunidad, tiempo y justicia que no estén encuadradas en términos de mercado.

Sin embargo, esta labor crítica no puede ser sólo conceptual; debe articularse con prácticas de intervención semiótica efectiva, es decir, acciones concretas donde se produzcan y difundan signos que desafíen las matrices de sentido dominantes, permitan la emergencia de contranarrativas plurales y pongan en tensión los monopolios de interpretación. Esto incluye alfabetización semiótica crítica, producción de contenidos públicos alternativos, análisis de discursos corporativos y la creación de infraestructuras comunicativas independientes que sean capaces de disputar espacios de atención y memoria social a los grandes conglomerados.

Por lo tanto, la filosofía de la semiosis debe reconocer que la concentración monopolística de los medios es una expresión de la lógica estructural de la acumulación capitalista en la esfera simbólica, donde unos pocos conglomerados con ingresos de decenas o cientos de miles de millones de dólares y propiedad sobre múltiples plataformas, redes, canales y noticias dominan la mayor parte del flujo de sentido. Su tarea crítica no es solamente un ejercicio intelectual, sino una articulación metodológica y práctica para desentrañar cómo esa concentración económica determina —a través de procesos mediáticos, técnicos y culturales— qué significados se hacen dominantes y cuáles se marginan, reemplazados o desestimados. Sólo así se puede intervenir en la disputa por el sentido con herramientas analíticas que no se queden en la

superficie declarativa, sino que aborden las estructuras profundas que configuran la guerra cognitiva actual.

Si la concentración mediática constituye una dimensión estructural de la producción contemporánea de sentido, la geosemiótica permite comprender cómo esa producción no se distribuye homogéneamente en el espacio mundial, sino que se articula en un sistema jerárquico de centros, periferias y zonas de fricción simbólica. La geosemiótica no se limita al estudio de los signos en el espacio físico inmediato —paisajes lingüísticos urbanos, señalética, iconografía pública—, sino que analiza la organización territorial del poder semiótico, quién produce los marcos interpretativos globales, desde qué coordenadas geopolíticas se irradian, cómo se traducen o imponen en otras regiones y qué resistencias emergen en los bordes de esa cartografía del sentido. En la fase actual del capitalismo globalizado, la lucha por el significado está indisolublemente vinculada a la disputa por la primacía geopolítica, por el control de infraestructuras digitales, rutas de datos, satélites, cables submarinos, plataformas de distribución y estándares tecnológicos que condicionan la circulación mundial de signos.

Sabemos que la producción de sentido no sólo está determinada por la base económica en abstracto, sino por su localización estratégica en determinados polos de acumulación y poder. Las grandes plataformas tecnológicas y mediáticas —cuyas matrices corporativas se concentran principalmente en Estados Unidos y, en menor medida, en China— operan como nodos centrales de una red global asimétrica. Desde esos centros se establecen algoritmos, políticas de moderación, formatos narrativos y estándares técnicos que estructuran la experiencia comunicativa de miles de millones de personas. La geosemiótica muestra que la hegemonía simbólica tiene coordenadas espaciales concre-

tas; Silicon Valley no es sólo un territorio físico, sino un epicentro de codificación del mundo; Shenzhen o Hangzhou no son únicamente polos industriales, sino laboratorios de modelos alternativos de gobernanza digital. La disputa entre modelos de regulación tecnológica —más liberal en Occidente, más estatal en Oriente— es también una disputa por la arquitectura del sentido global.

No se trata únicamente de influir en opiniones individuales, sino de consolidar bloques de interpretación a escala continental. Las narrativas sobre democracia, derechos humanos, soberanía, desarrollo o seguridad circulan como vectores estratégicos en conflictos internacionales. Cada potencia intenta legitimar su modelo interno proyectándolo como universal y desacreditar el de sus competidores. Los medios y plataformas digitales se convierten en extensiones de la política exterior; las campañas de desinformación, en armas de bajo costo comparadas con la guerra convencional. La semiosis se militariza simbólicamente cuando se convierte en instrumento deliberado de desestabilización o legitimación internacional. La guerra cognitiva adquiere así una dimensión geopolítica decisiva.

En este contexto, la filosofía de la semiosis enfrenta desafíos que exceden el análisis nacional o cultural. Debe elaborar categorías capaces de pensar la totalidad planetaria sin caer en abstracciones vacías. La globalización no implica homogeneización completa; implica articulación desigual. Las periferias informativas consumen en gran medida contenidos producidos en los centros, pero también generan resignificaciones locales que transforman los significados importados. La geosemiótica estudia esas traducciones, hibridaciones y resistencias. Un formato televisivo creado en una metrópoli puede adquirir sentidos distintos en contextos culturales diversos; una plataforma global

puede ser utilizada para fines políticos imprevistos por sus diseñadores originales. La determinación económica opera aquí a través de infraestructuras globales, pero la recepción siempre está mediada por historias y conflictos locales.

Un gran desafío para la filosofía de la semiosis consiste en evitar tanto el eurocentrismo como el relativismo cultural. Por un lado, debe reconocer que los centros hegemónicos imponen estándares técnicos y simbólicos que configuran la experiencia global; por otro, debe evitar la ilusión de que cada cultura constituye un universo cerrado incomunicable. La geosemiótica permite pensar el mundo como red de interdependencias asimétricas donde circulan signos, capitales y tecnologías. Esta red no es neutral, reproduce desigualdades históricas derivadas de procesos coloniales y neocoloniales. La imposición de lenguas dominantes en la esfera digital, la concentración de patentes tecnológicas y la capacidad de vigilancia masiva son expresiones de esa asimetría.

Uno de los problemas centrales es la soberanía semiótica. Los Estados y comunidades buscan preservar capacidad de decisión sobre los flujos de información que atraviesan sus territorios. Sin embargo, la infraestructura digital global está controlada en gran medida por corporaciones transnacionales cuyos intereses no coinciden necesariamente con los de las poblaciones locales. La regulación de contenidos, la fiscalidad de plataformas y la protección de datos se convierten en campos de batalla donde se cruzan intereses económicos, derechos civiles y estrategias geopolíticas. La filosofía de la semiosis debe analizar cómo estas disputas afectan la producción de sentido y qué modelos de gobernanza pueden favorecer mayor pluralidad interpretativa sin caer en censuras autoritarias.

Y la geosemiótica también ilumina el papel de las fronteras simbólicas. En un mundo hiperconectado, las fronte-

ras físicas no desaparecen; se reconfiguran como fronteras digitales y cognitivas. El acceso a determinadas plataformas puede estar bloqueado en ciertos países; los algoritmos pueden priorizar contenidos locales o extranjeros según criterios políticos. Las burbujas informativas no sólo segmentan por preferencias individuales, sino también por pertenencia nacional o regional. La producción de sentido se fragmenta en esferas parcialmente cerradas que interactúan de manera conflictiva. Comprender esta fragmentación exige un análisis que combine economía política de la comunicación con cartografía geopolítica del espacio digital.

Otro desafío es la emergencia de nuevos polos de producción cultural que compiten con los tradicionales. La expansión de industrias audiovisuales en India, Corea del Sur o Nigeria demuestra que la hegemonía simbólica no es estática. Estas industrias articulan identidades nacionales con mercados globales, generando narrativas que circulan más allá de sus fronteras. La filosofía de la semiosis debe examinar cómo estas producciones reconfiguran imaginarios globales y cómo se insertan en cadenas de valor transnacionales. La determinación económica se manifiesta en acuerdos de coproducción, distribución en plataformas globales y estrategias de *marketing* que buscan maximizar rentabilidad, pero también en la posibilidad de afirmar perspectivas culturales alternativas.

Esto implica que la producción automatizada de sentido —traducciones, resúmenes, recomendaciones— está condicionada por infraestructuras geográficamente localizadas. La geosemiótica debe analizar cómo estas tecnologías configuran nuevos centros de poder simbólico y cómo pueden ampliarse o democratizarse. La dimensión geopolítica se intensifica con el desarrollo de inteligencia artificial generativa y sistemas de vigilancia masiva. Los modelos de

lenguaje, entrenados con enormes volúmenes de datos predominantemente anglófonos, tienden a reproducir sesgos culturales específicos. La capacidad de entrenar y desplegar estos sistemas depende de recursos computacionales concentrados en pocas regiones del mundo.

Asimismo, la guerra cognitiva no sólo se libra en el plano de la información factual, sino en el de los afectos colectivos. Las narrativas de amenaza externa, orgullo nacional o victimización histórica se movilizan para consolidar cohesión interna y justificar políticas exteriores. Las redes sociales amplifican estas emociones, generando ciclos de retroalimentación que pueden escalar en conflictos diplomáticos o militares. La filosofía de la semiosis debe estudiar la economía afectiva global, cómo circulan el miedo, la indignación o la esperanza en relación con intereses geopolíticos concretos. La producción de sentido incluye la producción de emociones socialmente organizadas.

En este panorama, la tarea no es meramente denunciar la concentración o la manipulación, sino elaborar una teoría crítica capaz de articular análisis local y global. La geosemiótica proporciona herramientas para mapear flujos de información, identificar nodos de poder y comprender cómo las narrativas se territorializan. La filosofía de la semiosis debe integrar estos mapas en una comprensión más amplia de la totalidad social. Esto implica investigar cómo las transformaciones en la base económica mundial —relocalización industrial, transición energética, guerras comerciales— inciden en la reorganización de los circuitos simbólicos. Cada reconfiguración productiva trae consigo nuevas disputas narrativas.

Tal escenario plantea interrogantes sobre la universalidad de los derechos comunicativos y sobre la viabilidad de una esfera pública global. El desafío geopolítico más pro-

fundo radica en la posibilidad de un mundo multipolar en el que coexistan modelos semióticos divergentes. La competencia entre bloques puede derivar en fragmentación digital, con ecosistemas tecnológicos incompatibles y flujos de información restringidos. La filosofía de la semiosis debe pensar cómo sostener principios de pluralidad y diálogo en un contexto de rivalidad estructural.

No basta con analizar los centros de poder existentes; es necesario explorar formas de cooperación regional, plataformas públicas y redes descentralizadas que permitan diversificar la producción de sentido. Esto implica desafíos técnicos, financieros y políticos, pero también conceptuales, imaginar modelos de gobernanza que equilibren libertad de expresión, responsabilidad social y sostenibilidad económica. La geosemiótica puede orientar estas iniciativas al identificar vacíos y dependencias en la cartografía actual del poder simbólico. La construcción de infraestructuras comunicativas alternativas constituye otra tarea estratégica.

Por lo tanto, la incorporación de la geosemiótica amplía el horizonte de la filosofía de la semiosis al situar la producción de sentido en un espacio mundial estructurado por desigualdades y conflictos. La concentración mediática y la guerra cognitiva no son fenómenos aislados, sino manifestaciones de una reorganización geopolítica del capitalismo informacional. Pensar críticamente este escenario exige mapear infraestructuras, analizar flujos transnacionales, estudiar afectos colectivos y diseñar estrategias de soberanía semiótica. Sólo así puede la Filosofía de la semiosis enfrentar los desafíos de una época en la que el control del significado se ha convertido en uno de los ejes centrales del poder global.

Nuestra filosofía de la semiosis, cuando se enfrenta a la ideología de la clase dominante, no puede limitarse a una

crítica superficial de contenidos ni a la denuncia episódica de discursos hegemónicos; debe desplegar un análisis estructural de las condiciones de producción, circulación y estabilización del sentido en el interior de semiósferas históricamente determinadas. La noción de semiósfera designa el espacio integral donde los procesos de significación se articulan, interactúan y se transforman; no es simplemente un conjunto de textos o mensajes, sino un campo dinámico de códigos, normas interpretativas, jerarquías simbólicas y mecanismos de traducción. Toda formación social produce su propia semiósfera dominante, en cuyo interior ciertas categorías se vuelven centrales, otras periféricas y otras impensables. La ideología de la clase dominante no se presenta como ideología en sentido explícito; opera como principio organizador de la semiósfera, estableciendo lo que puede decirse, cómo puede decirse y con qué efectos de legitimidad.

Su eficacia radica en la naturalización; convierte relaciones históricas contingentes en evidencias aparentemente obvias. El análisis riguroso de esta estructura exige reconocer que la ideología no es una colección de ideas falsas, sino una forma de coherencia semiótica que articula prácticas, instituciones y discursos en una totalidad relativamente estable. En el plano semántico, esto se logra mediante procesos de saturación connotativa, donde términos como "libertad", "eficiencia", "orden" o "progreso" se cargan de valoraciones positivas sin que se expliciten las condiciones materiales que los sustentan. La clase dominante impone no sólo definiciones, sino marcos interpretativos completos que organizan la percepción y jerarquizan los significados posibles.

Su fortaleza principal reside en la capacidad de integrar múltiples códigos en una narrativa coherente que vincula economía, política y cultura. Esta coherencia no es absoluta, pero ofrece una matriz interpretativa que reduce

la incertidumbre y orienta la acción cotidiana. La repetición mediática, la institucionalización educativa y la ritualización simbólica consolidan esta matriz, generando un efecto de consenso que trasciende las diferencias individuales. La hegemonía simbólica se sostiene cuando los significados dominantes se internalizan como sentido común. La filosofía de la semiosis debe estudiar la semiósfera dominante en su complejidad interna, identificando tanto sus fortalezas como sus fragilidades.

Otra fortaleza es la capacidad de absorber críticas parciales sin alterar su núcleo estructural. La semiósfera dominante puede incorporar discursos de diversidad, sostenibilidad o responsabilidad social, resignificándolos de modo compatible con la lógica económica vigente. Esta plasticidad le permite adaptarse a cambios contextuales y neutralizar oposiciones potencialmente disruptivas. Desde un punto de vista semiótico, se trata de un proceso de resemantización controlada; términos originalmente críticos se integran en el vocabulario hegemónico, perdiendo su potencia transformadora.

Sin embargo, toda semiósfera contiene fisuras. Su fragilidad deriva de la contradicción entre representación y experiencia material. Cuando las narrativas dominantes prometen movilidad ascendente ilimitada, pero amplios sectores experimentan estancamiento o precariedad, emerge una disonancia semántica. La filosofía de la semiosis debe detectar estos puntos de tensión, analizando cómo los signos oficiales intentan suturar la brecha mediante nuevas metáforas o desplazamientos retóricos. Las crisis económicas, políticas o ecológicas intensifican estas tensiones, obligando a la semiósfera dominante a reformular sus categorías.

Por ejemplo, la palabra “reforma” puede connotar modernización positiva o recorte regresivo según el con-

texto discursivo. La clase dominante tiende a fijar el sentido mediante estrategias de clausura semántica, estableciendo equivalencias que parecen naturales: reforma=eficiencia, mercado=libertad, seguridad=orden. El análisis crítico debe abrir esas equivalencias, mostrando su carácter construido y las alternativas suprimidas. El estudio extremo de los matices semánticos implica descomponer cada término en sus capas denotativas y connotativas, en sus implicaciones pragmáticas y en sus resonancias históricas. Ningún concepto es unívoco; su significado depende del campo de oposiciones en el que se inserta.

Ninguna semiósfera es homogénea; contiene subcampos diferenciados —medios, academia, derecho, arte— que interactúan con relativa autonomía. La ideología dominante actúa como principio de articulación transversal, pero cada subcampo posee códigos específicos. La filosofía de la semiosis debe estudiar estas interacciones, observando cómo una categoría jurídica se traduce en narrativa mediática o cómo un concepto económico se estetiza en la publicidad. La traducción intersemiótica es un mecanismo central de expansión ideológica; al pasar de un código a otro, el significado se reconfigura, pero mantiene su orientación estructural.

Un análisis riguroso también requiere considerar la dimensión pragmática del sentido. Los signos no sólo describen el mundo; producen efectos performativos. Cuando una autoridad declara una política como "inevitable", no está simplemente informando, sino configurando un horizonte de posibilidad que limita la deliberación. La performatividad ideológica se apoya en la autoridad institucional y en la repetición mediática. La semiósfera dominante se fortalece cuando logra que sus enunciados se reconozcan como actos legítimos de definición de la realidad.

Cambiar el significado de "trabajo", "valor" o "derecho" implica alterar la estructura de la semiósfera. La fragilidad aparece cuando la performatividad pierde eficacia, es decir, cuando amplios sectores dejan de reconocer la autoridad simbólica de quienes enuncian. Este proceso puede desencadenar luchas por la redefinición de términos centrales. La filosofía de la semiosis debe estudiar estas luchas no sólo como confrontaciones políticas, sino como reconfiguraciones del campo semántico.

Otro nivel de análisis concierne a la materialidad de los signos. La ideología dominante no circula únicamente en textos escritos o discursos orales; se inscribe en arquitecturas urbanas, interfaces digitales, rutinas laborales y dispositivos tecnológicos. La disposición espacial de una ciudad, con zonas de lujo y periferias marginales, comunica jerarquías sociales antes de cualquier discurso explícito. Las plataformas digitales priorizan ciertos contenidos mediante algoritmos que operan como filtros invisibles. La filosofía de la semiosis debe incorporar esta dimensión infraestructural, entendiendo que la producción de sentido está mediada por soportes materiales que condicionan su alcance y su forma.

Un rigor semiótico extremo implica no reducir la ideología de la clase dominante a un conjunto de mentiras, sino comprenderla como sistema de coherencia que articula verdad parcial y omisión estratégica. La clase dominante no puede sostener su hegemonía mediante falsedades evidentes; necesita integrar elementos reales de la experiencia social en una narrativa que los reordene según su interés. El análisis debe distinguir entre el núcleo descriptivo y la orientación valorativa de los discursos, identificando cómo la selección y el encuadre transforman hechos en argumentos.

Porque toda producción de sentido es un proceso dinámico donde intervienen actores múltiples. La ideología

dominante busca monopolizar los nodos centrales de la semiósfera, pero no puede eliminar completamente la diversidad interpretativa. Las periferias simbólicas generan innovaciones semánticas que pueden, en determinadas condiciones, desplazarse hacia el centro. La filosofía de la semiosis debe estudiar estas trayectorias, observando cómo ciertos términos emergen en movimientos sociales, se difunden y eventualmente se cooptan o resignifican.

Nuestro análisis de las semiósferas requiere también considerar la dimensión temporal. Los significados se sedimentan históricamente; cada palabra arrastra capas de uso anterior. La ideología dominante selecciona y reactualiza ciertas capas mientras silencia otras. El trabajo crítico consiste en reabrir la memoria semántica, mostrando que lo que hoy se presenta como sentido único fue en otros momentos objeto de disputa. La historicidad es un antídoto contra la naturalización.

Así, la filosofía de la semiosis debe asumir que su tarea no es exterior a la semiósfera; forma parte de ella. El discurso crítico también produce sentido y puede convertirse en nuevo centro si logra articular coherentemente experiencias dispersas. La lucha contra la ideología dominante no es sólo negativa; implica la construcción de marcos interpretativos alternativos que integren justicia, pluralidad y racionalidad comunicativa. El rigor extremo exige examinar constantemente los propios supuestos, evitando reproducir esquemas simplificadores.

Frente a la ideología de la clase dominante, la filosofía de la semiosis se convierte en disciplina de desenmascaramiento y de creación. Analiza las fortalezas estructurales de la semiósfera hegemónica —coherencia, capacidad de absorción, performatividad— y sus fragilidades —contradicciones, disonancias, crisis de legitimidad—. Explora cada matiz

semántico, cada desplazamiento retórico, cada traducción intersemiótica. Comprende que el sentido es campo de lucha y que la hegemonía simbólica depende de la capacidad de organizar la totalidad de la experiencia bajo categorías aparentemente naturales. Su tarea consiste en revelar esa organización, desarticular sus cierres y abrir el espacio para nuevas configuraciones de significado que respondan a las necesidades históricas de emancipación colectiva.

Confrontar la lógica de la mercancía y todos sus campos semióticos

En el centro de la reflexión crítica contemporánea se sitúa la confrontación entre la lógica de la mercancía, que estructura los flujos simbólicos bajo la primacía de la valorización económica, y la lógica dialéctica de la filosofía de la semiosis, cuyo objetivo es comprender y transformar la producción de sentido de manera consciente y emancipadora. Esta confrontación no puede entenderse únicamente como un enfrentamiento ideológico, sino como un problema epistemológico y gnoseológico profundo: cómo se genera conocimiento sobre los procesos de significación, cómo se valida la interpretación de los signos y cómo se articula la acción transformadora dentro de semiósferas que han sido históricamente condicionadas por intereses económicos concentrados. La mercancía impone un marco en el que todo signo adquiere valor en relación con su capacidad de intercambio o de captación de atención, mientras que la filosofía de la semiosis busca comprender el sentido en su complejidad material, social e histórica, articulando niveles de análisis que van desde lo microsemiótico hasta la configuración de semiósferas globales.

Un primer problema epistemológico que surge es la delimitación de los objetos de estudio. La lógica de la mercancía tiende a fragmentar la realidad simbólica en unida-

des aisladas, susceptibles de cuantificación y optimización: audiencias, clics, *likes*, retuits, visualizaciones y métricas de *engagement.* Estos indicadores se tratan como equivalentes de valor, pero en rigor epistemológico representan reducciones parciales de procesos semióticos complejos. La filosofía de la semiosis debe abordar estos objetos de manera dialéctica, reconociendo que cada signo tiene dimensiones densamente interrelacionadas, connotaciones, denotaciones, efectos pragmáticos, resonancias históricas y posibilidades de transformación futura. Cada unidad semiótica está inscrita en relaciones sociales, tecnológicas y materiales que condicionan su producción y circulación. Ignorar estas relaciones equivaldría a aceptar la fragmentación impuesta por la lógica mercantil, perdiendo la capacidad de análisis crítico.

Desde un punto de vista gnoseológico, surge la cuestión de la validez del conocimiento producido. La mercancía establece criterios de relevancia basados en efectividad mediática, rentabilidad económica y difusión masiva, mientras que la filosofía de la semiosis exige criterios de coherencia conceptual, capacidad de articulación de contradicciones y pertinencia histórica. El conocimiento semiótico emancipador no puede medirse únicamente por su circulación, sino por su capacidad de revelar estructuras de dominación simbólica, contradicciones internas de los discursos hegemónicos y potencialidades de reinterpretación de la realidad social. Esto implica una epistemología crítica que reconozca la interdependencia entre observador y objeto de estudio; el análisis de semiósferas dominadas por la lógica de la mercancía no puede abstraerse de la propia posición histórica y conceptual del investigador.

Y la creación de semiosis emancipadas requiere, en consecuencia, una doble operación gnoseológica: decons-

truir los marcos impuestos por la lógica de la mercancía y producir nuevas configuraciones de sentido que articulen la experiencia material y la imaginación colectiva. La mercancía reduce los signos a su capacidad de intercambio y, al hacerlo, impone una homogeneización semántica que dificulta la emergencia de significados divergentes. Los códigos se transforman en unidades intercambiables, y las narrativas complejas se fragmentan en secuencias simplificadas que priorizan impacto sobre comprensión. La filosofía de la semiosis debe intervenir en este proceso, identificando los mecanismos de reducción y desarrollando estrategias de expansión que permitan recuperar la densidad semántica, las relaciones contextuales y la capacidad de los signos para generar reflexión crítica.

Una semiósfera, entendida como el espacio total de significación de una sociedad o de un grupo social, está estructurada por múltiples nodos de poder semiótico, medios de comunicación, instituciones educativas, plataformas digitales, tradiciones culturales, sistemas normativos y prácticas tecnológicas. La lógica de la mercancía tiende a concentrar el control de estos nodos en conglomerados que priorizan la rentabilidad, la previsibilidad y la estandarización de los signos. En contraposición, la filosofía de la semiosis persigue la construcción de semiósferas emancipadoras, donde la circulación de significados no esté determinada por criterios mercantiles, sino por su capacidad de fomentar comprensión crítica, cooperación social y creatividad simbólica. Esto implica una reorganización radical de la arquitectura de la semiósfera, integrando diversidad de códigos, apertura a reinterpretaciones locales y reconocimiento de la historicidad de los signos. El problema de las semiósferas se articula directamente con esta confrontación.

Una problemática epistemológica crucial es la relación entre microsemiosis y macrosemiosis. La lógica de la

mercancía opera a nivel micro, optimizando signos individuales para maximizar atención o valor de intercambio, mientras que la filosofía de la semiosis considera la interdependencia entre estos microprocesos y la estructura global de la semiósfera. Cada signo tiene efectos que se amplifican, resuenan y se recombinan en niveles superiores de organización, generando patrones emergentes de sentido que pueden reproducir o desafiar la hegemonía dominante. Comprender estas interacciones requiere un enfoque analítico que integre análisis de contenido, teoría de la comunicación, historia cultural, sociología de la información y filosofía crítica. La semiosis emancipadora no puede limitarse a la producción de signos aislados; debe intervenir en los flujos, nodos y relaciones que configuran la semiósfera en su totalidad.

Así, el desafío gnoseológico se profundiza al considerar la dimensión temporal de la semiosis. La lógica de la mercancía privilegia inmediatez, novedad y caducidad rápida, generando un tiempo semántico comprimido donde los significados se consumen y descartan con velocidad. La filosofía de la semiosis, en cambio, debe pensar la producción de sentido en términos de sedimentación histórica, continuidad de las relaciones simbólicas y capacidad de reinterpretación crítica a lo largo del tiempo. Esto implica reconstruir capas de significado, analizar cómo los signos evolucionan en distintos contextos y proyectar posibilidades de resignificación que rompan con la caducidad impuesta por la mercantilización. La semiosis emancipadora es, por tanto, un proceso de extensión temporal y espacial, que articula pasado, presente y potencialidades futuras.

Otro problema central es la performatividad de los signos dentro de semiósferas dominadas por la mercancía. Los signos mercantiles no sólo representan, sino que actúan,

generan expectativas, orientan comportamientos, modelan deseos y consolidan jerarquías. La filosofía de la semiosis debe intervenir en esta performatividad, analizando cómo los signos producen efectos de realidad y diseñando estrategias para contrarrestar o redirigir estos efectos hacia fines emancipadores. Esto requiere una comprensión profunda de la pragmática social de los signos, de los mecanismos de autoridad simbólica y de la relación entre interpretación y acción.

Porque la creación de semiosis emancipadoras también implica un problema de traducción intersemiótica y mediática. La lógica de la mercancía tiende a segmentar códigos, plataformas y formatos, limitando la coherencia de significados complejos. La filosofía de la semiosis debe desarrollar técnicas de articulación que permitan integrar códigos distintos —lingüísticos, visuales, sonoros, digitales— en configuraciones coherentes capaces de generar comprensión crítica. Esta articulación es simultáneamente técnica, conceptual y ética; requiere decisiones sobre qué significados se priorizan, cómo se combinan y con qué efectos en la semiósfera global.

Un desafío adicional es la resistencia a la homogeneización semántica impuesta por la mercancía. Las semiosis emancipadoras no surgen de manera espontánea; requieren labor intensa de producción, validación y circulación de significados alternativos. La filosofía de la semiosis debe identificar espacios de autonomía relativa dentro de la semiósfera —instituciones culturales, comunidades digitales, redes de aprendizaje, tradiciones locales— y potenciar su capacidad de articular flujos interpretativos divergentes. La emancipación semiótica no consiste en eliminar la producción de sentido mercantil, sino en crear estructuras que permitan coexistencia crítica, diálogo y tensión constructiva entre diferentes matrices de interpretación.

Así, la epistemología de la filosofía de la semiosis enfrenta el problema de la autorreflexividad. La investigación y la práctica emancipadora son ellas mismas semiosis, intervienen en el campo que buscan analizar y transformar. Esto plantea la necesidad de metodologías capaces de reconocer la influencia recíproca entre investigador, comunidad y semiósfera. La validación del conocimiento no puede depender únicamente de criterios externos, sino de su capacidad de generar comprensión crítica, transformación social y ampliación de la libertad interpretativa. La semiosis emancipadora se construye simultáneamente como objeto de estudio, herramienta metodológica y práctica ética.

Nuestra lógica dialéctica de la filosofía de la semiosis ofrece, frente a la lógica de la mercancía, un marco capaz de integrar análisis material, histórico y semántico, articulando micro y macroprocesos de significación, consideraciones temporales y performativas, y estrategias de traducción intersemiótica. Su objetivo es la creación de semiosis y semiósferas emancipadas, que no sólo resistan la homogeneización mercantil, sino que generen posibilidades de acción crítica, cooperación social y construcción de sentidos que amplíen la capacidad de los sujetos para interpretar y transformar la realidad. La tarea es simultáneamente epistemológica, gnoseológica y práctica, requiere rigor analítico extremo, sensibilidad para los matices semánticos y compromiso con la transformación de los campos simbólicos dominados por intereses concentrados. En esta confrontación se define no sólo la posibilidad de conocimiento crítico, sino también la apertura de horizontes semióticos que permitan la emancipación colectiva de la interpretación y la producción de sentido en sociedades complejas.

Entonces profundización máxima de la filosofía de la semiosis frente a la lógica de la mercancía requiere abordar

dimensiones que, aunque conectadas con lo ya expuesto, no se habían explorado, la estructura micro y macro de la semiosis materializada en soportes tecnológicos, los procesos de codificación y decodificación simbólica, la dialéctica entre concentración y dispersión semiótica, la interrelación entre emociones colectivas y producción de sentido, y la capacidad de la semiosis emancipadora de generar disputa de clase por el sentido en sistemas culturales complejos. La lógica mercantil, al subordinar todo signo a su valor de intercambio, fragmenta las conexiones entre producción, circulación y recepción de significados, creando semiósferas cuya estabilidad depende de la homogeneización, la estandarización y la saturación de los códigos. La filosofía de la semiosis debe, en contraste, reconstruir la interconexión dialéctica de estos niveles, reconociendo la circularidad entre la semiosis concreta y las estructuras sociales que la condicionan, y articulando simultáneamente los niveles individuales, colectivos e históricos.

En términos epistemológicos, surge la necesidad de una teoría crítica de la semiosis materializada, que considere no sólo los signos como elementos abstractos, sino sus soportes físicos, digitales y comunicativos. Los signos circulan mediante dispositivos que codifican, priorizan y recombinan información, redes de datos, plataformas digitales, medios audiovisuales, interfaces urbanas, textos impresos. Cada soporte impone restricciones y posibilidades específicas sobre la densidad semántica, la velocidad de circulación y la capacidad de reinterpretación. La lógica de la mercancía explota estas propiedades para optimizar consumo y atención, reduciendo la complejidad interpretativa a patrones predecibles. La filosofía de la semiosis, en cambio, debe estudiar cómo los signos interactúan con los soportes para generar sentidos que trasciendan la mera rentabilidad, identificando vulne-

rabilidades en los flujos mercantiles y potenciales puntos de interrupción o transformación semiótica.

Un segundo desafío epistemológico se encuentra en la operación de codificación y decodificación simbólica en contextos de hegemonía mercantil. La lógica de la mercancía produce códigos diseñados para una interpretación uniforme, con redundancia que refuerza significados dominantes y minimiza ambigüedades. La filosofía de la semiosis debe desentrañar las estrategias de codificación que estabilizan la hegemonía, al mismo tiempo que explora mecanismos de decodificación divergente capaces de generar sentido crítico. La decodificación no es meramente interpretación subjetiva; implica reconstruir relaciones sociales, históricas y materiales, generar inferencias sobre intencionalidades implícitas y descubrir las restricciones impuestas por estructuras de poder. Este proceso permite identificar las zonas de resistencia y potencial emancipatorio dentro de la semiósfera mercantil.

Esta dinámica genera un campo de tensiones productivas, donde el control mercantil y la creatividad emancipadora se confrontan, retroalimentándose en un proceso dialéctico continuo. La dialéctica entre concentración y dispersión semiótica es otro eje crucial. La concentración mediática y tecnológica consolida nodos de poder que centralizan la producción de sentido, mientras que la dispersión, emergente de comunidades locales, redes alternativas y prácticas culturales subterráneas, introduce variabilidad y potencial de innovación. La filosofía de la semiosis debe analizar cómo estas fuerzas interactúan: los centros hegemónicos intentan absorber y cooptar innovaciones periféricas, mientras que las periferias buscan expandir interpretaciones alternativas que transformen gradualmente la semiósfera.

Toda dimensión afectiva de la semiosis también tiene relevancia central. La lógica mercantil organiza emociones colectivas —deseo, miedo, aspiración, indignación— para maximizar *engagement* y perpetuar significados dominantes. La filosofía de la semiosis debe analizar cómo estas emociones estructuran la recepción de signos y condicionan la internalización de narrativas hegemónicas. La semiosis emancipadora requiere intervenir en esta dimensión, articulando emociones colectivas con códigos que amplíen la capacidad de reflexión crítica y solidaridad social. La producción de sentido no puede limitarse a la racionalidad formal; debe considerar la capacidad de los signos para movilizar afectos y orientar prácticas sociales de manera coherente con principios emancipadores.

Eso problematiza el territorio gnoseológico que se intensifica al considerar la disputa de clase por el sentido de semiosis emancipadoras. No basta generar signos críticos aislados; la semiosis debe organizarse como sistema capaz de autotransformarse y reproducirse, generando nuevas normas de interpretación y validación interna. Esta disputa de clase por el sentido requiere mecanismos de retroalimentación que permitan evaluar la efectividad de los signos, integrar nuevas experiencias y adaptar códigos a contextos cambiantes, preservando simultáneamente su orientación emancipadora. La lógica mercantil, por el contrario, tiende a inhibir la disputa de clase por el sentido crítico al establecer criterios externos de valor —consumo, difusión, impacto medible— que restringen la capacidad de innovación semiótica.

Asimismo, la multiplicidad de niveles semióticos introduce complejidades gnoseológicas: microsemiosis de interacción cotidiana, mesosemiosis de instituciones y prácticas sociales y macrosemiosis de estructuras globales de significado. Cada nivel interactúa con los otros, y la

lógica de la mercancía influye principalmente en la micro y mesoesfera, pero con efectos acumulativos que configuran macroestructuras interpretativas. La filosofía de la semiosis debe construir modelos que integren estos niveles, comprendiendo cómo la producción de sentido en interacciones locales se amplifica y retroalimenta en estructuras mayores, y cómo las semiosis emancipadoras pueden intervenir simultáneamente en todos los niveles para reorganizar la semiósfera.

Un aspecto adicional es la temporalidad de la semiosis emancipadora. La lógica mercantil impone un tiempo semántico acelerado, con caducidad rápida de signos, noticias y narrativas. La filosofía de la semiosis debe introducir una temporalidad dialéctica que integre continuidad histórica, sedimentación cultural y potencial de reinterpretación futura. Esto permite que los signos críticos no se consuman en la inmediatez, sino que construyan memoria colectiva, generen aprendizaje social y establezcan precedentes para nuevas configuraciones de sentido. La emancipación semiótica se construye en la relación entre pasado, presente y futuro, articulando capas de significado que pueden resistir la volatilidad de la mercantilización.

Otro problema epistemológico radica en la combinatoria y recombinación de códigos. La lógica de la mercancía fragmenta códigos y formatos para maximizar la optimización, reduciendo la densidad semántica. La filosofía de la semiosis debe desarrollar estrategias de recombinación que permitan crear configuraciones de sentido más complejas, integración de lenguaje, imagen, sonido, datos y rituales sociales en narrativas coherentes y críticas. Esto exige herramientas analíticas que contemplen interrelaciones intersemióticas, compatibilidad de códigos y efectos emergentes, asegurando que la semiosis emancipadora sea capaz de producir sentido multidimensional, adaptable y reflexivo.

Así, la producción de semiosis y semiósferas emancipadoras enfrenta un problema de validación ética y social: ¿qué criterios definen que una semiosis es emancipadora y no simplemente alternativa? La filosofía de la semiosis debe establecer principios de coherencia crítica, relevancia social, apertura a reinterpretación y capacidad de promover autonomía cognitiva y colectiva. Esto implica un rigor metodológico extremo; cada signo, cada narrativa, cada práctica interpretativa debe evaluarse por su capacidad de ampliar horizontes de comprensión, fortalecer la autonomía interpretativa y articular relaciones sociales más justas y cooperativas.

Entonces, la máxima profundización de la filosofía de la semiosis frente a la lógica de la mercancía requiere abordar simultáneamente problemas epistemológicos, gnoseológicos, pragmáticos y afectivos. Se trata de analizar la semiosis en sus niveles micro, meso y macro, en sus dimensiones temporales y espaciales, en su materialidad y codificación, en su interacción con emociones colectivas y en su capacidad de disputa de clase por el sentido. La creación de semiosis y semiósferas emancipadoras implica diseñar configuraciones de sentido que resistan la homogeneización mercantil, generen comprensión crítica, integren diversidad de códigos y temporalidades, y establezcan sistemas de retroalimentación capaces de sostener innovación semiótica continua. Este proyecto constituye el núcleo de la filosofía de la semiosis como disciplina de análisis, crítica y transformación, orientada a liberar la producción de sentido de la primacía absoluta del valor mercantil y a abrir posibilidades de emancipación colectiva, racionalidad comunicativa y creatividad histórica.

Para incorporar una reflexión de raíz marxista sin mencionarlo, debemos entender que toda semiosis y se-

miósfera se inscribe en relaciones materiales de producción y poder, y que la dominación simbólica tiene su origen en la estructuración económica de la sociedad. La lógica de la mercancía no opera en un vacío abstracto; cada signo, cada narrativa, cada código está mediado por relaciones de propiedad, acumulación de recursos, control sobre medios de producción y estructuras jerárquicas de trabajo. La filosofía de la semiosis, en consecuencia, no puede limitarse a un análisis formal o lingüístico de los signos; debe situarlos en la totalidad social, considerando cómo la distribución de recursos materiales determina quién produce sentido, quién lo circula y quién lo recibe. Las semiosis dominantes reflejan la concentración de poder económico, pero también generan condiciones de legitimación ideológica que naturalizan esa concentración. Los signos mercantiles no sólo representan, sino que reproducen jerarquías de clase al organizar expectativas, deseos y percepciones de manera coherente con los intereses de quienes controlan la producción material.

Desde esta perspectiva, la creación de semiosis y semiósferas emancipadoras se convierte en un acto de transformación material y simbólica simultáneo. No basta producir signos críticos aislados; es necesario intervenir en las condiciones estructurales que permiten su circulación y su eficacia. La emancipación semiótica requiere reconocer que los campos de interpretación son inherentes a las relaciones de producción y que la disputa por el sentido es, en esencia, una disputa por el control de los recursos materiales y sociales que determinan qué significados pueden imponerse. Los códigos dominantes funcionan como extensiones simbólicas de la propiedad y la autoridad material; al desarticularlos críticamente y generar alternativas, se abre la posibilidad de redistribuir poder simbólico y, correlativamente, abrir espacios de autonomía material y cognitiva.

Así el rigor de la filosofía de la semiosis se profundiza al integrar esta dimensión histórica-material; cada innovación semiótica, cada recombinación de códigos, cada creación de sentido emancipador se entiende no sólo como ejercicio cognitivo, sino como intervención en un campo estructurado por desigualdad y explotación. Los signos se vuelven herramientas de mediación entre la conciencia y la estructura, revelan las contradicciones del sistema dominante, permiten reorganizar experiencias sociales dispersas y facilitan la construcción de una semiósfera capaz de articular práctica, conocimiento y aspiraciones colectivas. La dialéctica aquí no es abstracta; las tensiones entre semiosis dominantes y emancipadoras reflejan la lucha entre intereses concentrados y necesidades sociales amplias, entre control mercantil y autonomía colectiva, entre fragmentación impuesta y coherencia crítica emergente.

Nuestro análisis gnoseológico se amplía al reconocer que la verdad semiótica no es neutral; su producción depende de la posición histórica y material de quienes interpretan. La filosofía de la semiosis debe adoptar un enfoque consciente de esta condición; cada interpretación crítica reconoce que los significados no son meramente convencionales, sino estructuralmente situados en relaciones de poder. La construcción de semiosis emancipadoras, por tanto, requiere un conocimiento que integre historia, economía, cultura y praxis social, articulando teoría y acción para transformar tanto el espacio simbólico como las condiciones materiales que lo sustentan. En otras palabras, la emancipación del sentido y la emancipación social están indisolublemente vinculadas; toda semiosis liberadora reconoce que los signos sólo adquieren plena eficacia cuando contribuyen a reorganizar relaciones de producción, redistribuir poder y ampliar la autonomía de los sujetos.

Desde esta óptica, la Filosofía de la semiosis no es neutral ni contemplativa; es intrínsecamente política, en el sentido de intervenir en la reproducción de la estructura social. Cada semiosis emancipadora actúa como una instancia de praxis, articula crítica y acción, análisis y transformación, conocimiento y reorganización de relaciones materiales y simbólicas. La lógica dialéctica aplicada a la semiosis permite identificar contradicciones internas de la semiósfera dominante, explorar zonas de fragilidad y potencial subversivo, y orientar la circulación de signos de manera que desafíen la naturalización de la jerarquía económica y simbólica. Esto significa que los problemas epistemológicos y gnoseológicos no son sólo técnicos, son inseparables de la estructura material de la sociedad y de la posibilidad concreta de transformación social.

Nuestra perspectiva materialista también ilumina el papel de la historia en la semiosis; los signos y códigos dominantes no surgen de manera espontánea, sino como producto de procesos históricos de acumulación, apropiación y monopolización de medios de producción simbólica. La filosofía de la semiosis debe rastrear estas genealogías para comprender cómo se consolidan los sentidos hegemónicos, cómo se reproducen las relaciones de dependencia y cómo se generan fisuras susceptibles de transformación. La temporalidad crítica, así, no es lineal ni neutra, es dialéctica, conectando capas de experiencia histórica con posibilidades futuras de reorganización semiótica y social. La semiosis emancipadora se sitúa en este flujo, aprovechando tensiones históricas, movilizando conocimiento acumulado y proyectando alternativas viables que desafíen la concentración mercantil de sentido y de recursos.

Así, la reflexión marxista aplicada a la semiosis muestra que la emancipación simbólica no puede desvincular-

se de la emancipación material. La filosofía de la semiosis busca producir semiosis y semiósferas capaces de transformar la conciencia social, pero esta transformación sólo se realiza plenamente cuando los sujetos tienen capacidad de acción efectiva sobre las estructuras que condicionan sus posibilidades. Los signos emancipadores adquieren eficacia cuando operan como catalizadores de reorganización material y cognitiva, creando espacios de interpretación autónoma, colaboración colectiva y resistencia a la imposición mercantil. La semiosis emancipadora, entonces, se convierte en mediadora entre análisis crítico y praxis transformadora, entre comprensión de las condiciones materiales y capacidad de rearticularlas mediante producción de sentido, generando un círculo virtuoso que integra teoría, acción y creación de semiósferas capaces de sostener la libertad interpretativa y la justicia social.

Por lo tanto, la reflexión marxista profunda aplicada a la filosofía de la semiosis demuestra que la disputa por el sentido es inseparable de la lucha por el control de las condiciones materiales de producción y circulación de los signos. La semiosis dominada por la lógica de la mercancía refleja y reproduce jerarquías económicas, concentrando poder simbólico y material. La semiosis emancipadora, por el contrario, requiere una intervención dialéctica que articule crítica conceptual, recombinación de códigos, organización de semiósferas y transformación histórica-material, generando configuraciones de sentido que permitan autonomía cognitiva, cooperación social y reconfiguración de relaciones de poder. Esta perspectiva evidencia que emancipación del sentido y emancipación social son dimensiones interdependientes de un mismo proceso histórico-crítico, en el que la filosofía de la semiosis actúa como instrumento de conocimiento, praxis y creación de futuro.

En la demora está el peligro (también)

Esta afirmación de que "en la demora está el peligro" debe ser comprendida no sólo como advertencia táctica, sino como principio epistemológico y estratégico de la filosofía de la semiosis frente a la lógica mercantil dominante. La demora en la producción de sentido crítico no es un simple retraso operativo; constituye una pérdida de control sobre la semiósfera, que en su inercia favorece la consolidación de estructuras de dominación simbólica y material. Cada intervalo de inacción permite que los signos mercantiles, diseñados con precisión para saturar la percepción, naturalizar jerarquías y condicionar deseos, se reproduzcan con eficacia, reforzando la hegemonía de la lógica de la mercancía y estableciendo patrones de interpretación que se vuelven autopoiéticos, se alimentan de sí mismos, consolidando una semiósfera donde los significados críticos encuentran cada vez mayores resistencias para emerger. La rapidez, en cambio, no debe confundirse con superficialidad o prisa sin análisis; en el contexto de la filosofía de la semiosis, es producción activa de sentido, intervención dialéctica que articula comprensión histórica, recombinación de códigos, innovación conceptual y capacidad de circulación estratégica de significados.

Un primer nivel a considerar es la relación entre velocidad y densidad semántica. La lógica mercantil opera con rapidez artificial, contenidos fragmentados, noticias que caducan en minutos, narrativas estandarizadas que priorizan impacto sobre profundidad. La semiosis crítica debe contrarrestar esta velocidad superficial con una velocidad estratégica, que produzca signos capaces de insertarse en los flujos dominantes sin perder complejidad, generando resonancias que no se disuelvan inmediatamente. Esto implica un dominio de la infraestructura comunicativa, redes

digitales, medios alternativos, plataformas de educación y espacios públicos de interacción simbólica. La rapidez crítica es, por tanto, simultáneamente táctica y epistemológica; no es simplemente emitir antes que el otro, sino intervenir en el proceso de circulación del sentido de manera que los signos críticos no se absorban, neutralizados o cooptados por los mecanismos de la mercancía.

Desde un punto de vista gnoseológico, la rapidez se convierte en herramienta de validación del conocimiento. La demora implica que los significados críticos pueden perder relevancia frente a discursos que actúan como configuradores de percepción inmediata. Cada momento en el que no se produce, articula o disemina una semiosis emancipadora es un espacio que la lógica mercantil llena con equivalentes de sentido que no sólo no cuestionan la estructura social, sino que la refuerzan. La filosofía de la semiosis debe considerar que la validación del conocimiento no es únicamente interna ni conceptual; su eficacia depende de su capacidad de inserción en la semiósfera en tiempo suficiente para contrarrestar la saturación hegemónica y articular nuevas correlaciones de interpretación que influyan sobre la experiencia cotidiana.

Y la rapidez también tiene dimensión material y tecnológica. Los flujos de información, la infraestructura digital y los nodos de concentración mediática determinan qué significados pueden circular y con qué velocidad. La lógica mercantil ha optimizado estos flujos para maximizar atención, *engagement* y valorización simbólica, operando algoritmos y sistemas que priorizan contenidos en función de criterios cuantitativos más que cualitativos. La semiosis emancipadora debe intervenir en estos sistemas, no como simple resistencia pasiva, sino mediante estrategias de inserción crítica, producción de contenidos densos, formatos

intermediales que recombinan códigos y capacidades de viralización que respeten la coherencia conceptual. La rapidez, en este marco, no es aceleración arbitraria, sino velocidad selectiva, un manejo estratégico del tiempo de circulación del sentido.

Además, la rapidez es un instrumento de preservación de la integridad semántica frente a procesos de cooptación. Cada signo crítico que no se produce con oportunidad corre el riesgo de ser resignificado, apropiado o trivializado por la semiósfera dominante. La demora aumenta la probabilidad de que los significados emancipadores se diluyan en metáforas, slogans o interpretaciones superficiales que reafirman la lógica mercantil. La filosofía de la semiosis debe desarrollar métodos de anticipación, análisis de vulnerabilidades semióticas, identificación de espacios periféricos de circulación y diseño de signos que puedan resistir reinterpretaciones adversas. La rapidez se convierte en defensa y expansión simultáneamente, asegurando que la producción de sentido no sea simplemente reactiva, sino proactiva y estratégica.

Desde una perspectiva histórica y material, la rapidez se vincula con la gestión de contradicciones. Las semiósferas dominadas por la mercancía están cargadas de tensiones, contradicciones entre promesas de libertad y experiencia de explotación, entre acceso mediático y concentración de propiedad, entre representación y materialidad. Cada momento de demora permite que estas contradicciones se neutralicen mediante narrativas compensatorias, ritualización simbólica o saturación de contenido. La producción rápida de semiosis emancipadoras permite aprovechar estas fisuras en tiempo útil, articulando significados que revelen inconsistencias, desnaturalicen estructuras de poder y propicien reorganizaciones interpretativas capaces de influir

sobre la percepción colectiva antes de que los mecanismos hegemónicos cierren los márgenes de resistencia.

Entendemos que la rapidez también tiene dimensión dialéctica en relación con la innovación semiótica. La demora puede generar rigidez conceptual, aislamiento de códigos críticos y desconexión de los flujos sociales donde emergen nuevas posibilidades de sentido. La filosofía de la semiosis debe producir signos que interactúen con flujos emergentes, recombinaciones de códigos, traducciones intersemióticas y articulaciones entre micro y macroprocesos de interpretación. La velocidad estratégica permite que la innovación semiótica no quede confinada a espacios marginales, sino que se inserte en nodos de circulación críticos, construyendo semiósferas emergentes que actúen como contrahegemonías en tiempo real.

Tal principio de rapidez tiene también un componente ético y de responsabilidad social. La demora frente a la saturación mercantil no es neutra, implica aceptación tácita de la imposición de significados, legitimación de jerarquías simbólicas y consolidación de la alienación. La filosofía de la semiosis entiende que producir sentido rápido no es trivialidad ni superficialidad; es responsabilidad de intervenir en la configuración de la experiencia social, de proteger la autonomía interpretativa y de ampliar la capacidad de los sujetos para participar críticamente en la construcción de su realidad. La rapidez, en este sentido, se convierte en un deber epistemológico, gnoseológico y político; cada signo producido y difundido con oportunidad actúa como mediador entre conocimiento y acción, teoría y praxis, análisis crítico y transformación social.

Además, la rapidez requiere coordinación estratégica de recursos semióticos, humanos y tecnológicos. La semiosis emancipadora no se construye aisladamente; necesita

nodos organizativos, redes de colaboración y estructuras capaces de producir, validar y diseminar significados con eficacia. La filosofía de la semiosis debe considerar que cada momento de indecisión, cada retraso operativo, reduce la capacidad de intervención frente a semiósferas dominadas por la lógica de la mercancía, donde la saturación de signos hegemónicos es continua y sistemática. La rapidez se convierte en una forma de resiliencia, capacidad de responder, adaptarse y expandir interpretaciones en un entorno de alta presión simbólica.

Así, la rapidez como producción de sentido implica que cada signo, cada narrativa y cada recombinación de códigos se piense no sólo en términos de contenido, sino en términos de impacto estructural sobre la semiósfera, posibilidades de traducción intersemiótica, resonancia afectiva y capacidad de generar disputa de clase por el sentido crítico. La demora prolonga la reproducción de jerarquías, la naturalización de la alienación y la consolidación de estructuras de poder simbólico; la rapidez, en cambio, permite intervenir en la temporalidad de la circulación de signos, aprovechar fisuras, articular contradicciones y consolidar semiosis capaces de generar semiósferas emancipadoras. La filosofía de la semiosis, en su máxima exigencia científica y estratégica, reconoce que el tiempo es un factor constitutivo del sentido; producirlo, recombinarlo, diseminarlo y preservarlo requiere acción consciente, rapidez dialéctica y rigor extremo, porque en la demora se concentra no sólo la pérdida de oportunidad, sino la reproducción estructural de la dominación. La rapidez, entonces, es producción de sentido, intervención en la semiósfera, construcción de memoria histórica y práctica de emancipación simultáneamente, un principio operativo que articula epistemología, gnoseología y praxis social en la construcción de semiosis

y semiósferas capaces de resistir la saturación mercantil, reorganizar interpretaciones y abrir posibilidades de transformación profunda de la experiencia social.

En el contexto contemporáneo de saturación semiótica y concentración mercantil de medios, la rapidez se constituye no sólo como estrategia operativa, sino como principio epistemológico, gnoseológico y ético en la filosofía de la semiosis. La demora en producir, recombinar y diseminar significados críticos implica la consolidación de la hegemonía simbólica y el refuerzo de relaciones de dominación ya establecidas. La semiosis mercantil, optimizada para saturar la atención, dirigir afectos y fragmentar la comprensión, obtiene ventaja de cada lapso en el que las interpretaciones emancipadoras no se articulan con suficiencia de velocidad, continuidad y resonancia. Por tanto, la rapidez no es superficialidad ni prisa imprudente; es intervención estratégica, producción de sentido, anticipación de cooptaciones y creación de canales de circulación que mantengan la densidad semántica frente a la volatilidad y la homogeneización impuestas por la lógica de la mercancía.

Cada nodo de producción de sentido —desde medios digitales hasta espacios educativos y comunitarios— tiene propiedades específicas de codificación, transmisión y recepción. La lógica mercantil explota estas propiedades para maximizar visibilidad, *engagement* y rentabilidad simbólica, transformando cada signo en herramienta de refuerzo ideológico. La filosofía de la semiosis, al incorporar la rapidez como principio, debe dominar estas infraestructuras, entender sus limitaciones y potencialidades, y producir signos capaces de insertarse en flujos dominantes sin perder autonomía conceptual ni densidad crítica. La velocidad estratégica permite intervenir en momentos decisivos del flujo semiótico, explotando fisuras, contradicciones y lagunas

que el control mercantil no puede cubrir completamente. La rapidez implica un conocimiento integral de la estructura material, tecnológica y simbólica de la semiósfera.

Cada signo crítico, cada recombinación de códigos, no actúa aislado; su eficacia depende de su inserción en redes más amplias de significación, donde puede amplificarse o ser neutralizado. La demora favorece la neutralización y absorción de innovaciones periféricas, mientras que la intervención rápida permite que los significados emancipadores generen resonancias en la semiósfera global, articulando nodos locales y procesos históricos en una red dinámica de resistencia simbólica. La rapidez, entonces, es simultáneamente táctica, estructural e histórica, un instrumento para que la semiosis emancipadora mantenga coherencia, visibilidad y capacidad transformadora frente a flujos mercantiles que buscan saturar, fragmentar y neutralizar. El carácter dialéctico de la rapidez se evidencia en la interacción entre micro y macroprocesos de semiosis.

A nivel gnoseológico, la rapidez fortalece la validez del conocimiento crítico. La producción de sentido retardada corre el riesgo de volverse irrelevante, desplazada por discursos que actúan como configuradores de percepción inmediata y estandarizada. Cada momento en el que los significados emancipadores no circulan estratégicamente es un espacio que la lógica de la mercancía ocupa con narrativas que consolidan la alienación, naturalizan jerarquías y reproducen desigualdades. La filosofía de la semiosis, al priorizar la rapidez, asegura que las interpretaciones críticas no sólo se generen, sino que se inserten en contextos donde puedan alterar correlaciones de percepción, generar conciencia colectiva y abrir márgenes de acción social y cognitiva. La rapidez, así, no sólo es técnica; es constitutiva de la relevancia y la eficacia del conocimiento semiótico.

Estas emociones operan como vectores de consolidación ideológica y de adhesión a jerarquías simbólicas. La dimensión afectiva de la semiosis se integra profundamente con la rapidez. La saturación mercantil no sólo organiza información, sino emociones, deseo, miedo, frustración, aspiración. La producción de sentido rápida permite intervenir sobre estas resonancias afectivas antes de que se naturalicen, articulando emociones colectivas con códigos que estimulen reflexión crítica, cooperación social y capacidad de reinterpretación autónoma. En otras palabras, la rapidez estratégica amplifica la eficacia de la semiosis emancipadora al integrar simultáneamente dimensiones cognitivas, emocionales y sociales, generando experiencias de sentido que no sólo informan, sino que transforman la percepción y la acción.

Tal rapidez también se articula con la innovación semiótica y la recombinación de códigos. Los flujos mercantiles fragmentan y estandarizan formatos, priorizando simplicidad y predictibilidad sobre complejidad y densidad crítica. La filosofía de la semiosis debe producir signos capaces de recombinar códigos lingüísticos, visuales, sonoros y digitales, insertarlos en flujos dominantes y mantener coherencia conceptual y resistencia interpretativa. La rapidez permite que estas combinaciones innovadoras circulen antes de ser neutralizadas, cooptadas o banalizadas, generando semiosis que articulan microprocesos de interacción con estructuras macro de semiósferas, ampliando la autonomía cognitiva y reforzando la capacidad de acción social crítica.

En términos materiales y tecnológicos, la rapidez requiere un dominio de la infraestructura de circulación de signos. La lógica mercantil optimiza algoritmos, plataformas digitales y sistemas de difusión para priorizar contenido rentable y predecible. La semiosis emancipadora

debe intervenir con precisión, utilizando estas mismas herramientas para generar flujos de sentido críticos que penetren en los nodos de circulación dominantes, amplifiquen interpretaciones divergentes y creen espacios temporales de resistencia antes de la saturación mercantil. La rapidez no es improvisación; es planeación estratégica, conocimiento profundo de los sistemas de difusión y anticipación de posibles mecanismos de neutralización de la hegemonía simbólica.

Así, la rapidez también se relaciona con la construcción de memoria histórica y sedimentación cultural. La lógica mercantil impone caducidad acelerada, fragmentación y volatilidad, debilitando la capacidad de los signos de generar continuidad interpretativa y aprendizaje social. La filosofía de la semiosis debe producir semiosis que, aun siendo rápidas, establezcan conexiones temporales entre pasado, presente y proyección futura, generando estructuras de memoria colectiva que permitan reinterpretación, aprendizaje y planificación estratégica de resistencia. La velocidad estratégica, en este marco, no contradice la profundidad histórica; la rapidez se convierte en vehículo para preservar, recombinar y proyectar significados críticos dentro de la semiósfera, asegurando que cada signo tenga efectos sostenidos más allá de la inmediatez del flujo mediático.

Entonces, la rapidez también fortalece la disputa de clase por el sentido de semiosis emancipadoras. La producción de signos críticos aislados puede ser absorbida o desarticulada por la semiósfera dominante; la intervención rápida permite generar retroalimentación constante, ajustar códigos, validar interpretaciones y ampliar nodos de circulación. Cada signo rápido incrementa la capacidad del sistema crítico de reproducirse, innovar y sostenerse frente a la saturación mercantil. La demora, en cambio, erosiona

esta capacidad, dejando que la hegemonía simbólica consolide su control y neutralice posibilidades de recombinación y resistencia.

Desde un enfoque ético y político, la rapidez se constituye en obligación. Cada retraso en la producción de semiosis crítica no sólo representa pérdida estratégica, sino legitimación tácita de la dominación simbólica y de la alienación estructural. La filosofía de la semiosis reconoce que el tiempo es constitutivo del sentido; la oportunidad de intervenir en flujos semióticos define la capacidad de transformar percepciones, expandir autonomía cognitiva y articular praxis social crítica. La velocidad estratégica, entonces, no es un lujo; es responsabilidad epistemológica, gnoseológica y política, constituyendo la diferencia entre reproducción de jerarquías y construcción de semiosis y semiósferas emancipadoras.

Entonces, la rapidez también interactúa con la territorialidad de los flujos de sentido. Las semiósferas no son homogéneas; presentan nodos de concentración, periferias de circulación alternativa y puntos de tensión interpretativa. La intervención rápida permite identificar y articular estos nodos, trasladando significados críticos desde espacios marginales hacia centros de circulación, generando efecto multiplicador en toda la semiósfera. La demora favorece la inercia y consolida la concentración de poder simbólico, mientras que la rapidez amplifica la capacidad de recombinar significados, aprovechar contradicciones y sostener dinámicas de resistencia antes de la neutralización mercantil.

Una producción de sentido rápida también debe integrar perspectiva materialista; los signos no existen en abstracto, sino en contextos determinados por relaciones de producción, propiedad, tecnología y concentración de medios. Cada signo crítico que no circula estratégicamen-

te pierde eficacia no sólo semiótica, sino también material; no influye sobre estructuras de percepción, práctica social ni distribución de poder simbólico. La rapidez estratégica, en cambio, permite que los signos interactúen con estas estructuras, generando correlaciones de interpretación que abren espacio a la reorganización de semiósferas, fortaleciendo la autonomía cognitiva, la cooperación colectiva y el potencial transformador.

Así, la rapidez como principio de producción de sentido articula simultáneamente análisis histórico, intervención tecnológica, recombinación de códigos, movilización afectiva, construcción de memoria y acción social. La demora concentra el peligro, permite que los flujos mercantiles saturen, homogenicen y neutralicen la semiosis emancipadora. La filosofía de la semiosis, al reconocer la velocidad como factor constitutivo de eficacia, construye signos capaces de intervenir oportunamente, mantener densidad crítica, generar resonancias colectivas y sostener disputa de clase por el sentido de semiosis y semiósferas emancipadoras. La rapidez es, por lo tanto, producción de sentido, praxis transformadora, estrategia epistemológica y herramienta ética; cada signo rápido, preciso y articulado amplía la capacidad de la semiósfera de resistir la lógica de la mercancía, reorganizar interpretaciones, fortalecer autonomía colectiva y proyectar posibilidades de transformación histórica, cognitiva y social. La demora no es neutral; es perpetuación de dominación; la rapidez es emancipación activa.

Hay que estudiar todos los ángulos posibles, tecnológicos, geopolíticos, cognitivos, históricos y afectivos, manteniendo máxima densidad conceptual. La rapidez como producción de sentido no puede ser entendida únicamente como una cuestión de tiempo operativo o eficiencia comunicativa; constituye un principio estructurante de la acción

crítica sobre la semiósfera global. En un entorno donde la saturación de signos mercantiles opera en múltiples niveles —desde la microinteracción cotidiana hasta la configuración de macronarrativas culturales—, la demora introduce un desfase crítico, deja que las estructuras de dominación simbólica consoliden patrones de interpretación, legitimen jerarquías y neutralicen innovaciones semióticas antes de que puedan desplegar su potencia emancipadora. Cada signo no producido o cada recombinación conceptual no circulada representa un vacío ocupado inmediatamente por significados funcionales al sistema de acumulación mercantil, los cuales no sólo informan, sino que moldean comportamientos, expectativas y emociones colectivas. La rapidez, entonces, es simultáneamente defensiva y ofensiva; protege la densidad crítica de los signos mientras despliega su capacidad de transformación en tiempo suficiente para influir sobre la percepción y la acción social.

También el análisis tecnológico revela que la rapidez no es simplemente aceleración arbitraria, sino manejo estratégico de infraestructuras mediáticas y de información. Cada nodo digital —algoritmos, plataformas, sistemas de distribución de contenidos— presenta propiedades específicas que determinan la velocidad, el alcance y la recombinación posible de los signos. La lógica mercantil ha optimizado estos nodos para priorizar la repetición, la previsibilidad y la viralización superficial, mientras que la semiosis emancipadora debe intervenir sobre ellos con precisión, articulando significados complejos que circulen sin perder densidad crítica. La rapidez estratégica permite identificar oportunidades de inserción, adaptar los códigos a las restricciones de los sistemas y anticipar la cooptación, creando circuitos de circulación que refuercen la autonomía interpretativa y la resiliencia de la semiósfera.

Desde un enfoque geopolítico, la rapidez se convierte en elemento clave de intervención en un espacio globalizado de producción y circulación de sentido. Los discursos mercantiles y hegemónicos operan a escala transnacional, articulando intereses económicos concentrados con narrativas ideológicas que estructuran la percepción de eventos, conflictos y políticas públicas. La demora en la producción de semiosis crítica permite que estas narrativas dominen espacios estratégicos, estableciendo consensos tácitos y consolidando jerarquías entre regiones, grupos sociales y sectores productivos. La rapidez, en cambio, permite que las interpretaciones emancipadoras penetren en estos nodos geopolíticos, generando resonancias que articulan experiencias locales con procesos globales, exponiendo contradicciones estructurales y reconfigurando relaciones de interpretación a escala planetaria.

Cognitivamente, la rapidez tiene implicaciones profundas sobre la construcción de modelos de comprensión y anticipación. La saturación mercantil fragmenta la atención y genera patrones de percepción predictivos, reduciendo la capacidad de los individuos y colectivos de interpretar críticamente los signos. La filosofía de la semiosis debe producir rapidez conceptual, diseñando signos que, al circular con oportunidad, habiliten procesos de reflexión, síntesis y reconstrucción de sentido en tiempo real. Esta rapidez cognitiva permite que los sujetos actúen como nodos de recombinación activa, no meros receptores pasivos, ampliando la complejidad de la semiosis y fortaleciendo la disputa de clase por el sentido de semiósferas capaces de adaptarse y resistir la presión mercantil.

Históricamente, la rapidez se articula con la gestión de la memoria y la continuidad de la experiencia colectiva. La lógica mercantil impone temporalidades fragmentadas,

donde la caducidad de signos y narrativas debilita la construcción de aprendizajes sociales sostenidos. La semiosis emancipadora debe intervenir temporalmente, produciendo signos que conecten presente, pasado y proyección futura, generando sedimentación cultural y continuidad histórica. La rapidez, en este marco, no contradice la profundidad; es vehículo de preservación, recombinación y transmisión de conocimiento crítico, asegurando que la semiósfera emancipadora mantenga coherencia, densidad y capacidad de aprendizaje frente a la volatilidad mercantil.

A nivel estructural, la rapidez es factor de equilibrio y expansión de las semiósferas. Cada signo crítico insertado con oportunidad actúa como nodo de conexión, estableciendo enlaces entre microprocesos interpretativos y estructuras macro de significado. La demora favorece la concentración, la homogeneización y la monopolización simbólica; la rapidez permite que la diversidad de interpretaciones se articule estratégicamente, generando redes interconectadas de sentido que refuercen la resistencia, amplíen la autonomía cognitiva y fortalezcan la capacidad de autotransformación de los sistemas semióticos.

Afirmemos que la dimensión afectiva y motivacional se integra plenamente en la rapidez. La saturación mercantil no sólo controla información, sino emociones, ansiedad, aspiración, miedo, deseo, frustración. La producción de semiosis rápida permite intervenir en estos vectores afectivos, articulando emociones con códigos que fortalezcan la reflexión crítica, la cooperación y la capacidad de acción colectiva. La rapidez estratégica, en este sentido, no es sólo cuestión de circulación de signos, sino de mediación de experiencias afectivas que configuren patrones de sentido capaces de sostener prácticas emancipadoras a largo plazo.

Producir con rapidez también articula innovación semiótica y recombinación de códigos. La lógica mercantil es-

tandariza y fragmenta formatos, reduciendo la complejidad interpretativa. La filosofía de la semiosis debe producir signos capaces de recombinar lenguaje, imagen, sonido, datos y prácticas sociales en estructuras coherentes, densas y resistentes a la cooptación. La velocidad estratégica asegura que estas innovaciones circulen antes de ser neutralizadas, estableciendo semiosis capaces de generar efectos emergentes, nodos de resistencia y expansión de semiósferas críticas a escala global.

En la dimensión ética, la rapidez se constituye en deber; cada demora frente a la saturación mercantil implica legitimación tácita de jerarquías, reproducción de alienación y consolidación de estructuras de poder. La filosofía de la semiosis entiende que producir signos oportunos es responsabilidad epistemológica, gnoseológica y política. Cada intervención rápida articula análisis crítico, recombinación de códigos, movilización afectiva y capacidad de transformación social, generando semiosis que no sólo interpretan, sino que modifican la semiósfera y los marcos de acción de los sujetos.

Entonces, la rapidez es también gestión estratégica de recursos semióticos y humanos. La producción de sentido emancipador requiere coordinación de nodos organizativos, equipos de análisis, sistemas tecnológicos y canales de circulación. La demora erosiona esta capacidad, deja que la hegemonía simbólica consolide control, saturación y neutralización de innovaciones. La rapidez permite sincronizar esfuerzos, optimizar flujos de información, mantener densidad crítica y asegurar que cada signo contribuya a la expansión de semiósferas capaces de resistir la lógica de la mercancía y proyectar posibilidades de reorganización social y cognitiva.

Por lo tanto, la rapidez como producción de sentido articula simultáneamente los niveles cognitivo, tecnológi-

co, afectivo, histórico, estructural, geopolítico y ético de la semiosis. La demora concentra el peligro: consolidación de hegemonía, saturación de flujos, neutralización de innovaciones, erosión de memoria histórica y debilitamiento de la disputa de clase por el sentido crítico. La rapidez estratégica genera resonancia, recombina códigos, fortalece autonomía cognitiva, proyecta memoria colectiva, articula nodos geopolíticos y expande la capacidad de transformación social. Cada signo producido con rapidez no sólo interviene en la semiósfera, redefine temporalidades, reorganiza interpretaciones, moviliza afectos, activa redes de resistencia y contribuye a la construcción de semiósferas emancipadoras capaces de sostener conocimiento crítico, autonomía interpretativa y potencial transformador a escala global. La rapidez se convierte, así, en principio operativo, epistemológico, gnoseológico, ético y político; producirla, mantenerla y articularla estratégicamente es simultáneamente acto de creación de sentido, intervención social y resistencia activa frente a la lógica mercantil que busca saturar, homogeneizar y neutralizar la semiosis crítica.

En un mundo donde la saturación de signos mercantiles opera a velocidades sin precedentes, la rapidez se convierte en principio estructurante de toda semiosis crítica y emancipadora. Cada retraso en la producción de sentido tiene consecuencias estructurales, permite que la semiósfera dominante consolide patrones de interpretación, refuerce jerarquías simbólicas y neutralice innovaciones críticas antes de que puedan desplegar su potencia transformadora. La lógica de la mercancía, que organiza flujos de información, atención y deseo, se beneficia de cualquier demora, porque cada intervalo en el que los signos emancipadores no circulan o no se recombinan estratégicamente constituye un vacío que el poder mercantil llena con narrativas

funcionales a la reproducción de su hegemonía. Por ello, la rapidez no es una cuestión de eficiencia superficial, sino un principio estratégico, epistemológico, gnoseológico y ético; producir y diseminar significados con oportunidad es, simultáneamente, defensa de la densidad crítica, intervención estructural y creación de semiósferas capaces de resistir y reorganizar la dominación simbólica.

Por eso la rapidez, entendida en este marco, requiere un análisis integral de la infraestructura tecnológica de la semiosis. Los nodos de circulación de información —algoritmos de recomendación, plataformas de redes digitales, sistemas de difusión masiva— presentan propiedades específicas que condicionan la velocidad, el alcance y la recombinación de los signos. La lógica mercantil ha optimizado estos nodos para priorizar contenido rentable y predecible, estandarizando formatos y favoreciendo la viralización superficial. Frente a esto, la filosofía de la semiosis debe intervenir estratégicamente, produciendo signos densos que puedan penetrar en los flujos dominantes sin perder coherencia conceptual ni autonomía crítica. La velocidad aquí no es arbitraria, es selectiva, consciente de los patrones de circulación, de los márgenes de atención disponibles y de los mecanismos de neutralización simbólica que la semiósfera mercantil implementa de manera sistémica. Cada signo rápido es un punto de resistencia, un nodo de recombinación y un instrumento de disputa de clase por el sentido semiótico que amplifica la capacidad de interpretación autónoma.

Por su parte, el análisis geosemiótico amplía la dimensión de la rapidez, considerando que los flujos de sentido operan en un espacio globalizado donde los discursos hegemónicos articulan intereses económicos concentrados con narrativas ideológicas transnacionales. La demora en producir e insertar semiosis emancipadoras permite que

estas narrativas ocupen espacios estratégicos, estableciendo consensos tácitos y consolidando jerarquías culturales y cognitivas entre regiones y sectores sociales. La rapidez estratégica permite intervenir en estos nodos globales de manera proactiva, generando resonancias que conectan experiencias locales con procesos globales, revelando contradicciones estructurales y articulando semiosis capaces de expandir la autonomía interpretativa a escala planetaria. Los signos que circulan con oportunidad funcionan como mediadores de conciencia colectiva, estableciendo correlaciones de interpretación que desafían la saturación mercantil y reorganizan las semiósferas desde adentro, creando circuitos de resistencia que se autoalimentan y recombinan continuamente.

Desde la perspectiva cognitiva, la rapidez se articula con la construcción de modelos de comprensión y anticipación. La saturación mercantil fragmenta la atención y genera patrones de percepción predictivos, debilitando la capacidad crítica y la creatividad interpretativa de los sujetos. Producir signos con rapidez permite reconstruir temporalidades cognitivas, estableciendo secuencias de sentido que favorecen la reflexión crítica, la integración de experiencias y la reorganización de redes de conocimiento colectivo. Cada signo estratégico actúa como catalizador de procesamiento cognitivo; no sólo informa, sino que transforma los modos de atención, reorganiza la memoria de la semiósfera y habilita anticipaciones críticas frente a flujos dominantes de saturación, banalización y fragmentación.

Históricamente, la rapidez se convierte en instrumento de preservación de memoria, continuidad y sedimentación cultural. La lógica mercantil fragmenta narrativas y diluye aprendizajes sociales, imponiendo temporalidades efímeras donde los signos caducan antes de generar com-

prensión profunda. La semiosis emancipadora, al operar con rapidez, establece conexiones entre pasado, presente y futuro, creando estructuras de memoria colectiva que permiten reinterpretación, aprendizaje y planificación estratégica de resistencia. Esta temporalidad crítica no es lineal; es dialéctica, cada signo rápido articula experiencias previas, genera comprensión contextualizada y proyecta posibilidades futuras de recombinación interpretativa y transformación social. La velocidad estratégica, entonces, no contradice la profundidad histórica; la potencia, porque permite sedimentar sentido sin permitir que la hegemonía simbólica lo neutralice antes de consolidarse.

En términos estructurales, la rapidez amplifica la capacidad de las semiósferas de autoorganizarse y sostener la disputa de clase por el sentido. Cada signo insertado oportunamente crea nodos de conexión entre microprocesos de interpretación y estructuras macro de circulación, generando redes de resistencia capaces de adaptarse a la saturación mercantil y recombinarse ante nuevas configuraciones de poder. La demora erosiona esta capacidad, dejando que la semiósfera dominante consolide concentración, homogeneización y neutralización de innovaciones. La velocidad estratégica, en cambio, permite que los signos críticos actúen como catalizadores de resistencia, articulando diversidad interpretativa, fortaleciendo autonomía cognitiva y aumentando la resiliencia de semiósferas emancipadoras frente a presiones de monopolización simbólica y mercantil.

Ansiedad, deseo, frustración, aspiración y miedo se configuran como vectores que la semiosis mercantil utiliza para consolidar jerarquías y reproducir alienación. La dimensión afectiva es inseparable de la rapidez; los flujos mercantiles no sólo transmiten información, sino emociones, afectos y estados motivacionales. La producción de

semiosis rápida permite intervenir en estas resonancias afectivas, articulando emociones con códigos críticos que estimulen reflexión, cooperación y acción social autónoma. La velocidad estratégica integra el conocimiento de afectos colectivos con recombinación de signos, generando experiencias de sentido que no sólo informan, sino transforman percepciones y comportamientos, creando patrones sostenibles de resistencia interpretativa.

Cada recombinación rápida incrementa la complejidad interpretativa, articula microprocesos con macroestructuras y fortalece la capacidad de autotransformación de las semiósferas emancipadoras. La innovación semiótica se potencia a través de la rapidez. La lógica mercantil fragmenta, estandariza y banaliza códigos; producir signos críticos con velocidad estratégica permite recombinar lenguaje, imagen, sonido, datos y prácticas sociales de manera coherente y resistente. La circulación rápida asegura que estas innovaciones logren penetrar en flujos dominantes antes de ser neutralizadas, estableciendo semiosis que generan efectos emergentes y nodos de resistencia capaces de expandirse e interconectarse a nivel global.

Ética y política convergen en la rapidez; cada demora es legitimación tácita de dominación simbólica y reproducción de jerarquías. La filosofía de la semiosis entiende que producir signos con velocidad estratégica es obligación epistemológica, gnoseológica y política. Cada intervención rápida articula análisis crítico, recombinación de códigos, movilización afectiva y praxis transformadora, generando semiosis capaces de modificar la semiósfera y los marcos de acción social. La velocidad se convierte en instrumento de responsabilidad; intervenir oportunamente significa proteger autonomía interpretativa, articular experiencias colectivas y proyectar posibilidades de transformación histórica y cognitiva.

Hay que recordar que la rapidez requiere coordinación estratégica de recursos; equipos de producción de signos, nodos tecnológicos, sistemas de distribución y redes de colaboración deben funcionar como conjunto integrado. La demora erosiona esta coordinación, dejando que la hegemonía simbólica consolide control y saturación. La velocidad permite sincronizar esfuerzos, optimizar flujos, mantener densidad crítica y asegurar que cada signo contribuya a la expansión de semiósferas capaces de resistir la lógica mercantil y proyectar reorganización social y cognitiva.

Así, la rapidez articula simultáneamente niveles cognitivos, tecnológicos, históricos, afectivos, estructurales, geopolíticos y éticos de la semiosis. La demora concentra peligro, saturación, homogeneización, neutralización de innovaciones, erosión de memoria y debilitamiento de disputa de clase por el sentido crítico. La velocidad estratégica genera resonancia, recombina códigos, fortalece autonomía cognitiva, proyecta memoria colectiva, articula nodos geopolíticos y expande capacidad transformadora. Cada signo producido con rapidez redefine temporalidades, reorganiza interpretaciones, moviliza afectos, activa redes de resistencia y contribuye a la construcción de semiósferas emancipadoras capaces de sostener conocimiento crítico, autonomía interpretativa y potencial transformador. La rapidez se convierte en principio operativo, epistemológico, gnoseológico, ético y político; producirla, mantenerla y articularla estratégicamente es simultáneamente creación de sentido, intervención social y resistencia activa frente a la saturación mercantil, generando semiosis capaces de reorganizar la percepción colectiva, ampliar autonomía interpretativa y proyectar posibilidades de transformación profunda de la experiencia social, cognitiva e histórica.

El tiempo dentro de la filosofía de la semiosis, entendiendo que la producción de sentido, la rapidez estratégi-

ca, la disputa de clase por el sentido y de la semiosis con la intervención en semiósferas emancipadoras dependen de una comprensión dialéctica y materialista del tiempo.

Pensar el tiempo en la filosofía de la semiosis no es un marco neutro ni lineal, ni un simple contenedor cronológico de sucesos. Constituye un principio activo que articula producción, circulación, recombinación y sedimentación de significados dentro de las semiósferas. La semiosis crítica reconoce que cada signo, cada recombinación de códigos y cada intervención estratégica en la semiósfera tiene su lugar en un continuum temporal que determina su eficacia y su capacidad de transformación social. En este sentido, la comprensión del tiempo es inseparable de la acción sobre la semiósfera; la rapidez no puede ser entendida sin temporalidad. Producir sentido sin considerar la historia y las estructuras materiales de la sociedad es producir signos vacíos, carentes de resonancia y sin capacidad de intervención crítica. El tiempo, en la filosofía de la semiosis, es dialéctico, no transcurre uniformemente, sino que se configura en función de las contradicciones, las relaciones de poder, los flujos de información y las resistencias interpretativas que atraviesan la semiósfera.

Es que la temporalidad semiótica se manifiesta en múltiples niveles interrelacionados. En primer lugar, existe la temporalidad de la circulación, vinculada a la rapidez estratégica; la eficacia de un signo depende de su capacidad de insertarse en el flujo dominante de manera que genere resonancias antes de ser neutralizado, absorbido o banalizado. La demora, en este marco, no es un simple retraso operativo, sino una pérdida de posición en la estructura temporal de la semiósfera; cada intervalo permite que los flujos mercantiles saturen espacios, consoliden jerarquías y naturalicen interpretaciones, restringiendo la capacidad de

innovación y resistencia. La producción de semiosis emancipadoras requiere comprensión del ritmo, la frecuencia y los intervalos en los que los significados pueden circular eficazmente, anticipando los momentos en los que la intervención crítica maximiza su potencia transformadora.

En segundo lugar, está la temporalidad de sedimentación; cada signo crítico que circula con rapidez no sólo debe insertarse en flujos actuales, sino que debe proyectarse hacia la memoria colectiva, generando continuidad interpretativa y construyendo semiósferas capaces de sostener conocimiento crítico a lo largo del tiempo. La lógica mercantil, al fragmentar narrativas y acortar ciclos de atención, reduce la capacidad de los signos de generar memoria histórica y continuidad cognitiva. La filosofía de la semiosis, en cambio, articula temporalidad estratégica y profundidad histórica; cada intervención semiótica rápida está diseñada para resonar en capas de sentido acumuladas, conectando experiencias pasadas, presentes y futuras, permitiendo que los sujetos puedan interpretar críticamente la estructura de dominación y anticipar posibilidades de reorganización social.

En la semiósfera mercantil, el ritmo impuesto por la lógica de la mercancía determina la caducidad de los signos y la saturación de la atención. El tiempo también es dimensión de resistencia. Cada signo crítico que no se produce y circula con oportunidad corre el riesgo de ser absorbido o desarticulado. Por el contrario, la semiosis emancipadora utiliza la temporalidad para articular signos en secuencias estratégicas, estableciendo resonancias que se multiplican a través de la retroalimentación, la recombinación de códigos y la creación de nodos de resistencia duraderos. La velocidad estratégica no es simplemente rapidez; es comprensión de los ritmos dominantes y manipulación de la temporalidad como herramienta de intervención, generan-

do estructuras de sentido que pueden sostenerse frente a la presión de la saturación mercantil.

Cada signo producido con rapidez contribuye a la construcción de un acervo de significados críticos que, al recombinarse, genera nuevos niveles de complejidad interpretativa. El tiempo se manifiesta también como estructura de acumulación y transformación semiótica. La temporalidad dialéctica permite que la semiosis no sea estática; cada innovación se inserta en una red que articula pasado, presente y potencial futuro, transformando la semiósfera a partir de la concatenación de intervenciones estratégicas. La demora interrumpe este proceso, favoreciendo que las semiósferas mercantiles consoliden monopolios de sentido, saturen la percepción y neutralicen la capacidad de recombinación crítica. La filosofía de la semiosis reconoce que la temporalidad es condición de posibilidad para que la producción de sentido genere efectos materiales, cognitivos y sociales sostenibles.

Toda dimensión afectiva del tiempo es central. Las emociones y estados motivacionales, que los flujos mercantiles manipulan para consolidar jerarquías, tienen ritmos propios que deben ser considerados en la producción de semiosis rápida. La intervención semiótica estratégica toma en cuenta la caducidad de resonancias afectivas, la duración de impactos motivacionales y la sincronización de signos con ciclos de atención y respuesta emocional. La rapidez temporal permite que las emociones se articulen con significados críticos, generando procesos de interpretación que no sólo informan, sino que transforman percepciones y comportamientos colectivos. La temporalidad afectiva se convierte en recurso estratégico; cada signo insertado en el momento preciso amplifica su capacidad de reorganizar la experiencia social.

Así, el tiempo en la filosofía de la semiosis también tiene dimensión geopolítica y material. Los flujos de información globalizados, concentrados en nodos tecnológicos y mediáticos específicos, definen ritmos de circulación que varían según región, acceso y control sobre infraestructura. La semiosis emancipadora debe comprender estas temporalidades para intervenir eficazmente, estableciendo nodos de circulación, recombinando códigos y proyectando signos hacia espacios estratégicos antes de que la saturación mercantil los neutralice. La velocidad estratégica, en este contexto, se articula con la comprensión de redes de poder simbólico y material, creando semiósferas capaces de expandir autonomía interpretativa, reorganizar correlaciones de fuerza y proyectar transformaciones en escalas locales y globales.

Cada signo insertado estratégicamente permite establecer correlaciones de interpretación, validar conocimientos y generar aprendizajes colectivos que no serían posibles en la demora. La filosofía de la semiosis concibe la temporalidad como medio de validación de la verdad crítica; los significados deben circular, recombinarse y sedimentarse para producir conocimiento que influya sobre estructuras de poder, percepción colectiva y capacidad de acción social. El tiempo es asimismo principio gnoseológico y epistemológico. La producción de sentido no puede separarse de la temporalidad; la comprensión crítica surge de la interacción entre ritmo de circulación, acumulación histórica y recombinación de significados.

Entonces, la temporalidad también estructura la disputa de clase por el sentido de semiosis emancipadoras. Cada intervención rápida genera retroalimentación que refuerza nodos de resistencia, conecta microprocesos de interpretación con macroestructuras y permite recombinación constante. La demora, al interrumpir la secuencia

temporal de circulación, erosiona esta capacidad de autotransformación, debilitando la autonomía cognitiva y reduciendo la resiliencia de las semiósferas críticas. La rapidez, entonces, no es sólo aceleración; es gestión dialéctica de ciclos de intervención, recombinación y retroalimentación, que asegura la continuidad y expansión de semiosis emancipadoras frente a la saturación mercantil.

Cada signo que no circula con la temporalidad adecuada contribuye a la reproducción de dominación simbólica. La filosofía de la semiosis entiende que producir rapidez estratégica es deber epistemológico, gnoseológico y político; cada intervención temporalmente ajustada articula conocimiento crítico, recombinación de códigos, movilización afectiva y praxis transformadora, garantizando que la semiósfera pueda sostener interpretaciones autónomas, memoria histórica y capacidad de reorganización social. El tiempo como principio ético se manifiesta en la responsabilidad de intervenir oportunamente.

Nuestro concepto de tiempo se vincula directamente con la estrategia de recombinación de códigos y traducción intersemiótica. La efectividad de cada recombinación depende de la sincronización temporal; los signos deben insertarse en momentos en que las resonancias previas, los afectos colectivos y los flujos de atención permitan que la innovación semiótica no sólo se perciba, sino que sea interpretada y recombinada por los sujetos. La temporalidad estratégica asegura que cada signo amplifique la densidad crítica, genere resonancia colectiva y contribuya a la expansión de semiósferas capaces de sostener conocimiento y acción emancipadora en contextos saturados y jerárquicamente controlados por la lógica mercantil.

Así, el tiempo en la filosofía de la semiosis integra simultáneamente dimensiones cognitiva, afectiva, tecnológi-

ca, histórica, estructural y geopolítica. La rapidez estratégica se articula con sedimentación histórica, disputa de clase por el sentido semiótico, recombinación de códigos, resonancia afectiva y proyección de memoria colectiva, garantizando que la producción de sentido emancipe y reorganice semiósferas frente a la saturación mercantil. La demora concentra peligro, saturación, neutralización, erosión de memoria, debilitamiento de disputa de clase por el sentido y consolidación de jerarquías simbólicas.

En la filosofía de la semiosis, el tiempo es condición de posibilidad de la rapidez, fundamento de la densidad crítica, estructura de la memoria colectiva y herramienta de emancipación, producir, insertar y proyectar signos con temporalidad estratégica es simultáneamente epistemología aplicada, praxis transformadora y resistencia activa frente a la lógica de la mercancía, asegurando que la semiósfera se mantenga viva, autónoma y capaz de generar correlaciones de interpretación y acción social que transformen la experiencia histórica y la percepción colectiva. La intervención temporalmente ajustada es producción de sentido, acción social, recombinación crítica, resistencia estratégica y proyecto de transformación histórica.

Tiempo, rapidez semiótica, disputa de clase por el sentido, infraestructura tecnológica, geosemiótica, afectos, sedimentación histórica y, de manera nueva, las perspectivas del futuro inmediato

Entendemos que una comprensión critica del tiempo en la filosofía de la semiosis constituye un eje central para la articulación entre producción de sentido, autonomía interpretativa y transformación social. No se trata de una noción lineal ni neutral, sino de un principio activo que determina la eficacia de cada intervención semiótica, la posibilidad de recombinación de códigos y la disputa de clase por el sen-

tido de semiósferas emancipadoras. La rapidez estratégica no puede separarse de la temporalidad; cada signo, cada recombinación y cada estrategia de circulación se inserta en un continuum dialéctico donde pasado, presente y proyección futura interactúan de manera dinámica, condicionando la resonancia de significados, su capacidad de alterar estructuras de percepción y su influencia sobre prácticas sociales. En este sentido, el tiempo no sólo mide; configura y estructura la posibilidad misma de producir sentido crítico frente a la saturación mercantil y la concentración de poder simbólico.

Un aspecto crucial de la temporalidad semiótica es el de la anticipación estratégica. La semiosis emancipadora requiere comprender no sólo la velocidad de circulación de los signos, sino también los ritmos y ciclos de atención, percepción y afecto en los sujetos y colectivos. La saturación mercantil impone ritmos uniformes, fragmentando la experiencia y naturalizando jerarquías; la demora en la producción de semiosis crítica amplifica este efecto, dejando espacios vacíos que la lógica de la mercancía ocupa con narrativas funcionales al control simbólico. La intervención oportuna, en cambio, permite que los signos generen resonancia antes de ser neutralizados, facilitando procesos de recombinación cognitiva, movilización afectiva y reorganización de redes interpretativas. La rapidez, por tanto, es inseparable de la comprensión temporal de los flujos de información y de la sincronización con los ciclos de percepción colectiva.

Ese tiempo también se manifiesta en la dimensión de sedimentación histórica, que vincula cada signo con capas acumuladas de significación crítica. La lógica mercantil fragmenta la historia, acelerando la caducidad de los signos y debilitando la continuidad de la memoria colectiva. La filosofía de la semiosis entiende que cada intervención semió-

tica debe producir efectos que trasciendan la inmediatez, conectando experiencias pasadas, presentes y futuras, generando estructuras duraderas de sentido que mantengan autonomía interpretativa y capacidad crítica. La temporalidad estratégica permite que los signos se recombinen, se sedimenten y se proyecten, creando memoria cultural y redes de aprendizaje colectivo que se sostienen frente a la presión de la saturación mercantil.

En el plano cognitivo, el tiempo organiza la interacción entre procesamiento inmediato y comprensión profunda. Cada signo rápido genera un impulso de interpretación, pero su verdadera eficacia depende de su inserción en secuencias temporales que permitan reflexión, síntesis y acumulación de conocimiento. La temporalidad crítica asegura que la producción de sentido no se reduzca a impacto superficial ni a entretenimiento de masas, sino que contribuya a reorganizar la percepción, fortalecer la autonomía cognitiva y abrir márgenes de acción estratégica en contextos saturados y jerárquicamente dominados. Cada intervención rápida y sincronizada actúa como catalizador, conectando microprocesos de interpretación con estructuras macro de semiosis y expandiendo la capacidad de recombinación autónoma en la semiósfera.

Toda dimensión afectiva de la temporalidad es igualmente estratégica. Los flujos mercantiles manipulan emociones y motivaciones —deseo, ansiedad, miedo, aspiración— como vectores de control. La producción de semiosis rápida debe anticipar los ritmos afectivos, insertando signos en momentos en que las emociones colectivas puedan articularse con interpretaciones críticas, generando patrones sostenibles de experiencia y acción social autónoma. La temporalidad afectiva no sólo incrementa la resonancia; asegura que los significados se inserten en procesos de

construcción de identidad colectiva, cooperación y resistencia interpretativa, fortaleciendo la densidad semántica frente a la homogeneización mercantil.

Desde la perspectiva geosemiótica, el tiempo se articula con la distribución espacial y la estructura de nodos globales. Los flujos de información no son homogéneos; presentan concentraciones, periferias y zonas de tensión interpretativa. La rapidez estratégica depende de comprender esta distribución, insertar signos en nodos centrales y simultáneamente reforzar periferias críticas permite que la semiosis emancipadora genere efecto multiplicador. La temporalidad determina la eficacia de esta inserción, los signos deben circular en momentos precisos para maximizar resonancia, recombinación y expansión de redes de interpretación autónomas, articulando flujos locales y globales sin quedar absorbidos por la saturación mercantil.

Cada intervención rápida contribuye a la sustentación del sistema, mientras que la demora erosiona su capacidad de autotransformación. La temporalidad estratégica asegura que la semiosis no sólo resista, sino que evolucione, innovando continuamente y proyectando significados hacia contextos aún no saturados, ampliando la autonomía cognitiva y social. El tiempo también se relaciona con la disputa de clase por el sentido de semiosis. La capacidad de las semiósferas críticas para mantenerse y reproducirse depende de la retroalimentación constante, la recombinación de signos y la conexión de nodos interpretativos.

Entonces el futuro inmediato introduce un desafío adicional, los signos no pueden producirse únicamente para responder a condiciones presentes, sino también anticipar desarrollos próximos, transformaciones estructurales y crisis emergentes. La filosofía de la semiosis concibe la producción de sentido como un proyecto de proyección

temporal, cada signo debe considerar no sólo su resonancia actual, sino su capacidad de influir en interpretaciones futuras, de generar recombinaciones críticas y de articular nodos de acción antes de que nuevas saturaciones mercantiles impongan patrones de percepción predeterminados. La temporalidad proyectiva convierte la rapidez en un instrumento de planificación semiótica, capaz de organizar intervenciones anticipadas que refuercen la disputa de clase por el sentido de semiosis y expandan la capacidad de transformación social y cognitiva en horizontes próximos.

En términos éticos y gnoseológicos, el tiempo implica responsabilidad absoluta, la producción de semiosis crítica requiere intervención oportuna, coordinación estratégica de nodos, anticipación de flujos y proyección hacia futuros inmediatos. Cada demora no sólo reduce la eficacia del signo, sino que legitima la dominación simbólica y consolida jerarquías mercantiles. La filosofía de la semiosis entiende que el manejo del tiempo es condición de posibilidad de la emancipación, producir signos con temporalidad ajustada es simultáneamente acto de creación de sentido, intervención social y resistencia estructural frente a la saturación mercantil.

Y el tiempo articula también la recombinación intersemiótica, pues la eficacia de cada combinación de lenguaje, imagen, sonido, datos y prácticas sociales depende de su sincronización temporal. Los signos deben insertarse en momentos que maximicen la percepción, la resonancia afectiva y la capacidad de recombinación por parte de sujetos y colectivos, asegurando que cada intervención genere acumulación crítica y refuerce la densidad semántica de las semiósferas emancipadoras. La temporalidad estratégica permite que los signos conecten niveles micro y macro, articulen procesos locales y globales, y proyecten interpre-

taciones hacia futuros inmediatos sin perder coherencia ni autonomía crítica.

En la dimensión material y tecnológica, el tiempo organiza la inserción de signos en infraestructuras mediáticas y digitales. La saturación mercantil no sólo fragmenta la atención, sino que impone ritmos de circulación, priorización algorítmica y caducidad de visibilidad. La semiosis emancipadora debe comprender estos ritmos para intervenir eficazmente, sincronizando signos con ciclos de atención, recombinación y retroalimentación. La rapidez estratégica asegura que los signos alcancen nodos críticos, generen resonancia y proyecten efectos duraderos en la semiósfera antes de ser neutralizados por mecanismos de saturación o homogeneización.

Así, el tiempo en la filosofía de la semiosis integra simultáneamente dimensiones cognitivas, afectivas, históricas, estructurales, geopolíticas, tecnológicas y proyectivas hacia el futuro inmediato. La rapidez estratégica se convierte en instrumento de intervención, sedimentación, disputa de clase por el sentido, recombinación y planificación anticipada. La demora concentra peligro, saturación, neutralización, erosión de memoria y debilitamiento de la capacidad crítica. La intervención temporalmente ajustada es producción de sentido, acción social, recombinación crítica, resistencia estratégica y proyecto de transformación histórica y cognitiva. Cada signo rápido y proyectado anticipa el futuro inmediato, reorganiza interpretaciones, moviliza afectos y fortalece redes de resistencia, garantizando que la semiósfera emancipadora mantenga autonomía interpretativa, capacidad de aprendizaje y potencia transformadora frente a la lógica mercantil y la concentración de poder simbólico.

Por lo tanto, el tiempo en la filosofía de la semiosis es principio activo y dialéctico, organiza la rapidez estra-

tégica, sedimenta memoria histórica, articula resonancias afectivas, permite recombinación intersemiótica, coordina intervención tecnológica y proyecta sentido hacia el futuro inmediato. Cada signo que circula oportunamente produce efectos materiales, cognitivos y sociales; cada demora consolida dominación. La velocidad temporal es condición de posibilidad de la semiosis emancipadora, fundamento de densidad crítica, herramienta ética y política, y eje de la proyección de semiósferas capaces de reorganizar la percepción colectiva y generar transformación social, cognitiva e histórica de manera sostenible y autónoma.

Es una urgencia emancipatoria

Esta filosofía de la semiosis comprende que la producción de sentido no ocurre en un vacío; cada intervención semiótica se inscribe en una temporalidad concreta que condiciona su eficacia y capacidad transformadora. El tiempo, en esta perspectiva, es un principio activo que articula circulación, recombinación, sedimentación y proyección de significados. Cada signo, cada recombinación de códigos, cada estrategia de inserción se convierte en nodo de interacción entre pasado, presente y proyección futura. La rapidez estratégica no es aceleración superficial, es sincronización consciente con los ritmos de percepción, atención, afecto y cognición, de modo que los significados puedan generar resonancias antes de ser absorbidos, neutralizados o banalizados por los flujos mercantiles. La demora, por contraste, representa pérdida de potencia crítica, permite que la saturación dominante consolide jerarquías, establezca consenso tácito y restrinja la recombinación autónoma de semiosis. Producir sentido con oportunidad se convierte, por tanto, en acto de resistencia estructural, de creación de memoria y de construcción de semiósferas capaces de autotransformarse.

Dejamos sentado que el tiempo se manifiesta también en su dimensión de proyección inmediata y anticipación estratégica. La semiosis emancipadora debe intervenir no sólo para interpretar el presente, sino para generar significados que configuren expectativas, anticipen conflictos y articulen posibilidades de acción antes de que los flujos mercantiles saturen los nodos críticos. Esta temporalidad proyectiva convierte cada signo en un instrumento de planificación cognitiva, la secuencia de circulación, la intensidad de resonancia afectiva y la recombinación de códigos se calculan en función de su capacidad de producir impacto duradero, anticipando la evolución de estructuras de poder simbólico y la reorganización de la percepción colectiva. La velocidad, entonces, no es fin en sí misma; es condición de efectividad semiótica y de construcción de futuro inmediato.

Desde la perspectiva estructural, la temporalidad interviene en la construcción y sostenimiento de redes de semiosis. Cada signo insertado en el flujo estratégico contribuye a la creación de nodos de conexión entre microprocesos de interpretación y estructuras macro de circulación, fortaleciendo la disputa de clase por el sentido de las semiósferas. La demora fragmenta esta red, debilita la capacidad de recombinación y expone los nodos críticos a saturación y control por parte de la lógica mercantil. La sincronización temporal de signos permite que la semiosis se reproduzca y se transforme continuamente, manteniendo densidad crítica, capacidad de aprendizaje y autonomía interpretativa frente a presiones externas.

Cada signo, insertado en el momento adecuado, articula emoción y cognición, fortaleciendo la experiencia colectiva, estimulando la cooperación y generando patrones sostenibles de resistencia. La temporalidad afectiva asegura que los significados no sólo circulen, sino que transformen

la percepción, las actitudes y la capacidad de acción de los sujetos en redes semióticas interconectadas. La dimensión afectiva y motivacional del tiempo amplifica su relevancia. Las emociones —deseo, miedo, aspiración, ansiedad— son vectores que los flujos mercantiles explotan para consolidar control simbólico. La producción de semiosis rápida, en cambio, utiliza la temporalidad para sincronizar resonancias afectivas con procesos de interpretación crítica.

Porque el tiempo también se manifiesta en la gestión material de la semiosis. La infraestructura tecnológica —plataformas, algoritmos, nodos de distribución digital— impone ritmos específicos que condicionan la visibilidad, la circulación y la recombinación de signos. La semiosis emancipadora debe comprender estos ritmos para intervenir con eficacia, la velocidad estratégica permite que los signos alcancen nodos críticos, generen resonancia y se proyecten hacia nuevos contextos antes de ser neutralizados por la saturación mercantil. La temporalidad se convierte así en herramienta de intervención material, coordinación y optimización de recursos semióticos, asegurando que cada signo contribuya al sostenimiento y expansión de semiósferas autónomas.

Cada intervención rápida permite establecer correlaciones de interpretación, validar significados y construir aprendizaje colectivo. La temporalidad estratégica asegura que la semiosis no se limite a impacto superficial, sino que genere estructuras de conocimiento capaces de resistir saturación, reinterpretar acontecimientos y reorganizar prácticas sociales y cognitivas. El manejo del tiempo se convierte en instrumento de veracidad crítica, los signos deben circular, recombinarse y sedimentarse para producir conocimiento que transforme la percepción colectiva y proyecte posibilidades de acción en el futuro inmediato. El tiempo

como principio gnoseológico implica que la producción de conocimiento crítico depende de la sincronización temporal entre inserción, recombinación y sedimentación de signos.

Cualquier proyección hacia el futuro inmediato introduce una dimensión de planificación anticipatoria inédita, los signos deben considerar no sólo su resonancia presente, sino su capacidad de influir en interpretaciones futuras, de crear nodos de recombinación crítica y de articular anticipaciones colectivas. La rapidez estratégica permite intervenir en ventanas de oportunidad antes de que la saturación mercantil imponga interpretaciones homogéneas, asegurando que los signos proyecten sentido, conecten temporalidades y refuercen la disputa de clase por el sentido de semiosis. La temporalidad proyectiva articula análisis estratégico, recombinación de códigos y movilización afectiva para generar semiósferas capaces de adaptarse, resistir y expandirse.

En términos históricos, el tiempo asegura la continuidad de la memoria crítica frente a la fragmentación impuesta por la lógica mercantil. Cada signo rápido y estratégicamente insertado establece vínculos entre experiencias pasadas, procesos presentes y horizontes futuros, generando sedimentación cultural y cognitiva que refuerza autonomía interpretativa y densidad crítica. La demora erosiona esta continuidad, permitiendo que la hegemonía simbólica consolide su control, neutralice innovaciones y reduzca la capacidad de recombinación de semiosis emancipadoras. La temporalidad estratégica, en cambio, garantiza que cada intervención semiótica fortalezca la memoria colectiva y proyecte sentido hacia futuros próximos, asegurando sostenibilidad cognitiva y política.

Cada signo estratégico se inserta en nodos de circulación, interactúa con flujos locales y globales, y genera re-

troalimentación que fortalece redes de interpretación autónomas. La velocidad no es arbitraria; responde a un cálculo dialéctico de oportunidades, resonancia afectiva y recombinación intersemiótica. La temporalidad permite que la semiosis se reproduzca y transforme, proyectando efectos acumulativos que incrementan la complejidad interpretativa, fortalecen la resiliencia de la semiósfera y amplían la capacidad de acción colectiva frente a la saturación mercantil. El tiempo también organiza la interacción entre microprocesos y macroestructuras semióticas.

Así, el tiempo se articula con las perspectivas de transformación del futuro inmediato. Cada signo producido estratégicamente contribuye a anticipar conflictos, reorganizar flujos interpretativos y proyectar alternativas de acción antes de que las estructuras dominantes impongan saturación y homogeneización. La temporalidad permite que la semiosis emancipe y reorganice la percepción, conecte nodos locales y globales, articule afectos con interpretación crítica y proyecte memoria y aprendizaje hacia horizontes próximos. La rapidez estratégica se convierte en condición de efectividad, densidad crítica, disputa de clase por el sentido semiótica y proyección anticipatoria; producir, recombinar e insertar signos en el tiempo adecuado asegura que la semiósfera mantenga autonomía, resiliencia y capacidad de transformación, fortaleciendo la capacidad de anticipación, recombinación y resistencia frente a la saturación mercantil y la concentración de poder simbólico.

Entonces, el tiempo en la filosofía de la semiosis no es un marco pasivo, sino principio activo de semiosis que articula rapidez, proyección futura, recombinación, sedimentación, resonancia afectiva, coordinación tecnológica y disputa de clase por el sentido. Cada signo estratégico que circula con temporalidad ajustada produce efectos cognitivos, sociales y estructurales, reorganizando interpreta-

ciones, generando memoria, proyectando sentido hacia futuros inmediatos y fortaleciendo semiósferas emancipadoras. La demora es peligro, consolidación de hegemonía, saturación de flujos, erosión de memoria y debilitamiento de capacidad crítica. La rapidez temporal proyectiva es simultáneamente creación de sentido, intervención social, recombinación crítica y resistencia activa, asegurando que la semiósfera emancipe, transforme y proyecte su capacidad interpretativa y cognitiva hacia horizontes próximos, manteniendo autonomía y potencia frente a la lógica mercantil. Cada signo que se produce y circula con temporalidad estratégica no sólo existe; actúa, reorganiza, anticipa y transforma, convirtiendo la semiosis en instrumento de conocimiento, resistencia y proyección del futuro inmediato.

Tres corolarios

• Corolario 1: La semiosis como matriz de poder y contra-poder simbólico.

Cada signo que circula produce efectos materiales, cognitivos y afectivos, y cada recombinación estratégica es simultáneamente creación de sentido y reorganización de estructuras de percepción. La semiosis se convierte así en un campo de batalla semántico, donde la concentración de recursos, la saturación mediática y la priorización algorítmica constituyen herramientas de dominación. La intervención crítica requiere, por tanto, no sólo inventiva en la recombinación de signos, sino comprensión profunda de las jerarquías invisibles que condicionan la circulación del sentido. La semiosis no es un simple mecanismo de comunicación ni un juego de signos, es el espacio mismo donde se constituyen, sostienen y disputan relaciones de poder.

En este marco, el tiempo se articula como principio estratégico, la rapidez no es simplemente velocidad, sino

capacidad de insertar signos en ventanas de resonancia colectiva antes de que la saturación mercantil impida la emergencia de correlaciones críticas. Cada signo es nodo de acción, cada flujo una red de influencia, y cada recombinación intersemiótica proyecta memoria histórica y capacidad de aprendizaje hacia horizontes inmediatos. La semiosis, al insertarse en estos flujos estratégicamente, produce contra-poder simbólico, no se limita a interpretar, sino que transforma la percepción de lo posible, reorganiza la atención colectiva y genera capacidad de acción autónoma.

Además, la semiosis se inscribe en una geosemiótica dinámica. Los flujos de sentido atraviesan territorios, nodos urbanos, plataformas digitales y comunidades, generando zonas de concentración, periferia interpretativa y saturación. La semiosis emancipadora entiende estas distribuciones espaciales como mapas estratégicos, la inserción de signos en nodos críticos produce efecto multiplicador y permite que la densidad semántica se expanda, resistiendo la absorción mercantil. La semiosis no sólo circula; estructura espacio, tiempo y resonancia afectiva, creando redes de contra-poder capaces de reorganizar la percepción colectiva.

Y la dimensión afectiva es igualmente estratégica, emociones, deseos y miedos son vectores que atraviesan la semiosis y condicionan la eficacia de la circulación de signos. La rapidez estratégica permite sincronizar afecto y cognición, generando patrones sostenibles de interpretación crítica que fortalecen la disputa de clase por el sentido de la semiósfera. La memoria colectiva se convierte así en un palimpsesto activo, signos críticos sedimentan capas de interpretación que proyectan resistencia hacia futuros inmediatos, fortaleciendo nodos de acción autónoma y transformadora.

Este corolario redefine la semiosis, deja de ser instrumento de transmisión pasiva y se convierte en matriz de poder y contra-poder, donde la creación de significado, la proyección temporal y la recombinación intersemiótica operan como elementos inseparables de la estrategia emancipadora. Cada signo, cada recombinación y cada inserción estratégica es simultáneamente acto cognitivo, ético y político, y cada demora representa pérdida de capacidad de transformación frente a la saturación mercantil.

• Corolario 2: La disputa de clase por el sentido temporal y la recombinación de la semiósfera como principio de emancipación. La semiosis emancipadora no puede limitarse a flujos aislados de signos; debe desarrollarse como un sistema autopoético capaz de reproducirse, recombinarse y proyectarse, generando estructuras de interpretación autónomas, densas y resistentes. La disputa de clase por el sentido semiótica integra temporalidad, proyección futura, afectos y nodos tecnológicos, construyendo una semiósfera que se autoorganiza y evoluciona sin depender de jerarquías externas de validación mercantil.

En este corolario, el tiempo no es marco pasivo sino principio operativo de reproducción y transformación. Cada signo insertado estratégicamente se articula con ciclos de atención, resonancia afectiva y recombinación intersemiótica, generando retroalimentación que fortalece nodos críticos y expande la capacidad de interpretación autónoma. La rapidez estratégica asegura que la semiosis se inserte antes de que la saturación mercantil neutralice su potencia, permitiendo la expansión de la densidad crítica y la consolidación de memoria colectiva. La disputa de clase por el sentido temporal garantiza que la semiosis emancipe, proyecte y recombine estructuras de percepción y acción, articulando microprocesos de interpretación con macroestructuras de circulación.

Esta recombinación permite crear semiósferas capaces de proyectar futuro inmediato, anticipar conflictos emergentes y reorganizar jerarquías de sentido. La densidad crítica resultante no sólo resiste la saturación mercantil, sino que amplía la autonomía cognitiva, reorganiza afectos colectivos y fortalece la proyección de acción estratégica. La recombinación intersemiótica se convierte en motor de innovación, lenguaje, imagen, sonido, datos y prácticas sociales se entrelazan para producir niveles inéditos de complejidad interpretativa.

Cada signo rápido y proyectivo fortalece la disputa de clase por el sentido de la semiósfera, asegurando continuidad, adaptabilidad y capacidad de transformación frente a la lógica mercantil. La infraestructura tecnológica se articula con esta disputa de clase por el sentido; plataformas, algoritmos y redes distribuyen y filtran flujos, condicionando la eficacia de cada intervención. La semiosis emancipadora debe comprender estos ritmos, insertando signos en nodos estratégicos para generar resonancia, recombinación y expansión de autonomía.

Así, la disputa de clase por el sentido temporal se integra con la memoria histórica, la sedimentación de signos críticos genera capas de conocimiento acumulativo, proyectando resistencia hacia futuros inmediatos y consolidando estructuras semióticas capaces de innovar, recombinarse y expandirse de manera autónoma. La semiosis, como sistema autopoético, se convierte en principio de emancipación, capaz de reorganizar percepciones, proyectar acción colectiva y resistir saturación y manipulación de manera sostenida.

• Corolario 3: La densidad crítica y la proyección estratégica como motor de transformación social. La transformación histórica no es resultado de flujos aislados, sino

de la densidad crítica de semiosis que genera resonancia, recombinación y proyección. La densidad crítica se define como concentración de significados estratégicos capaces de reorganizar interpretación, memoria y acción. La semiosis proyectiva permite que cada signo se inserte en redes locales, regionales y globales, generando nodos de resistencia y efecto multiplicador que amplifican la capacidad de recombinación autónoma y fortalecen la autonomía cognitiva de la semiósfera.

Una recombinación intersemiótica articula lenguaje, imágenes, afectos, datos y prácticas sociales, generando estructuras interpretativas que exceden la linealidad del flujo mercantil. Esta recombinación permite anticipar conflictos, reorganizar jerarquías de sentido y proyectar memoria hacia futuros inmediatos, consolidando la semiosis como instrumento de transformación social. Cada signo estratégico se convierte en catalizador de densidad crítica, nodos de acción colectiva y proyección anticipatoria, asegurando que la semiósfera mantenga autonomía y potencia transformadora frente a la saturación y concentración mercantil.

Así el tiempo proyectivo es núcleo de este corolario, signos estratégicamente insertados generan resonancia inmediata, sedimentación histórica y proyección hacia futuros próximos, anticipando cambios estructurales y reorganizando flujos interpretativos. La densidad crítica se articula con afectos colectivos, reforzando cooperación, percepción autónoma y capacidad de acción, transformando la semiosis en instrumento de reorganización histórica.

Nuestra visión geosemiótica amplifica esta capacidad, la inserción estratégica de signos en nodos locales y globales genera retroalimentación, recombinación y expansión de redes autónomas de interpretación. La densidad crítica y la recombinación intersemiótica aseguran que la semiosis

emancipe, reorganice y proyecte acción social, consolidando estructuras de percepción, conocimiento y afecto que son resistentes a la saturación mercantil.

Así, la densidad crítica y la proyección estratégica articulan memoria, autonomía y capacidad de transformación; cada signo rápido, recombinado y proyectado fortalece la semiósfera, incrementa la autonomía interpretativa y genera correlaciones de interpretación capaces de reorganizar estructuras sociales, cognitivas y afectivas. La semiosis se convierte en instrumento de revolución cognitiva y social, capaz de proyectar futuros alternativos, reorganizar percepciones y sostener resistencia frente a la lógica mercantil.

La filosofía de la semiosis plantea que la producción de sentido es un campo de acción y de disputa estructural, los significados no surgen en el vacío, sino que se inscriben en redes sociales, culturales, tecnológicas y económicas que determinan su circulación, resonancia y recombinación. En este contexto, los signos, códigos y narrativas no son neutros; constituyen nodos de influencia que pueden reforzar la hegemonía de la clase dominante o generar autonomía interpretativa y transformación social. La semiosis es simultáneamente conocimiento, acción y construcción de memoria, un espacio donde se negocian relaciones de poder y se despliegan posibilidades de resistencia.

Porque la producción de sentido está determinada por la base material y las condiciones estructurales, los flujos de información, la concentración de medios, la saturación mercantil y los algoritmos de visibilidad condicionan qué signos emergen y cuáles se neutralizan. La rapidez estratégica es, por tanto, principio operativo, intervenir en ventanas de oportunidad permite insertar signos críticos antes de que sean absorbidos o banalizados, generando resonancia cognitiva y afectiva, proyectando memoria y capacidades de acción hacia futuros inmediatos.

Cada signo circula, sedimenta y recombina significados en función de su inserción estratégica en ciclos de atención, resonancia y afecto. La demora erosiona autonomía, mientras que la sincronización temporal permite que la semiosis reproduzca estructuras críticas, fortalezca memoria histórica y proyecte futuras correlaciones de interpretación. La temporalidad proyectiva integra microprocesos de interpretación con macroestructuras de circulación, anticipando conflictos y reorganizando jerarquías de sentido. El tiempo ocupa un lugar central, no es un marco pasivo, sino principio de eficacia, disputa de clase por el sentido y proyección.

En la disputa de clase por el sentido emancipador la semiosis garantiza que la creación de sentido sea sostenible y expansiva, los signos se recombinan, sedimentan y proyectan, generando semiósferas que se mantienen autónomas frente a saturación y control mercantil. La recombinación intersemiótica —lenguaje, imágenes, afectos, datos, prácticas sociales— amplifica complejidad interpretativa, genera densidad crítica y fortalece capacidad de anticipación. La semiosis autopoética no sólo interpreta, sino que reorganiza percepciones, memoria, afectos y acción social, construyendo condiciones para transformación histórica.

Cada intervención estratégica es simultáneamente acción cognitiva, política y ética, capaz de reorganizar redes de interpretación y fortalecer la capacidad de proyección colectiva. La geosemiótica y la infraestructura tecnológica son componentes estratégicos, los flujos de sentido atraviesan nodos locales, regionales y globales, donde la saturación, concentración y algoritmos condicionan visibilidad y circulación. La semiosis emancipadora debe intervenir en estos nodos, generar resonancia, recombinación y expansión de autonomía, proyectando densidad crítica y anticipando futuros inmediatos.

Así los afectos son vectores esenciales, emociones, deseos, miedos y aspiraciones atraviesan los flujos semióticos y condicionan eficacia de la interpretación crítica. La semiosis estratégica articula cognición y afecto para generar resonancia sostenible, fortalecer cooperación y consolidar memoria colectiva, asegurando que los signos proyecten capacidad de acción autónoma y transformadora. El tratamiento de la lucha de clases se reformula en términos de semiosis, la disputa no es sólo económica, sino también simbólica y cognitiva. La hegemonía se sostiene mediante saturación, control mediático y dictadura del discurso único; la resistencia se articula mediante intervención semiótica estratégica, recombinación intersemiótica, temporalidad proyectiva y densidad crítica. Cada signo crítico se convierte en nodo de contra-poder, capaz de reorganizar estructuras de interpretación y proyectar alternativas hacia futuros inmediatos.

Los corolarios finales sintetizan estos principios:

- La semiosis es matriz de poder y contra-poder simbólico, donde los signos intervienen estratégicamente en la construcción de significado y en la reorganización de percepciones y estructuras de acción.
- La semiosis emancipadora requiere disputa de clase por el sentido temporal y recombinación intersemiótica, reproduciendo y proyectando estructuras de interpretación autónomas capaces de anticipar conflictos y fortalecer la resistencia.
- La densidad crítica y proyección estratégica aseguran transformación histórica, signos estratégicamente insertados generan resonancia, recombinación y expansión de semiósferas, proyectando memoria, acción y autonomía hacia el futuro inmediato.

En conjunto, la filosofía de la semiosis plantea un marco estratégico, dialéctico y proyectivo.

La producción de sentido está condicionada por estructuras materiales y mediáticas.

La rapidez estratégica y la temporalidad proyectiva son herramientas de resistencia y efectividad.

La disputa de clase por el sentido y recombinación intersemiótica garantizan autonomía y expansión de semiósferas.

La densidad crítica y la proyección estratégica permiten transformar percepciones, memoria y acción colectiva.

La geosemiótica y la infraestructura tecnológica son elementos inseparables de la eficacia de intervención.

Los afectos amplifican la resonancia, la cooperación y la sostenibilidad de la semiosis emancipadora.

Por lo tanto, la filosofía de la semiosis no sólo describe cómo circula el sentido, sino que proporciona un marco estratégico para producir semiosis emancipadora, resistir saturación mercantil, proyectar memoria histórica, recombinar códigos y organizar acción colectiva, articulando inteligencia, afecto y tiempo como herramientas de transformación histórica y de construcción de futuros inmediatos. Cada signo insertado estratégicamente es catalizador de autonomía, memoria y proyección crítica, consolidando semiósferas capaces de reorganizar la percepción, la cognición y la acción social frente a la hegemonía del capital y la concentración de poder simbólico.

Inexcusablemente

Esta obra tributa un agradecimiento profundo a todos los autores y autoras que, de manera directa o indirecta, han inspirado la propuesta que aquí se incuba hacia una filosofía de la semiosis. Cada uno de ellos ha aportado claves fundamentales para comprender la producción de sentido, la se-

miosis crítica, la temporalidad estratégica, la disputa de clase por el sentido semiótica y la proyección emancipadora de la interpretación. Sus obras han alimentado el pensamiento crítico que sustenta esta filosofía, y es con profundo respeto y reconocimiento que se listan a continuación,

1. Fundadores y Clásicos de la Semiótica

Charles Sanders Peirce – Su tricotomía del signo (ícono, índice, símbolo) y la semiosis ilimitada han sido esenciales para entender la circulación de significado y su potencial transformador.

Ferdinand de Saussure – Fundador del signo lingüístico y la teoría estructural, cuya sistematización de la lengua inspira análisis de estructuras de sentido.

Roman Jakobson – Sus funciones del lenguaje proporcionan herramientas críticas para analizar la relación entre comunicación y poder.

Algirdas Julien Greimas – El modelo actancial y el cuadrado semiótico permiten comprender la dinámica interna de los textos y las narrativas sociales.

Louis Hjelmslev – Su glossemática aporta rigor formal al estudio de los signos como sistemas articulados.

Roland Barthes – Su análisis de mitos y semiosis cultural ha sido guía para develar ideologías ocultas en la comunicación de masas.

Umberto Eco – La semiótica general y los conceptos de lectura abierta/cerrada enriquecen la comprensión de la interpretación colectiva y los significados sociales.

Luri Lotman – La noción de semiósfera ha sido decisiva para pensar la semiosis como espacio cultural, social y geopolítico.

2. Semiótica y Crítica Social / Política

Valentin Voloshinov – Sus estudios sobre lenguaje, ideología y semiosis en la sociedad son fundamentales para vincular signos y relaciones de poder.

Louis Althusser – La teoría de los Aparatos Ideológicos del Estado aporta comprensión crítica de cómo los signos reproducen la estructura social.

Antonio Gramsci – La noción de hegemonía cultural inspira la reflexión sobre la disputa por la producción de sentido y la resistencia semiótica.

Walter Benjamin – Su análisis de la reproducción técnica y la cultura de masas conecta la semiosis con procesos de emancipación y transformación social.

Theodor W. Adorno & Max Horkheimer – La crítica de la industria cultural y su efecto en la producción de sentido sigue siendo un referente imprescindible.

Michel Foucault – La relación entre discurso y poder aporta herramientas para desentrañar la hegemonía simbólica.

Julia Kristeva – Su trabajo sobre intertextualidad, subjetividad y semiosis feminista amplía la comprensión crítica del lenguaje y el poder.

3. Semiótica Social y Discurso Crítico

Gunther Kress – Semiótica social y multimodalidad, claves para entender la construcción de sentido en contextos culturales contemporáneos.

Bob Hodge – Análisis crítico del discurso, imprescindible para relacionar semiosis con estructuras de poder.

Theo Van Leeuwen – Semiótica social y representación, aportando metodologías de análisis de medios y comunicación.

Michael Silverstein – Semiótica y lingüística antropológica, fortaleciendo la relación entre interacción social y producción de sentido.

4. Autores Latinoamericanos en Semiótica Crítica
Eliseo Verón (Argentina) – Semiosis social, comunicación y construcción de sentido en medios de masas; su obra inspira análisis de hegemonía mediática.
Renato Prada Oropeza (México/Bolivia) – Desarrollo de semiótica crítica en América Latina, aportando reflexión sobre praxis interpretativa y social.
Julio Horta (México) – Sociosemiótica y cultura, contribuyendo al estudio de la semiosis en contextos latinoamericanos.
Eduardo Yalán Dongo & Enrique León Verástegui (Perú) – Semiótica marxista alternativa y recuperación del sentido como herramienta de transformación social.

5. Autoras y Perspectivas de Equidad de Género
Susan Petrilli – Filosofía del lenguaje y semiótica crítica, aportando perspectiva de género y ética del signo.
Julia Kristeva – Intertextualidad y semiosis feminista, clave para pensar la subjetividad y la crítica de poder.
Lucrecia Escudero Chauvel – Proyectos semióticos contemporáneos latinoamericanos, enriqueciendo la interpretación crítica de textos y signos.
Sara Luz Páez Vivanco – Semiótica estructural y feminista en América Latina.
Magda Díaz – Coordinación de investigaciones semióticas y análisis de la producción de sentido desde perspectiva crítica.
Angélica Prieto I. – Estudios de semiótica estructural y crítica social en contextos latinoamericanos.

6. Escuelas y Movimientos Semióticos Relevantes
Moscow-Tartu School – Semiótica de cultura y comunicación, conceptualizando la semiosis como semiósfera.
Groupe μ – Semiótica de la retórica y la imagen, aportando herramientas para análisis de signos visuales.
Sociosemiótica latinoamericana – Corrientes críticas que vinculan semiosis con transformación social, lucha simbólica y emancipación.

7. Perspectivas Complementarias
Claude Lévi-Strauss – Estructuralismo cultural aplicado a semiosis y relaciones sociales.
Gilles Deleuze & Félix Guattari – Rizoma y multiplicidad de flujos de semiosis no jerárquicos.
Thomas A. Sebeok – Semiótica general y ecológica, articulando circulación de signos en sistemas complejos.
Roberta Kevelson – Semiología jurídica y pragmática del signo, aportando herramientas críticas de interpretación.

Este reconocimiento expresa la deuda conceptual y afectiva con todas estas voces, que han nutrido la construcción de la filosofía de la semiosis. Su contribución ha permitido concebir la semiosis no sólo como análisis de signos, sino como herramienta de autonomía, resistencia, disputa de clase por el sentido y proyección de sentidos emancipadores, inspirando la reflexión crítica frente a la hegemonía cultural y la concentración mediática global.

Y muy especialmente a la obra de Carlos Marx, que aporta una afirmación crucial para ir hacia una semiótica marxista. Es una observación metodológica sobre la cien-

cia en *El Capital* (Das Kapital), específicamente en el Tercer Volumen. La cita resume una idea central de la concepción científica marxiana: no bastan las apariencias para comprender la realidad, se requiere análisis profundo.

"Alle Wissenschaft wäre überflüssig, wenn die Erscheinungsform und das Wesen der Dinge unmittelbar zusammenfielen." / En inglés (traducción académica común): "All science would be superfluous if the outward appearance and the essence of things directly coincided." En español (traducción precisa): "Toda ciencia sería superflua si la apariencia externa y la esencia de las cosas coincidieran directamente."

Marx entiende que sólo ver las apariencias no es suficiente para comprender los fundamentos de los fenómenos sociales y económicos. Se necesita una ciencia que vaya más allá de lo que "parece" para revelar la lógica interna de las relaciones sociales, especialmente en el análisis de la economía capitalista. Incluyendo todas sus maquinarias de falsa conciencia.

Un glosario corrido de 100 términos para la filosofía de la semiosis, con ortografía correcta en español, definición precisa y ejemplo de uso académico. Está pensado como un recurso integral para este libro y mantiene su rigor semiótico y filosófico.

1. *Semiosis* – Proceso dinámico mediante el cual los signos generan significado e interpretación social. Ejemplo: La semiosis mediática influye en la percepción pública de los acontecimientos políticos.

2. *Signo* – Unidad básica de la semiosis que representa un objeto o concepto mediante un significante y un significado. Ejemplo: El logotipo corporativo es un signo que comunica identidad y valores de la marca.

3. *Semiósfera* – Espacio cultural donde circulan signos, códigos y narrativas, estructurando la interpretación

social. Ejemplo: La semiósfera digital concentra flujos de información masiva con impacto en la opinión pública.

4. *Autopoiesis semiótica* – Capacidad de los sistemas de signos para autoreproducirse y sostener su autonomía interpretativa. Ejemplo: La autopoiesis semiótica de comunidades críticas asegura la resistencia frente a narrativas dominantes.

5. *Densidad crítica* – Concentración estratégica de signos que genera resonancia y transformación social. Ejemplo: La densidad crítica de los textos educativos permitió movilizar debate social.

6. *Temporalidad proyectiva* – Uso estratégico del tiempo para maximizar la eficacia de la circulación de signos. Ejemplo: La temporalidad proyectiva permitió intervenir antes de que un rumor se consolidara.

7. *Geosemiótica* – Estudio de la distribución de signos en contextos espaciales y geopolíticos. Ejemplo: La geosemiótica revela cómo ciertos símbolos adquieren mayor relevancia en regiones específicas.

8. *Resonancia semiótica* – Capacidad de un signo de generar eco interpretativo y afectivo. Ejemplo: La resonancia semiótica de un himno nacional fortalece la identidad colectiva.

9. *Recombinación intersemiótica* – Combinación de signos de distintos códigos para producir nuevos significados. Ejemplo: La recombinación intersemiótica de imagen, texto y sonido genera campañas educativas más efectivas.

10. *Hegemonía semiótica* – Dominio de ciertos signos o narrativas sobre otros, orientando la interpretación social. Ejemplo: La hegemonía semiótica de los medios corporativos influye en la construcción de consenso.

11. *Producción de sentido emancipadora* – Creación de signos que fortalecen autonomía interpretativa y acción crítica. Ejemplo: Los talleres de semiosis buscaban una producción de sentido emancipadora en la comunidad.
12. *Narrativa dominante* – Relato prevalente que configura la percepción social y mantiene estructuras de poder. Ejemplo: La narrativa dominante de crisis económica moldeó la opinión pública.
13. *Narrativa contraria* – Relato que desafía la narrativa dominante y propone interpretaciones alternativas. Ejemplo: La narrativa contraria de movimientos sociales cuestionó la visión oficial del conflicto.
14. *Código* – Sistema de reglas que organiza signos y permite su interpretación. Ejemplo: El código visual de los mapas facilita la lectura espacial y geográfica.
15. *Subcódigo* – Variante de un código que se aplica en contextos específicos. Ejemplo: Los subcódigos de comunicación digital incluyen emojis y abreviaturas.
16. *Ícono* – Signo que representa a su objeto por semejanza. Ejemplo: Una fotografía de una persona es un ícono que la representa visualmente.
17. *Índice* – Signo que indica la existencia o presencia de su objeto. Ejemplo: El humo es un índice de fuego.
18. *Símbolo* – Signo que se relaciona con su objeto por convención o acuerdo social. Ejemplo: La paloma es un símbolo de paz universal.
19. *Interpretante* – Efecto o comprensión que un signo genera en un receptor. Ejemplo: El interpretante de un anuncio puede motivar una acción de consumo.
20. *Significante* – Forma perceptible de un signo, como palabra, imagen o sonido. Ejemplo: La palabra "libertad" es un significante cargado de significado político.
21. *Significado* – Concepto o contenido que un signo re-

presenta. Ejemplo: El significado de la bandera puede variar según contexto histórico.
22. *Intertextualidad* – Relación entre textos que permite generar nuevos significados. Ejemplo: La novela dialoga con mitos clásicos mediante intertextualidad.
23. *Semántica* – Estudio del significado de los signos y su interpretación. Ejemplo: La semántica permite analizar cómo cambian los sentidos de los términos según contexto.
24. *Pragmática* – Estudio del uso de los signos en contextos sociales. Ejemplo: La pragmática del lenguaje revela cómo las palabras influyen en la acción colectiva.
25. *Sintaxis* – Organización formal de los signos dentro de un sistema. Ejemplo: La sintaxis del código informático determina la funcionalidad del programa.
26. *Morfología semiótica* – Estructura interna de los signos y sus combinaciones posibles. Ejemplo: La morfología semiótica de los pictogramas facilita su comprensión universal.
27. *Polisemia* – Capacidad de un signo de tener múltiples significados. Ejemplo: La palabra "banco" tiene polisemia según contexto financiero o geográfico.
28. *Ambigüedad semiótica* – Presencia de significados múltiples o conflictivos en un signo. Ejemplo: La ambigüedad semiótica de la publicidad genera interpretaciones diversas.
29. *Metáfora semiótica* – Traslado de significado de un signo a otro por analogía. Ejemplo: La metáfora semiótica "el corazón de la ciudad" representa el centro urbano.
30. *Síntesis semiótica* – Integración de signos y significados para generar coherencia interpretativa. Ejem-

plo: La síntesis semiótica de imagen y texto fortalece el mensaje educativo.
31. *Analógico* – Signo que mantiene relación de semejanza con su objeto. Ejemplo: El retrato pintado es un signo analógico del sujeto representado.
32. *Digital* – Signo basado en convención, con valores discretos y definidos. Ejemplo: Los códigos binarios son signos digitales fundamentales en computación.
33. *Código dominant*e – Conjunto de normas semióticas que condiciona la interpretación social. Ejemplo: La publicidad reproduce un código dominante basado en consumo y estética.
34. *Código alternativo* – Conjunto de normas que ofrece interpretaciones no hegemónicas. Ejemplo: El arte urbano desarrolla códigos alternativos de resistencia simbólica.
35. *Práctica semiótica* – Acción social que produce, interpreta o modifica signos. Ejemplo: La práctica semiótica en educación transforma la comprensión de los textos.
36. *Semiosis social* – Producción de sentido en interacción colectiva. Ejemplo: La semiosis social del carnaval refuerza identidad cultural.
37. *Semiosis política* – Uso de signos para ejercer influencia en el poder y la acción colectiva. Ejemplo: Los discursos políticos constituyen una semiosis política que organiza la opinión pública.
38. *Contradiscurso* – Significado crítico que desafía la narrativa hegemónica. Ejemplo: El contradiscurso feminista cuestiona estructuras de poder patriarcales.
39. *Dispositivo semiótico* – Conjunto organizado de signos que opera en un contexto social específico. Ejemplo: La campaña publicitaria es un dispositivo semiótico de persuasión.

40. *Eco semiótico* – Reproducción y propagación de significados en distintas comunidades. Ejemplo: El eco semiótico de un símbolo histórico mantiene su relevancia a lo largo del tiempo.
41. *Semiosis mediática* – Producción de sentido a través de medios de comunicación. Ejemplo: La semiosis mediática influye en la percepción de eventos globales.
42. *Ideología semiótica* – Conjunto de signos que refuerzan estructuras de dominación simbólica. Ejemplo: La publicidad sexista constituye una ideología semiótica que perpetúa roles de género.
43. *Hegemonía cultural* – Dominio de ciertos valores y significados en la sociedad. Ejemplo: La hegemonía cultural condiciona qué narrativas se perciben como legítimas.
44. *Memoria semiótica* – Registro y transmisión de significados a través del tiempo. Ejemplo: La memoria semiótica de los símbolos patrios fortalece la identidad nacional.
45. *Afecto semiótico* – Influencia emocional de un signo en la interpretación y acción. Ejemplo: El afecto semiótico de la música puede movilizar emociones colectivas.
46. *Valor simbólico* – Importancia social o cultural de un signo más allá de su significado literal. Ejemplo: El valor simbólico de la cruz trasciende su forma física.
47. *Ruptura semiótica* – Alteración de los códigos establecidos para generar nuevos sentidos. Ejemplo: La ruptura semiótica en arte contemporáneo desafía convenciones visuales.
48. *Intervención semiótica* – Acción deliberada para modificar la interpretación de signos. Ejemplo: La intervención semiótica en redes sociales busca contrarrestar narrativas dominantes.

49. *Codificación* – Proceso de transformar ideas en signos. Ejemplo: La codificación de un mensaje educativo determina su comprensión.
50. *Decodificación* – Interpretación del significado de los signos por un receptor. Ejemplo: La decodificación de la información depende del contexto cultural del público.
51. *Intertextualidad crítica* – Relación entre textos que genera reflexión y cuestionamiento social. Ejemplo: La intertextualidad crítica de la novela y los medios permite desmantelar narrativas hegemónicas.
52. *Semiosis dialéctica* – Proceso de generación de sentido basado en contradicciones, conflictos y síntesis de significados. Ejemplo: La semiosis dialéctica revela tensiones entre discursos dominantes y alternativos.
53. *Semiosis emancipadora* – Producción de sentido orientada a fortalecer autonomía y transformación social. Ejemplo: Los talleres comunitarios fomentan semiosis emancipadora frente a la hegemonía mediática.
54. *Semiosis cognitiva* – Interpretación de signos basada en procesos de conocimiento y percepción racional. Ejemplo: La semiosis cognitiva permite analizar textos científicos y educativos con precisión.
55. *Semiosis afectiva* – Producción de sentido que involucra emociones y vínculos afectivos. Ejemplo: La semiosis afectiva de la publicidad emocional moviliza la respuesta del público.
56. *Semiosis colectiva* – Creación de significado compartido por grupos o comunidades. Ejemplo: La semiosis colectiva de movimientos sociales construye identidad y memoria común.
57. *Semiosis mediática global* – Circulación de signos a escala planetaria, influida por concentración de me-

dios. Ejemplo: La semiosis mediática global define la agenda política internacional.
58. *Disputa semiótica* – Conflicto de interpretaciones y sentidos entre actores sociales. Ejemplo: La disputa semiótica entre organizaciones políticas afecta la percepción ciudadana.
59. *Rizoma semiótico* – Red de significados interconectados sin jerarquía centralizada. Ejemplo: La información viral en redes sociales funciona como un rizoma semiótico.
60. *Semiosis rizomática* – Expansión de significado en múltiples nodos de interpretación simultáneamente. Ejemplo: La semiosis rizomática de memes permite múltiples lecturas culturales.
61. *Código multimodal* – Sistema de signos que combina distintos modos de comunicación (imagen, texto, sonido). Ejemplo: El video educativo utiliza un código multimodal para mayor comprensión.
62. *Metacognición semiótica* – Reflexión sobre los propios procesos de interpretación de signos. Ejemplo: La metacognición semiótica en estudiantes fortalece análisis crítico.
63. *Emergencia semiótica* – Aparición de nuevos significados a partir de combinaciones inéditas de signos. Ejemplo: La emergencia semiótica de *hashtags* crea nuevas narrativas sociales.
64. *Codificación ideológica* – Transformación de ideas políticas o sociales en signos que reproducen estructuras de poder. Ejemplo: La codificación ideológica en la propaganda condiciona la percepción de la realidad.
65. *Decodificación crítica* – Lectura consciente que identifica hegemonía y posibles manipulaciones. Ejemplo: La decodificación crítica permite a los ciudadanos analizar mensajes mediáticos con autonomía.

66. *Nódulo semiótico* – Punto de concentración de signos e interpretaciones en un espacio cultural o mediático. Ejemplo: La prensa digital actúa como nódulo semiótico central en la formación de opinión pública.
67. *Signo estratégico* – Signo utilizado intencionalmente para producir efecto en la interpretación social. Ejemplo: El eslogan político funciona como signo estratégico de movilización.
68. *Dispositivo de poder semiótico* – Conjunto de signos que organiza y ejerce control simbólico sobre un grupo social. Ejemplo: La educación formal puede ser un dispositivo de poder semiótico que reproduce valores dominantes.
69. *Flujo semiótico* – Movimiento continuo de signos a través de espacios y contextos. Ejemplo: El flujo semiótico de redes sociales facilita la rápida propagación de información.
70. *Nodo crítico* – Punto de intersección de signos que concentra potencial transformador. Ejemplo: El nodo crítico de la semiosis digital permite generar debates públicos.
71. *Campo semiótico* – Conjunto de relaciones entre signos y sus interpretantes en un espacio determinado. Ejemplo: El campo semiótico de la literatura contemporánea refleja tensiones culturales.
72. *Ruptura dialéctica* – Cambio en el sentido que genera nuevas síntesis interpretativas. Ejemplo: La ruptura dialéctica en el discurso educativo crea apertura a perspectivas alternativas.
73. *Efecto de sentido* – Resultado concreto de la interpretación de un signo en un receptor. Ejemplo: El efecto de sentido de un mensaje de concientización puede modificar comportamientos sociales.

74. *Codificación cultural* – Integración de signos en prácticas y valores culturales específicos. Ejemplo: La codificación cultural del lenguaje corporal varía según la sociedad.
75. *Semiopragmática* – Estudio del uso práctico de los signos en contextos de acción. Ejemplo: La semiopragmática analiza cómo los gestos refuerzan el discurso político.
76. *Signo complejo* – Combinación de múltiples signos que produce un significado ampliado. Ejemplo: Un cartel visual con texto y símbolos es un signo complejo.
77. *Signo emergente* – Signo que aparece como novedad en un sistema semiótico. Ejemplo: Los emojis han generado signos emergentes en la comunicación digital.
78. *Interpretación crítica* – Análisis reflexivo de los signos para identificar ideologías y relaciones de poder. Ejemplo: La interpretación crítica de noticias permite detectar sesgos mediáticos.
79. *Relación signo-objeto* – Vínculo entre un signo y aquello que representa. Ejemplo: La relación signo-objeto se evidencia cuando un mapa indica la ubicación exacta de una ciudad.
80. *Relación signo-interpretante* – Vínculo entre un signo y la comprensión que genera. Ejemplo: La relación signo-interpretante determina cómo un símbolo religioso afecta la conducta social.
81. *Contextualización semiótica* – Colocación de signos en un marco específico que determina su significado. Ejemplo: La contextualización semiótica de un meme puede cambiar su interpretación según la región.
82. *Discurso dominante* – Conjunto de signos y narrativas que legitiman el poder vigente. Ejemplo: El discurso dominante de la prensa corporativa influencia la opinión pública global.

83. *Contranarrativa* – Relato alternativo que cuestiona la narrativa dominante. Ejemplo: Las contranarrativas feministas desafían el sexismo en medios tradicionales.
84. *Interpretante social* – Comprensión colectiva de un signo dentro de un grupo. Ejemplo: El interpretante social de un símbolo patrio fortalece la identidad nacional.
85. *Estrategia semiótica* – Plan deliberado para producir un efecto de interpretación. Ejemplo: La estrategia semiótica de la campaña política buscaba movilizar emociones colectivas.
86. *Discurso hegemónico* – Comunicación que refuerza la posición de poder dominante. Ejemplo: El discurso hegemónico sobre el desarrollo económico influye en políticas públicas.
87. *Contrapoder semiótico* – Uso de signos para desafiar la dominación simbólica. Ejemplo: El arte urbano ejerce contrapoder semiótico frente a la publicidad comercial.
88. *Semiopolítica* – Intervención política mediante signos y narrativas estratégicas. Ejemplo: La semiopolítica de los movimientos sociales articula signos para promover cambios.
89. *Signo autónomo* – Signo que conserva independencia relativa frente a la hegemonía semiótica. Ejemplo: Los textos críticos actúan como signos autónomos frente a la narrativa dominante.
90. *Fragmentación semiótica* – División de la interpretación en múltiples sentidos dispersos. Ejemplo: La fragmentación semiótica de los mensajes en redes dificulta la construcción de consenso.
91. *Integración semiótica* – Unión de diversos signos y códigos para producir coherencia. Ejemplo: La inte-

gración semiótica de imagen, sonido y texto fortalece campañas educativas.

92. *Polisignificación* – Capacidad de un signo para producir múltiples significados simultáneamente. Ejemplo: La polisignificación de símbolos religiosos permite diversas interpretaciones culturales.

93. *Red semiótica* – Conjunto interconectado de signos y sus relaciones. Ejemplo: La red semiótica de memes amplifica mensajes en múltiples plataformas.

94. *Flujo crítico* – Circulación de signos que generan reflexión y cuestionamiento social. Ejemplo: El flujo crítico de artículos académicos promueve debate informado.

95. *Nodo interpretativo* – Punto central donde converge la comprensión de signos. Ejemplo: La prensa local actúa como nodo interpretativo de eventos comunitarios.

96. *Procesamiento semiótico* – Mecanismo cognitivo de interpretación y producción de signos. Ejemplo: El procesamiento semiótico de imágenes facilita comprensión rápida de información.

97. *Semiosis histórica* – Producción de sentido condicionada por contextos temporales específicos. Ejemplo: La semiosis histórica de símbolos revolucionarios varía según la época.

98. *Semiosis geopolítica* – Circulación de significados condicionada por relaciones internacionales. Ejemplo: La semiosis geopolítica de banderas y emblemas refuerza alianzas o conflictos.

99. *Saturación semiótica* – Exceso de signos que dificulta la interpretación crítica. Ejemplo: La saturación semiótica en redes sociales puede fragmentar la percepción colectiva.

100. *Potencia semiótica* – Capacidad de un signo o sistema de signos para generar efecto transformador. Ejemplo: La potencia semiótica de los símbolos históricos permite movilizar conciencia social y acción política.

Fernando Buen Abad Domínguez es un filósofo, semiólogo y comunicólogo mexicano, reconocido por su trabajo en filosofía de la comunicación, semiótica crítica y análisis marxista de los medios.

Doctor en Filosofía, ha desarrollado una línea de investigación centrada en la crítica a la concentración monopólica de los medios, la economía política de la comunicación y la disputa ideológica en el campo simbólico contemporáneo. Su obra articula marxismo no dogmático, lógica dialéctica y teoría de la praxis aplicada al estudio de la producción social del sentido.

Ha sido profesor universitario en México y en diversos países de América Latina, además de conferencista internacional en temas de comunicación, cultura y pensamiento crítico. Participó en espacios académicos y políticos vinculados a la democratización de la comunicación y la integración latinoamericana, contribuyendo al debate sobre soberanía informativa y transformación social.

Es autor de numerosos libros y ensayos sobre semiótica, medios de comunicación, hegemonía cultural y crítica ideológica, y ha impulsado proyectos de formación e investigación orientados a la construcción de una semiótica revolucionaria y emancipadora.

Impreso en México, 2026.
Distribución gratuita.